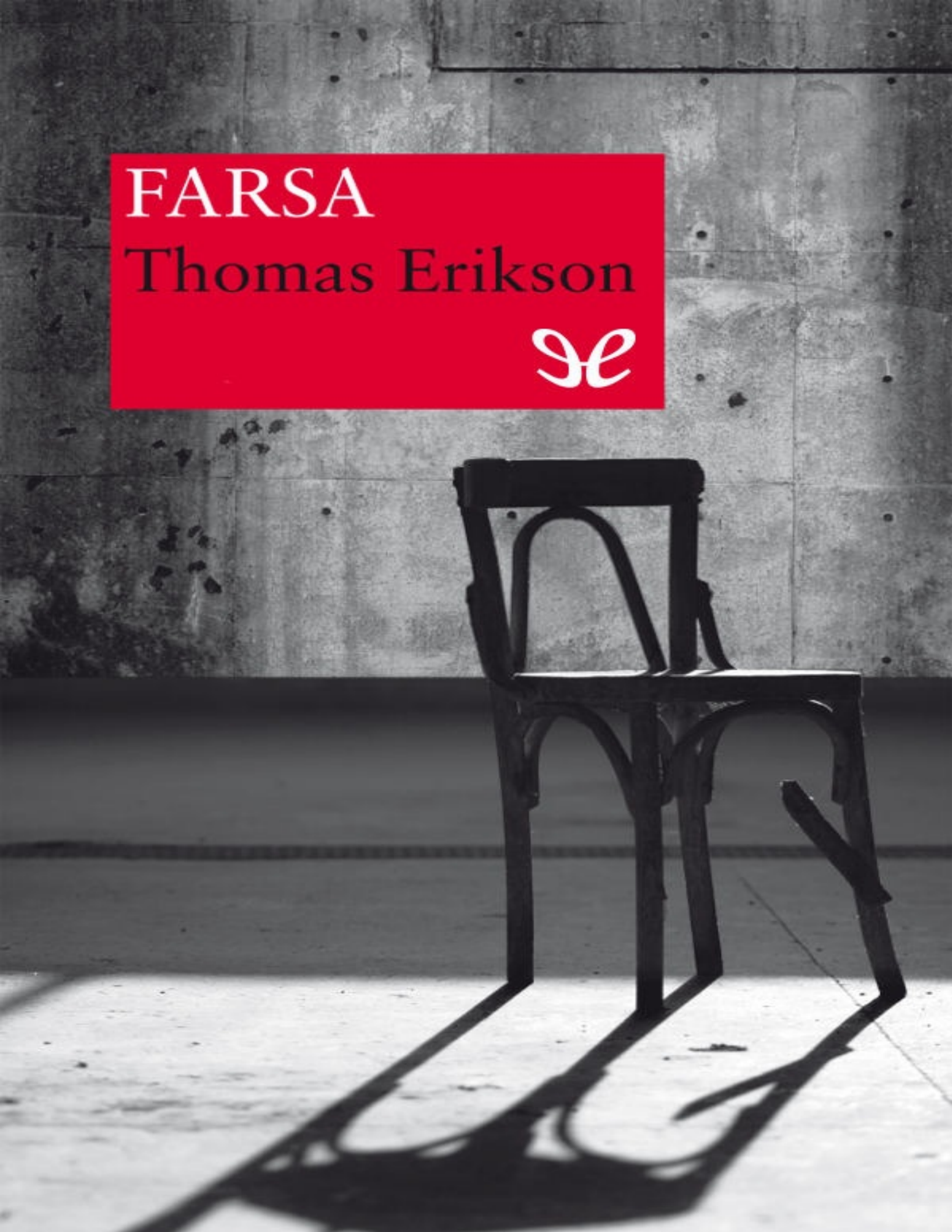

FARSA
Thomas Erikson

Alex King, un reputado psicólogo asesor de empresas, experto en comunicación y lenguaje corporal, está dando una conferencia ante un auditorio de quinientas personas cuando de repente un sicario se descuelga de la cornisa del techo de la sala, a doce metros de altura, de un disparo certero mata a uno de los asistentes y se escabulle. La víctima es un conocido financiero que días antes había recibido una carta de extorsión anónima.

Pocos días después, otro millonario es asesinado en las mismas puertas de la Jefatura de Policía, a donde había acudido para denunciar que él también había recibido una carta amenazante. El pánico empieza a cundir entre las familias acomodadas de Estocolmo.

Alex King es citado como testigo por la policía, que en seguida le pedirá su colaboración para resolver el caso al comprobar lo efectivo de sus inusuales métodos e intuiciones.



Thomas Erikson

Farsa

Alex King - 1

ePub r1.0
Titivillus 06.03.17

Título original: *Bländverk*
Thomas Erikson, 2011
Traducción: Francisca Jiménez Pozuelo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A usted

La investigación del comportamiento afirma que las personas más efectivas son las que entienden cómo funcionan ellas mismas y cómo actúan en distintas situaciones, las que conocen sus puntos fuertes y débiles y por ello pueden desarrollar distintos procedimientos para afrontar las exigencias del entorno y conseguir a la vez sus propias metas.

El sistema que se describe en este libro está basado en las investigaciones de C. G. Jung y William Moulton Marston acerca de los distintos tipos de personalidad. El método de clasificar los modelos de comunicación en colores rojo, amarillo, verde y azul da una imagen del comportamiento de la persona, tanto de su conducta básica como del modo de adaptar su comportamiento, es decir, de la forma en que actúa en un entorno determinado.

Sin embargo, para entender la personalidad del individuo hay que tener en cuenta algo más que su comportamiento, como pueden ser los impulsos, los factores de motivación y las preferencias personales, entre otros.

Thomas Erikson

1

Había engañado, estafado y traicionado durante toda su vida. Todo el mundo tenía habilidades especiales, y las suyas eran esas. Era bueno para embaucar, confundir y humillar a los demás. No es que se sintiera orgulloso de ello, simplemente era así. No sabía a cuántas personas había empujado al suicidio ni a cuántas familias había arruinado. Tal vez decenas, tal vez cientos de ellas, pero ni le alteraba el sueño ni le producía mala conciencia.

Lo había hecho por dinero.

A Claes Ljunggren le gustaba el dinero. Le daba sensación de libertad. Ahora tenía algo más de mil millones y el siguiente nivel, ser multimillonario en dólares, quedaba muy lejos. Era demasiado tarde para conseguirlo.

Eso se había terminado.

¿No era curioso que hubiera tenido que envejecer para darse cuenta de que era hora de cambiar antiguos esquemas? El diablo nunca fue viejo y piadoso. Pero él no se avino a razones hasta que sintió el cuchillo en la garganta.

Precisamente estaba leyendo un libro de Alfred Nobel en ese momento. Lo fascinaba la historia del Nobel, pero más que nada los motivos que condujeron a que se instituyera el premio que lleva su nombre. Cuando Ludvig Nobel murió en 1888, un periódico confundió a los dos hermanos y publicó el obituario de Alfred. Al leer acerca de su propia muerte, Alfred reflexionó. Él había inventado la dinamita. El obituario lo describía como «el mercader de la muerte», ya que la dinamita podía utilizarse en la guerra. Por ello instituyó el Premio Nobel en su testamento.

Claes era consciente de que resultaba muy pretencioso compararse con Alfred Nobel. Podía ser codicioso, pero no era estúpido. Aparte de una larga serie de adversarios, ¿qué iba a dejar él tras de sí?

Levantó la vista hacia el techo y reflexionó. ¿Cómo sería su obituario? ¿Quién lo escribiría? Nadie sabía de los estragos que había causado en el sector empresarial sueco. Y había acumulado una gran cantidad de rivales en el camino.

Oyó el agradable crujido del cuero de su viejo sillón, pero también las piernas le crujieron de un modo alarmante. Tenía la espalda más rígida de lo habitual. Sabía que la vejez se iba instalando poco a poco en su cuerpo. Acababa de cumplir cincuenta y cinco y tal vez tuviera por delante diez años buenos de verdad.

Se puso de pie y miró a su alrededor en la biblioteca de su casa. Pesados tomos de piel que no se habían abierto nunca. Libros por valor de varios millones.

Claes suspiró. ¿Qué había logrado en realidad? Había ganado mucho dinero, sin duda. Había creado empresas, las había comprado, las había dividido, las había vendido. Había ganado mucho dinero invirtiendo en acciones, con frecuencia a expensas de los demás. Los periodistas financieros seguían llamándolo y le pedían opinión sobre el desarrollo del mercado bursátil. ¿Qué opinaba de la corona y de los precios de las materias primas? Él solía responder pero, conforme iba envejeciendo, la respuesta era cada vez más difusa. Ya no era tan ingenuo ni estaba tan dispuesto a asumir riesgos. Tampoco estaba tan convencido de su inmortalidad.

Volvió a sentarse.

Siempre había pensado de modo equivocado. Había hecho caso a personas equivocadas. Le vino a la mente la imagen de Linda.

De pronto se le saltaron las lágrimas. Las dejó correr. Buscó el sobre con las cartas, las sacó, las miró. Volvió a introducirlas en el sobre. Volvió a sacarlas y las leyó una por una.

Metió otra vez las cartas en el sobre y lo dejó todo donde estaba. Suspiró.

¿Cuándo fue la última vez que vio a Linda? Habían transcurrido cinco años desde que su hija se fue a vivir al extranjero, muy enfadada, más que nada para alejarse de él. Por su manera de comportarse, para no tener que ver lo que él le hacía a su madre.

Al principio, Claes le echaba la culpa a su mujer. Decía que ella lo obligaba a hacerlo; que con su mal humor y sus exigencias egoístas lo lanzaba en brazos de otras mujeres.

Hubo un tiempo en que llegó a creerse sus propios argumentos. Ser infiel, mentir siempre acerca de lo que había hecho y dónde había estado, todo eso le

resultaba fácil. A veces fingía cuando ni siquiera era necesario.

¿Cómo habían llegado las cosas a ese punto? ¿Qué más daba, en realidad? Simplemente sucedieron así.

Se le ocurrió que había formulado las preguntas en el orden inverso. Lo importante no era el contenido de su nota necrológica o quién fuese a escribirla, sino quién iba a leerla.

Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas. Era como una maldición. Tragó saliva y se secó los ojos.

Linda ni siquiera iba a molestarse en hacerlo. Eso era lo que más le dolía.

Claes se dio cuenta de que tenía que recuperar la confianza de su hija. Tenía que intentar que entendiera lo que él acababa de entender. Cielo santo, solo tenía cincuenta y cinco años. Era joven aún. Contaba con mucho tiempo por delante. Ella debía de tener una opinión al respecto y seguro que le gustaría que hiciera algo bueno con su fortuna. Estaba dispuesto a donar una parte a obras de caridad. Daría con gusto la cuarta parte de sus millones si eso la hiciera feliz.

Estaba decidido. Se pondría en contacto con ella y le confesaría la verdad. Le explicaría que quería hacer algo bueno. Decir que había dejado de ser el que era sería una exageración, pero al final había entendido que las cosas tenían que resultar distintas.

Claes Ljunggren se puso de pie y metió el sobre en el cajón del escritorio.

2

La sicario miró a su alrededor. La espera había sido larga y se estaba acercando la hora. Se encontraba en una cornisa justo debajo del enorme techo de la sala de conferencias, a unos doce metros del suelo. La cornisa no debía de tener más de ocho centímetros de ancho y no contaba con ninguna protección. Daba igual. Su cuerpo era menudo y cabía sin ningún problema.

Las expectativas se sentían en el aire. El murmullo se iba intensificando conforme se llenaba la sala. Los primeros asientos que se ocuparon fueron los que estaban justo delante del escenario, poco después los que estaban debajo de la cornisa.

Notaba el sudor en la frente; no era a causa de los nervios, sino por el calor que irradiaban los focos. Lo había planificado minuciosamente. Tendría que salir deprisa. Cuando sonara el disparo aquello se convertiría en un infierno.

Apenas había personal de seguridad. Este tipo de eventos no requería vigilancia policial. Y estaba convencida de que cundiría el pánico. Los cadáveres solían producir ese efecto. Solo entonces aparecería la policía. Pero ya sería demasiado tarde. Por la mira telescópica, la sicario observó al objetivo. Disparar a una persona en un lugar cerrado era un trabajo fácil. El objetivo iba a quedarse quieto la mayor parte del tiempo. Buena iluminación y sin viento a tener en cuenta.

Casi demasiado fácil. Y bien pagado. Estaría en casa justo a tiempo para el almuerzo.

Revisó el cargador. Apretó levemente el gatillo. El mecanismo reaccionó como era de esperar. Todo parecía funcionar.

Cada vez entraba más público a la sala. La sicario recordó el cartel de la entrada. Habría sido interesante quedarse un rato escuchando. Pero una orden era

una orden. El hombre que iba a hablar ante una audiencia de quinientas personas no iba a poder terminar de dar su conferencia.

—¿Está durmiendo en el suelo? —dijo la azafata de la sala de conferencias. Detrás de ella, se oía el murmullo de cientos de personas que bullían de expectación.

Alex King se percató de que ella llevaba las piernas desnudas. Su suave piel brillaba bajo el resplandor de la luz que entraba por las claraboyas. Él se levantó a pesar de la rigidez de sus piernas y se sacudió los pantalones. Rescató la chaqueta que estaba encima de una silla y se palpó el bolsillo. La carta del hospital seguía ahí. Tal vez después de la conferencia.

—Preparación mental —dijo él, esbozando una sonrisa forzada—. Lo aprendí de un viejo budista. —Sonrió todo lo que pudo para que ella no empezara a sospechar. No quería decirle la verdadera razón por la que lo había encontrado en el suelo.

La azafata lo miró. Él no podía recordar cómo se llamaba, a pesar de que la había visto al menos veinte veces, de que llevaba una placa con su nombre y de que cada vez que lo saludaba y le daba la mano le decía cómo se llamaba. Podía imaginarse lo que estaría pensando de él.

—Es hora de salir —dijo escuetamente.

Caminó los pocos pasos que había hasta el auditorio, se detuvo, cerró los ojos y se imaginó lo que venía a continuación.

Suspiró profundamente, abrió la puerta y salió.

Allí estaba.

El murmullo de la sala se mezclaba con la música de los altavoces. Cada músculo del cuerpo se puso alerta.

El objetivo estaba en el centro de la mira telescópica. A esa distancia, la cabeza del hombre era tan grande como el sol. Más oscura. Más humana. Más vulnerable.

Lo que hubiera hecho carecía de importancia, como era habitual. Tampoco importaba a quién había molestado o quién quería quitárselo de en medio. Solo se trataba de un trabajo.

Había que controlar la respiración. Respirar lenta y profundamente para

evitar posibles vibraciones del cuerpo.

El disparo no tardaría en sonar.

Alex estaba ya en el escenario cuando la luz empezó a atenuarse.

Al recorrer la sala con la vista percibió que al menos quinientos pares de ojos miraban hacia él. Cerró los suyos unos segundos y luego levantó la vista hacia el techo. La luz de los focos era tan fuerte que no podía ver lo que había detrás de ellos. Los asientos de los espectadores estaban colocados en forma de media luna, con la última fila bastante más alta que la primera.

Percibió gran expectación cuando levantó las manos. El murmullo se fue acallando lentamente.

—Hola a todos.

Sonrisas entre el público. Como de costumbre, algunos no pudieron evitar devolver el saludo.

—Me llamo Alex King y soy especialista en comportamiento humano y en comunicación. Mi trabajo se centra en el liderazgo y el *coaching* individual. Soy quien va a robaros dos horas de vuestra juventud.

Se oyeron risas dispersas y contenidas.

Esperó hasta que todos se volvieron a quedar en silencio.

—¿Habéis reparado en una cosa? —La pregunta daba inicio a la conferencia —. Algunos de nosotros estamos rodeados de idiotas.

Sonaron fuertes carcajadas.

—Lo digo en serio. Algunos de nosotros tenemos facilidad para ponernos de acuerdo con la mayoría de las personas que conocemos, mientras que otros solo conocen a bichos raros. ¿No es extraño? —Contó en silencio hasta tres—. Es muy extraño. Pensad en ello… ¿Qué hace que algunas personas estén de acuerdo con todo el mundo, mientras que otras se enfadan con la mayoría?

Se alzaron varias manos a pesar de tratarse de una pregunta retórica.

—Mi objetivo esta tarde es aclarar las ideas respecto a esta cuestión. Cuando abandonéis esta sala, dentro de… —dijo mientras miraba el reloj— una hora y cincuenta y seis minutos, vais a estar rodeados de muchos menos idiotas. También voy a poner color a vuestro entorno. Vais a daros cuenta de que ciertas personas son de color rojo o amarillo, mientras otras son verdes o azules. Vais a entender por qué las personas son como son y qué podéis hacer para comunicaros mejor. El resto depende de vosotros.

Alex iba proyectando imágenes de Power Point en una gran pantalla mientras hablaba de los fundamentos que determinan el modo que tiene cada persona de percibir su entorno.

—Hay una diferencia entre comportamiento y personalidad —dijo mirando al techo de reojo.

Algo parpadeó justo a su derecha, en la parte superior de la espaciosa sala. Tragó saliva e intentó fijar la vista, pero la iluminación era demasiado intensa para que pudiera comprender lo que había captado su mirada.

—La personalidad no se ve. En cambio sí podemos ver el comportamiento. —Mostró una imagen con una complicada fórmula matemática—. Esta fórmula es importante, debéis anotarla —dijo en tono serio.

Hubo un momento de gran actividad entre los asistentes. ¡Tenemos que tomar notas, nadie nos ha informado de eso! Un montón de gente empezó a buscar a tientas bolígrafos y tarjetas de visita o recibos de aparcamiento donde poder escribir.

Alex King levantó los brazos.

—¡No, no lo hagáis!

Más risas y algunos gestos de alivio.

Siguió hablando. Al principio se ajustaba al guion, ya que tenía un esquema para comenzar esa conferencia. Pero no tardaría en empezar a improvisar.

—Hoy funciono para todos vosotros como un factor ambiental. Si no fuera por mí, probablemente en este instante estarías haciendo otra cosa. Tenéis aspecto de hacer cosas por vosotros mismos.

La mente humana es un dispositivo extraño; no necesita demasiados elogios para que empiece a enviar señales de bienestar al resto del cuerpo. Vamos a dejarle que tenga un poco de reacción positiva. Enseguida se extenderá un suave calor por el cuerpo y todos recordarán la conferencia como uno de los momentos más importantes de la semana.

—Pero ahora estáis adaptando vuestro comportamiento a mí. Puesto que yo, como factor circundante, estoy creando nuevas condiciones, vosotros os adaptáis a esas nuevas condiciones. ¿He transformado con ello vuestra personalidad? No, no lo creo.

La sicario fijó su mirada en el hombre que había en el escenario. Estaba gesticulando con los brazos y parecía sentirse orgulloso de sí mismo. En la mira

telescópica se veían las gotas de sudor de su frente.

Un repaso rápido de la cornisa. Todo estaba recogido. Bien. Pronto habría que darse prisa.

Solo faltaba un detalle. Había que colgar el rifle en la correa, para que cuando llegara la policía fuera completamente visible. Era una lástima. Un Blaser Tactical 2 cuesta lo suyo. Era un arma demasiado grande para este tipo de trabajo. Se podía desmontar y volver a montar las veces que fuera necesario sin que afectara lo más mínimo a la precisión. Era efectivo, pero no común. Nuevo costaba unas 35 000 coronas, dependiendo del tipo de cambio y del país del que procediera, pero se lo había proporcionado el cliente. Si ellos querían que se quedara allí, era su problema. En realidad no implicaba mayor riesgo, ya que el Blaser no podía rastrearse.

Balas sin camisa. Puntas más blandas, lo que significa que, en vez de atravesar el blanco dejando un agujero limpio al salir, el núcleo comprimiría la bala y la aplanaría por la parte posterior. ¿Consecuencia? Un pequeño agujero de entrada. Un enorme agujero de salida.

Había llegado el momento.

Alex estaba proyectando la imagen de un círculo rojo. En el centro del círculo había unas palabras: «Valores fundamentales».

Miró la imagen un instante. Había utilizado esas fotos por lo menos doscientas veces y en realidad no necesitaba mirarlas. Aun así, le producía cierta seguridad. Se volvió hacia el público.

—La teoría de las capas de la cebolla describe lo que crea la conducta de una persona. Sin duda nacemos con ciertas aptitudes genéticas, pero quedan enterradas capa a capa con lo que nuestra conducta va modelando lentamente hasta formar el carácter definitivo.

Alex se fijó en un hombre que estaba sentado en la tercera fila. ¿No le resultaba conocido? ¿Se habrían visto en algún sitio?

—Los valores fundamentales nos afectan en el día a día —continuó—. Son esos principios básicos que nuestros padres nos enseñaron cuando éramos niños. «No hay que pegar», por ejemplo. Eso es un valor fundamental. O «No se puede pegar a los que llevan gafas», como me decían a mí cuando era pequeño.

Hizo una pausa retórica.

—Eso ha evolucionado un poco. Hoy en día no se puede pegar a nadie en

absoluto.

Sonrió ante la estruendosa carcajada general. En realidad no entendía por qué funcionaba el comentario, pero lo hacía. Siempre. La gente lo consideraba muy gracioso y él disfrutaba de las risas. Proyectó una nueva imagen. En ella, el círculo rojo estaba rodeado de una franja azul.

—Por encima de los valores fundamentales están las actitudes y los modos de comportamiento, basados en experiencias propias vividas durante la infancia, la etapa de estudiante y tal vez el primer trabajo.

Se dio una vuelta por el escenario mientras seguía hablando sin dejar de gesticular. Volvió a cambiar la imagen. Apareció una capa nueva, una franja amarilla rodeando a la azul.

Volvió a mirar al hombre que estaba sentado en la tercera fila. Le resultaba muy familiar. Bien vestido. Sienes grises. Bronceado.

Alex estaba convencido de que lo había visto en alguna ocasión. Como consultor, conocía a muchas personas en las altas esferas. Se movía entre los principales responsables políticos y se había cruzado con muchas personas importantes en su camino hacia el éxito. Había trabajado durante diez años solo con grupos de dirección. Pero no siempre había sido así. Empezó formando vendedores, de esos que agitan los brazos y dicen obviedades a la gente. Cuando decidió concentrarse en el liderazgo empezaron a suceder cosas. Esta conferencia era solo un ejemplo. Nunca se lo había pasado tan bien como ahora.

Estaba muy solicitado como asesor de liderazgo y experto en comunicación, con tantos encargos que podía permitirse el lujo de elegir. Y solo aceptaba los más divertidos. Aunque fueran menos que un par de años atrás, se sentía mucho mejor.

Se irguió, respiró profundamente y mostró una amplia sonrisa. Se había metido a la audiencia en el bolsillo.

—Juntándolo todo obtenemos un comportamiento básico. Es el que tenemos cuando estamos totalmente libres de la influencia externa, solos en cuerpo y alma. ¿Y eso qué es?, se preguntarán algunos…

Contó mentalmente: «Uno-dos-tres-cuatro-cinco».

—Ni siquiera creo que estemos realmente solos en ese sitio que todos sabéis —dijo con una sonrisa.

Siguió trabajando a través de algunas imágenes más, deteniéndose en una serie de reseñas históricas.

Las risas llegaron cuando le tocó el turno a lo que Alex describió como habilidades sociales. El público solía reírse cuando reconocía conductas en su entorno y, sobre todo, cuando se reconocían a sí mismos.

En general, la mañana podría haber sido un éxito.

El arma apuntando a su objetivo. El ojo izquierdo cerrado. La respiración controlada.

Un certero disparo en medio de la cabeza y todo habría terminado.

—Espero que lleves calzoncillos limpios —murmuró, y apretó lentamente el gatillo.

Alex miró al hombre de la tercera fila y, mientras terminaba de decir una frase, de pronto la cara del hombre desapareció.

Alex se detuvo y se quedó boquiabierto. Luego intentaría recordar en qué momento había interrumpido la conferencia, pero por más que se esforzó no logró recordarlo nunca.

El eco del disparo resonó en la sala.

La cara del hombre había desaparecido; una masa pegajosa de color rojo había sustituido su rostro distinguido y bronceado.

La gente miraba a su alrededor con el ceño fruncido. Algunos miraban a Alex King, que estaba totalmente desconcertado. Una extraña parálisis amenazaba con extenderse hasta su cerebro, que parecía incapaz de interpretar lo que veían sus ojos.

Todo ocurrió en cuestión de un segundo. El cuerpo del hombre de la tercera fila se deslizó en la silla lentamente. La mujer que estaba más cerca se llevó las manos a la cara y abrió los ojos como platos. Como en un trance, Alex vio que abría la boca.

El cuerpo fue cayendo hacia delante hasta tocar el suelo.

En ese momento se empezaron a oír los gritos.

3

Alex estaba arrodillado delante del cadáver, procurando no mancharse la ropa de sangre. Sentía húmedas las palmas de las manos, que le temblaban un poco. Tenía un zumbido particular en la cabeza, como el estallido de un avión a gran altura.

Evitó mirar la cara del hombre. Lo había hecho antes al acercarse y se le había revuelto el estómago.

Si podía llamársele cara. No quedaba mucho de ella después de que la bala impactara en la parte posterior de la cabeza del hombre. Parecía que el rostro se hubiera separado del cráneo. En los asientos de delante y en la espalda de algunos asistentes podían verse restos de sesos, sangre y trozos de hueso. También en la ropa del hombre que yacía en el suelo. Y en una mujer que estaba sentada junto a él. Un hombre tenía sangre en el cuello.

Cuando el público se enteró de que habían disparado a alguien se produjo un estallido general de gritos descontrolados y consternados.

Una decena de personas se puso en pie, formando un amplio semicírculo alrededor de Alex. Tres de ellos, dos hombres y una mujer, sostenían sus teléfonos móviles delante del cadáver. Alex supuso que estaban haciendo fotos, tal vez filmando. Los miró. ¿Qué les pasaba? Debería decirles algo, indicarles que no lo hicieran, pero las palabras no querían salir. Tragó saliva varias veces, intentando contener la náusea.

La azafata se movía de forma rígida y espasmódica. El uniforme azul, bien planchado, le quedaba tan perfecto como siempre. La blusa era de un blanco deslumbrante, a excepción de una pequeña mancha marrón sobre el pecho derecho. Tenía el rostro casi tan blanco como la blusa. Se limpió algo de la barbilla con el dorso de la mano y dijo algo, pero el sonido no logró atravesar el

zumbido de la cabeza de Alex. Él se levantó. ¿Qué podía hacer? Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban esperando que alguien se hiciera cargo de la situación.

—¿Habéis llamado a la policía? —le preguntó a un hombre que vestía vaqueros negros y camisa azul claro con rayitas.

Él hombre asintió y agitó su teléfono móvil.

Alex asintió también. Se rascó la cabeza en busca de ideas. No sabía nada de este tipo de situaciones. Oyó que una mujer balbuceaba, claramente conmocionada. Tenía la blusa y la chaqueta manchadas de vómito. La tranquilizó del mejor modo que pudo, intentando no tocarle la ropa. Cuando finalmente llegó la policía, les pidió que se hicieran cargo de la mujer.

Se apartó un poco para respirar mejor. Percibía un olor repugnante, pero no se atrevió a imaginar de dónde procedía. Qué desastre.

La sicario vio el taxi amarillo desde dentro del hotel. Pensó que si llamaba a un taxi podía dejar rastro. Era mejor no llamar, aunque utilizara una tarjeta de prepago. Además pagaría al taxista en efectivo para evitar huellas electrónicas. Indudablemente, este podía recordar el trayecto, pero de todos modos había menos riesgo que si utilizaba una tarjeta de crédito.

La sicario se subió un poco la falda ajustada y se deslizó en el asiento de cuero negro. Dejó la bolsa a su lado. Después de disparar, simplemente volvió a recorrer la cornisa y salió por la puerta del cuarto de baño que se utilizaba para ajustar los enormes focos que había en el techo. Nadie se molestó en mirarla, a pesar de que al salir se había cruzado con al menos veinte personas.

Después entró en los baños para quitarse el chándal oscuro y lo metió en el bolso. La redecilla del pelo también. Se bajó la falda y se soltó el pelo.

No era necesario nada más.

—Al centro.

El conductor asintió, se colocó la gorra y puso la primera. El Prius comenzó a rodar en silencio apartándose de la acera. El viaje duró veintiséis minutos. La dejó en la Estación Central, donde desapareció entre la multitud.

Alex observó a la esbelta policía que estaba delante de él y se había presentado como Nina Mander. Llevaba un traje de color gris claro. Normalmente habría

comentado algo acerca de la corbata, pero en ese momento se alegró de no tener que decir nada. Alex supuso que andaría cerca de los treinta. Ambos estaban de pie justo debajo del escenario; la sala de conferencias se había cerrado al público y estaba llena de enfermeros y policías.

—Veamos —dijo Nina—. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

Él accedió.

—Pero antes quiero saber algo. ¿Quién es?

Ella miró rápidamente a su alrededor. Su mirada se posó en dos hombres y una mujer, todos con chaqueta y sin corbata. Uno de los hombres rodeaba con un brazo los hombros de la mujer. El otro estaba de pie con los brazos cruzados y parecía que necesitara ir al baño.

—Sus compañeros dicen que se llama Claes Ljunggren.

Alex asintió lentamente. Por eso le resultaba tan familiar. Claes Ljunggren era un conocido financiero. Millonario, audaz, aventurero.

«¿Para qué querría venir a mi seminario?», pensó perplejo.

—¿Lo conocía? —preguntó Nina.

Alex sacudió la cabeza.

—Solo de vista. Sabía que lo había visto antes y me preguntaba si sería amigo de algún conocido —dijo tocándose levemente la barbilla—. Precisamente estaba mirándolo cuando, bueno, cuando…

—Hum —dijo Nina—. ¿Cuando lo vio todo?

Alex carraspeó un par de veces y tragó saliva. Por algún motivo, no quería mostrarse débil ante ella. En esas circunstancias no parecía nada lógico, pero quería demostrar que era capaz de soportarlo. Se irguió y la miró a los ojos.

—La cabeza… ha desaparecido.

Ella lo miró.

—¿Necesita ayuda para salir de aquí?

Él sacudió la cabeza sin poder evitarlo.

—La conmoción puede aparecer en cualquier momento. No debería conducir.

—Ya no conduzco —dijo él.

—¿Me podría dar su tarjeta? Lo llamaremos para hacer la declaración.

Alex asintió y se palpó el bolsillo de la chaqueta. Le entregó una tarjeta de visita.

«Claes Ljunggren quería venir a mi seminario», pensó.

Cuando era joven, a Alex le gustaba subir al escenario y que fueran a verlo.

Era divertido y la gente se reía con él, pero por alguna razón lo dejó. En su familia nadie demostró demasiado interés; su madre estaba siempre trabajando y su padre no entendía de qué se trataba. La hermana menor de Alex tenía suficiente con sus estudios. Interpretar para desconocidos no era lo mismo.

Transcurrieron unos años antes de que volviera a sentir lo que era estar en un escenario. Nunca deseó ser actor, pero le gustaba tener todas las miradas puestas en él. Durante el tiempo que trabajó en la banca viajó por todo el país formando empleados, y allí fue donde Alex encontró su vocación. Viajaba todo lo que podía, a la vez que realizaba su trabajo de gerente de sucursal. Para entonces ya no le importaba tener o no la aprobación de la familia.

Pero quería más. Una cosa lo llevó a la otra, y después de algunos años en el banco se hizo entrenador personal y empezó a influir en las personas de un modo más regular. Eso le gustaba, sentía que hacía algo de provecho, y cuando los jefes se miraban unos a otros preguntándose qué les habría hecho a sus vendedores durante esas sesiones de entrenamiento, lo hacía aún mejor.

Empezó a impartir seminarios para directivos, pero los que asistían eran mandos intermedios. Los que estaban por encima no aparecían casi nunca. Gracias a los contactos de su madre que había conocido de joven, sabía que cuanto más alto se está en la jerarquía menos tiempo se tiene. Pero hoy había venido uno de ellos. Uno de los principales inversores de capital riesgo se había sentado en la tercera fila y había escuchado sus palabras con atención. Un hombre que había hecho grandes negocios durante muchos años y cuya lista de contactos debía de ser de las más largas del mundo empresarial sueco.

Y resulta que alguien va y le dispara.

4

—¿Habéis oído lo del tiroteo de esta mañana en el hotel InfraCity? —preguntó Erik Didriksson mirando a los que comían sentados a su alrededor. Erik era el presidente del bufete Didriksson & Partners, y quería estabilizar el equipo de gestión. Para ello habían incorporado a Alex como consultor en calidad de experto en comunicación.

—Es totalmente increíble —dijo su vicepresidente, Bert Landin—. Parece mentira que ocurran estas cosas en Suecia.

Landin era más calculador que Didriksson y Alex se dio cuenta enseguida de que tenía que tratarlo con más diplomacia. Lo peor que podía hacer era criticarlo delante de su jefe.

—Una verdadera ejecución —dijo Erik mirando a Alex—. ¿Lo has oído?

Alex se miró las manos, que descansaban sobre el mantel blanco. A su lado había una copa de Zifandel. Estaba recuperando la calma poco a poco, y el vino lo ayudaba a ello. De hecho le hubiera gustado beberse la copa de un trago.

¿Que si lo había oído? Después de responder a las preguntas de la policía y de consolar un momento a la azafata, se había ido a su casa en taxi. Se sirvió un *whisky* doble, a pesar de que no era ni la hora del almuerzo. Permaneció un buen rato sentado en silencio en la sala de estar, mirando por la ventana y esperando que apareciera la conmoción. Estaba desanimado, le dolía un poco la cabeza, pero a la vez estaba sorprendentemente tranquilo. Más que nada se sentía aturdido. La única imagen clara que recordaba era el cuerpo flácido de Claes Ljunggren con una chaqueta cubriéndole la cabeza.

Mientras en el restaurante miraba a su alrededor, se preguntó por qué no habría estado allí antes. Grill era un lugar agradable y original, con nueve ambientes totalmente distintos. Una sala recreaba una cabaña de caza y otra

recordaba a Miami Beach. Los abogados iban a quedar contentos. Estaban sentados en un salón con espejos dorados y lámparas de araña de cristal.

Alex se alegraba de que fuera él quien facturara a Didriksson y no al contrario. Así este se haría cargo del almuerzo. Si hubiera sido al revés, ellos le habrían facturado también el tiempo que habían pasado engullendo *foie gras* y bebiendo vinos caros. ¿Cuánto costaría una hora de Didriksson? Dos mil coronas, más o menos.

Alex levantó la vista y miró a Erik.

—¿Un asesinato en el InfraCity?

—Por lo que he oído, la cabeza desapareció —dijo Landin haciendo un gesto —. Me alegro de no haber tenido que ver eso.

—Ljunggren era un imbécil —dijo Didriksson con la boca llena.

Alex decidió subir su tarifa por hora en el presupuesto final. Iba a cobrar como mínimo dos mil quinientas la hora.

Landin se volvió hacia Alex con la copa de vino en la mano. Alex vio que la alianza le quedaba demasiado grande. Casi le bailaba en el dedo anular. Parecía estar desgastada por el uso, probablemente era demasiado vieja para que fuera de su padre. Tal vez era de su abuelo, o de su bisabuelo. Quizá había ahorrado algo al no tener que comprar una nueva. Alex añadió quinientas coronas a su tarifa por hora.

—Ljunggren siempre utilizaba a Linklaters, a pesar de que nuestros abogados lideran todos los segmentos —dijo Landin sacudiendo lentamente la cabeza a la vez que volvía a mirar el plato.

—¿En serio? —dijo Alex—. Entonces era un verdadero imbécil. Lo digo por las tarifas que tienen.

Los dos abogados se miraron.

—No le faltaba mucho para serlo —dijo Landin levantando la copa para brindar y mirando a su jefe en busca de su aprobación.

Didriksson resopló y Landin sonrió ampliamente con sus pálidos labios, sin que saliera de su boca nada que se pareciera ni remotamente a la risa.

Alex volvió a mirarse las manos. Casi esperaba que empezaran a temblar. No entendía bien por qué no lo habían hecho ya.

—Puedo aseguraros que tuvo lo que se merecía —dijo—. Yo estaba allí.

Los dos abogados se quedaron en silencio.

—Fue durante mi conferencia. Ljunggren estaba sentado en la tercera fila. Soy el único que vio cómo desaparecía su cara —dijo. Luego se volvió hacia

Landin, levantó la copa y tomó un sorbo.

Landin se aclaró la garganta. Su delgado cuello empezó a ponerse rojo de vergüenza.

—¿Qué?

—Tienes razón en una cosa —dijo Alex mientras se limpiaba la boca—. No quedó nada de ella, solo jirones y sangre. Sí, y también bastantes huesos destrozados.

«Tres mil quinientas coronas por hora, colegas», pensó.

Permanecieron en silencio durante unos quince segundos. Didriksson y Landin se miraron. Landin no dijo nada, apretó los labios y bajó las manos de la mesa. Fue Didriksson quien se hizo cargo de la situación.

—Tuvo que ser terrible que…, que… tuvieras que presenciar algo así —dijo.

Alex cogió la copa por el pie y se la acercó. Hizo girar el vino dentro del cristal y luego lo olió.

¿Qué sintió en realidad? No estaba seguro. Todo era irreal, excepto el mecanismo de defensa de su cerebro, que le impedía revivir activamente las imágenes más desagradables, cosa que por otro lado agradecía. ¿Por qué no había reaccionado con más fuerza?

Con una tranquilidad que en absoluto sentía, dijo:

—Una lástima, porque era una ponencia muy buena. Me la había preparado durante un mes.

Didriksson lo miró unos segundos. Después se revolvió con tal ímpetu que le crujieron las costuras del traje.

—Algo espantoso —dijo mirando a Landin, que, de repente, mostró un tremendo interés por la lista de postres.

—Seguramente encontrarán lo que hay detrás de eso —dijo Alex.

—¿Cuándo puedes empezar? —dijo Didriksson tendiéndole una mano enorme por encima de la mesa.

Alex la agarró y se dieron tres apretones.

—Yo no trabajo gratis, Didri.

Didriksson hizo un movimiento con la mano que Alex prefirió interpretar como un gesto de «dime tu precio».

Siguió comiendo mientras hablaban de la presentación. Ahora solo quedaba cerrar el trato y conseguir que Didriksson y sus cien abogados aceptaran una elevada remuneración por hora.

Sin embargo, algo le decía que no iba a poder dormir mucho esa noche.

En el InfraCity, cuarenta policías registraron las salas sin encontrar nada. Obviamente no tardaron en descubrir el sitio desde donde actuó el tirador, pero no había ni una huella. Se arrastraron por el suelo, aspiraron la alfombra que había entre los asientos y pasaron toda la noche clasificando los objetos que encontraron.

Nada, excepto el arma.

5

Nina se inclinó hacia delante en la silla. Señaló un punto en el boceto que estaban mirando.

—Disparó en oblicuo desde la parte trasera. Hemos encontrado el sitio donde estaba agazapado el tirador. Incluso el arma y el casquillo. Pero ni una sola huella.

El comisario Gabriel Hellmark enderezó su cuerpo de algo más de dos metros y se levantó de la silla, que, a pesar de tener la estructura de metal, crujió de un modo inquietante. Pesaba unos ciento diez kilos y gran parte de ellos eran puro músculo. Se dirigió a la ventana y se quedó mirando el grisáceo panorama exterior.

—Un Blaser Tactical 2. No está nada mal.

—Y que el tirador lo dejara allí debe tener algún significado —añadió Nina.

—Intenta demostrar que no podremos pillarlo. Un cabrón engreído —dijo Hellmark—. ¿Alguna observación? —preguntó señalando a Nina.

—Nadie vio nada. Probablemente saliera del hotel y se fuera en taxi. O en autobús. Me sorprendería que se hubiera ido en su coche, aunque es posible, por supuesto. Podía haber alguien fuera esperando. Estamos investigándolo en estos momentos.

Ni el comisario ni la inspectora de policía dijeron nada de lo que ambos eran muy conscientes. No disponían de casi nada para avanzar, excepto el arma. Los técnicos la analizarían y harían pruebas, pero eso era solo una formalidad. ¿Qué otra arma se iba a haber utilizado? Constatarían que la bala aplastada que encontraron en el suelo del escenario, a solo tres metros de donde estaba Alex King de pie, pertenecía al arma. Quedaba la autopsia, por supuesto. Pero ¿qué podía mostrar sino que el hombre había muerto de un tiro en la nuca? Aparte de

eso, solo tenían algunos detalles de la vida de Claes Ljunggren.

—Balas sin camisa —dijo Nina.

—Por eso le destrozó la cabeza. ¿Cómo se tomó el asunto el conferenciante? —dijo Hellmark a la vez que recogía unos papeles que había sobre el escritorio.

—Asombrosamente bien. Estaba tranquilo, a pesar de que sin duda fue la única persona que vio volar en pedazos la cabeza de Ljunggren. Debió de ser muy desagradable. Supongo que cuando hablé con él estaba aturdido.

—¿Cuándo podremos interrogarlo?

—Cuando digamos. Tengo unas propuestas de fechas y horas —dijo Nina entregándole un papel.

—Traedlo aquí en cuanto sea posible —dijo Hellmark sin mirar el papel.

—¿Quieres conocerlo?

Hellmark sacudió la cabeza. Ella asintió y anotó algo en el bloc. Guardaron silencio. No era frecuente que un asesinato tan espectacular se llevara a cabo en público. La situación era inusual, desde luego. ¿Quién podía saber cómo iba a terminar?

—Yo me encargo de la esposa de Ljunggren —dijo Nina antes de marcharse.

El comisario sacó el teléfono móvil del bolsillo interior y lo miró. Frunció el ceño. Marcó el mismo número al que había llamado un par de días atrás, se lo llevó al oído y esperó.

No respondió nadie. El contestador estaba desconectado. Cortó la llamada y volvió a guardar el teléfono.

Era más que extraño.

Ljunggren salió de la Escuela Superior de Ciencias Empresariales a principios de los ochenta y enseguida fue reclutado para Goldman Sachs en Londres, uno de los bancos más antiguos y distinguidos de la City. Se compró un Ferrari con su primera gratificación y, según los informes, cuando murió lo conservaba aún para recordar viejos tiempos. A los treinta años ganaba ya cinco millones al año. Permaneció en Londres diez años y volvió a casa con los bolsillos llenos.

Ya en Suecia, adquirió una residencia en Djursholm y cultivó su red de contactos. A principios de los noventa creó una agencia *on line* de intermediación bursátil. No tardó en darse cuenta de las posibilidades de internet, y cuando estalló la red tenía ya el sesenta por ciento del mercado.

Ljunggren utilizó una parte de su capital en comprar y vender empresas,

generalmente con considerables ganancias. Era el típico capitalista de riesgo, en el sentido de que era bastante insensible respecto a lo que hubiera que hacer para incrementar la rentabilidad de una empresa. Consentía el despido de miles de personas si con eso elevaba al máximo el valor de la empresa antes de revenderla.

Hellmark miró el papel que tenía en la mano. La relación de los contactos de Ljunggren parecía interminable. Había estado relacionado con todos y cada uno de los nombres del sector empresarial. Muchos se sentían estafados por él. Había historias de familias enteras que habían tenido que dejar sus casas debido a los negocios de Ljunggren. Algunos se habían ahorcado después de haberse arruinado en sus distintos consorcios.

Hellmark suspiró al ver la lista de personas que debían interrogar. Eso iba a requerir un tiempo extra, eso estaba claro. El número uno era un vecino, que, según el informe, había perdido quinientos millones. El número dos era un director de banco que había invertido dinero en Polonia y no había leído la letra pequeña. Lo perdió todo.

Debía de estar cabreado, pensó Hellmark.

Mientras revisaba la lista, al otro lado de la ventana empezaba a anochecer. La investigación iba a despertar mucho interés, así que había que avanzar con paso seguro. Puso a cuatro colaboradores para definir los antecedentes de Ljunggren y evaluar en qué dirección dirigirían la investigación. No podían permitirse el más mínimo error.

Por el momento estaba todo oscuro. La lista aumentaba con un par de nombres más cada vez que alguien llamaba a alguno de los contactos de Ljunggren para obtener información.

Nina tecleó el nombre Alex King en Google. El conferenciante tenía una página web en la que hacía un breve resumen de su carrera profesional y del tipo de tareas a las que se dedicaba. Había incluso el enlace de una empresa. Team Communication AB era una consultora compuesta por diez consultores. Ella tomó nota para comprobar si trabajaba para ellos o por su cuenta.

Buscó en Facebook y no encontró nada.

Vio que en LinkedIn tenía muchos contactos. Más de quinientos. Evidentemente se trataba de alguien que intentaba conseguir contactos profesionales. Los que producían más negocios. Había nacido en Estocolmo en

1973. Pronto cumpliría treinta y ocho años. Una dirección en el centro de la ciudad. Kaptensgatan. A Nina le gustaba estar informada antes de ir a ver a la gente. Le aportaba cierta seguridad.

Miró un momento la fotografía de Alex.

La sicario apagó el televisor y dejó el mando a distancia. Según *Aktuellt* habían encontrado un arma en la escena del crimen, pero la policía no quería decir de qué tipo era.

Reunieron algunos testimonios de los asistentes. Entrevistaron a una azafata de congresos que hablaba de un modo incoherente y sacudía todo el tiempo la cabeza. Resultaba difícil entender lo que decía. Otra mujer afirmó que cuando levantó la vista hacia el techo le había parecido ver algo que se movía. Podía tratarse del asesino en el momento de la huida. No estaba segura. Otro hombre de camisa rosa contó que estaba sentado muy cerca de la víctima, que estaba profundamente conmocionado por el espantoso incidente y que además estuvo a punto de morir. Desde entonces no había vuelto a conciliar el sueño.

«Si hubiera querido asesinarte a ti, estarías muerto», pensó la sicario.

Rapport repitió lo mismo. TV4 no tenía nada nuevo que aportar. CNN había abordado el suceso, pero se centraban más en la víctima que en el propio asesinato. Estaban interesados en el hombre que planeaba volver a comprar la empresa Volvo a la norteamericana Ford. Se quedó un rato zapeando sin encontrar nada nuevo.

La habitación del hotel estaba ubicada en el centro de la ciudad y era pequeña pero agradable. Las alfombras eran antiguas y gruesas. El mobiliario de madera oscura, como es habitual, igual que miles de habitaciones de hotel de todo el mundo. La cama algo dura, como a ella le gustaba.

Se levantó y fue con paso ágil al cuarto de baño a darse una ducha, más que nada para tener algo que hacer. Era aburrido esperar. Aunque tenía que mantenerse inactiva, no exponerse.

El riesgo de que alguien la viera y la relacionara con el asesinato no era del todo inexistente, aunque sí poco probable y tan pequeño que apenas debía tenerse en cuenta. Sabía que por ser mujer estaba excluida de casi todas las listas de la policía. Ningún policía tenía suficiente imaginación como para considerar el sexo del asesino buscado.

Colgó la ropa en el calentador de toallas. Blusa, falda. Medias. Bragas. No

llevaba joyas para trabajar.

Hasta la fecha había asesinado a veintiséis personas. Era buena en lo que hacía. Valía la pena. Pero solo era un trabajo.

Se metió en la ducha y abrió el grifo. Sintió los chorros calientes y suaves contra su cuerpo.

6

Gabriel Hellmark observó a la mujer en silencio. Llevaba el pelo teñido de un rubio casi blanco y perfectamente recogido en un moño italiano. La piel de su frente era fina y tersa y le recordó a una calavera. En su cuerpo no había ni un gramo de grasa. Tenía los brazos más delgados que había visto jamás en una persona adulta. Se alegró de no haberle estrechado la mano; podría haberle roto los dedos sin darse cuenta.

Parecía que no podía dejar de llorar. Le corría el rímel por las mejillas. Mientras se sonaba los mocos y se secaba los ojos, él hizo un análisis de la vivienda. Se encontraba en la calle Strandvägen. El edificio era de piedra blanca, con toldos verdes que sobresalían en la fachada encalada. No era un piso de lujo, pero seguramente los materiales eran caros. Diez habitaciones. Pero por algo había estado Claes Ljunggren activo en las altas finanzas durante casi treinta años.

Hellmark se aclaró la voz con discreción.

—¿La señora Ljunggren? ¿Vuelvo en otro momento?

La mujer negó con la cabeza y se sonó la nariz ruidosamente.

—Mañana no me sentiré mejor.

Entonces decidió que cuanto antes empezara, mejor. Hellmark esperó un momento y luego, a pesar de que se había prometido a sí mismo no utilizar nunca una pregunta así, dijo:

—¿Sabe si su marido tenía algún enemigo?

Parecía sacado de la típica serie policíaca de televisión, en la que un policía mordaz y algo mosqueado bajaba la voz y miraba a la esposa de la víctima.

—Infinitos —dijo Sara Ljunggren.

—Entiendo —dijo él, aunque en realidad no era así. Hubiera preferido ir al

grano y preguntarle quién podía sentir tanta aversión hacia su marido como para ser capaz de pegarle un tiro en la cabeza delante de quinientas personas.

No era posible. Tenía que andar con pies de plomo.

—Este momento debe de ser terrible para usted —dijo él.

—No tanto como para Linda —dijo Sara sollozando.

—¿Quién es Linda?

—Nuestra hija. Vive en Londres desde hace años. Es espantoso.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Iban a verse por primera vez después de cinco años. Linda tenía diecisiete cuando se marchó. Desde entonces se ha negado a ver a Claes.

Él arqueó las cejas.

—¿Por qué motivo?

—Es una larga historia. En parte tenía que ver con los continuos escarceos de mi marido con otras mujeres. Al final Linda no pudo más y se fue.

Hellmark podía reconocer enseguida una investigación complicada, y esta iba a serlo.

—¿Y a usted qué le parecía?

—Estaba acostumbrada. No habíamos tenido relaciones íntimas durante años. Al menos entre nosotros.

Hellmark tragó saliva un par de veces y pensó en el modo adecuado de continuar.

—Pero ellos iban a verse, ¿no? —dijo.

Sara Ljunggren hizo un gesto con la mano que él no pudo interpretar.

—Al principio creía que se había quedado sin dinero, pero vi que estaba realmente interesada en ver a su padre. No sé bien a qué se debía, pero ambos parecían estar muy animados.

Guardó silencio y se puso en pie. Se dirigió hacia una de las altas ventanas con paso tranquilo y tan contenido que Hellmark se preguntó por un instante si estaría tratando de ocultar que había bebido.

Los hombros le temblaban ligeramente.

Él miró hacia otro lado para no incomodarla.

—Creo que nunca había visto a Claes tan eufórico como la última semana —dijo ella en voz baja, casi para sí misma—. Es, mejor dicho, era un hombre de muchas caras, como descubrirán cuando pregunten por ahí, pero esta era la primera vez en muchos años que veía algo que parecía auténtico. Estaba contento de volver a ver a Linda. De verdad.

Ella se giró de nuevo hacia la ventana.

—¿Quién fue? —preguntó con voz un poco más firme.

Él carraspeó y se puso en pie.

—Es demasiado pronto para saberlo.

Hellmark se encaminó hacia la puerta.

—¿Está usted pensando en alguien? —dijo antes de abrirla.

Sara Ljunggren sacudió la cabeza.

—Podría ser cualquiera —contestó.

El policía dudó un momento.

—Solo para que conste, ¿había hecho testamento su marido?

—Todavía no lo sé. Con Claes no se puede estar segura de nada.

Ese día Alex trabajaba desde casa. Estaba sentado en la cocina con el teléfono móvil en la mano y el almuerzo delante, que ni siquiera había probado. No le importaba comer sobras, y solo había tomado algún bocado ocasional que sabía a papel. Al oír el teléfono contestó a la primera señal.

—¿Cuándo puede venir para que le tomemos una declaración formal? —preguntó Nina Mander.

Acordaron verse esa misma tarde. Era mejor que dijera lo poco que tenía que contar.

Sus temores resultaron infundados. Esa noche había dormido bien a pesar de las circunstancias. La conomoción esperada parecía que no iba a llegar. Por supuesto, el vino del almuerzo del día anterior había ayudado.

Por la mañana estaba de buen humor debido a que había cerrado el acuerdo con el prestigioso bufete, además a un precio por hora nada desdeñable. Como guinda del pastel, había logrado que Landin cogiera la factura, que acababa en una suma de cinco dígitos. Esos abogados eran auténticos exprimidores de dinero, así que sin duda podían pagar por sí mismos.

Unos años antes Alex estuvo saliendo con una empleada de la mayor agencia de Suecia, y ella le había contado ciertas cosas de los abogados más importantes del país. Enormes mansiones, coches lujosos, desorbitantes provisiones para la jubilación. Tenían auditores privados por la complejidad de su declaración de impuestos. Sin embargo, apenas hacían viajes de lujo ya que, como en los libros de John Grisham, trabajaban sesenta y hasta setenta horas a la semana.

A las tres, Alex estaba en las instalaciones de la policía. Llevaba un sencillo

traje oscuro sin corbata. El *look* habitual del consultor.

La comisaría era sombría y triste; tenía siete pisos de altura y en el piso inferior había rejas en las ventanas. Se detuvo en la amplia escalera de la entrada y se preguntó si habría una prisión en la planta baja o si las rejas estaban para prevenir el lanzamiento de piedras. De cualquier modo, el edificio se hallaba lejos de ser una obra maestra de la arquitectura.

Después de haberse anunciado en la cabina acristalada de recepción, esperar a que comprobaran su nombre en las listas de visitantes y luego llamaran a la persona que había registrado previamente su llegada, fue en compañía de un adusto policía de uniforme por pasillos sinuosos e interminables. Esperaba que después lo ayudaran a encontrar la salida.

Alex saludó a Nina, que fue a su encuentro en el pasillo con una leve sonrisa en los labios. Movimientos suaves, tranquilos. Se sentaron en una sala sin apenas mobiliario. Nina comenzó poniendo en marcha una grabadora y dijo la hora y la fecha.

Alex, expectante, se reclinó en la silla.

—¿Qué percepción tuvo del incidente? —dijo Nina cuando dio por finalizados los preparativos.

—Me pareció ver algo brillando en el techo. Un minuto antes, dos tal vez. Pero estaba tan concentrado en lo que iba a decir que no reaccioné.

—¿Brillando? ¿Podría haber sido una luz?

—Sí, es posible.

—¿Un espejo?

—También. Realmente no lo sé. Podían ser reflejos en una mira telescópica.

Enseguida se sintió estúpido. No hacía falta mira telescópica para disparar a una persona desde esa distancia.

Linda fingió no haber oído el comentario.

—¿Qué puede decir de las personas que estaban sentadas alrededor de Ljunggren?

—Tenían el aspecto habitual de las personas que veo todos los días.

Nina alzó las cejas y lo miró.

—Por lo general, las personas que vienen a mis seminarios llevan trajes caros y camisas que no se planchan; llevan bolsos elegantes o relojes muy caros. Cortes de pelo de unas mil coronas si se trata de un hombre y unas tres mil si es una mujer.

Contuvo el aliento. Balbuceaba pero le resultaba difícil contenerse.

—Siempre se ríen en el momento oportuno, sonríen mucho, aparentemente están de acuerdo con lo que digo pero, al mismo tiempo, les preocupa lo que puedan pensar sus colegas. Van al seminario porque el jefe se lo ha pedido. Él —generalmente es un hombre— considera que es más barato, pero sobre todo más fácil, enviármelos a mí una vez al año para que desarrollen sus habilidades.

—¿Más barato que ser para ellos un buen líder?

Alex levantó una ceja. Sonrió y asintió.

—Exacto. Luego envía a su propio participante, porque siempre le surge algo a última hora. De ese modo evita cambiarse a sí mismo.

—Me lo figuro —dijo Nina—. ¿Alguna persona que se moviera más que las demás?

Alex miró al suelo mientras buscaba en la memoria.

—No.

—¿Miraba alguien a Ljunggren?

—Me miraban a mí —dijo él encogiéndose levemente de hombros.

—Usted era el protagonista. ¿Con qué frecuencia da estas conferencias?

Él carraspeó.

—Delante de tanta audiencia, solo una o dos veces al año. La preparación lleva mucho tiempo.

Ella iba tomando notas a pesar de que la grabadora estaba en marcha.

—¿Así que se estropeó su gran momento?

¿Fue así? Alex pensó en los meses que había dedicado a preparar la conferencia y en el estado de nervios que había acumulado los días previos. Era solo un trabajo, pero ella tenía razón. Claro que había sido un gran anticlímax. Volvió a encogerse de hombros. Seguía teniendo un montón de compromisos, ¿no?

—Es difícil mantener la atención del público después de algo así. Se pierde el contexto, pero sí, sin duda es lamentable para alguien que se dedica a despertar el interés.

—¿Despertar el interés? —dijo Nina mirando hacia arriba.

—Una introducción importante que produce en el público curiosidad por el tema.

—¿Quién le despertó a usted el interés?

Él se echó a reír.

—Estoy rodeado de idiotas.

Cuando se le ocurrió esa introducción le pareció brillante. Ahora, en

retrospectiva, le sonó estúpida.

Ella arqueó las cejas, pero no sonrió.

—Debería de funcionar.

—¿Qué sabe de Claes Ljunggren? —añadió ella.

—Importante en la década de los ochenta. Financiero. Capitalista de riesgo. Criticado infinidad de veces.

—Veremos qué dice la familia. Mañana hablaremos con la hija.

—¿En qué van a centrar la investigación?

Ella lo miró con severidad.

—No puedo decirlo.

Hablaron un rato acerca del contenido de la conferencia. Después ella se levantó de repente. Él también lo hizo. Todo acabó demasiado rápido.

Nina leyó la transcripción de la conversación con Alex King, que no era un interrogatorio, se recordó a sí misma. Normalmente no sentía mucha simpatía por los consultores, hablaban mucho pero no estaba convencida de que pudieran poner en práctica todo lo que afirmaban. Pero Alex King no había intentado impresionarla. Muchos hombres extendían las plumas y se pavoneaban, pero King había sido muy equilibrado. Nina supuso que él tenía bastante autocontrol y le daba la sensación de que podía resultar difícil en un interrogatorio.

Habían finalizado la conversación sobre el contenido de su conferencia y ella, involuntariamente, había sentido curiosidad. No lo había demostrado, por supuesto, ya que el motivo por el que él estaba allí era otro. Ella procuró mantener un tono profesional a lo largo de toda la conversación. Cualquier otra cosa habría sido inaceptable.

Tal vez se pusiera en contacto con él más adelante durante la investigación. No descartaba que tuviera que hacer una llamada de seguimiento. Ahora debía centrarse en la reunión con Linda, la hija de Ljunggren.

7

—¡Tienen que encontrar al asesino de mi padre!

Linda Ljunggren estaba furiosa y Hellmark podía entenderlo. Nina y él estaban en el apartamento de sus padres. La madre dormía, según dijo Linda. O se había emborrachado. La noticia del asesinato había copado todas las portadas y abierto todos los noticiarios. El despliegue que la prensa había realizado en torno al suceso se había llevado a cabo de manera espectacular y con profesionalidad. Tenían el arma. La víctima era un financiero muy conocido. Y Hellmark, según el jefe de la policía Mikael Ulvgrens, había respondido a todas las preguntas que pudo.

Recitó lo de costumbre.

«Tenemos algunas pistas»: verdadero.

«Tenemos muchas esperanzas de encontrar al asesino»: falso.

«Necesitamos la colaboración de la gente»: verdadero a medias. En realidad eso era lo que creaba más problemas. Estocolmo estaba lleno de locos.

—Creo que hacía bastante tiempo que no se veían.

Linda abrió un poco la boca. Entornó los ojos.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Su madre.

—Esa cerda —dijo mirando hacia atrás por encima del hombro, como si existiera el riesgo de que su madre entrara en la habitación.

—¿Es cierto? —preguntó Hellmark.

Ella asintió con la cabeza.

—Cinco años. Íbamos a vernos la próxima semana. Él había decidido viajar a Londres y allí se quedaría en mi casa. Últimamente nos habíamos acercado un poco.

Hellmark miró a Nina y vio que estaba tomando notas.

—¿Por qué hacía tanto tiempo que no se veían?

La respuesta llegó como una bala.

—¿Qué importancia tiene eso? No puede ser el motivo de que a mi padre lo, lo… —Hizo una pausa y se quedó mirando al frente—. Lo mataran —añadió por fin.

Hellmark se preguntó cuántas opciones habría imaginado antes de elegir que lo habían matado: ¿asesinado?, ¿ejecutado?, ¿eliminado?

Él se echó hacia atrás en la silla.

—Queremos encontrar al culpable.

Linda Ljunggren se miró los zapatos. Luego levantó la vista y suspiró.

—Aparecerá de todos modos, ¿no?

Hellmark asintió. Antes o después, siempre sucedía. Generalmente antes.

—Mi padre era un mujeriego. No había mujer a la que no quisiera tirarse. Es un secreto a voces. Ha estado con las esposas de la mayoría de sus conocidos del ramo de las finanzas.

Ella volvió la cabeza hacia la ventana y miró el panorama gris del exterior.

Hellmark esperó.

Ella contuvo la respiración.

—Pero parecía que había sucedido algo las últimas semanas. Me llamó por teléfono. La verdad es que lo había hecho otras veces antes, aunque yo nunca contestaba. Me dejó algunos mensajes por mi cumpleaños, pero no le devolví las llamadas.

Ella guardó silencio.

—¿Por qué le devolvió la llamada en esa ocasión?

En el entrecejo de ella se formó una arruga.

—No estoy segura. Pero sonaba… distinto. No puedo explicarlo. Me pidió que lo llamara. Lo había hecho antes, pero esa vez parecía que lo decía de verdad.

—¿Así que lo llamó? —dijo Hellmark.

Ella asintió.

—Así es —dijo mirando a Nina de reojo, que sonrió para darle ánimos—. Tal vez suene cursi, pero percibí en mi padre una armonía que no había notado nunca. Me preguntó cómo me iban las cosas, y era evidente que escuchaba.

—Linda —dijo Nina—. Sabemos que su padre tenía enemigos.

Linda resopló.

—¿Quién cree que puede estar detrás de esto?

Nina sacudió la cabeza.

—Podría ser cualquiera —dijo.

«Número desconocido».

—Alex King al habla.

—Hola. Soy Jonsson, de TV4. ¿Es cierto que eres el único que vio estallar la cabeza de Ljunggren en pedazos?

Alex contuvo la respiración e hizo girar la silla. Estaba sentado delante de su escritorio en la oficina del Wenner-Gren Center. No se había parado a pensar que los medios de comunicación pudieran estar interesados en él. Sus dedos empezaron a tamborilear en la mesa. ¿Cuál sería la respuesta correcta?

—No creo que tenga mucho que decir.

—Entiendo —dijo Jonsson—. ¿Podemos vernos? Mañana por la mañana vamos a reunir a algunos invitados en el sofá, y tu presencia haría que la reunión fuera verdaderamente de utilidad.

«¿El sofá de la mañana?», pensó Alex. No sabía nada de los avances de la policía. No había nada con lo que pudiera contribuir.

—Me parece que no aportaría gran cosa. Además, realmente no sé si debo…

—Estarán G. W. Persson, jefe de la policía judicial central, y la viuda de la víctima. Va a ser muy ameno.

Alex se levantó y se sacudió unas inexistentes motas de la chaqueta. La mujer tenía que estar destrozada. ¿Qué pretendían? Sin duda eran como los que filmaron el cadáver de Ljunggren con sus móviles. De los que paraban en los accidentes de tráfico y se sentían decepcionados si no veían algo realmente sustancioso.

—Creo que no me interesa —dijo.

—¡Espera! No lo estás interpretando bien. Queremos ofrecer una imagen completa de todos los involucrados. De todos los que se vieron afectados por lo ocurrido. Es decir, debes dormir bastante mal, ¿no? —dijo Jonsson.

Alex sintió que el cuerpo se le ponía rígido.

—Te lo agradezco, pero no, gracias —dijo, dando por finalizada la conversación.

Apagó el teléfono.

Gabriel Hellmark se limpió la boca y metió los restos de la insípida ensalada de pasta en el fondo de la papelera. Le llegaban continuos correos electrónicos con la advertencia de que no se podían tirar restos de comida en los despachos. Era antihigiénico y había problemas con las moscas de la fruta. La lista de inconvenientes sanitarios que podía acarrear era extensa.

Puso un papel encima del plato de plástico. Lo que no se ve no existe.

Marcó un número en el móvil y esperó. Tampoco obtuvo respuesta. ¿Dónde diablos estaría? Hellmark no quería admitirlo, pero empezaba a preocuparse. Era un comportamiento anormal. El hombre al que llamaba siempre contestaba. Siempre. Era demasiado curioso para no hacerlo.

Hellmark suspiró y guardó el teléfono. Justo cuando iba a centrarse de nuevo en la investigación vio un rostro que asomaba por la puerta.

—Esto va a gustarte —dijo Nilsson, uno de los investigadores del equipo de Hellmark, levantando un papel.

Hellmark extendió la mano. Nilsson dejó el papel sobre su desordenado escritorio.

La mirada de Hellmark reparó en el título.

—«Por qué ha muerto Claes Ljunggren».

Se volvió hacia Nilsson y alzó las cejas.

—Hace diez minutos que lo han traído.

Hellmark gruñó. Tardaban demasiado tiempo en darle las cosas. Leyó el texto y sintió que empezaba a ponerse tenso.

Hace tres meses, Claes Ljunggren recibió una petición de pago de veinticinco millones de coronas por la protección de su persona. Tras repetidos avisos se negó a pagar. Según las condiciones, moriría si no pagaba. Ante sus constantes negativas a pagar dicha cantidad, hace un mes se le informó de que iba a ser asesinado.

Ljunggren volvió a negarse, por lo que fue ejecutado por nosotros en Upplands Väsby el miércoles 13 de abril de 2010. El arma que se utilizó fue un Blaser Tactical 2, que fue hallado colgando del techo de la sala principal del Scandic InfraCity. Empleamos una bala sin camisa.

Hellmark se quedó mirando el papel. «Cabrón, y además arrogante», pensó.

«Fue ejecutado por nosotros».

«Nosotros».

¿Cómo diablos sabían qué el arma era un Blaser?

«Empleamos una bala sin camisa».

Nadie sabía qué clase de munición se había empleado. La policía no facilitaba nunca ese tipo de detalles, a menos que se hubieran agotado otras opciones. Se volvió hacia Nilsson.

—¿Quién ha visto esto?

Nilsson se encogió de hombros.

—Yo. Tú. El policía de guardia. Tal vez alguien más. Holmgren pasaba por allí cuando yo lo estaba leyendo.

—¡Diles que vengan inmediatamente!

Nilsson había aprendido algunas cosas de sus anteriores conflictos con Hellmark. Desapareció al instante. Hellmark se rascó la cabeza y volvió a leer la carta. Alguien había filtrado información clasificada, así que ahora había que evitar que la cosa fuera a más. Había que cortar todas las conversaciones en los pasillos acerca de esa carta.

«Veinticinco millones de coronas por la protección de su persona».

Hellmark dudaba de que la carta fuera auténtica. ¿No debería haber dicho algo la señora Ljunggren si hubiera habido una amenaza real?

Alguien había tenido suerte. Había acertado, simplemente eso.

Sonó el teléfono.

—Acabamos de recibir una carta con información de la ejecución de Claes Ljunggren. Parece que habéis encontrado el arma homicida colgando del techo. ¿Quieres hacer algún comentario al respecto?

Roslund, de *Aftonbladet*.

Hellmark asió con fuerza el auricular.

—Sabes que no hago comentarios sobre la investigación —dijo, y percibió cómo empezaba a respirar más fuerte.

Roslund bajó la voz.

—Parece que fue un Blaser Tactical. ¿No es un poco exagerado, por así decirlo?

Se oyeron unas risitas y Hellmark colgó el teléfono muy despacio. Sonó de nuevo en el mismo momento en que Nilsson regresaba con todas las personas que habían visto la carta. Al siguiente timbrazo Hellmark, levantó el auricular.

—¿Sí?

—Dahlgren, del *Svenska*. ¿Quieres hacer algún comentario acerca de la carta que nos acaba de llegar? Suponemos que has recibido una igual ¿no? Se trata de Ljunggren, Claes Ljunggren. Según dice, ha sido ejecutado por una deuda de veinticinco millones. ¿Tienes algo que decir?

—No —dijo Hellmark.

—¿No qué?

—No, que no voy a hacer ningún comentario.

Colgó y quitó el sonido de llamada del teléfono. Sacó el móvil e hizo lo mismo. Mientras lo sostenía le entró una llamada. Volvió a guardarlo en el bolsillo. Apretó los ojos y sopesó la alternativa.

—Disculpa —dijo Nilsson, e hizo un gesto señalando a los cuatro hombres que estaban en el despacho.

Hellmark tomó la decisión en un segundo.

—Olvídalo —dijo agitando la mano.

Nilsson se encogió de hombros e indicó a sus colegas que salieran. Sabía que no tenía sentido preguntar.

8

En la reducida sala de conferencias había una mesa inestable en forma de herradura, y Gabriel estaba sentado en el centro, al lado de la pizarra. A su lado había un proyector, un curioso vestigio de una época pasada. Cerca de la puerta había un dispensador de agua que se cambiaba cada seis meses. Uno de los tubos fluorescentes colgaba torcido, otro se había estropeado y parpadeaba cada tres segundos.

Hellmark miró a su grupo. Había cinco personas sentadas a la mesa y cada una tenía un bloc de notas. Al fondo de la sala, un poco apartado de la mesa, estaba sentado Ulvgren, el jefe de la policía. No era extraño que asistiera, ya que tenía competencia para intervenir en lo que considerase oportuno, pero hacía que Hellmark se sintiera vigilado.

Göransson era un investigador ya mayor que se ocupaba de tareas rutinarias, con tan mala salud que estaría mejor ingresado. Era la imagen de un infarto ambulante. Sundström era muy joven, poco más de veinticinco años. En opinión de Hellmark, tendría que haber seguido trabajando de uniforme un poco más de tiempo. Nilsson era de la edad de Hellmark. Sus conclusiones eran muy prudentes y había algo en sus modales que sacaba a Hellmark de quicio. Enfrente estaba sentada Nina, que era sin duda la más brillante del grupo. Sus méritos eran excelentes. La había contratado el propio Hellmark y estaba impresionado por su modo estructurado de hacerse cargo de las tareas, y a la vez era posible comunicarse con ella. Normalmente era una cualidad o la otra, pero le parecía que Nina era una lograda combinación de ambas. Korell, por último, era un policía a la antigua, y eso que no era mayor, uno de los que se solían mandar a llamar a las puertas. Su vitalidad intelectual dejaba indudablemente mucho que desear.

Hellmark encendió el portátil y en la pantalla apareció la desafortunada carta.

—Lo que sabemos es que todos los periódicos han recibido la misma carta —dijo volviéndose hacia la pantalla—. ¿Qué podemos decir acerca de ella?

Señaló a Göransson.

—Papel estándar —dijo con su voz sibilante. Se había fumado una considerable cantidad de cigarrillos durante los últimos cuarenta años, hasta que su mujer por fin lo convenció de que lo dejara.

—Impresora estándar de tinta estándar. Ninguna huella dactilar. Se entregó por mensajería. UPS. Ellos no saben nada. El pago de la factura va a una empresa que no existe, ubicada además en una dirección que tampoco existe.

—¿Podemos decir algo acerca de la forma de expresarse?

Hellmark señaló a otro investigador.

—¿Sundström?

Sundström se rascó la pierna. Tenía un aspecto muy juvenil e inocente.

—En realidad no. El modo de escribir es seco, casi formal. La carta describe el curso de los acontecimientos de un modo directo.

Luego empujó la silla un poco hacia atrás y señaló hacia la pantalla.

—La tercera línea. Según las condiciones, moriría si no pagaba. Lo fácil hubiera sido que para presionarlo hubieran utilizado apodos. He oído por ejemplo el epíteto *Ljug-gren*[1], pero no hay nada de eso. Solo la constatación de que si no paga, muere. La frase siguiente: «Ante sus constantes negativas a pagar dicha cantidad, hace un mes se le informó de que iba a ser asesinado».

—Pero ¿es auténtica? —preguntó Nina.

Eso era algo con lo que Hellmark había estado luchando todo el día. ¿Era auténtica o solo una broma absurda? ¿Algún loco que quería llamar la atención?

—Yo creo que es auténtica —dijo Sundström—. Los locos comunes son más sentimentales. Asumen la responsabilidad, o el honor. Quiero decir que… un mismo mensaje puede expresarse de un modo mucho más eficaz. —Luego miró a su alrededor y añadió—: ¿No os parece?

Hellmark volvió a gruñir. Se dio cuenta de que Korell estaba jugando con el móvil.

—Vale. Creemos que la carta es auténtica y que la envían los asesinos de Claes Ljunggren. Tenemos que averiguar el motivo. ¿Alguien? —preguntó mirando a su alrededor.

—¡Eh! —dijo Nilsson—. Querían dinero, pero no consiguieron nada.

Hellmark se miró las manos. Suspiró del modo más contenido que pudo.

—Eso lo entiendo perfectamente. Quiero saber el motivo de que nosotros y la prensa hayamos sido informados. ¿Por qué razón quieren decirnos de qué modo actúan? ¿Alguna idea?

El silencio era palpable. Se miraron unos a otros. Alguien daba golpes en el escritorio con el bolígrafo.

—Ruido de sables —dijo Ulvgren desde el fondo de la sala, donde estaba sentado.

Hellmark asintió. Estaba de acuerdo, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. No pensaba reconocer que el jefe de la policía sabía algo acerca del verdadero trabajo policial.

—Alguien quiere que todos sepan lo que les ocurrirá si se niegan a pagar —continuó Ulvgren.

—¿Todos? —dijo Nilsson—. ¿Por qué todos?

—Buena pregunta —respondió Hellmark—. Es posible que otras personas adineradas estén siendo víctimas de extorsión. Sabrán a través de la prensa que es absurdo no pagar. Tendremos que averiguar quién más ha sido amenazado.

Ulvgren carraspeó antes de hablar.

—No va a ser fácil. Seguramente las exigencias de los extorsionadores incluyan una condición.

—No avisar a la policía —dijo Hellmark.

—Una vez que ya saben que no se trata de simples amenazas, surge el desafío. Esas personas pueden pagar. Para ellos, veinticinco millones no es más que un error de redondeo en sus fortunas privadas —añadió Ulvgren.

—¿Y el arma? —dijo Hellmark.

Se oyó un ruido de papeles.

—Fue comprada en un establecimiento de venta de armas en Berlín. Por un tal Gerhard Schröder —dijo Nina levantando la vista—. Sí, el mismo nombre que el del excanciller.

—¿Será alguien que se está riendo de nosotros? —dijo Korell.

—Alguno tendrá que ir a ese establecimiento para averiguarlo. ¿Quién lo hace?

Sundström levantó un dedo.

—Puedo ir yo.

Siguieron discutiendo un rato más. El crimen organizado era un objetivo obvio en la investigación. Este tipo de acciones requería preparación y recursos.

Pero a la vez no se percibía como algo auténtico. Era demasiado perfecto, demasiado pulcro. Ninguno de los soplones habituales sabía nada. Detrás del asesinato de Claes Ljunggren no podían estar los traficantes tatuados de Rohypnol. Eso lo había hecho alguien con habilidad para planificarlo y suficiente frialdad como para revelar su existencia.

La sicario se abrochó el sujetador y se colocó bien los tirantes. Cuando todo esto terminara se pasaría en biquini un mes entero. La esperaban regiones más cálidas. Tal vez se buscara un amante, o dos; hacía bastante tiempo que no tenía en cuenta sus necesidades físicas. Tampoco es que mantuviera una total abstinencia sexual durante un trabajo. El sexo no influía para nada en la concentración, eso solo era un mito. Al contrario, casi nunca estaba tan relajada como después de practicar sexo.

Se trataba más bien de una cuestión práctica. En Estocolmo no tenía contactos. Si quería estar con un hombre se vería obligada a darse una vuelta por los bares y eso era arriesgado. Sus clientes podían llamar en cualquier momento.

De hecho, su contacto acababa de llamar por teléfono para un encargo. Era posible que tuviera que realizar otro trabajo. ¿Para cuándo estaba previsto?

Le contestó que tendría que esperar por lo menos dos semanas, pero que la tarifa era la misma. Enseguida llegaron a un acuerdo.

Ella no tenía nada que hacer. Con lo único que llenaba los días era corriendo una hora por la mañana y haciendo una sesión en el gimnasio del hotel por la tarde. Indudablemente le gustaba mantenerse en forma, pero las horas intermedias eran aburridas.

Ese año había hecho cuatro trabajos. Trabajos sencillos, pero bien pagados. En enero había disparado a una mujer directamente al corazón con una pistola. Lo hizo de cerca y la mujer la miró a los ojos con gesto de asombro. Cayó en sus brazos y ella se limitó a dejarla en el suelo y marcharse. Todo transcurrió en pocos minutos. Fue por la tarde y había poca gente fuera. Recordaba que pasó mucho frío.

Cuando volvió a pensar en lo sucedido se dio cuenta de que había sido la primera mujer que había matado.

Se vistió. Medias negras, falda negra corta. Blusa blanca. Chaqueta gris. Salió al balcón y encendió un cigarrillo. Lo sostuvo entre los labios mientras se abrochaba la chaqueta.

Con sus tarifas, el cliente no esperaba otra cosa que no fuese un trabjo profesional. Lo único que había en los periódicos del día siguiente era que la mujer fue hallada muerta con un disparo en el corazón. Ningún testigo. Ninguna huella.

La policía nunca la había detenido. Sus huellas dactilares no estaban en ningún registro. La Interpol no sabía de su existencia.

La cuarta víctima del año fue Claes Ljunggren. La muerte fue inusualmente espectacular, en eso estaba de acuerdo. Los titulares se llenaron con el rostro de Ljunggren; tendría que haber sido ciega para no verlo.

No tenía ni idea de quiénes eran sus objetivos. Tampoco le interesaba saberlo. Solo hacía su trabajo y luego pasaba al siguiente.

Y ahora había un nuevo nombre en la lista.

—¿De verdad no dijo nada acerca del chantaje? —preguntó Gabriel Hellmark sin creerse una palabra de lo que decía Sara Ljunggren.

Ella negó con la cabeza. Tenía la mirada borrosa y sus ojos no seguían los movimientos de la cabeza. ¿Pastillas tal vez? ¿Alcohol? Algo de eso era.

Se volvió hacia Linda Ljunggren.

—¿Le dijo algo a usted?

Ella frunció el ceño.

—No directamente. Pero, como ya he dicho antes, parecía distinto.

—Sí —dijo Sara Ljunggren—, distinto.

Su hija la miró y Hellmark habría hecho cualquier cosa por entender el significado de esa mirada.

—Es lo que acabo de decir, mamá. —Luego se volvió hacia Hellmark—: Papá habló de que tenía una oportunidad de volver a empezar. Que había decidido no ser tan ambicioso; que se había dado cuenta de que había cosas más importantes en la vida.

A Hellmark le pareció que eso sonaba como que el hombre se había vuelto religioso.

—¿No hay indicios de lo que quiso decir?

—Quería hablar más cuando nos viéramos. Iba a enseñarme algo. —Se rodeó el cuerpo con los brazos y se estremeció.

Alex salía de visitar a un cliente en uno de los rascacielos Hötorgshusen. Una empresa financiera quería hablar de estrategias de comunicación interna y él esperaba encargarse del proyecto. Se detuvo en Sergelgatan. Sentía una gran presión en la nuca que se le extendía hacia la parte inferior del hombro izquierdo. Se palpó el bolsillo de la chaqueta. El sobre seguía ahí. Lo abriría cuando llegara el momento, pero no había tenido ocasión. Era cuestión de mantener el estado de ánimo adecuado ante algo así. Ignoró el dolor y sacó el móvil. Las once y media. La idea de ir a la oficina no lo atraía lo más mínimo. Pensó en las tareas que lo estaban esperando allí, y ninguna de ellas era especialmente tentadora.

Se dirigió de nuevo a la entrada del edificio. «¿Y si antes entro otra vez para un almuerzo rápido en el Grodan?». Mientras pensaba, repasó las llamadas recibidas y vio la de Nina Mander un poco más abajo.

Arqueó las cejas. ¿Por qué no? Pulsó la tecla de devolución de llamada. Ella respondió al instante.

—Bueno, estamos avanzando. En estos momentos tratamos de averiguar quién sabía algo acerca de los negocios de Ljunggren. Según parece, su familia no tiene ninguna pista. Pero no puedo hablar de eso con usted.

—Claro que puede. Pero no quiere.

Alex se apartó de un par de adolescentes que iban vociferando hacia él, convencidos de que podían ocupar todo el espacio que quisieran. Uno de ellos se acercó mucho, como si realmente quisiera tropezar con alguien.

—Hable con Linklaters —dijo mientras se daba la vuelta.

—¿Qué es eso?

—Los abogados de Ljunggren.

Se quedaron en silencio un momento.

—Puede ser una buena idea. Lo haré —dijo ella.

Él decidió que tenía hambre, así que volvió a entrar en el rascacielos y se dirigió al restaurante.

—¿Cómo sabe quiénes eran sus abogados? —preguntó Nina.

—Mi trabajo consiste en saber esas cosas —dijo sonriendo.

Una hora después, Hellmark y Nina estaban en casa de Thomas Nyberg, abogado y socio del bufete Linklaters. Su despacho era elegante pero estaba amueblado con discreción. Gafas discretas, corbata discreta. La chaqueta

colgada en la alta silla de escritorio. La camisa sin la más mínima arruga a pesar de ser tan tarde. El ambiente era tranquilo y reservado.

—No sé si es conveniente hablar de esto —dijo Nyberg.

—Teniendo en cuenta la naturaleza del delito, lo mejor sería que evitáramos los obstáculos jurídicos —dijo Hellmark mirando a Nyberg a los ojos—. Nos gustaría encontrar al asesino cuanto antes.

Nyberg no se sorprendió. Reconocía una maniobra de negociación en cuanto la veía.

—¿La familia no tiene conocimiento de ninguna amenaza? —dijo.

Hellmark y Nina negaron a la vez con la cabeza.

—Tenemos los ordenadores de Ljunggren —dijo Hellmark—, así que al final lo encontraremos todo. Pero, como he dicho, preferiría ahorrar tiempo.

Nyberg miró unos segundos al enorme comisario. Luego cogió una carpeta delgada que estaba encima del escritorio. La miró con gesto de asco, como si no supiera qué hacer con ella. Se la entregó a Hellmark.

—Claes me confió esto. Yo no sé mucho, en realidad.

Hellmark abrió la carpeta. Cuatro cartas escritas a ordenador, todas dirigidas a Claes Ljunggren. Echó un vistazo y se quedó sin aliento. Cerró la carpeta. Miró a Nina y dijo:

—Ya veo.

—Intenté aconsejarlo acerca de qué estrategia emplear —dijo Nyberg levantando las manos.

—¿Y cómo cree que funcionaron sus consejos? —preguntó Hellmark.

Luego se levantó y salió del elegante despacho a grandes zancadas. Nina se disculpó y fue corriendo detrás de su jefe.

—¿Cómo supiste que Ljunggren estaba relacionado con ese imbécil? —preguntó Hellmark en el ascensor mientras bajaban.

—Alex King —dijo ella mirando la carpeta.

Nina leyó las cuatro cartas con creciente fascinación. Cortas, bien escritas, no cabía la posibilidad de que se interpretaran mal. La primera decía simplemente que Claes Ljunggren había sido elegido entre un número de personas para pagar veinticinco millones por su protección personal. Querían el dinero en un plazo de dos meses. Respetaban —en ese punto se detuvo, ponía realmente «respetamos»— que quisiera tener un poco de tiempo para pensarlo, y

sobre todo para conseguir el dinero. Le indicaban que lo enviara a una cuenta en las Antillas Holandesas.

«¿Dónde está eso?», pensó.

—Ah, el conferenciante. ¿Por qué hablas con él? Ten cuidado con los consultores, solo le complican la vida a la gente.

Ella asintió con la cabeza, dándose cuenta de que Hellmark estaba molesto.

—Es una persona un poco especial, pero sabía quién llevaba los negocios de Ljunggren —dijo Nina, y siguió leyendo.

Se detuvo pensando lo que acababa de decir. ¿Especial? ¿Por qué había dicho eso?

La segunda carta informaba de que los extorsionadores no habían recibido respuesta de Ljunggren. Se preguntaban si algo no había quedado claro. El encabezamiento parecía proceder de una agencia de cobros.

«Recordatorio uno».

Nina sacudió la cabeza lentamente. Era diabólico. La tercera carta era similar. El tono seguía siendo correcto, y ella percibió que no se tomaban a Ljunggren en serio. Era demasiado prolija, demasiado aséptica.

La cuarta carta era interesante. El título era «Decisión».

Ya que Claes Ljunggren —número de DNI— no había respondido a la petición, habían decidido ejecutarlo en una fecha determinada. Figuraba incluso el tipo de arma que tenían intención de utilizar.

Salieron del ascensor en la planta baja y se encontraron con una horda de trajes y vestidos, todos con portafolios e iPhones. Hellmark se dirigió a grandes zancadas hacia la salida del edificio ubicado en Regeringsgatan.

Nina cerró la carpeta. Las cartas no contenían la condición habitual de no contactar con la policía. Sin embargo, Ljunggren no lo había hecho. Tal vez pensaba que se trataba de otra transacción comercial que él podía controlar, o tal vez su abogado no fue capaz de concebir una estrategia suficientemente sostenible. Tal vez Ljunggren se creía inmortal.

¿Y si había otros como Ljunggren?

9

Roger Axberg se miró en el espejo. Estaba orgulloso de su cuerpo. A pesar de tener cincuenta años tenía la forma física de un hombre con la mitad de años que él.

Hacía *kickboxing* para mantener la agilidad y la movilidad e iba al gimnasio para no perder masa muscular. Además de correr veinte kilómetros semanales de abril a octubre y llevar una estricta dieta todo el año. Algunos conocidos de su misma edad se preguntaban cómo lo haría. Sin embargo, la mayoría se preguntaba por qué.

La razón era simple. A Roger Axberg le gustaba mantenerse en forma. Eso le hacía sentirse joven.

Estaba casado y sus hijos ya casi eran mayores; sin embargo, un par de veces al mes frecuentaba los bares de copas de la ciudad de un modo relativamente desinhibido. Era raro que no lograra llevarse a una mujer a cualquier habitación de hotel.

A veces sacaba su tarjeta platino, porque si había algo que funcionaba alrededor de Stureplan era el dinero.

Roger Axberg tenía dinero. Más concretamente, nadaba en dinero. Había tenido algo de suerte. El póquer *on line* había hecho explosión unos años antes. Él era jugador de póquer desde su juventud y tenía conocimientos del comercio electrónico, de modo que se las había arreglado para conseguir el liderazgo en el ramo.

Acababa de vender su empresa de póquer *on line* a los americanos y había obtenido trescientos millones hacía solo un mes. Al contado. Sin acciones en ninguna dudosa sociedad de capital riesgo. Sin que tuviera que seguir trabajando como gerente durante dos años.

Al contado. *Cash on the table*.

Trescientos millones.

De acuerdo, muchos tenían bastante más. Pero la economía de Roger Axberg estaba ya asegurada. Sabía que, si quería, no tendría que madrugar durante el resto de su vida.

Trescientos millones.

Y se los gastaba con entusiasmo.

Hacía cuatro semanas que tenía el dinero en la cuenta y ya se había gastado treinta millones en la compra de un piso, tres coches nuevos que no necesitaba en absoluto y un crucero alrededor del mundo con su mujer y los tres niños, aunque él creía que solo uno de ellos se lo merecía. Niños mimados que no se esforzaban.

Y una suma desconocida de miles de coronas en un número igualmente desconocido de mujeres.

Roger Axberg estaba satisfecho con lo que había logrado. Vivía bien, y ahora alguien tenía intención de destruirlo todo.

Bajó la vista hacia la carta que tenía en la mano. Cuando leyó el texto no supo bien qué pensar. Al principio creyó que era algún tipo de publicidad. Pero enseguida se dio cuenta de que era posible que le estuvieran pidiendo un donativo; que alguien se hubiera enterado de la venta del negocio y quisiera obtener un trozo del pastel. Y, en cierto modo, tal vez se trataba de eso exactamente: una carta pidiéndole un donativo.

La carta comenzaba así:

¡Enhorabuena por el éxito de la venta de PokerMasters!

PokerMasters era la empresa que había comprado TH Poker a Roger Axberg. Sin duda, la venta no era ningún secreto, pero tampoco era una noticia pública. No había aparecido en los periódicos, por ejemplo. De lo cual él se alegraba, ya que se consideraba que el póquer en internet estaba poco regularizado aún.

Muchos suecos viven hoy en día bajo serias amenazas. El mundo se vuelve más peligroso cada vez. Por ello ofrecemos el cien por cien de protección contra las amenazas externas.

Hasta ahí no había nada raro. Alguien había rastreado su fortuna y quería ofrecerle protección. Por el momento estaba convencido de que se trataba de alguna empresa de seguridad que quería instalar una alarma carísima en su piso nuevo. O tal vez venderle un Mercedes blindado.

Cuando terminó de leer se dio cuenta de que estaba totalmente equivocado.

Quedamos a la espera de recibir cincuenta millones de coronas en la cuenta que figura más abajo en un plazo de cuatro semanas. Entendemos que se necesitan ciertos preparativos, pero por esa cantidad te aseguramos una protección completa para toda la vida. Si no aceptas las condiciones, lamentamos no poder garantizar tu seguridad.

No se trataba de una carta pidiendo un donativo. Era una asquerosa amenaza.

Roger Axberg se vistió. Eran las diez de la mañana. Ya no tenía ninguna oficina a la que ir, era un hombre libre después de haber trabajado durante más de treinta años.

«Cincuenta millones».

«No un millón. Ni cinco ni diez».

«¡Cincuenta! ¿A qué clase de loco se le habrá ocurrido esto?».

Roger Axberg trató de mantener la cabeza fría. Había dos preguntas a las que tenía que responder.

La primera era si todo eso sería real.

Hasta él mismo lo había leído en los periódicos. Sabía lo que le había ocurrido a Claes Ljunggren. Los titulares de las crónicas de sucesos, las descripciones repletas de detalles acerca del modo en que el cráneo de Ljunggren había volado por los aires. El dolor de la familia. El desconsuelo de la viuda. La hija que viajó desde Inglaterra para encargarse del entierro.

Era como leer una novela policiaca. Axberg se frotó la barbilla. ¿Cómo era posible que algo así le ocurriera a él?

La otra pregunta era más difícil todavía.

¿Qué demonios iba a hacer al respecto?

10

Fredric Hellmark miró su reloj. Era muy elegante. Un Superocean con una esfera bastante más funcional y un diseño más actual que el Breitling. Tenía el mismo mecanismo y la misma tecnología sofisticada y no se rompía nunca. Era, por así decirlo, indestructible.

Hizo un cálculo rápido.

—Me da tiempo —dijo a Martina, y le dio un beso en la mejilla.

Ella dejó el trapo de secar los platos encima del fregadero, se volvió hacia él y se puso las manos a los lados; suspiró y sacudió la cabeza.

—No te da tiempo —dijo.

—Iré rápido —dijo Fredric—. Luego ayudaré en lo que sea.

Estaba cerca de la sala de *squash*. Diez minutos para llegar, media hora de juego, ducha incluida, otros diez para volver a casa.

Tiempo de sobra.

—Siempre dices que tengo que moverme. Me encanta mantenerme en forma para ti —dijo mientras le rodeaba las caderas—. No todo el mundo puede estar tan bien como tú. Me daré prisa —añadió, y le dio un pequeño pellizco en el culo.

—Ni siquiera hemos cortado la carne —dijo ella—. Ni hemos hecho la ensalada. La mesa no está puesta. Hay que dejar los calabacines en el horno. No te da tiempo.

Fredric se inclinó y besó a Martina en la frente.

—Claro que me da tiempo, cariño. Prometo ser rapidísimo.

—Los invitados llegan dentro de tres horas. Si vas a estar fuera dos, no nos dará tiempo. Necesito más manos.

Fredric sonrió todo lo que pudo.

—¿No estarás insinuando que salgo con Christer demasiado a menudo? Hace medio año desde la última vez.

Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa recelosa, consciente de que había cambiado de tema.

—Además no van a ser dos horas, sino poco más de una. Hora y media como mucho —concluyó.

Se volvió hacia la húmeda pared de cristal que daba a la terraza. El gato negro lo miró desde fuera. Se levantó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en el cristal. Fredric dio un par de pasos hacia la puerta de la terraza y el gato desapareció al momento. Solo se había dado la vuelta para ver si Martina salía a la terraza. En cuanto ella iba hacia el marco del cristal, el gato volvía a aparecer. Así una y otra vez. Se escondía para todos los demás. Ella era la única a la que se acercaba.

Ella abrió la puerta de la terraza y lo dejó entrar. El animal se restregó contra sus piernas y se puso mimoso hasta que ella fue a buscar un plato de leche y lo colocó junto a la puerta.

Fredric frunció el ceño porque se lo había puesto dentro. No quería tener al gato en el interior de la casa sin necesidad y no pasaba nada porque comiera al aire libre. Martina acarició un momento el lomo del gato mientras este lamía la leche.

Una cosa estaba clara: si había tiempo para el gato, también lo había para el *squash*.

11

—¿Tienes un hermano? —le preguntó Nina a la mañana siguiente—. Nunca lo habías dicho.

Se dirigía a Gabriel Hellmark, que miraba al techo con ojos entornados.

—No puedes ni imaginar todo lo que no he dicho.

Ella le volvió a llamar la atención acerca de lo abarrotado que estaba el despacho. El cuarto no tenía más de doce metros cuadrados. Una mesa de escritorio y una silla para las visitas. Las paredes aparecían llenas de informes antiguos, algo de literatura y montones de material por el suelo. Ninguna foto, ningún objeto personal. ¿Flores? Ni en broma. Una chaqueta de la talla 58 colgaba en la silla de las visitas.

Cuando entró, él estaba sentado en silencio con el móvil pegado a la oreja. Una arruga en su entrecejo le sugirió que algo no iba bien. En cuanto la vio se guardó el móvil y la miró como si estuviera plenamente convencido de que había actuado de un modo anormal. Luego se pasó las manos por el cabello y le hizo una señal para indicar que se acercara.

—¿Qué sucede? —dijo Nina con suavidad, sentándose con una carpeta en la mano y teniendo cuidado de no arrugar la chaqueta que descansaba en la silla.

Hellmark suspiró. Le dijo que no podía localizar a su hermano. Que lo llevaba intentando desde hacía más de diez días y que era inconcebible que no contestara. Fredric generalmente no iba ni al cuarto de baño sin llevarse el portátil por si a alguien se le ocurría enviarle un correo de vital importancia justo en ese momento. Y ahora no contestaba.

Había algo que solían hacer juntos todos los años. Visitaban la tumba de sus padres en el cementerio Skogskyrkogården. Era la única tradición que habían logrado mantener y Fredric no faltaba nunca. Era él quien solía insistir en que

fueran. Y ahora ni contestaba ni devolvía las llamadas.

—¿Crees que puede haberle sucedido algo? —preguntó ella.

Hellmark sacudió la cabeza.

—No, a decir verdad. Pero llevo una semana intentando averiguar de qué se trata. Fredric a veces tiene sus cosas.

Nina no preguntó nada; mantuvo la boca cerrada y los oídos bien abiertos.

Él se rascó la cabeza.

—¿Cómo va lo de Ljunggren? —dijo.

Nina se recostó en la silla.

—¿Qué crees que le ha pasado? ¿Dónde puede haber ido?

—No creo nada. Deja eso ahora —dijo Hellmark levantando las manos—. Sigamos trabajando con Ljunggren.

—Pero debes presentir algo, ¿no?

Hellmark se levantó y empezó a pasear por el despacho. Se detuvo en la ventana y miró el cielo gris. Se encogió de hombros.

—Fredric vive su vida. No es asunto mío adónde va o deja de ir.

—¿Puede haber sucedido algo?

Él se dio la vuelta.

—Si le hubiera ocurrido algo a su familia, tampoco es cuestión de abrir una investigación.

Nina levantó las cejas. Eso no era exactamente lo que pensaba, pero significaba que se tomaba el silencio del hermano de un modo mucho más grave de lo que ella creía.

—Entonces, ¿tiene familia?

—Esposa y dos hijos.

—Tienes que pedir ayuda, especialmente si hay niños implicados.

—Solo si sospecho que hay delito.

Nina arqueó las cejas.

—¿No presientes que hay algo que está mal?

Hellmark se sentó de nuevo. La silla crujió bajo sus ciento diez kilos.

—Yo no pongo en marcha investigaciones solo por un presentimiento.

Se quedó en silencio un momento y miró el escritorio.

—Ljunggren ocupa todo el tiempo —dijo al fin.

—¿A quién más has llamado?

Él abrió los brazos.

—A nadie.

—¿Tienes el teléfono de su mujer?

—Solo uno antiguo que no usa ya. Si lo busco saldrá por algún sitio, pero no tengo tiempo para eso. Él va a aparecer.

—Puedes pedírmelo a mí —dijo Nina inclinándose sobre la mesa—. Déjame ver qué encuentro. Tal vez no haya motivo para preocuparse.

—Ya estoy preocupado —murmuró Hellmark.

Nina contuvo la respiración.

—Puedo mirar un poco por ahí. Acercarme a su casa…

Hellmark se frotó la barbilla.

—He ido varias veces. El buzón estaba lleno.

—¿Y qué has hecho con el correo?

Él señaló una pila de papeles que había en la esquina de la mesa.

—Me parece que una vecina tiene las llaves.

La miró, escribió la dirección en un papel y se lo entregó.

12

Dos horas y media más tarde se oyó un portazo. Fredric entró corriendo en la casa con la cara enrojecida y los pelos de punta.

—¡Hola! —dijo al entrar en la cocina desierta.

Se detuvo sorprendido al verlo todo recogido. El fregadero estaba totalmente limpio, sin una migaja en la brillante superficie. Se rascó la cabeza con una mano sudorosa.

Se quedó de pie entre la isla de la cocina y el fregadero, sintió el calor del horno. Se agachó e inspeccionó el solomillo de buey que había en el interior. Estaba empezando a adquirir un color marrón dorado, y se le hizo la boca agua al pensar en lo bueno que iba a estar.

Abrió el frigorífico y vio la ensalada. Un cuenco enorme cubierto de plástico. Vaya menú. Lo mejor era sacar la ensalada para que no estuviera demasiado fría a la hora de servirla. Tal vez tuviera tiempo para poner la mesa.

¿Qué platos escogería? ¿Cuáles habían utilizado la última vez? ¿Le había dicho algo Martina? Al llevar la ensaladera al comedor descubrió que la mesa ya estaba puesta.

Cuando iba subiendo la escalera miró el reloj. Las siete menos diez. Quedaba mucho tiempo.

Martina estaba en el cuarto de baño del piso superior.

—Hola, cariño —dijo besándola en la mejilla.

Ella estaba intentando ponerse un pendiente que él no había visto antes. Se quedó observando su postura erguida.

—Vaya, estás más guapa que nunca.

Ella no dijo nada.

Dejó en el suelo la bolsa del gimnasio, delante del inodoro. Se quitó la ropa y

siguió el mismo camino que la bolsa. Luego lo pensó mejor y la metió en el cesto de la ropa sucia.

—Había cola para acceder a los carriles —explicó mientras se pasaba las manos por las mejillas.

¿Le daría tiempo a afeitarse?

Eran las siete menos ocho minutos. Martina lo miró en el espejo, sin decir nada aún. Se retocó la raya de los ojos.

—Bueno, también hubo un poco de tertulia posterior —dijo mirándola de reojo—. Y de camino a casa vi a un muchacho con el capó abierto, se había quedado sin batería. Tuve que ayudarlo con las pinzas para poner el coche en marcha.

Martina seguía en silencio.

—Puede que en otra ocasión sea yo el que necesite ayuda.

—Los primeros invitados llegarán en cualquier momento —dijo ella en voz baja.

Él volvió a mirar a su mujer en el espejo.

—He puesto la ensalada en la mesa. Está todo listo. ¡Nos ha dado tiempo!

Martina apartó la vista y vio la bolsa en el suelo.

—¿No vas a tender la toalla del gimnasio?

—Humm.

Martina lo miró con la cabeza levemente inclinada hacia un lado. Él ya conocía esa mirada y sabía que lo mejor era seguirle la corriente.

—¿Sí, cariño?

—¿Vas a cambiar alguna vez? —dijo ella.

Él arqueó las cejas.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Martina le dio unas palmaditas en las mejillas con suavidad.

—¿No lo harías ni siquiera con un cuchillo en la garganta?

Él la miró sorprendido.

Ella salió del cuarto de baño.

Mientras empezaba a arreglarse, Fredric pensó que había tenido suerte al encontrar a Martina. Era sumamente indulgente.

Rompió uno de sus principios básicos y se afeitó a pesar de estar estresado. Se cortó dos veces en treinta segundos. Cuando estaba eligiendo la camisa sonó el timbre de la puerta.

Las siete de la tarde no era una hora adecuada para tener invitados a cenar;

en realidad habría que invitar a la gente a partir de las ocho. Había muchas cosas que hacer, incluso un sábado. Una hora más le habría venido de maravilla.

13

—Me he enterado de lo ocurrido —dijo Sandra mirándole profundamente a los ojos.

—¿De verdad? —dijo Alex evitando su mirada.

Ella lo había llamado hacía un par de horas y por alguna razón él había accedido a quedar con ella.

Sandra había insistido en que él necesitaba algunos cuidados por haber presenciado algo tan terrible. Unos meses atrás tuvieron una relación, pero no llegó a funcionar del todo. Nunca surgió una auténtica pasión. Más que nada debido a él, sin duda. No se había implicado, no había cumplido con la parte que le correspondía. Después de pasar juntos los fines de semana durante varios meses llegó a la conclusión de que solo veía a Sandra porque no tenía otra alternativa. Era pura rutina, y eso no era propio de él. Darse cuenta de ello fue como recibir un duro golpe en la cabeza, y puso fin a la relación. Ella le preguntó el motivo. Lo único que pudo decirle fue que era un error que siguieran viéndose, ya que él en realidad no sentía por ella nada especial. Ella le dijo que no le importaba y le aseguró que tampoco estaba pensando en una relación formal.

Alex no se lo creyó. Estaba convencido de que prescisamente eso era una prioridad para ella. Él no tenía nada en contra de las relaciones serias, de hecho las prefería, pero pasar el rato con alguien a la espera de algo mejor no significaba nada. Tenía que haber algo más. Sobre todo había que sentirlo. Y con Sandra no le ocurría.

Se sentaron en un café, cada uno delante del suyo.

—¿Cómo estás? —dijo Sandra poniéndole la mano en un brazo.

Él miró la mano.

—Estoy bien —dijo, y levantó la taza con el brazo en el que ella estaba apoyada.

Ella tuvo que soltarlo.

—¿Cómo te va con la carrera? —preguntó él para cambiar de tema.

—¿Sigues esquivando los golpes cuando son demasiado fuertes?

Él dejó la taza.

—Fue un suceso terrible, pero en realidad no me ha afectado de manera especial —mintió él.

Lo miró pensativa. Él aguantó su mirada sin dificultad, hasta que finalmente ella bajó la vista.

—¿Has hablado con tu familia?

Entonces fue Alex quien bajó la vista. La familia era su madre, fundamentalmente.

—No puede hacer nada.

—Nunca necesitas a nadie.

Resopló. Otra vez la misma discusión.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que nunca necesitas a nadie. Eso hace que a los demás les resulte difícil hacer algo por ti.

Era un callejón sin salida. Además, ella tenía razón. Pero mientras miraba a Sandra estaba pensando en otra cosa.

—De acuerdo. Supongo que a veces también necesito a alguien.

—Pero no a mí —dijo ella cruzándose de brazos.

Él no contestó. En realidad no recordaba lo que iba a decir.

—Acompáñame a casa —dejo ella de repente—. Sin obligaciones. Solo para pasar un rato agradable. Después puedes irte si quieres.

Alex miró a la calle. La gente iba y venía. Todos parecían ir a alguna parte. Sacudió la cabeza negativamente.

—No puedo —dijo.

—¿No puedes o no quieres?

A él le entraron ganas de reír.

Ella ladeó ligeramente la cabeza. «¿Quién será ella?», pensó.

Le salvó el sonido del móvil. Era Nina.

14

La cena salió bien. Fredric llamó a los invitados por su nombre y procuró prestarles a todos la debida atención. Llamó a Roger el Ingvar Kamprad del futuro, y le preguntó a Lena por la salud de su madre. Habló con la nueva esposa de Peter. Para que no se sintiera excluida, Fredric la acompañó hasta la mesa.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó.

Sin escuchar la respuesta, siguió preguntando en qué trabajaba y cómo había llegado allí.

A la mayoría de las personas les encanta hablar de sí mismas. Algunas de las preguntas personales favoritas de Fredric eran: ¿qué sueños tienes?, ¿qué quieres alcanzar en la vida? Y, del mismo modo que funcionaba con los demás, funcionó con Elin.

Un par de horas más tarde llegó el momento de tomar el café. Fredric fue a la cocina. Martina ya había preparado la cafetera y había sacado los platos de postre.

—Le he prometido a Arne ayudarlo con el barco el próximo fin de semana.

—¿No ibas a ayudar a Roger con la mudanza el próximo fin de semana?

Él se llevó la mano a la frente.

—Maldita sea, se me había olvidado. Alguna solución habrá. Tendré que darme prisa. No puede hacerlo solo.

Esa costumbre de Fredric de ofrecer su ayuda a todos los que la necesitaban era un tema de conversación recurrente. Era totalmente incapaz de oír algún problema sin prometer un par de manos extra o un oído para escuchar. Martina opinaba que antes debía acabar sus propios proyectos. Especialmente en casa. Había cosas que hacer, pero Fredric era incapaz de decir no. Se había perdido la cena innumerables veces porque estaba ayudando a alguien con el jardín o con el

sótano, o estaba en un bar escuchando las preocupaciones de alguno de sus muchos conocidos. «Hay que ayudar a la gente», decía siempre. «Alguna vez puede que sea yo quien necesite que alguien me escuche».

—A propósito de darse prisa, ¿podrías vaciar el lavavajillas? —dijo Martina.

Fredric oyó que Arne se reía a carcajadas y contaba un chiste. Fredric ya lo conocía. De hecho tenía una versión mucho mejor del mismo. Lo contaría cuando acabara con los platos. Sacó los platos limpios y luego metería los sucios en la máquina.

Cuando volvió al comedor no pudo evitar ver un par de ojos de gato en la puerta de la terraza. Los ojos reflejaban el brillo de las velas. Ese maldito gato quería comer otra vez. Cuando iba a sentarse de nuevo, Fredric se giró hacia la puerta y el gato reaccionó como solía hacer cuando él se acercaba demasiado. Se fue a otro lado. Como todos los gatos, parecía estar convencido de que estaba por encima de él en la cadena alimentaria. Sintió un escalofrío y volvió a la mesa.

Dos horas más tarde, Fredric había desafiado a Arne y a los demás contando chistes, y había ganado con diferencia. Era un narrador brillante. A medida que pasaba el tiempo los chistes eran más atrevidos, y a eso de las doce llegaron los más groseros. El vino hizo lo suyo, todos se partían de risa y Fredric estaba encantado. Había vuelto a tomar el mando de la reunión y se sentía bien. Siguió contando chistes hasta que los primeros invitados empezaron a decir que era hora de irse.

—Ha estado bien —dijo contento cuando vio salir a Martina de la habitación de Oskar.

—Se ha quedado dormido delante del televisor.

Fredric asintió con la cabeza.

—Bosse y Lena se marchan ya.

—Es bastante tarde —dijo ella.

Él miró el reloj. La una y media. Era tarde, pero no muy tarde. Puso una mano en el cuello de Martina y la besó en la frente.

—Sin ti no habría resultado tan bien.

Ella miró a Fredric. Sin decir una palabra, bajó a despedirse de Bosse y Lena.

Todos dieron las gracias, a Fredric por la agradable velada y a Martina por la fantástica cena. Había salido todo como de costumbre. En veinte minutos los invitados se habían marchado.

15

Las preguntas de Nina eran muy parecidas a las que le hizo la primera vez.

—Reflexione —dijo ella—. Tiene que haber visto algo, ya que estaba en la sala antes que los demás.

Ambos estaban sentados y ella se había inclinado sobre el escritorio.

—No he pensado en ello —dijo Alex, y se inclinó también hacia delante. «Fue algo que ocurrió. Cuando se trabaja con el comportamiento, las cosas son así, y no podía dejar de experimentar»—. La verdad es que llegué dos horas antes que el público, pero me dediqué sobre todo a dar vueltas y a pasearme por el escenario haciendo pruebas.

Se dio cuenta de que lo más probable era que no estuviera solo. El asesino de Ljunggren seguramente también había llegado antes y sus ojos estarían observándole desde allí arriba.

Nina se enderezó y se echó hacia atrás. Él procuró no mirar sus pechos apretados bajo la blusa.

—¿Miedo escénico? —preguntó ella.

Alex también se enderezó, sacó pecho y se echó hacia atrás.

—No es malo tener un poco. Pero yo no pude ver nada —dijo pensativo—. Un momento antes, un técnico iba y venía. Estaba ajustando la iluminación y se movía de un lado a otro. Tal vez debería preguntar por él.

Nina se golpeó levemente la barbilla con dos de sus largos dedos. Alex se llevó discretamente una mano a la boca. Después de un instante ella puso las manos sobre el escritorio y echó la silla hacia atrás.

—No puedo garantizar que viera algo —dijo Alex apartando también la silla.

—Está bien, lo comprobaré con los técnicos de la conferencia.

—Pregunte por Margareta. Ella la ayudará en todo lo que pueda.

¿Se llamaba Margareta? Esperaba que sí. Marianne tal vez. ¿Por qué era tan difícil recordar ese nombre en particular? Él sabía el porqué. La azafata de la conferencia era de las invisibles. Al mirarla, los ojos siempre se desviaban hacia otro sitio.

Nina se rascó la mejilla. Alex esperó unos instantes. Luego se rascó la mejilla también. Ella lo miró y frunció el entrecejo. Él se recordó a sí mismo que tuviera cuidado.

Ella lo observaba.

—Tengo otra pregunta —dijo Nina—. Si yo pudiera describir a una persona, decir cómo se comporta, lo que hace, ¿usted podría hacer un análisis del modo en que puede esperarse que actúe en determinadas situaciones?

Alex se quedó pensativo. Lo que ella pedía no era imposible, pero sí complicado. El comportamiento humano no era una ciencia exacta.

—Rara vez se tiene éxito partiendo de una información de segunda mano. La gente ve lo que quiere y se pierde lo demás. ¿De quién se trata?

—Hum —dijo Nina cruzando los brazos a la altura del pecho a la vez que cruzaba las piernas.

Alex fue a cruzar las piernas, pero se puso las manos en las rodillas.

—Dígame cuál es la situación.

—Tal vez no debería contarle esto —dijo ella después de unos segundos.

Alex tragó saliva. Su curiosidad se había despertado definitivamente.

—¿De quién se trata?

Nina se aclaró la voz, lo miró y pareció tomar una decisión.

—Alguien que podría estar desaparecido. Necesitamos saber cómo piensa.

—¿Está relacionado con el asesinato del InfraCity?

Ella sacudió la cabeza y él trató de ocultar su decepción. Hubiera sido emocionante. Asesor en la investigación policial de una ejecución pública. ¿Cómo habría quedado en su *curriculum vitae*?

—Tengo acceso a la casa del desaparecido. Si es que lo está. Es decir, si ha desaparecido.

Alex no pudo contener la risa.

—Lo lamento, pero no entiendo nada.

Nina se enderezó.

—Está bien. Ha desaparecido una persona y mañana iré a su casa para hacerme una idea de lo que puede haber sucedido. Mi intención era contarle mis observaciones para crear un perfil del desaparecido. Y luego intentar adivinar

adónde pudo haber ido.

—¿Por qué no hacen una investigación normal?

—Se trata de una cuestión no oficial, por el momento.

—Puedo acompañarla cuando vaya a la casa de ese tipo.

—No es posible.

Ella sacudió la cabeza negativamente y se quedó con las manos cruzadas.

Alex separó los pies. Lentamente abrió los brazos y los extendió hacia los lados con las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Está completamente segura?

Un segundo después, Nina hizo lo mismo. Esbozó una sonrisa, descruzó las piernas y levantó las manos.

—De acuerdo. Pero tengo que pedirle que prometa mantenerlo en absoluto secreto.

—¿Es legalmente vinculante?

—Por completo —dijo ella sin dudar.

Por la tarde Alex subió a paso ligero las escaleras del apartamento. Abrió la puerta de par en par y dejó el portafolio en el taburete de la entrada. Colgó la chaqueta de entretiempo y fue directamente a la cocina. Miró a su alrededor.

La técnica del mimetismo había funcionado a la perfección. Copió el lenguaje corporal de Nina durante un buen rato hasta que ambos estuvieron sincronizados por completo. Cuando ella, inconscientemente, interpretó el lenguaje corporal de él como un reflejo del suyo propio, se sintió segura y protegida.

Después, la conversación se volvió por fin interesante. Cuando él quería obtener una respuesta concreta, simplemente invertía el patrón. Él empezó a dirigir y ella lo siguió de forma inconsciente. Nina no había notado nada, pudo verlo, y funcionó. Cuando él se abrió de brazos y piernas, ella también lo hizo. Y de repente resultó más fácil tomar una decisión positiva, algo que era casi imposible cuando te sientas con los brazos y las piernas cruzados.

¿Fue incorrecto? ¿Había aprovechado su competencia profesional para manipular a la joven inspectora de policía? Sí, pero su creciente entusiasmo por profundizar en una cuestión policial superó el asomo de mala conciencia, que debía de estar en algún rincón remoto, muy lejos de su discernimiento. No sabía de qué trataba la investigación, pero sabía que iba a ser más interesante que su

habitual rutina como consultor.

Abrió el frigorífico, sacó al azar un poco de todo y se lo comió de pie junto a la encimera de cocina. Le dolía la nuca, como de costumbre. Ove era un quiropráctico competente y había una posibilidad de que consiguiera restablecerlo por completo, pero Alex estaba ya tan acostumbrado al dolor que tal vez incluso se sintiera raro si Ove al final conseguía que los síntomas desaparecieran. Sería como deshacerse de un viejo amigo.

Recogió un poco y fue a la sala de estar. Encendió el televisor. Miró un momento sin entender lo que miraba. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. De hecho estaba sentado y sonriendo a solas, y no podía recordar cuándo le había sucedido por última vez.

Tendría que sentarse a la mesa de la cocina y encender el ordenador. Había trabajo que hacer. Preparar una oferta y actualizar otra. Necesitaba información acerca de un cliente con quien iba a reunirse al día siguiente. Pero había otras cosas a las que prefería dedicar el tiempo.

Sonrió para sí mismo y fue al dormitorio. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. La pila de libros que había encima de la mesilla de noche era bastante alta. Las novelas policiacas se amontonaban junto a las biografías. Alex seleccionó la última de John Ajvide Lindqvist. Una auténtica historia de fantasmas. Comenzó a leer con una sonrisa. Pasaron varias horas antes de que estuviera suficientemente cansado como para poder dormir.

Esperaba el día siguiente con una ilusión que hacía tiempo que no sentía. Sandra tenía razón. Necesitaba a alguien. La cuestión era si alguien lo necesitaba a él.

Nina metió su plato en el lavavajillas. A pesar de lo tarde que era, aún seguía en la comisaría. Había un montón de cosas pendientes. Cuando se sentó frente al ordenador para hacer la última revisión de la lista de tareas para el día siguiente pensó en lo fácil que le había resultado despertar el interés de Alex. Él iba de consultor ocupado e inaccesible, pero con solo fingir arrepentimiento por darle cierta información se lo había metido en el bolsillo.

Y al darse cuenta de que dominaba la técnica de la mímica supo que él podía ser un recurso. Era hábil, tenía que reconocerlo. Ella estuvo a punto de ofrecer resistencia, pero dejó que continuase para que se sintiera competente.

Fue realmente encantador.

Le permitió que fuera a su aire. ¿De un modo manipulador? Tal vez.

Lo único que le preocupaba era cuál sería la reacción de Hellmark cuando se enterase de que había implicado a Alex King. Decidió no decir nada por el momento.

Cuando recogió sus cosas se sorprendió a sí misma sonriendo de nuevo.

16

Estaba sentada en la cama, desnuda. Acababa de volver de pegarse una buena carrera por los puentes de Estocolmo. No tenía sentido que se duchara todavía ya que iba a seguir sudando un rato más.

Revisó el rifle. Era su favorito, un Remington de la serie 700. El suyo era un 700 PSS y no era de los más modernos. Casi el noventa por ciento de los francotiradores estadounidenses utilizaban esta arma. Sin mencionar las numerosas organizaciones de policía del resto del mundo.

Precisamente el suyo tenía un cañón extralargo, 26 pulgadas en vez de las 20 del original, lo que aumentaba la estabilidad en trabajos difíciles. Lo desmontó, repasó todas las funciones, a pesar de que había hecho exactamente lo mismo la noche anterior. Todas las piezas móviles estaban perfectamente ajustadas y el funcionamiento era correcto, engrasado en sus respectivos mecanismos. Era su herramienta de trabajo y la cuidaba con la misma delicadeza que cuidaba su cuerpo.

Dejó el arma en la cama y abrió la ventana. Se quedó mirando un buen rato el agua mientras esperaba que sonara el teléfono. Quedaban unos minutos. Su contacto era tan puntual como un reloj suizo.

Había trabajado para personas que no controlaban lo que hacían, que no cumplían los horarios y descuidaban los preparativos. Todo eso incrementaba el riesgo, incluso para ella, y ella no era de las que corren riesgos. No en ese sentido. No podía permitirse descuidos. Pero este cliente no fallaba nunca. Todo estaba exactamente donde debía estar, se cumplía el horario establecido, los pagos se efectuaban en la fecha acordada. No se cuestionaba nada.

El móvil empezó a vibrar.

Ella miró el reloj de pared. Eran las diez.

—Es posible que salga un trabajo para esta semana —dijo el contacto—. La probabilidad es del noventa por ciento. Mantente alerta desde ahora hasta que pasen dos días.

—¿Tipo de trabajo?

—Media distancia. Muy céntrico.

—¿Testigos? —preguntó la mujer.

—Numerosos. Llamaremos dentro de dos días si se suspende.

Desconectó el teléfono y miró a su alrededor. Guardó el arma y fue hacia el armario.

Solo era un trabajo.

La calefacción estaba encendida, se notaba en el aire. Una ducha rápida. Vaqueros y camiseta. Zapatillas deportivas. Mientras se vestía notó que tenía hambre. Era hora de tomarse un tardío desayuno.

17

Cuando estaban en la cama a punto de dormirse, Fredric dijo:

—¿Por qué me preguntaste si iba a cambiar alguna vez? Esto es lo que soy.

—Todos evolucionamos de algún modo.

Fredric suspiró.

—¿Te ha dicho alguien que hablas mucho? —dijo Martina.

Él arqueó las cejas.

—Pues… También hago preguntas continuamente, o sea, que intento equilibrarlo —dijo volviendo la cabeza hacia ella—. ¿O qué quieres decir?

—Eso es. Primero hablas y luego piensas.

—Le hice todas las preguntas posibles a Elin para que se sintiera bien recibida.

—¿Y qué sabes de ella?

Él suspiró, prefería dormir. Le dolía un poco la cabeza; había bebido demasiado vino. Debería de tomar una aspirina por precaución.

—Se conocieron en el trabajo.

—¿De qué modo?

Él dudó un momento.

—¿No fue en una conferencia?

Martina cerró los ojos.

—¿Es eso una pregunta?

—Sé que Elin ha estudiado Ciencias Políticas, pero trabaja como profesora.

—¿Profesora de qué?

—¿Es eso una pregunta? —Él cruzó los brazos sobre el pecho. La noche estaba tomando un rumbo inquietante—. De acuerdo, tal vez no recuerdo todo lo que dijo. Lo que importa es mostrar interés, no aprenderse de memoria cada

maldito detalle de su insustancial y monótona vida. ¿A quién diablos le importa si es maestra de primaria o profesora?

Martina bajó la voz.

—Crees que prestas atención a la gente, pero hablas todo el tiempo de ti.

—Yo…

«¿Yo qué?», pensó. ¿Cuál era la respuesta correcta a eso? Si el anfitrión no seguía el ritmo de la conversación, ¿qué ocurría entonces?

—Cada vez que Henrik decía algo, tú contabas alguna de tus experiencias. Y en cuanto Arne contó un chiste, tú saliste con otro. Y cuando Lena habló de sus estudios aprovechaste para hablar de los tuyos. Cuando Peter dijo que estaba pensando en cambiar de coche, tú también lo ibas a cambiar. Cuando Kerstin habló de un libro que había leído, tú habías leído otro mucho mejor.

¿Qué quería que hiciera? ¿Iba a quedarse ahí sentado como una jodida momia?

—Tu conversación es amena, pero cuando una persona habla el setenta por ciento de las veces puede llegar a resultar demasiado amena.

—Tú también podrías ser algo más espontánea —dijo en tono de reproche—. Te controlas todo el tiempo. Trata de seguir tus instintos de vez en cuando. Yo solo intento ser amable.

Lo miró con una expresión en el rostro que él no supo interpretar.

—Está bien, tendré que trabajarlo. Y tú quizá puedas compartir algo de lo tuyo.

Ella se dio la vuelta para el otro lado.

«¿Setenta por ciento? Cincuenta tal vez, como mucho», pensó.

Él se volvió también hacia su lado y se tapó dando un tirón de la manta. Se quedó un rato pensando.

¿Realmente hablaba demasiado? La gente parecía disfrutar de su compañía. Nadie le había dicho nunca que hablara demasiado. Muy propio de él. Ahora no podía dormirse.

Oyó la respiración de Martina, que tampoco dormía.

—No veo ningún motivo para cambiar mi forma de ser —dijo él, malhumorado.

La cama se hundió cuando Martina se inclinó sobre él.

—Eso no significa que el motivo no exista —dijo—. Además, no se llama Elin, sino Ellen —añadió poniendo fin a la discusión.

18

La primera vez que se asustó de verdad fue cuando su padre dijo esa palabra fea. Ella no lo había oído blasfemar antes. Durante unos segundos pensó que iba a darle una paliza.

En realidad era una estupidez. Él nunca la había pegado, ni siquiera le había dado una bofetada. Era tan tranquilo que muchos se sentían incómodos en su compañía. Eso lo había visto muchas veces. Gente que hablaba y bromeaba y cuando él no reaccionaba iban hablando cada vez menos y empezaban a sentirse inseguros.

Y ahora ella había hecho que blasfemara. Empezó a sudarle la frente y no podía mover los brazos. Él estaba de pie en el pasillo. Los zapatos blancos de ella estaban sucios porque se había pasado toda la tarde subiéndose a los árboles. Se había rasgado la blusa por un lado. Pero el padre no blasfemaba por eso.

Él decía que no debía perder la cartera. Ella ya la había perdido unos meses atrás, pero la recuperó. Luego, hacía un par de semanas, volvió a perderla y entonces no se la devolvieron. Se lo contó a su padre. Él solía decir que hay que decir la verdad, aunque resulte difícil. Las niñas no tienen que mentir. Esa vez el padre solo respiró profundamente y dijo que no era nada, pero que debía entender que la cartera de una persona es importante. Contenía su identidad. Ella no sabía bien cuál era su identidad, pero él le dijo que una cartera contiene fotografías, pequeñas anotaciones personales, mensajes. Recuerdos como entradas de cine, recibos importantes. Y tarjetas con las que se podía pagar, con las que otros podían causarte problemas si tenían oportunidad de hacerlo. Además de dinero, por supuesto. El que llevaba lo había perdido, sin duda, pero no se trataba de eso.

Ella no entendía la mayor parte de los argumentos del padre. Tenía solo diez años y no llevaba ni tarjetas de crédito ni recibos importantes. Solo la entrada de un museo al que habían ido. La guardó porque le gustaban los colores que tenía.

Pero su padre le dijo que perder la cartera era un descuido. Demostraba que eras una persona irresponsable.

Le compró una nueva y se la dio, sonriente. Era preciosa, de color rojo oscuro, y olía muy bien. No se trataba de una cartera para niños con dibujos ridículos, ni de esas con velcro en el monedero para no tener que abrir la cremallera. Él la puso en su mano y al abrirla vio que contenía algo de dinero. No mucho, él casi nunca repartía dinero sin motivo, pero había un billete de cien.

Y también la había perdido. Cuando la buscó en el bolsillo, simplemente había desaparecido.

Entonces, al padre se le puso la cara roja y dijo:

—¡Joder!

Acababa de volver del trabajo. Se había quitado la chaqueta, pero no le había dado tiempo a quitarse la corbata. Estaba delante de ella en el pasillo, con los brazos cruzados sobre la camisa blanca. La luz le caía sobre el pecho y hacía que su rostro pareciera oscuro.

Los pies de ella estaban como congelados en el suelo. La alfombra se había convertido en el pegamento más fuerte del mundo y no podía levantar los pies por más que lo intentaba. Había dejado la cartera del colegio en el suelo y uno de los libros había quedado fuera. Inglés. Se podía ver su nombre escrito en la parte superior derecha. Le había salido un poco torcido. ¿Cómo pudo escribirlo de un modo tan descuidado? Y la letra tampoco era especialmente bonita.

El padre giró sobre sus talones y subió al piso de arriba en tres zancadas.

La niña se dejó caer en la alfombra de la entrada y escondió el rostro en las manos.

Su madre estaba en la puerta de la cocina con un vaso en la mano. Miró a su hija un momento antes de volver a la cocina, a vigilar la salsa o las patatas o lo que fuera.

Esa noche se sentó en su habitación con un papel en blanco delante de ella. Miró el papel durante un buen rato. Cogió un lápiz y empezó a escribir su nombre. Una vez. Dos veces. Cincuenta veces. Continuó hasta llenar cuatro hojas. Al final, la firma empezó a parecerle bastante aceptable. Decidió borrar

su nombre de todos los libros, eliminaría todos los papeles que había escrito en la escuela. Y luego los volvería a escribir, pero mucho mejor que antes.

19

Al despertar, Roger Axberg había tomado una decisión. Se lo preguntaría a Eva. Era cierto que su matrimonio, que al principio era turbulento y apasionado, se fue extinguiendo lentamente para dar paso a algo que se parecía más a la camaradería. Pero Eva era inteligente. Era práctica. Sin duda querría también conservar los cincuenta millones antes que enviarlos a la Antillas Holandesas.

—¿Eva? —gritó desde el piso de abajo.

Ella salió de la habitación del hijo menor.

—Pero ¿qué diablos te ocurre?

Roger Axberg agitó la carta que llevaba en la mano.

—Tenemos que hablar.

Él cerró la puerta del salón sin pensar siquiera si el hijo estaba o no en casa.

—Mira esto. Quiero saber qué opinas.

Eva Axberg cogió el papel y lo leyó en silencio. Al terminar levantó la vista hacia él.

—¿Se trata de una broma?

Él levantó las manos y se dirigió a los sofás que había delante del televisor. Se sentó y se rascó la cabeza.

—No sé qué pensar.

Ella se sentó enfrente de él.

—¿Cómo se llamaba aquel que recibió un disparo en una conferencia? —preguntó con un tono de voz serio.

Roger suspiró.

—Claes Ljunggren —respondió con voz apagada.

Se rascó la entrepierna, sin importarle si eso le molestaba a su esposa.

—¿Cincuenta millones? —dijo ella subiendo una ceja.

Él asintió moviendo lentamente la cabeza.

A Eva le costaba comprenderlo. Solo de pensar que disponían de una suma tan elevada hacía que todo pareciera surrealista. Aunque estaban casados, lo cierto es que nunca se había planteado la separación de bienes.

Eva volvió a leer la carta.

—Puede ir en serio.

—¡Ya lo sé! Lo que me pregunto es si va en serio.

Vio con asombro que Eva empezaba a llorar.

—Debes pagar —dijo ella.

—¿Qué debes? —dijo Ulvgren arrugando la nariz al ver los montones de papeles que había en el suelo.

—No mucho —dijo Hellmark a la vez que cogía los informes—. Sundström acaba de llamar por lo del arma de Berlín. El que la vendió fue el excanciller en persona.

Ulvgren hizo un gesto. «Muy gracioso», pensó.

—Sundström está buscando al vendedor. Vamos a ver cuánto tiempo le lleva.

—¿He de decir que tengo encima a los políticos?

—En realidad, no.

Hellmark resopló. Los políticos y sus amigos adinerados. Obviamente querían encontrar a la persona que había asesinado a uno de los suyos. Si el que hubiese recibido un disparo en la nuca fuera un currante común, por ejemplo un camionero, Ulvgren no estaría ahora sentado ahí.

Hellmark estaba decidido a llevar la iniciativa en esta conversación.

—Ljunggren se lo guardó para él. Al menos por escrito. Por lo que hemos visto en su cuenta de correo solo se lo contó a una persona, a su abogado Thomas Nyberg. Aparentemente, Nyberg no se lo tomó en serio. Llegaron a la conclusión de que eran los chinos quienes estaban detrás de la amenaza para asustar a Ljunggren y que se retirara del intento de comprar Volvo.

—Parece que funcionó —dijo Ulvgren—. Ahora ya no lo hará. ¿Qué más tienes?

—La carta en sí no nos aporta nada. Nueve huellas digitales diferentes. Ninguna conocida. De lo único que estamos seguros es de que más personas acaudaladas van a ser chantajeadas.

—En tal caso ya habrá ocurrido.

Hellmark meditó. Probablemente fuera así.

—No es seguro —dijo—. Lo lógico sería que se hubieran puesto en contacto con la policía. En especial ahora que todos saben que hay alguien que es capaz de matar si no entregan su dinero.

—No podemos encerrar a la gente. No se puede proteger a nadie las veinticuatro horas del día. Cuando alguien quiere matar a alguien, al final lo logra. Y si hay otro asesinato, también se lo harán saber a los medios de comunicación.

—Sí, parece que esa es la idea —dijo Hellmark tamborileando sobre la mesa del escritorio.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Hellmark se preguntó si Ulvgren intentaba guiarlo para que empezara a pensar en el camino correcto o si solo quería ver cómo hacía el ridículo.

Resopló.

—Conferencia de prensa.

Ulvgren levantó las manos con ambas palmas hacia Hellmark.

—¿Y qué piensas decir?

—Diré que nos tomamos en serio la carta y que todos los que reciban amenazas similares deberán comunicárselo discretamente a la policía.

—¿Discretamente?

Ulvgren emitió un sonido que recordaba al de un neumático que pierde aire.

—Sabes cómo funciona la gente de dinero. No lo dirán —añadió.

—Entonces tendrán que pagar.

20

—¿Estás en casa? —preguntó Fredric, asombrado.

Ella lo miró de reojo sin volver la cabeza.

—Humm.

Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Le rozó el cuello con la barbilla y ella se apartó porque le hacía cosquillas.

—*Baby, baby* —susurró acariciándola. No hubo reacción. Luego le puso las manos sobre los hombros y notó la tensión de los músculos de su mujer—. ¿Problemas?

Martina suspiró, pero no dijo nada.

Ella no solía trabajar en casa, y sabía que era porque él sí lo hacía. No podía concentrarse con él en la misma habitación. Él hablaba, iba de un lado a otro y no podía evitar implicarla en lo que estaba haciendo. Así que, al quedarse ella en casa con todos esos papeles, supuso que tendría algo importante que hacer.

El despacho estaba distribuido de modo que ambos se sentaban dándose la espalda. Él se sentó en su escritorio y seleccionó unos cuantos papeles, cogió lo último que había escrito para el *Lokaltidningen* y empezó a leerlo. Suspiró ruidosamente.

—Hoy necesitaría algo de improvisación —dijo Martina.

—Tal vez pueda ayudarte.

Se quedaron en silencio. Fredric aprendió hace muchos años que era imposible sacarle a Martina algo de lo que no quisiera hablar. Si quería contarlo, lo haría.

Transcurrió un minuto.

—Hay un compañero de trabajo del que no me fío —dijo ella al fin—. Creo que ha robado a la empresa, pero no puedo encontrar pruebas.

—¿Birla de la caja del café?

—Necesito pruebas.

—¿Y él qué dice?

Giró la silla hacia Fredric.

—No he hablado con él. No lo reconocería nunca. Y necesito solucionar el problema.

—Seguramente ha hablado con alguien. Pregúntale a esa persona.

—¿Qué quieres decir?

Fredric carraspeó y miró el reloj. Le tocaba hacer la cena y no quería perder el tiempo escuchando críticas.

—Todo el mundo confía en alguien. Si lo encuentras, podrás saber la verdad.

La mujer levantó una ceja, como hacía siempre que se le ocurría algo.

—Podría funcionar, pero no tengo ni idea de quién puede ser. Además, me temo que esa persona ganaría lo mismo si guardara silencio.

—Preséntale a alguien en quien encuentre motivos para confiar. Asegúrate de que esa persona está de tu lado.

Martina dejó el bolígrafo.

—¿Por qué iba a contárselo a un desconocido?

—Para explotar su ego. Si es hombre, querrá presumir delante de alguien: de una chica bonita, de otro hombre al que admira… Alguien a quien quiera impresionar.

Martina asintió y se dirigió a su escritorio.

—¿Le has echado un vistazo a la cena?

Fredric sonrió a espaldas de ella.

—De nada.

Ella se volvió a mitad de camino.

—Gracias.

21

Alex estiró un poco el cuello al salir a la calle. Como de costumbre, Ove lo había hecho bien, pero el dolor persistía. Notaba alivio en la espalda; el trapecio estaba relajado y no le molestaba, pero la inflamación de la columna vertebral no cedía. Parecía que la cosa no tenía arreglo.

A Alex le habían dado un golpe por detrás en la E4 en un accidente en cadena. La primera semana no sintió nada. Luego empezó a notar un dolor injustificado. Al mismo tiempo, en la empresa tuvo una racha de trabajo que le exigía mucha dedicación.

Una mañana no podía mover la cabeza. Una vez controlado el pánico inicial buscó el móvil y marcó el número de urgencias. Pero para cuando llegaron, el bloqueo ya había cedido. En una visita posterior, el médico le dijo que podía tener dañado un ligamento; probablemente se había dado el golpe en una cápsula articular.

Alex le preguntó qué podía hacer, pero la respuesta no fue clara. Según el médico no se sabía bien lo que era el latigazo cervical. De hecho, diez años antes las lesiones del latigazo cervical seguían considerándose hipocondría.

El dolor era para él como un invitado molesto que lo perseguía de la mañana a la noche; sordo, incisivo, siempre presente. Después de unos meses desarrolló una extraña relación con respecto al mismo. Gastaba tanta energía para mantenerse en buena forma física que no le quedaba para nada más, como por ejemplo para mantener vivas sus relaciones. La capacidad de concentración había quedado dañada con el accidente pero, no entendía cómo, todo funcionaba.

Una resonancia magnética daría la respuesta. Los resultados estaban en el bolsillo. Tal vez aquello cambiara si él simplemente abría el condenado sobre, pero no estaba preparado para hacer frente a las consecuencias. Por el momento.

Todavía no.

Vio que venía un taxi. En treinta segundos Alex estaba sentado en el coche indicando su dirección. Por el espejo retrovisor se dio cuenta de la reacción del conductor, ya que solo tardaría dos minutos en llegar, pero no tenía ganas de dar explicaciones. No veía ninguna razón para tener que dar explicaciones a un desconocido.

El frenazo delante de su puerta fue tan brusco que Alex sintió la presión de cinturón de seguridad. Blasfemó para sus adentros. Dejó un billete de cien en el asiento —una mala costumbre que había adquirido tras vivir un año en Nueva York— y cerró la puerta lo más fuerte que pudo. Era infantil, sin duda, pero quería demostrar su descontento de algún modo.

A los cinco minutos había dejado el abrigo en el suelo, se había quitado el traje y se había tumbado en la cama. Se puso un brazo sobre la cara y respiró profundamente.

La sala de interrogatorios era gris como casi todo en esa comisaría. Medía unos diez metros cuadrados y, si se utilizaba sin interrupción, faltaba oxígeno. Una mesa. Dos sillas desvencijadas. Habían cortado un par de centímetros las patas delanteras de la silla donde se sentaba el interrogado y se había encerado el asiento. Así, si se echaba hacia atrás y mostraba las axilas para hacerse el duro, se iba al suelo.

Jojje Andersson. Un triste ejemplo de estafador, pero un soplón relativamente fiable. A Hellmark le llevó cinco minutos descubrir que no sabía nada que pudiera ser de interés.

Tampoco el siguiente.

Ni el siguiente.

El cuarto estafador, Nisse Pettson, era una excepción. Hellmark ya le había visto antes y siempre creyó que tenía el nombre y el aspecto de un personaje de cómic. Después de las pequeñas mentiras habituales y las frases aduladoras, dijo:

—Va a pasar algo. Lo han oído varios colegas.

—¿Qué significa «va a pasar»? —preguntó Hellmark.

—Que alguien tiene planes. Grandes planes.

Hellmark observó a Pettson, que estaba rascándose los brazos. Recordó que era drogadicto y, por lo tanto, podía decir cualquier cosa si con ello obtenía algún beneficio. A veces también venía con historias buenas. Les había indicado

un par de puntos de venta de droga que habían terminado con arrestos importantes. En una ocasión ayudó a identificar a un hombre que había asesinado a su esposa. Y a veces estaba fuera y montaba en bicicleta. Sin duda Nisse Pettson era una fuente inagotable de información de interés.

—¿No sabes de qué se trata?

Pettson movió la cabeza negativamente.

—Se lo he oído decir a varios. No sé qué es, pero parece que va a pasar algo. Grande, diferente.

Por el momento todo coincidía. Lo que estaba pasando era diferente, de eso no había duda. ¿Grande? Ljunggren estaría de acuerdo en que era grande. Veinticinco millones no era un simple robo en una tienda.

Hellmark despidió a Pettson e hizo entrar a los últimos cinco, que tampoco sabían nada. Miró el reloj y vio que llevaba tres horas perdidas.

Roger Axberg desconocía el mundo de la delincuencia y tenía intención de continuar así. Había intentado hablar con la policía y no pudo comunicarse porque probó en el 112, pero ¿qué demonios? No se trataba de un asunto urgente. Tenía cuatro semanas, ¿no era eso? Lo ponía en la carta.

«En un plazo de cuatro semanas».

Le acababa de contar su caso a una mujer menuda de pelo oscuro que estaba en la recepción de la comisaría. Ella escuchó su relato sin decir una palabra. Luego cogió la carta y desapareció para ir en busca de alguien. De eso ya hacía diez minutos y él seguía esperando.

Se volvió y miró a Eva, que estaba sentada un poco más allá con los dedos entrelazados sobre las rodillas. Cuando sus miradas se encontraron, ella lo saludó con la mano. Él se volvió otra vez hacia el mostrador y suspiró. Tal vez todo fuera un error.

—¿Roger Axberg?

La voz sonó a su espalda como una tormenta eléctrica.

Roger se volvió y vio a un hombre enorme con una cara que recordaba a la de una de esas estatuas de piedra que se ven en los documentales de la isla de Pascua. El gigante señaló una puerta y se encaminó hacia allí. Roger lo siguió. Parecía algo natural. Un instante después, Eva se levantó y fue corriendo detrás de él y del gigantesco policía. En un minuto estaban sentados repasando la carta en un pequeño cuarto del primer piso de la comisaría.

—Cuéntemelo todo —dijo el comisario Hellmark.

—Eso es todo —dijo Roger.

—No sabemos nada más —dijo Eva con voz débil.

Hellmark estudió la carta.

El último párrafo.

Ahí.

Confirma que aceptas las condiciones poniendo en la sección de ofertas de empleo del Dagens Industri *el anuncio «Se busca consultor para asesoría».*

—No ponga el anuncio —dijo Hellmark.

—¿No? —dijo Roger elevando las cejas.

Eva lo miró.

—Dentro de unas semanas va a recibir otra carta con el encabezamiento «Recordatorio». Llámeme cuando eso suceda.

Roger Axberg sacudió la cabeza. ¿Eso era todo?

—¿Recordatorio? —dijo Eva.

—Los autores del mensaje le dirán lo que piensan hacer si no paga. Tenemos que saber si es la misma banda o alguien que se hace pasar por ellos.

A Roger Axberg le entraron ganas de reír y tuvo que apretar las mandíbulas para no estallar.

«Naturalmente», pensó.

Ni siquiera había contemplado esa posibilidad. Todos sabían lo que le había sucedido a Claes Ljunggren. Estaba claro que se trataba de un loco. Un imbécil que intentaba aprovecharse de la situación. En cuanto le pusiera las manos encima a ese maldito estúpido lo estrangularía poco a poco. ¿Cómo no se le había ocurrido?

No era verdad.

—¿Axberg? —gruñó Hellmark haciéndole una señal.

Axberg tuvo que volver a la conversación. Miró al comisario.

—Podría ser verdad, pero queremos estar seguros. La prensa no sabe si se ha enviado más de una carta, y me gustaría que esto quedara entre nosotros. Si no llega ninguna más, sabremos que no son los mismos. Pero si llega otra carta, tendremos que hacer algo.

—¡Tienen que proteger a Roger! —dijo Eva.

Ya no podía mantenerse en silencio.

—¡Va a morir!

—Tranquilícese —dijo Hellmark—. Nadie va a morir.

Eva apretó las mandíbulas. Se volvió hacia su marido, pero él ya había dejado de pensar en la carta y sabía exactamente lo que iba a hacer. Llevaría a Eva a Bromma, a la casa de ambos, y luego él se marcharía al gimnasio. Una buena sesión le daría la confianza en sí mismo que necesitaba. Luego se inventaría una historia de que tenía que viajar durante el fin de semana; una complicación de última hora con la venta de la empresa; una reunión convocada de manera imprevista. Después se daría una vuelta por el *pub*. Sabía exactamente lo que necesitaba para recobrar el equilibrio.

—Una cosa más —dijo Hellmark.

Roger lo miró y levantó las cejas.

—¿Tiene el dinero?

Roger tragó saliva y asintió.

—Bien. No podemos descartar que tenga que efectuar el pago.

Solo unos minutos después Hellmark logró localizar al grupo. Pronto se reunirían todos en la sala de conferencias. Enseguida les puso al corriente de la situación.

—Axberg recibió la carta por correo hace tres días, el pasado viernes, y es igual a la que encontramos en el despacho del abogado de Ljunggren. Solo hay una diferencia. En esta piden el doble: cincuenta millones.

Un murmullo recorrió la sala.

—¡Cincuenta millones! —dijo Korell—. ¿Tanto dinero tiene?

Silbó suavemente, pero nadie lo siguió.

—He mandado a Axberg a su casa y le he dicho que no haga nada. Si se demuestra que la amenaza de muerte es auténtica lo pondremos bajo vigilancia. Pero por el momento no parece que la cosa vaya en serio.

Se volvió hacia Sundström.

—¿Las cuentas de Ljunggren?

—No hay mucho. Tenía deudas fiscales, pero de las que se pueden resolver sin problemas. Algún millón. Parece más bien que se negase a pagar por una cuestión de principios.

—No creo que la Agencia Tributaria le haya disparado. Por cierto, comprueba las cuentas de Axberg —dijo Hellmark señalando a Sundstöm—. Quiero saber cuánto tiene.

—¿Y si se tratase de un imitador? —dijo Korell.

—Vamos a solucionar esto antes del almuerzo. ¿Estáis de acuerdo? —preguntó Hellmark levantando el pulgar en señal de aprobación.

Todos se echaron a reír, pero era una risa nerviosa. No tenía nada de gracia.

Hellmark hojeó una carpeta y sacó la lista de contactos de Ljunggren.

—Quiero que alguien vaya a casa de Axberg y confeccione una lista de sus contactos, la coteje con los de Ljunggren y vea si hay alguna conexión.

—¿No es un trabajo innecesario? —suspiró Korell con expresión de desagrado.

—El tipo no se ha muerto aún.

La puerta se abrió de golpe. Una policía de uniforme se quedó en la entrada. Sus ojos, muy abiertos, buscaron a Hellmark.

—¡Ha muerto!

Todos se volvieron hacia ella.

—¡Le han disparado!

22

Se oyó un golpe en la puerta y apareció un rostro sonriente. El hombre entró y se sentó en la silla antes de que a Ulf Linderborg le diera tiempo a reaccionar.

—Hola, ¿qué tal? Bueno, aquí estoy. Me costó un poco llegar, un accidente en la autopista.

Fredric Hellmark parecía sociable y locuaz.

—Tengo un encargo que te va a gustar —dijo Linderborg.

Fredric se inclinó por encima del escritorio.

—Te escucho.

—Se trata de una biografía. Un empresario de éxito que quiere que se haga de un modo determinado.

Fredric frunció el ceño.

—¿De un modo determinado?

—Ya ha decidido las partes de las que va a constar.

—¿Las inofensivas tal vez?

Linderborg se encogió de hombros. Fredric se reclinó en la silla y se puso las manos detrás del cuello. Miró a Linderborg.

—Yo no trabajo así.

—Además debe escribirse en primera persona —dijo Linderborg.

Fredric estalló en una carcajada.

—Entonces se trata de sus memorias.

Linderborg lo miró por encima de la mesa. Se puso a tamborilear en la carpeta que le había dado un mes atrás aquel hombre tan desagradable.

—Lo pagan bien —dijo suavemente.

—Escucha. Una biografía es un relato de la vida de una persona hecho por otra, un escritor independiente. Si la descripción la realiza la misma persona se

llama autobiografía o memorias. Para mí hay una diferencia abismal.

Linderborg puso las manos sobre la mesa con las palmas hacia Fredric.

Todo iba exactamente como él se esperaba.

—Y para aceptar esta tarea tengo que ser un autor independiente y poder valorar por mí mismo el material. No puedo limitarme a tomar un montón de fragmentos de cosas pasadas, tal vez ficticias, y unirlos.

—¿Por qué no?

—Porque entonces…, entonces la calidad se verá afectada. —Fredric levantó las manos—. Lo que es justo es justo.

Linderborg se limitó a respirar durante unos segundos. Normalmente habría hecho un agujero en ese ego inflado, pero el cliente había sido claro acerca de quién quería que se encargase del trabajo. No lo entendía. Debía de haber un montón de periodistas que podían hacerlo mejor.

—Soy periodista y escritor —dijo Fredric—. No soy ningún… escritor fantasma.

Linderborg miró al techo.

—¿Y si logro poner tu nombre en la cubierta?

Fredric miró por la ventana.

—¿En la portada?

—Haz un esfuerzo.

Fredric sacudió la cabeza con fuerza.

—El periodismo no funciona así. Si voy a escribir, tengo que trabajar según mis propios métodos. Sin nada colgando sobre el hombro —dijo Fredric. Alzó las manos y añadió—: El que lea el libro tiene que sentir que es verdad. Todo lo demás sería engañar.

Linderborg resistió el impulso de secarse la frente y juntó las manos todo lo que pudo. No tenía intención de ir al cliente con la noticia de que no había logrado persuadir a Hellmark para que aceptara el trabajo. Sus honorarios como mediador en este caso eran demasiado buenos como para ignorarlos.

—Paga bien —repitió—. ¿Cuánto trabajo has tenido este año?

Fredric sonrió amablemente como respuesta.

Linderborg recordó algo que había oído decir a alguien acerca de este escritor *freelance*. Que era más o menos independiente en el sentido económico. Que vivía en un chalé de lujo y que lo habían visto por ahí conduciendo coches de alta gama. Decidió cambiar de táctica. Dejó la carpeta a un lado, se puso en pie, adelantó la mano y se la tendió en señal de despedida.

Fredric abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Si crees que no vas a poder hacerlo… —dijo Linderborg.

—Yo no he dicho eso —atajó Fredric poniéndose a la defensiva.

—Tengo más nombres en la lista. —Extendió la mano un poco más.

—Puedo pensármelo —dijo Fredric echándose hacia atrás para demostrar que no consideraba de ningún modo que la conversación hubiera concluido.

—Hazlo —dijo Linderborg.

Detestaba hacerles la pelota a estos escritorzuelos. Les hacía un favor y no lo entendían. En cambio fingían ser importantes e inaccesibles, aunque al final todos acababan haciendo lo que él quería. Se sentó y guardó silencio.

—Está bien —dijo Fredric después de haber mirado a Linderborg un buen rato—. Vamos a resolverlo de la siguiente manera. Cuando llegue a casa miraré si puedo incluir esto en mi planificación para el otoño. Luego te llamaré.

—Bien. Necesito una respuesta —dijo Linderborg.

—¿Cuánto dinero?

Linderborg resopló.

—Un millón. Todo en la entrega final.

Era como si el tiempo se hubiera detenido en la habitación. Fredric se quedó sentado con la boca abierta. Cuando se marchó, Linderborg se levantó y fue hacia la puerta. Llegó a tiempo de verle de espaldas hasta que desapareció por una esquina del pasillo.

«Vaya. Ni siquiera pudiste fingir que no era una cuestión de dinero», pensó.

Linderborg cerró la puerta, se sentó en su escritorio y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Marcó un número y esperó. Una parte de él deseaba que no le contestara nadie.

23

Cuando Roger Axberg dejó a Hellmark en el primer piso, su esposa iba dos pasos detrás de él. No salió corriendo de la comisaría, pero sin duda aceleró el paso.

Cuando estuvo en la calle se sintió mejor. Se detuvo en el escalón superior y respiró el fresco aire primaveral, aspirando profundamente varias veces. Eva lo alcanzó y le riñó por no haberla esperado, a pesar de que había ido gritando detrás de él todo el tiempo.

«Tal vez precisamente por eso», pensó Axberg.

Su último pensamiento consciente en la vida fue que estaba irritado, casi cabreado con su esposa. Era demasiado dramática, exagerada en su preocupación. No iba a ocurrir nada, lo había dicho incluso ese policía.

A través de la mira telescópica podía verse con toda nitidez a Axberg y a su esposa de pie en el escalón superior. La sicario utilizaba estaba vez un Vaime Mk2 finlandés, un rifle de precisión muy apropiado. Se cargaba con 7,62 milímetros menos de munición que el modelo estándar. La razón era sencilla. Menor cantidad de pólvora producía una velocidad subsónica. De ese modo, el silencio no era alterado por explosiones sónicas. Debido a la menor cantidad de pólvora y al complejo modo de manejar los propulsores de gas del silenciador, el retroceso se eliminaba casi totalmente, algo que la sicario agradecía. Más de una vez le habían salido hematomas en el hombro a causa de armas demasiado pesadas.

Ya que ella tenía cuidado de no desarrollar un *modus operandi* específico, utilizaba armas de muchos tipos, lo que hacía más difícil vincular sus distintos

trabajos. El mayor error que podía cometer un especialista era utilizar una y otra vez la misma arma. Un arma favorita que conocía bien y que no quería cambiar. Un método determinado que prefería a cualquier otro. El truco consistía en variar constantemente.

Vio a Axberg parado al comienzo de los escalones. Su esposa apareció tras él a cierta distancia, como si intentara decirle algo. Dos mujeres policía uniformadas pasaron por delante de ellos de camino a la comisaría. Las policías echaron un vistazo a la pareja, pero luego los ignoraron.

La sicario controló la respiración. Esperaría hasta que Axberg empezara a bajar la escalera. No quería que la bala pudiera atravesar la entrada. Obviamente, disparar mientras estaba en movimiento complicaba el trabajo, pero no eso no suponía ningún inconveniente para ella.

Axberg empezó a bajar con su mujer colgando del brazo.

Un paso.

Dos.

Bajó tres escalones. Después se detuvo y giró un poco la cabeza. Miró directamente a la mira telescópica. Ella sabía que era pura coincidencia. No podía verla, ya que estaba detrás de la obra de reconstrucción de una parte del edificio. Un policía apareció por la derecha. Miró su teléfono móvil.

Axberg estaba en el centro de la mira. La sicario contuvo la respiración. Apretó lentamente el gatillo con el dedo índice derecho; sintió la presión. Luego lo apretó hasta el final. El rifle emitió una especie de tosido y se estremeció ligeramente.

En cuatro décimas de segundo la bala alcanzó a Roger Axberg. Le dio en la parte alta de la frente, casi en la línea del cabello. La bala le penetró el cráneo y siguió en ángulo hacia abajo atravesando el lóbulo frontal y el cerebelo y aplastándole la primera vértebra del cuello. Luego salió por la parte inferior del cuello produciendo un orificio de salida muy feo. La bala golpeó en la junta de dos escalones y se detuvo al encajarse entre los dos bloques de piedra.

Toda la actividad cerebral había cesado cuando la fuerza de la gravedad hizo que el cuerpo se desplomara. Axberg estaba muerto antes de caer al suelo.

La sicario, con el ojo en la mira, lo vio todo desde ciento treinta y nueve metros de distancia. Vio caer a Axberg, vio balancearse a su esposa cuando el cadáver estuvo a punto de tirarla también a ella. Vio abrirse la boca de la mujer y casi alcanzó a oír el sonido, aunque bastante débil.

El policía que acababa de entrar en la escena tiró su móvil y se lanzó al

suelo.

La sicario se puso de rodillas, alargó el brazo y atrapó el casquillo caliente con una mano enguantada. Se lo metió en el bolsillo y abandonó el edificio por la puerta de atrás, con el fusil envuelto en una bolsa de plástico negro. Ninguna de las personas con las que se cruzó por el camino mientras salía reaccionó. Parecía que fuese invisible.

Alex esperó hasta las diez, luego llamó por teléfono.

—¿Vamos a continuar la conversación donde la dejamos? —dijo con el móvil pegado a la oreja, y notó que hablaba de un modo algo forzado.

Pero no era nada comparado con el tono de voz de Nina.

—¡Ahora no puedo hablar! —casi gritó ella.

Intentaba ahogar algún tipo de ruido que había al fondo. Sillas que se arrastraban por el suelo, puertas que golpeaban.

—*Sorry*, ha ocurrido algo aquí. Tengo que colgar. Lo llamaré.

—De acuerdo, hablaremos más tarde.

Alex se disponía a dejar el teléfono cuando se dio cuenta de que ella no había cortado la llamada. La oyó correr, el taconeo de sus zapatos, gente que hablaba con excitación. Empezó a entender en qué clase de mundo vivía Nina. Sucedían cosas. Esperaba que ella supiera lo que hacía. No podía comprender lo que estaba pasando; por más que se esforzaba, solo oía un montón de ruido.

Entonces oyó la voz.

El grito.

—¡Asesino! ¡ASESINO! —gritó Eva Axberg.

Tenía los dedos curvados como garras y arañaba con furia el rostro de Hellmark, que intentaba mantenerla apartada reteniéndola por la frente con la mano.

—¡Alejadla de aquí! —gritó.

El rostro de Eva Axberg estaba ensangrentado y daba bofetadas sin cesar. Perdió el interés por Hellmark y empezó a golpear a un policía de uniforme que estaba intentando que entrara en la comisaría. No lo logró. El policía había tropezado y estaba perdiendo el control de la situación. Hellmark agarró a Eva Axberg por el brazo y le dio un fuerte tirón. Se la llevó hacia dentro mientras ella

pataleaba en todas direcciones.

La sentó bruscamente en el suelo al otro lado de la puerta de entrada haciéndole una indicación al policía.

—¡Mantenla ahí! ¿Entiendes? ¡Que no salga! ¡Llama inmediatamente a enfermería!

Volvió enseguida a la calle.

La gente corría alrededor y muchos gritaban. Alguien dio una orden que nadie pareció obedecer. Todo era un gran caos.

Hellmark volvió a ponerse de rodillas para mirar a Roger Axberg. Nina estaba ya allí, con una mano en el cuello de Axberg, cuyo gesto era tranquilo, casi relajado. El cuerpo yacía en un rincón que aparentaba ser bastante cómodo. Alguien empezó a delimitar el lugar con cinta azul y blanca.

Hellmark miró a su alrededor en la calle. Rostros exaltados por todas partes. Gente agolpada detrás de los uniformes que formaban una cadena. Un alboroto de cientos de voces airadas. Miró al cielo con ojos entrecerrados. No había ninguna nube que interfiriera al sol. No hacía viento. Alguien había tenido suerte, simplemente. Eran las condiciones casi perfectas para un tiro preciso. Aparte de estar frente a una comisaría y que había mucha gente entrando y saliendo.

Nina sacudió la cabeza.

Se sintió mal, como cada vez que estaba cerca de alguien que había muerto, lo que seguía presenciando a menudo aunque tuviera un trabajo de despacho. No es que fuera exageradamente sensible ni que le recordara su propia mortalidad, como para pedir una cita con el psicólogo de la policía. No se trataba de eso.

La desconcertaban las personas muertas. Sobre todo las que habían sido asesinadas. Lo consideraba innecesario.

Tanto a Ljunggren como a Axberg les habían disparado en la cabeza. ¿Una casualidad o una elección deliberada? Era mucho más fácil acertar en el cuerpo que en la cabeza. La gente suele mover la cabeza, la gira a un lado o al otro al andar, al hablar.

El modo más común de ejecución era utilizar un coche del que salían uno o dos hombres armados y disparaban tantas veces como podían antes de volver a lanzarse dentro del coche y desaparecer.

Lo que acababa de ocurrir con Axberg estaba lo más lejos que se podía imaginar de los clásicos asesinatos de mafiosos. Alguien acechaba al otro lado de la puerta y disparó un solo tiro, preciso. No podían saber que Axberg iba a ir a

la policía. O simplemente estaban vigilándolo por si se le ocurría hacerlo.

Nina se dio la vuelta y vio acercarse a los paramédicos. Se puso en pie y permitió el acceso a una mujer muy concentrada y a un hombre de baja estatura, los dos muy profesionales. Sacaron enseguida su instrumental. Diez segundos después, la mujer anunció:

—Está muerto.

—¿En serio? —dijo Hellmark decepcionado—. ¿Y sabe ya de qué murió?

Se dirigió a uno de los que iban de uniforme.

—¿Tú qué viste?

—Llegué apenas un par de segundos antes —dijo el policía—. Lo único que oí fue el grito. Cuando me di la vuelta ya estaba en el suelo.

—¿De dónde vino el disparo?

El policía se volvió hacia el edificio.

—Estaría a un par de metros detrás de mí.

Miró a su alrededor y señaló un punto a la derecha de la entrada de la comisaría.

—En esa dirección.

Hellmark miró. Podía ser correcto.

—¿Y tú qué hiciste?

El policía dudó.

—Yo… intenté protegerme.

Hellmark lo despidió con un gesto de la mano, haciendo caso omiso de lo estúpido que probablemente se sentía el policía. Hellmark vio a lo lejos una cafetería y una tienda de comestibles. Llamó a un par de agentes y les indicó de dónde procedía el disparo. Se dirigieron hacia allí a toda velocidad.

Se detuvo el tráfico; varios coches patrulla y grupos de transeúntes se agolparon formando una caótica escena a su alrededor. Un autobús urbano tocó el claxon con furia para intentar pasar.

Los paramédicos gritaron para decirle algo.

—Bala con camisa. Está entre los escalones —señaló la enfermera.

Hellmark fue hacia la ancha escalera de piedra. Entre el cuarto y el quinto escalón había un objeto deformado de metal. La bala estaba muy dañada después de haber atravesado a Axberg en primer lugar y golpear luego la piedra. Esto significaba que había enviado a sus hombres en una dirección equivocada. Había un error de unos quince grados.

Bueno, los técnicos se encargarían de eso. La tarea de Hellmark era evaluar

las pruebas. Tampoco creía que el tirador continuara allí.

Una policía uniformada de rostro enrojecido fue corriendo hacia él. Le resultaba conocida pero, por más que intentaba recordar, no podía ubicarla.

—Eva Axberg —dijo ella en tono agudo—. ¡Tienes que venir!

Entraron otra vez en la comisaría, pasaron por delante de la recepción y después atravesaron dos puertas. Vio a Eva Axberg, la mujer que acababa de quedarse viuda, en un cuarto en el que solían descansar los del turno de noche. Estaba tumbada en una litera. La litera estaba cubierta de vinilo y era demasiado resbaladiza, por lo que a la mujer policía que la acompañaba le resultaba difícil sujetarla.

Eva luchaba, escupía y maldecía entre dientes a las policías. Al ver a Hellmark lanzó un rugido.

—¡ASESINO! ¡Tú lo mataste!

—¡Cálmese! —gritó Hellmark con tal fuerza que las tres mujeres dejaron lo que estaban haciendo—. Tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo —dijo con el dedo índice señalando hacia ella—. Quédese aquí con estas agentes y ellas la ayudarán.

Se volvió, cerró la puerta tras él y fue hacia la entrada.

La habitación quedó en silencio, pero cuando estaba llegando a la recepción volvieron a estallar los gritos. Oyó a las tres mujeres gritando todas a la vez. El recepcionista lo miró con ojos de asombro, pero no dijo nada.

Hellmark fue corriendo hacia el sitio de donde provino el disparo. Era mejor que se concentrara en su tarea.

Alex se paseó por la oficina. Se asomó por la ventana del piso decimocuarto del Wenner-Gren Center. A continuación, miró a su alrededor con despreocupación.

Aparte de Alex, solo estaba presente el laborioso Dan Berg. Como el más claro ejemplo de persona del tipo azul, estaba con frecuencia solo en su despacho, absorto por completo en algún problema interesante. Era el típico consultor azul. Minucioso al máximo con cada detalle de un proceso. Nada era demasiado insignificante como para no ser examinado a fondo. Podía dedicar varios días a diseccionar un problema en casa de un cliente y luego volver a empezar desde el principio con un punto de vista diferente. Dan Berg se cuestionaba todo y su mirada crítica no dejaba escapar ninguna deficiencia en una estructura. Y tenía una habilidad especial para juzgar las cosas antes de

tiempo. Si había un modo de describir por qué no iba a funcionar un plan personal, su formulación era irreprochable.

Toda vida era estrictamente un riesgo largo y difícil de calcular. No había profecías tan sombrías como las suyas. Algunos clientes lo llamaban Domedan, el Justiciero[2].

En ese momento estaba absorto en una fascinante hoja de Excel y ni se inmutaba por el hecho de que Alex anduviera por allí.

¿Qué habría ocurrido cuando se interrumpió la conversación con Nina?

Recordó que ella era una policía profesional y que sabía lo que hacía. Pero aun así era una mujer, era joven y a él le costaba trabajo quitársela de la cabeza.

La pregunta que se hizo fue: ¿Cómo sería exactamente de ridículo salir a hacer un recado y pasarse por la comisaría? Miró el reloj. La una y media. Podría estar allí en diez minutos. Solo echar un vistazo. Pero al final lo descartó. Él allí no pintaba nada.

Nina se dio cuenta enseguida de que ella allí no pintaba nada. El jefe de operaciones se hizo cargo de la situación. Como investigadora, no podía hacer nada en relación con el grave incidente. Miró el reloj. No es que tuviera mucho tiempo, pero tenía que dar salida a la adrenalina que le corría por el cuerpo.

Lo cierto es que hacía poco ejercicio últimamente. Le estaban renovando el apartamento y llevaba dos semanas viviendo en casa de una amiga. Con la vida dentro de una maleta era difícil mantener una rutina.

Nina solía entrenar en el gimnasio SATS de Odenplan. Le gustaba mantenerse en forma. Desde que era pequeña hacía gimnasia y practicaba juegos de pelota. Ahora iba al gimnasio todo el año; nadaba en invierno y corría en verano.

En la comisaría había un gimnasio totalmente equipado y rara vez había que esperar la máquina que querías. Cinco minutos después estaba calentando en una cinta de correr. Al cabo de diez minutos, cuando la mayoría se bajaba, ella aumentó la velocidad y corrió otros diez minutos.

Por más que lo intentaba, no lograba vaciar del todo la cabeza. El ajetreo a las puertas de la comisaría había sido ensordecedor. Le había impresionado un poco ver a su jefe perder los estribos del modo que lo hizo. Cuando Hellmark agarró a la señora Axberg y se la llevó lejos del lugar de los hechos, Nina tuvo

que dejar pasar unos segundos hasta comprender lo que él hacía.

Hellmark había convocado una reunión para después del almuerzo. Ella no tenía ni idea de lo que iba a pasar. En este momento era imposible prever las consecuencias de lo ocurrido.

Miró a su alrededor. Las paredes del gimnasio estaban cubiertas de espejos en los que los agentes de policía podían seguir sus progresos. El noventa por ciento eran hombres. Ahora no había nadie. Todos, incluyendo algunos policías que no tenían nada que ver con el asunto, probablemente estarían amontonados a la entrada de la comisaría. En realidad era perfecto para entrenar. Música *rock* en los altavoces. Pantallas colgadas delante de ella que pasaban anuncios. Ahora mostraban un nuevo aparato para el abdomen, de nombre raro, que transformaba a uno de los que no se mueven del sofá en un atleta con tableta de chocolate con solo usarlo diez minutos al día. Además se podía guardar debajo de la cama, o en la cocina cuando ibas a buscar patatas fritas. Fascinante. Pero la basura vendía.

Al final se bajó de la cinta y estiró durante un rato. Dudó entre pesas libres o máquinas. Por alguna razón se consideraba más duro trabajar con pesas libres. Hacía seis semanas que utilizaba ese programa. Ya era hora de cambiarlo. Los músculos eran perezosos: la misma carga durante demasiado tiempo podía producir retraso en el aumento, tanto de la fuerza como del volumen. Después de siete u ocho semanas los músculos realizaban el trabajo con el mínimo esfuerzo. Decidió hacer ejercicios pesados de piernas.

Después de un rato consiguió olvidarse del asesinato de Axberg, y no volvió a acordarse hasta que se quitó la sudada ropa de entrenamiento. Ahora podría concentrarse mejor en el trabajo.

24

Ella juzgó a la competencia. A la izquierda estaba sentado Stefan, que superaría la prueba sin problemas. Tal vez contestara bien el noventa por ciento de las preguntas. Al lado de Stefan estaba Robert. Seguramente había estudiado mucho, pero no lo sabría todo. Miró a su derecha y vio a Helena. Helena era peligrosa. Era inteligente y había obtenido las calificaciones más altas en séptimo grado. De los cuatro, ella era la que estaba por encima en la mayoría de las asignaturas. Helena era la que le preocupaba.

Esperaron a que el maestro repartiera los exámenes. Había treinta alumnos de octavo en la sala y la mitad de ellos casi no tenían ni idea de lo que hacían ahí. Ella, en cambio, había estudiado durante meses. Estaban haciendo el examen final de matemáticas, que era crucial para la calificación. Si conseguía la máxima puntuación le darían cinco coronas.

El profesor estaba hablando al fondo. Ella no lo escuchaba. Ya sabía lo que estaba diciendo. Que se lo tomaran con calma, que procuraran que les diera tiempo a responder todas las preguntas. Era mejor contestar todas y tener algún error que contestar solo la mitad.

Sabía que él intentaba ayudarlos, pero con ella no funcionaba. Ella tenía que contestar todas las preguntas. Y calcular bien todos los resultados. Ese examen iba a ser determinante. A partir de esa tarde, hasta Helena sabría cómo era la competencia realmente.

El maestro empezó a repartir los exámenes. El suyo era el número 11. Cogió el papel y echó una ojeada a la primera cifra. Durante unos segundos se quedó en blanco. No reconocía el examen. Cielo santo.

Luego el pánico cedió. Ella sacudió levemente la cabeza y empezó a calcular.

Tres horas después, en el pasillo de la escuela había un ruido ensordecedor. Los chicos gritaban y se peleaban por algo completamente irrelevante. Las chicas estaban en un corrillo con los libros y los cuadernos de apuntes apretados contra el pecho, intentando hablar unas con otras. Sudor en las axilas. Preocupación por el resultado del examen. Alivio porque ya había pasado.

Mientras miraba a Helena por el rabillo del ojo, pasaba las hojas del libro de matemáticas buscando confirmar las soluciones de sus ejercicios. Se imaginaba a sí misma como el centro de atención de todos. También se veía de pie allí, diciéndoles a todos lo inteligente que era.

Que esperen un poco. Cuando lleguen los resultados van a ver, pensaba.

Miraba el cuaderno de matemáticas sin ver nada. En lo único que podía concentrarse era en Helena, que estaba en medio de sus compañeros de clase. Algún día ella estaría ahí.

El despacho de su padre era pequeño y bastante oscuro. Paredes tapizadas de terciopelo granate con grandes medallones. Estanterías desde el suelo al techo con libros antiguos con tapas de cuero y archivos de revistas. Todo perfectamente alineado. Un escritorio de caoba delante de la ventana. Había sido del abuelo y seguro que tenía cien años. Por lo menos. A pesar de que era de día aún, su padre mantenía las cortinas corridas. Siempre las tenía así. Ella había entrado sigilosamente en el despacho y le miraba la espalda mientras él escribía a mano. Trabajaba en silencio. No se le oía ni la respiración.

Dejó el examen sobre el escritorio, delante de él. El padre gruñó y se volvió hacia ella. Sonrió al verla y ella se inclinó y le besó suavemente en la sien. Dio un paso atrás y esperó.

—¿Qué es esto? —dijo su padre cogiendo el examen de matemáticas.

Lo miró por un lado y por el otro, pero no lo abrió. El resultado estaba en la penúltima página. Tenía que pasar las hojas del cuadernillo para encontrar la respuesta.

Dejó la pluma y juntó los papeles que estaba escribiendo. Abrió el examen y miró la página 2. No vio nada. Volvió la hoja. Masculló algo que ella no pudo entender. Pasó a la siguiente hoja. No dijo nada.

Creía que iba a volverse loca de lo lento que era.

Entonces llegó a las últimas páginas y leyó el resultado.

—Cincuenta y seis aciertos —dijo volviéndose hacia ella.

Ella, impaciente, asintió con la cabeza. ¿No iba a hacer ningún comentario?

—De cincuenta y seis posibilidades —dijo él—. Todo bien.

Ella empezó a brincar alrededor dando pequeños saltos por el cuarto. Esperaba que le dijera que era aplicada. Que estaba orgulloso de ella. Nunca había contestado bien a todas las preguntas de un examen de matemáticas. Nunca.

—Te lo habías preparado, ¿verdad?

Ella dejó de saltar y lo miró. Asintió. No estaba segura de lo que estaba buscando él.

—Si te preparas adecuadamente, esto es lo mínimo que debes esperar. Ahora ya sabes que lo puedes hacer.

Ella abrió la boca, vaciló.

—He sido la mejor de la clase. Solo Helena ha tenido los mismos aciertos.

—No compites contra otros —dijo él—. Compites contra ti misma.

Cerró el examen y se lo devolvió.

—Ahora sé buena chica y déjame seguir trabajando.

Salió en silencio del despacho de su padre. No estaba segura de lo que había sucedido. ¿No estaba orgulloso de ella? ¿Habría podido rendir más? No se podía tener mejores resultados. Entonces ¿por qué no la había felicitado?

Mientras caminaba lentamente hacia su habitación al final del pasillo se iba preguntando si fue su reacción lo que no le gustó. Que hubiera estado contenta, que se comparara con Helena.

«Compites contra ti misma», le había dicho.

Su madre estaba sentada en la biblioteca con un libro abierto sobre las rodillas.

Pasó por su lado sin decir una palabra. Dejó el examen sobre la cama y puso una almohada encima. Tal vez le había dado demasiada importancia. Solo era un examen de matemáticas. Abrió el libro de inglés y se puso a leer acerca de la Segunda Guerra Mundial. Dentro de tres semanas tenía que hacer una redacción en inglés. Entonces estaría preparada.

25

Al tercer tono, Fredric contestó al teléfono.

—Ha llegado la hora.

—¿Quién es? —dijo Fredric mientras bebía un sorbo de café. Estaba sentado en el sofá de la sala de estar y se preguntaba si no era hora de hacer algún cambio. Las paredes estaban igual desde hacía años y empezaba a cansarse de verlas.

—Pasaremos a recogerte a las dos.

Fredric echó un vistazo al reloj. Las dos menos cuarto.

—Estoy ocupado —dijo pensando en la tienda de pinturas Ghünter en Örby.

Al otro lado, la voz no cambió su tono amable al decir:

—El coche está en camino.

La taza de café se detuvo antes de llegar a la boca.

—¿Con quién hablo?

El otro había colgado. Fredric arrugó la nariz y dejó el teléfono móvil.

«Qué raro», pensó.

Dejó la taza en la encimera de la cocina. Se le puso la piel de gallina y sintió una imperiosa necesidad de ir al baño. Cuando terminó, fue corriendo a mirar por la ventana. Nada todavía. ¿Por qué esos… esos métodos? ¿Por qué no se limitaban a concertar una entrevista?

Volvió a sonar el teléfono. ¿Habían llegado ya?

—¿Vienes para acá?

—¿Qué?

—Fredric, te lo he puesto incluso en tu calendario. ¿No me digas que has vuelto a olvidarlo?

Se llevó una mano a los ojos como si fuera posible esconderse. Suspiró y

volvió a preguntar.

—¿Qué?

—La evaluación de Oskar.

«¿Era hoy?», pensó.

—Es que… ha ocurrido algo. Tengo que salir.

Parecía que Martina hablaba entre dientes cuando dijo:

—¿Vas a salir? ¿Qué tienes que hacer de repente?

—Hoy empiezo un trabajo. Ya te lo comenté.

—¿La biografía? ¿Por qué no puedes hacerlo otro día?

—Acaban de llamarme y me piden que vaya ahora. ¿Qué iba a decir? ¡Me he comprometido a hacer el trabajo!

Oyó que Martina respiraba profundamente. Fredric cerró los ojos y esperó.

—¿No podrías haber dicho que no? —dijo con calma—. Sí, por supuesto. Yo me encargaré de la evaluación.

Martina colgó y Fredric se dijo a sí mismo que tenía que intentar compensarla lo antes posible. No era la primera vez que ella lo cubría, y eso le producía mala conciencia. Pero no tenía otra opción.

Miró a su alrededor. ¿Qué tendría que llevar?

Subió corriendo al piso de arriba, se quitó la camisa, abrió el armario y buscó a toda prisa una limpia.

Oyó golpear la puerta de la calle.

Fredric se detuvo. «¿Por qué no utilizarán el timbre?», pensó.

Bajó corriendo las escaleras mientras intentaba abrocharse la camisa. Abrió la puerta y se metió la camisa dentro del pantalón.

—¿Sí?

El hombre llevaba traje. Tenía un aspecto neutro, de esos que después no se recuerdan.

—¿Podría ver tu carné de conducir? —dijo el hombre.

—¿Quieres saber si sé conducir? —dijo Fredric sorprendido después de haber intentado estrecharle la mano sin lograrlo.

Fredric buscó la cartera en una chaqueta que estaba colgada en la parte interior de la puerta. No estaba allí. ¿En la cocina? No, la llevaba en el bolsillo trasero del pantalón vaquero cuando tuvo que ir al baño. Se volvió hacia el hombre, levantó el dedo índice y fue rápidamente al cuarto de baño. La cartera estaba en el suelo, cerca del inodoro. Volvió a la puerta. Con los labios apretados le enseñó al otro el permiso de conducir.

El hombre del traje miró la foto con cuidado y la comparó con la cara de Fredric. Luego se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras en dirección al estacionamiento.

—Vamos con retraso.

Fredric le siguió.

—También podríais haber llamado antes. Hace varias semanas, por ejemplo.

—Mi jefe no quería verte hasta hoy —le dijo el otro por encima del hombro.

«Tu jefe podría haber dicho que el jueves quería ver a quien iba a escribir su biografía», pensó Fredric mientras bajaba los veintidós escalones de piedra. ¿Era tan difícil?

El coche era un V70 plateado de hacía unos años. El hombre del traje abrió una de las puertas traseras y Fredric se sentó.

El viaje apenas duró media hora. La escalera podría haber pertenecido a cualquier bloque de apartamentos de los años setenta. Suelo de mármol gris con piedras incrustadas, pasamanos de madera redondeado cuyo barniz estaba desgastado por el uso de muchas manos. Notas en las paredes acerca de que había que cuidar el lavadero. Publicidad de la empresa de limpieza de ventanas Tommy. Pero todo estaba limpio.

—¿No vamos a entrar? —dijo Fredic después de estar más de veinte segundos de pie en el hueco de la escalera.

El hombre del traje miró el reloj.

—Cielo santo —rezongó.

A las dos en punto se decidieron a acceder al apartamento. Una entrada sin características especiales. Un par de chaquetas colgadas en una percha. El escolta de Fredric no se quitó los zapatos, así que este obró en consecuencia.

Los materiales del piso eran de buena calidad, incluso de la mejor, algo inusual en un piso de alquiler. Intentó unir las piezas del rompecabezas, pero no llegó a ninguna parte.

En la sala de estar había un hombre sentado en un sofá. Llevaba botas y las había puesto encima de una mesa de fumador blanca. El pelo, casi negro, se lo había recogido en la nuca en una cola de caballo. Tenía esa barba de chivo tan popular en determinados círculos desde hacía años. Pantalón vaquero, camiseta desgastada.

¿Tal vez un experto en tecnología de la información? ¿Alguien que había

puesto en marcha una empresa relacionada con la teconología de la información y acababa de venderla? ¿Un tipo que había ganado varios miles de millones? Fredric tuvo por un momento la sensación de haber visto a ese hombre antes, pero la rechazó.

—Gracias.

El hombre del sofá saludó con una inclinación de cabeza al chófer, que estaba de pie en el hueco de la puerta. Fredric entró en la sala sin que nadie se lo pidiera y se detuvo frente al hombre del sofá. Le tendió la mano y le mostró su sonrisa más deslumbrante, a pesar de que se sentía todavía muy molesto.

—Fredric Hellmark.

El hombre del sofá no se movió.

—Siéntate —dijo en voz baja.

Fredric retiró la mano, dudó un momento y se sentó en un sillón.

—Me llamo Lucas Swartling.

—¿En serio? —dijo Fredric—. ¿Debería saber quién eres?

—No lo sé —dijo Swartling—. ¿Deberías?

Fredric trató de pensar de un modo constructivo. El silencio se le hacía demasiado largo. Decidió llenarlo con palabras.

—Está bien, te dedicas a algún tipo de negocio. Has trabajado mucho tiempo para levantarlo, pero estás empezando a cansarte. Estás orgulloso de lo que has creado y quieres que más personas sepan lo duro que ha sido. Algo por el estilo.

Swartling lo miró fijamente durante más de treinta segundos. Luego soltó una rotunda carcajada. Y el chófer, o lo que fuera, se rio con la misma gana que él. Fredric notó que Swartling solo se había reído durante una décima de segundo antes de que el otro lanzara su risotada de caballo.

Swartling movió la cabeza mirando al chófer y su risa cesó en seco.

—Lo que has imaginado no está del todo mal —dijo Swartling muy serio.

Se volvió hacia la puerta.

—Dos cafés.

El café estaba encima de la mesa en menos de treinta segundos.

—¿Entonces a qué te dedicas? —dijo Fredric levantando la taza de café. Olía de maravilla.

Swartling se tomó el café en silencio, estirando el dedo meñique con suma elegancia. Fredric se preguntó si sería su forma de demostrar que, aunque tenía barriga cervecera, llevaba cola de caballo y no vestía como los *yuppies* del entorno de Stureplan, también tenía clase.

O solo era un dedo meñique.

—La fase uno de esta biografía consiste en recopilar datos —dijo Swartling —. Vas a recibir una serie de nombres de personas a las que quiero que entrevistes para que te den la imagen de quién soy. Tienes hasta finales de diciembre para concluir esa fase. Entonces nos reuniremos aquí y revisaremos el material que haya hasta ese momento.

Fredric se quedó pensativo. Finales de diciembre no eran buenas fechas teniendo en cuenta las fiestas de Navidad. En su escritorio acumulaba algunos pequeños encargos sin hacer, cosas que debían estar listas hace mucho tiempo pero que simplemente se habían quedado allí. A veces no hay tiempo para todo, no había nada raro en ello. Estaban a finales de noviembre. Un mes para realizar, organizar y presentar algunas entrevistas.

Asintió con la cabeza y bebió un sorbo del excelente café.

—No hay problema.

—A partir de entonces vas a entrar en materia —siguió diciendo Swartling —. Te daré más nombres para entrevistar y empezarás a entrevistarme a mí.

—No hay problema.

—Finales de enero.

Fredric dejó la taza de café. Miró al techo.

—No hay problema —dijo.

Swartling le describió con todo detalle cómo quería que procediera Fredric. Cada vez que Swartling hacía una pausa en la conversación, Fredric introducía un «no hay problema».

—Entonces, ¿para cuándo quieres el producto final, por decirlo así? ¿Cuándo tiene que estar terminada la biografía? Es decir, para mostrársela al mundo.

—Desconozco tu modo de trabajar, pero quiero que todo esté listo para finales de febrero. Completamente. Revisado y terminado.

Fredric se irguió un poco.

—¿Finales de febrero? Me parece un poco apretado. Nunca se sabe qué problemas puede haber.

—No va a haber ningún problema —dijo Swartling—. Tú mismo lo has dicho. Diez veces.

Fredric se cruzó de brazos.

—Hay que ser minucioso —señaló.

—Por eso lo haremos en tres pasos —dijo Swartling—. Primero conoces a todos los que hay que entrevistar. Después elaboras un primer borrador con todas

las entrevistas, incluyendo las que me has hecho a mí. Y luego solo hay que recopilar el material y escribirlo juntos de un modo comprensible. ¿Qué dificultad puede tener?

Fredric se recostó en el sillón y juntó las palmas de las manos, apoyando las yemas de los dedos en una pose eficaz de poder.

—No sé —dijo—. Como acabas de decir, tendrá que redactarse de tal manera que el público quiera leerlo. De lo contrario, los editores lo cogerán con pinzas.

—Por eso te he elegido a ti —dijo Swartling—. Finales de febrero.

—El proceso creativo no puede forzarse. A veces hay ciertas cosas que requieren tiempo. Obtendría mejores resultados si no tuviera que trabajar bajo la presión de las fechas. ¿Te has puesto en contacto con algún editor?

—Los editores van a pelearse por este libro. Casi puedo garantizarlo. Será emocionante. Finales de febrero.

Fredric miró a Swartling. «¿Emocionante?». Lo asombraría saber cuántas historias calientes descartaban las editoriales todos los años.

—Si cubrimos todas las eventualidades y seguimos el plan, funcionará —dijo Swartling.

Fredric alzó las cejas, levantó las manos y suspiró.

—No es bueno trazar un plan demasiado apretado, por si algo va mal. Los que conocen el éxito en sus distintas competencias saben que siempre ocurren imprevistos. Por eso dejan algún margen, para no tener que modificar los plazos. De hecho, sugiero el 15 de abril.

Añadió un mes y medio de plazo en vez de solo un mes con el fin de dejar algo para la negociación. Así, Swartling se haría el duro por un rato y propondría finales de marzo, lo que sería razonable. Con cuatro meses en total no era del todo imposible. Algo apretado, pero podía hacerse.

Swartling se quedó mirando a Fredric. Su cara parecía de piedra.

—Llevas razón. El 10 de marzo.

Luego se levantó rápidamente y salió de la habitación.

Fredric permaneció sentado con la sensación de que algo no había ido como debiera. Oyó que la puerta se cerraba de golpe.

—Pero ¿qué diablos? —soltó.

El conductor apareció por la puerta. Su rostro no revelaba nada, pero a Fredric le pareció que sus movimientos eran un poco más relajados que cuando les sirvió el café. Tenía unos papeles en la mano.

—Firma esto.

Fredric miró el título: «Contrato».

Echó un vistazo a la primera página. Le sorprendió ver que ya habían puesto la fecha. Garabateó su nombre sobre la línea de puntos.

El chófer le puso una copia en las manos.

—Te llevaré a casa —dijo.

Fredric tragó saliva. ¿En qué se había metido?

26

El caos tras el tiroteo había pasado. Todos volvieron al trabajo pero, tras lo sucedido en las escaleras de la comisaría, Nina continuaba con una molestia en la boca del estómago. Miró sus notas e intentó concentrarse. Había algo que no encajaba, pero no sabía qué. Con todos los respetos a las ciencias del comportamiento de Alex King, tampoco había que despreciar el viejo y honesto instinto policial.

Recordó lo que solía decirle su padre: «Piensa en diagonal. No te quedes en viejos esquemas».

Él había tenido éxito en los negocios evitando copiar lo que hacían los demás. Cuando otros invertían en bienes inmuebles, él lo hacía en materias primas; cuando ponían un negocio de tecnologías de la información, él abría escuelas privadas. Y a largo plazo fue un próspero hombre de negocios. Tal vez no hubiera logrado éxitos a nivel internacional, pero sí había logrado encadenar un éxito tras otro. Y vendía en el momento adecuado.

«Atrévete a ser diferente», solía decir. «Tal vez no siempre produzca los mejores dividendos, pero es demasiado fácil aullar con los lobos. Sigue tu propio camino».

A la madre le horrorizaba el hecho de que su hija quisiera ser policía, pero el padre apoyó su elección. «No es para siempre. Puede cambiar de opinión», dijo.

A Nina le renovaba las energías recordar el apoyo de su padre. Sabía que estaba siempre de su lado. No resultaba fácil saber dónde estaba su madre después de que se divorciaran. Se veían de vez en cuando, pero no se sentía cómoda. Su madre quería que Nina trabajara como voluntaria en servicios sociales, que aprovechara el hecho de que la familia —es decir, el padre de Nina — podía permitirse el lujo de mantener incluso a una hija ya adulta. Pero a Nina

nada podía resultarle más ajeno. Ella quería defenderse por sí misma.

Durante dos años fue la persona de contacto en el servicio de guardia de Apoyo a las Víctimas y eso la llevó a la profesión policial. Quería ayudar, quería sentirse útil. No sabía si había encontrado lo que buscaba, pero el tiempo lo diría. Lo importante era que se sentía bien.

Volvió a sus anotaciones. Sabía que era fácil ser estrecha de miras, encerrarse en una cierta teoría y no salir de allí. Sin embargo, su problema era totalmente distinto. Hellmark exigía resultados. Esperaba que ella llegara con ideas y sugerencias. Pero no había teorías. Ningún sospechoso, ningún motivo aparte del más obvio: ganar dinero.

Un informante había oído el rumor de que se estaba preparando algo grande. Cuando se hablaba de cosas grandes solía tratarse de cargamentos de droga inusualmente importantes, o de tráfico de drogas al más alto nivel.

«Busca nuevos ángulos de incidencia».

Nina pensó que el agresor estaría muy contento en ese momento. Dos asesinatos y la policía buscando a tientas en la más completa oscuridad. Pero, por otro lado, no había motivos para estar contento. Si pretendía ganar un total de setenta y cinco millones, por ahora no había recibido ni un céntimo. Para conseguir tanto dinero tenía que haber hecho grandes inversiones. Investigación, vigilancia, planificación. Adquisición de equipos. Aplicando la lógica, debía de haber por ahí un asesino muy insatisfecho. Lo que solo podía significar una cosa: era cuestión de tiempo que amenazase o disparese en la cabeza a otro millonario.

«Piensa en diagonal. Mira el problema desde otro ángulo».

¿Qué hace un asesino que fracasa ya al primer intento?

Nina se restregó la frente.

¿Y si cambiara alguno de los parámetros?

Escribió en su bloc de notas: «El primer intento fracasó».

Pensó un rato.

Luego escribió: «El primer intento fue un éxito».

Imagina que el asesinato de Claes Ljunggren hubiera salido según los planes de los delincuentes: la extorsión sin resultado, el espectacular asesinato, la fuga de información a la prensa; que todo estuviera planeado. ¿Qué se ganaba con ello? Que todos los demás se dieran cuenta de que las amenazas eran reales. Que la víctima siguiente pagara sin resistencia. Pero si se había asesinado a Ljunggren como ejemplo disuasorio, no había funcionado. A pesar de todo, Roger Axberg llamó a la policía.

«Piensa desde el punto de vista del otro».

¿Y si se planeó incluso la muerte de Axberg? Con dos millonarios asesinados la gente debería estar especialmente dispuesta a pagar.

«Piensa lo contrario».

Ella miró lo que había escrito. Un modo de pensar en diagonal sería preguntarle a alguien completamente ajeno.

«El primer intento fue un éxito».

Si lo que el asesino intentaba hacer en realidad era cargarse a Ljunggren, lo había conseguido. Estaba muerto. Tal vez Axberg solo era una cortina de humo, un modo de desviar la atención de Ljunggren, de lograr que la policía se centrara en que era rico, no en que tenía enemigos. Inventarse esa historia del chantaje y dejar que la policía desperdiciara tiempo y recursos en ella.

Escribió: «Querían matar a Ljunggren».

Luego: «No querían matar a Ljunggren».

¿Qué querían entonces? Se puso a tamborilear en la mesa.

Subrayó: «Querían matar a Ljunggren».

¿Era el resultado? La maniobra de distracción no era Axberg, sino Ljunggren. Claes Ljunggren llamaba más la atención; era conocido desde hacía tiempo, en cambio Axberg no. Además era más rico que Axberg.

Nina se dio cuenta de lo que tenían que hacer: revisar los contactos comerciales de Axberg.

«Piensa lo contrario».

Tal vez ni Axberg ni Ljunggren eran los objetivos en realidad. Ambos eran cortinas de humo.

Se recostó en la silla y se puso las manos detrás de la cabeza.

En ese caso se estaban enfrentando a alguien frío y calculador, que había asesinado a dos personas para ocultar su intención de matar a una tercera. O a una cuarta.

Error.

«El primer intento fue un fracaso».

¿Cambiar otro parámetro?

Se inclinó sobre el escritorio y miró sus garabatos.

Escribió: «El primer intento no fue un fracaso».

Sería lo mismo que afirmar que «el primer intento fue un éxito». Si era cierto significaba que, desde el principio, la intención era que Ljunggren muriera. Así tenía que ser.

Entonces, ¿qué pasó con Axberg? ¿Fue un fracaso o un éxito?
Se le ocurrió pensar qué habría pensado Alex King.

27

—Ayer me encontré con un antiguo conocido —dijo Martina mientras desayunaban.

Le estaba preparando las tostadas a Jojo a la vez que le servía cereales a Oskar.

—¿Un antiguo conocido? —dijo Fredric con un ojo puesto en el periódico.

Se había levantado temprano, y por una vez tenía un programa del día completo. Trabajo y más trabajo.

—¿Te acuerdas de Jonas?

Fredric ni lo pensó.

—No.

—Iba a nuestra clase.

—¿El de nuestra clase? ¿De noveno? ¿Te refieres a Jonas, el gay? Bromeas.

—No era homosexual.

—¿Tenemos alguna prueba de ello? Un poco afeminado sí que era.

Martina puso los ojos en blanco.

—Coincidimos en una convención hace unas semanas y por la noche se tambaleaba un poco.

—¿Y se apoyó en ti? —dijo Fredric sonriendo—. Sería sorprendente. Lo recuerdo como un tipo al que todas las chicas le daban pánico.

Martina le lanzó una mirada de ten-cuidado-con-lo-que-dices y asintió con la cabeza mirando a Jojo, que untaba mantequilla en la tostada con la concentración de alguien que estaba haciendo una tarea de vital importancia. Cuando creía que ella no lo oía, preguntó:

—¿Qué es un gay, papá?

Martina le lanzó una mirada fulminante a Fredric.

—Es un chico al que le gusta besar a otros chicos.

Martina miró a Fredric con los ojos muy abiertos.

Fredric levantó las manos.

—Vamos, estamos en 2010 —dijo carraspeando.

Tras un instante, volvió a dirigirse a Nina.

—¿De qué hablasteis? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza. Después de medio minuto dijo:

—No está satisfecho con su matrimonio. Quiere separarse, pero no puede. No han tenido hijos, y al parecer dedica casi todo su tiempo al trabajo; y, para colmo, trabaja para su suegro.

Fredric entendía perfectamente cómo debía de sentirse el pobre. Él preferiría pasar por el quirófano antes que trabajar para su suegro. Pero nunca lo reconocería.

—Y quería hablar de los problemas que tenía con su mujer.

Antiguos conocidos que abrirían el corazón y que, al final, se invitarían a sí mismos a ir a tu casa si eras hombre, o empezarían a flirtear contigo si eras mujer. Lo había visto antes. Aunque a veces había que sacrificarse y escuchar.

—Lo escuché un rato y le di algunos consejos. Ayer nos volvimos a ver.

—Eres demasiado buena —dijo Fredric levantándose—. Tengo que irme.

Dejó los platos en el fregadero. Estaba impaciente por empezar el día.

—Nos falta hablar de los regalos de Navidad.

Él le sonrió.

—Falta mucho. Hay tiempo.

—Solo quedan un par de semanas y hay algunas cosas de las que tenemos que hablar. Oskar ha preparado una lista un poco… larga.

La conversación sobre el zozobrante matrimonio de Jonas se esfumó dos horas después. Fredric esperaba llegar a tiempo a la primera reunión. Había escrito la dirección, pero no encontraba el papel. Creía que era Falugatan, pero lo único que recordaba con seguridad era el número 23.

No se le ocurrió mirar la dirección en un mapa. Ahora había GPS en todos los coches, pero él no solía utilizarlo. El manual de instrucciones tenía doscientas páginas y, bueno, tenía más de cuarenta años y la vida era demasiado corta para leerse todo eso.

Finalmente encontró Falugatan y enseguida supo que había llegado al sitio

correcto. Fue hasta el numero 23. D. A. Entreprise. Y luego iba a ver al señor… ¿D. A.? Tal vez David Andersson. Dag Adlercreutz. Mientras subía en el ascensor hasta la quinta planta fue formando otras once combinaciones diferentes de nombres con las iniciales D. A. Delincuente Asqueroso estaba entre las mejores.

Se enderezó el cuello de la camisa y llamó al timbre. El hombre que abrió llevaba chaqueta y pantalón vaquero y tenía una gran barriga. Llevaba cola de caballo igual que Lucas Swartling. De nuevo el estilo *rock*.

—Hola, me llamo Fredric Hellmark. Estoy buscando algo, vamos a ver… —dijo mientras se daba palmaditas en los bolsillos.

—Christian Jonsson —dijo el hombre—. Soy yo.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Fredric tendió la mano y Christian la agarró. Fredric se preguntó por qué estaría tan serio el otro.

Jonsson miró el reloj.

—Ya lo sé —dijo Fredric con una amplia sonrisa—. Hoy hay un tráfico terrible. Es imposible conducir en medio de ese lío.

—¿A esta hora? —preguntó Jonsson levantando una ceja.

—Había un atasco en, en… Bueno, ¿puedo pasar?

Se dirigió hacia la única puerta que estaba abierta. Jonsson lo siguió sin decir nada. Se sentaron y Fredric sacó el libro de notas y la grabadora.

En el momento en que Fredric iba a empezar, sonó el móvil.

—Un momento. Tengo que contestar.

Börje, del *Ländstidningen*, quería saber si podía encargarle un artículo. Hablaron un par de minutos; era posible. Después, Fredric le dijo a Börje que estaba en una reunión importante y que lo llamaría más tarde.

—Lo siento mucho —dijo volviéndose a Christian Jonsson—. Tu papel dentro del grupo, ¿cuál me has dicho que era?

Jonsson respiró hondo y luego dejó escapar el aire. Miró a Fredric unos segundos antes de abrir la boca.

—Soy director financiero.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Lucas?

—Diez años.

—¿Diez años? —dijo Fredric tomando nota.

De repente se acordó de la grabadora. La puso en marcha. No pasó nada. Encontró rápidamente la mirada de Jonsson y vio algo en la misma que le decía

que la situación no estaba como para pedir una batería de repuesto.

—Entonces, ¿qué puedes contarme de él? Es decir, de Lucas Swartling.

Jonsson cruzó la pierna y se sujetó la rodilla con las manos. Al parecer era lo que estaba esperando.

—Sí, Lucas es alguien a quien admiro de verdad.

Luego se quedó en silencio.

Fredric alzó las cejas y lo miró unos instantes. Levantó una mano.

—¿Y bien?

—Sí, es un jefe realmente bueno. Es claro, justo y tiene ojo para los negocios.

—Está bien que tenga visión —dijo Fredric—. ¿Puedes dar algún ejemplo de esa capacidad de Lucas para anticiparse a las cosas?

Jonsson contó que Lucas Swartling había empezado con las manos vacías. Literalmente. «*Self-made man*», anotó Fredric. Como era visionario y rico en ideas, Lucas decidía lo que quería conseguir. «Ambicioso», escribió Fredric, y se dijo a sí mismo que debía preguntarle a Swartling cómo podía saber qué objetivos tenía que fijarse para sus negocios. Después, Jonsson le explicó que Lucas había planificado la forma de llegar a alguna parte.

«Estructura y estrategia», escribió Fredric. No, «estrategia y estructura» sonaba mejor.

Jonsson habló durante un buen rato acerca de la gran oposición que encontró su jefe diez años atrás. Entró con todo detalle en el modo en que había evolucionado la amistad de ellos y, por unos instantes, se perdió mirando atrás con nostalgia.

A Fredric le pareció un poco raro que una persona de solo cuarenta años sintiera nostalgia y anhelara volver a tiempos pasados. ¿No debía llegar eso más tarde? En todo caso, después de los cincuenta. Él no había empezado aún a mirar atrás. La vida era como era. En ese momento ya había pasado la línea central, pero se negaba a caer en picado.

Los labios de Jonsson seguían moviéndose y Fredric estuvo un instante sin tomar notas.

Jonsson se quedó en silencio.

—¿Qué quieres decir? —dijo Fredric para que comenzara de nuevo.

—Sin Lucas estaríamos todos sin trabajo. La verdad es que su contribución ha sido decisiva. Si hubiera apuntado hacia otro sector, podría haber llegado tan lejos como hubiera querido.

A Fredric se le ocurrió una idea.

—¿Cómo definirías tu sector?

Jonsson miró por la ventana. Mascaba algo que podía ser chicle o no, pero Fredric creía que más bien se mordía la lengua o tal vez la parte interna de la mejilla.

Fredric agitó la mano.

—Da igual. Luego volveremos sobre eso. Háblame un poco de Lucas Swartling como persona.

—Está casado con Dolores y viven con sus dos niños en un chalé en una zona residencial.

—¿Dolores? Qué nombre más raro. ¿De dónde es?

—No lo sé.

—¿En qué zona?

—¿Dolores?

—No, la zona residencial. Como fondo del retrato de Swartling. Tal vez vaya a su casa de visita.

La sonrisa de Jonsson se inició en una de las comisuras de los labios, pero rápidamente se extendió a todo el rostro.

«De repente parece agradable», pensó Fredric.

—¿Sabes una cosa? Me sorprendería mucho.

Se levantó y se cerró la holgada chaqueta.

La entrevista había concluido.

28

Alex miró a los cuatro hombres de traje oscuro y corbatas aburridas y le resultaban cómicos de tan serios. Uno tenía surcos en la cara como testimonio de muchos y largos años de trabajo poco placentero. Otro parecía que acabase de llegar de un entierro, sus facciones habían quedado atrapadas de algún modo en una expresión de perpetuo abatimiento. El tercero era alegre en comparación con los otros dos, casi sonreía. O tal vez era que tenía el labio superior demasiado corto. El sombrío grupo lo completaba una mujer, que era la más estricta de todos. Había tenido que revisar muchas pérdidas de crédito y todas habían dejado profundas cicatrices en su amargado espíritu de bancaria.

Las noticias eran malas a raíz de la crisis financiera. La conversación se enfocó enseguida hacia los problemas. El programa de liderazgo que acababan de terminar no les satisfacía, y Alex tenía la sensación de que necesitaban un chivo expiatorio. Hizo un esfuerzo para centrarse en la reunión. Las ideas querían deslizarse todo el tiempo hacia la conversación que había mantenido con Nina unas horas antes. ¿Qué había sucedido en realidad?

—Solo hay una forma de proteger vuestra inversión previa —dijo, y les miró a los ojos uno por uno—. Es el modelo de las tres eses.

Uno de los hombres de más edad se removió inquieto en su silla. Estaba en silencio y llevaba un buen rato escuchando sin que nadie se diera cuenta de que estaba presente.

—¿Y en qué consiste?

—Seguimiento. Seguimiento. Seguimiento —dijo Alex—. Todos los años habéis enviado gente a cursos de formación, ¿no?

Se oyeron murmullos. Claro que sí, en los últimos años habían invertido algún que otro millón en formación. La expresión de sus rostros sugería que los

consultores eran rentables.

—Seguimiento, evaluación y perseverancia. Sabéis lo que ocurre con la formación. La gente sale muy contenta, han aprendido cosas y empiezan a comparar. Quieren volver enseguida a la oficina para ponerlo en práctica.

Percibió un par de sonrisas divertidas de los que reconocían la ironía al oírlo. Tal vez esas caras de piedra no estaban del todo muertas emocionalmente.

—Pero —dijo poniéndose en pie— ¿sabéis lo que suele pasar cuando llamo por teléfono a los participantes después de unos meses? Suelo preguntarles: ¿Qué ha sucedido desde que nos vimos?

La pregunta no estaba formulada para ser contestada. Sin embargo, uno de los banqueros no pudo contenerse.

—Nada —dijo con satisfacción.

Alex señaló la imagen que en ese momento se estaba proyectando en la pared.

—Cuando vuelven a sus puestos de trabajo todo es como antes —dijo—. Las mismas tareas, los mismos colaboradores. El mismo jefe injusto, las mismas oficinas lúgubres, los mismos clientes desconsiderados y los mismos márgenes escasos. Nadie los ha liberado del montón de masa fermentada que suaviza los escritorios. Algunos descubren incluso que son las mismas personas que antes de hacer el curso de formación.

Alex hizo una pausa, reaccionó a sus propias palabras.

«Todo es como antes».

«Lo mismo… siempre».

Levantó las manos y se encogió de hombros.

—Y sin embargo habían dicho por escrito que la formación había sido excelente. La mejor de todas las que conocían.

Volvió a sentarse y se inclinó sobre la mesa. No había abierto aún la carpeta que contenía sus notas de apoyo por si tenía que utilizarlas durante la reunión. No las necesitaba. Había tenido este tipo de discusiones muchas veces antes. Era idéntico en todas las empresas en las que trabajaba. El cambio de comportamiento real después de una iniciativa formativa no se producía debido a que nadie se aseguraba de que los nuevos conocimientos se llevaran a la práctica.

—Todo es muy sencillo —dijo, y dejó que el comentario se introdujera entre los que estaban allí—. Lo que se sigue se hace.

—¡Bah! —resopló uno de los sombríos asistentes—. Eso es una verdad muy

manida.

Alex sonrió.

—Pero sigue siendo una verdad. Lo que uno sigue es lo que obtiene.

Volvió a levantarse y empezó a dibujar en la pizarra.

—El problema por lo general es saber qué es lo que hay que seguir. ¿A qué cosas es importante que prestemos atención? Ello depende a su vez de nuestros objetivos. ¿Qué tipo de jefe queremos tener?

Uno de los participantes golpeó la mesa con un bolígrafo. Tenía el cuello tan delgado que no podía llenar el cuello de la camisa.

—La imagen del objetivo ya la tenemos. Nos ayudaste con eso la primavera pasada.

—Pero el liderazgo es el pegamento que une la imagen del objetivo con el comportamiento de los empleados. Saben lo que tienen que hacer, pero sin seguimiento no lo van a hacer.

—Pero —dijo preocupado el del cuello de pollo—, ¿por qué no lo dijiste en primavera?

El dilema habitual de un consultor. ¿Decir la verdad, o sea, que él lo dejó todo muy claro en su momento, o deslizarse por la respuesta evitando que los gestores de este negocio de miles de millones quedaran como unos necios?

Fue rescatado por la directora.

—Lo hizo —dijo escuetamente.

El silencio se generalizó. Alex esperó unos segundos antes de continuar.

—De todos modos, esto tiene solución. Les he traído una propuesta.

Uno de los hombres se quejó y se frotó la frente. Seguramente vio pasar volando por delante de sus ojos los billetes de mil que les iba a costar la propuesta. El banco de la región ganaba poco más de mil millones anuales, pero tenía que ajustarse a un estricto presupuesto de gastos.

Alex sacó cinco carpetas idénticas y las repartió.

Explicó el contenido rápidamente. Después de algunos gestos de duda, aceptaron la propuesta sin molestarse en mirar el precio.

Cuando Alex iba en el taxi de vuelta, vio que aún podía llegar a tiempo a otra reunión que había a diez manzanas de distancia. Suspiró para sus adentros. El trabajo de consultor era en sí una bendición, pero después de diez años empezaba a sentirse cansado. Las tareas del último año habían empezado a

parecerse unas a otras.

Hacía apenas un mes estaba sentado delante de un grupo de personas y de repente no pudo recordar dónde se encontraba. Se le había olvidado por completo. Se vio a sí mismo delante de un grupo de extraños. Tuvo que mirar los papeles que llevaba para buscar el nombre de ese cliente en particular y situarse.

Eso no hubiera ocurrido diez años antes. Recordó la sensación de euforia al terminar todas las reuniones con aplausos. Para ser honesto, ya no sucedía con la misma frecuencia.

Alex miró su rostro reflejado en la ventanilla del coche.

«Siempre lo mismo».

La rutina se había ido instalando silenciosamente, poco a poco. Los retos ya no le inspiraban. Reconocía los problemas del cliente y las preguntas que le hacían eran demasiado fáciles de responder. No sabía cuándo había comenzado ese proceso y se preguntaba cómo sería el final.

Volvió a suspirar.

29

Fredric pasó a limpio la primera entrevista y se sintió muy inspirado. Apenas se podía creer la suerte que había tenido con ese proyecto. Estaría ocupado hasta la víspera de Navidad. Quedaban escasas semanas y sabía que Martina lo controlaba todo. No se perdía nada que tuviera que ver con esas tradiciones. Le parecía recordar que había algo acerca de los regalos de Navidad de Oskar, pero estaba tan concentrado en el trabajo que ni lo había pensado. Le preguntaría a Martina. Tal vez había algo que él pudiera hacer.

Habían pasado un par de días y seguía sus investigaciones sobre Lucas Swartling. Bobby Zhigarra era el jefe de seguridad y además el hombre más alto que él había conocido, exceptuando a su propio hermano. Medía por lo menos un metro noventa y cinco e iba vestido completamente de negro. Los trajes le sentaban bien, pero no podían ocultar sus tremendos bíceps. La tela se le ajustaba y crujía cuando se movía en la silla.

El jefe de seguridad no perdió ni un segundo. Apenas se habían sentado cuando dijo:

—¿Qué quieres saber? Puedo hablarte de Lucas Swartling a partir de 2003. Antes yo estaba involucrado en otra actividad.

—Adelante —dijo Fredric iniciando la grabación.

Zhigarra parecía estar encantado y levantó un puño con el que podía romperle a alguien el cráneo de un solo golpe. Cogió el artilugio. Lo miró como preguntándose qué era eso. Luego gruñó, lo volvió a bajar y empezó a hablar.

Dijo básicamente lo mismo que había dicho Jonsson pocos días antes. Lucas Swartling era un visionario que sabía lo que quería y procuraba conseguirlo. Además no tenía reparos en hacer lo que fuera necesario para alcanzar el objetivo que se hubiera propuesto, algo que no siempre estaba bien visto en el

negocio.

En esa ocasión, Fredric no le preguntó a qué se dedicaban. Tal vez fuese mejor centrarse en una cosa cada vez. De hecho era una buena idea. Eran muchas las bolas que lanzaba al aire y luego simplemente las olvidaba. Con frecuencia esas bolas caían como fruta madura sobre la cabeza de otra persona. Recordaba por ejemplo el momento en que…

—¿Me estás escuchando? —dijo Zhigarra frunciendo el ceño.

Las imágenes que había en la cabeza de Fredric se apagaron como en un viejo televisor.

—Por supuesto —espetó mientras descubría sobre uno de sus brazos un puño enorme cubierto de vello hasta los dedos. La presión de la mano no era fuerte, pero suficiente para que se hiciera una idea de lo que el jefe de seguridad Zhigarra era capaz de hacer.

—No estás tomando notas —dijo Zhigarra, y señaló el papel con un dedo tan gordo como una salchicha.

Fredric tragó saliva. Jadeó y estuvo a punto de decir que había dormido mal, o que su hijo estaba enfermo o cualquier otro argumento de los que solía utilizar para suavizar situaciones complicadas. Pero cuando abrió la boca, Zhigarra le apretó el brazo un poco más y ladeó la cabeza. Fredric cerró otra vez la boca. Volvió a tragar saliva.

—¿Continuamos? —dijo Zhigarra retirando la enorme mano del brazo de Fredric y mostrándole los dientes en una especie de sonrisa.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no frotarse el brazo en la zona donde había estado la mano de su entrevistado. Fredric se limitó a asentir y volvió a coger el bolígrafo.

—Está bien —dijo.

Sin revelar nada de lo que se hacía en la empresa, Zhigarra contó que Swartling había creado con mano de hierro una cultura corporativa sólida y efectiva.

—Los valores fundamentales comunes están tallados en piedra —dijo Zhigarra—. Honestidad, comunicación y responsabilidad.

Fredric tomaba nota como si su vida dependiera de ello.

—La honestidad, por ejemplo —dijo Zhigarra—. No basta con decir que debemos ser honestos con los demás. Tenemos que ponernos de acuerdo en lo que significa para nosotros la honestidad. Y aquí decimos que significa decir siempre la verdad, en cualquier situación. No hay otro camino.

—Pero la verdad puede resultar peligrosa —dijo Fredric con cautela—. Puede dañar una relación, por ejemplo. No todos pueden decir la verdad.

Zhigarra sonrió.

—Quien no lo haga, no tiene nada que hacer aquí —concluyó.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Lucas Swartling? —dijo Fredric.

Zhigarra se ajustó el puño de la camisa.

—Antes de que Lucas entrara en escena esto era más o menos un campo de batalla. Se peleaban unos con otros y no se podía tomar ninguna decisión. Nadie pensaba en conjunto. Él nos obligó a poner las cartas bocarriba. Hablamos acerca de los valores básicos que realmente teníamos. Nos unió antes de que perdiéramos todo el mercado a favor de la competencia.

Fredric llegó de repente a una conclusión obvia.

—Veo que le tienes mucho respeto —dijo.

—Por supuesto —dijo Zhigarra—. Sin él, probablemente ahora estaría muerto.

—Entiendo. ¿Así que si alguien se sale de esas normas estrictas…?

—No nos agradan los que discrepan. Trabajamos por los demás. Aquí, el que no echa una mano no dura mucho.

—¿A qué te refieres?

Zhigarra se pasó un dedo por la garganta de izquierda a derecha. Sonrió. Fredric vio por primera vez el diente de oro que tenía en el maxilar superior.

—Vamos, ¿qué quieres decir?

—No puedo revelar lo que hacemos con los que discrepan, todavía no. Si te lo dijera ahora, tendría que matarte después.

Fredric lanzó una carcajada, pero por algún motivo no sonó natural.

Zhigarra se rio también, y cuando poco después se separaron su risa seguía resonando en la cabeza de Fredric de modo inquietante.

30

Hellmark miró a su alrededor en la sala de conferencias. Eran las cinco de la tarde del lunes. Se había visto obligado a posponer la reunión varias veces hasta que las cosas se calmaron un poco.

Sundström lo miraba.

Korell lo miraba.

Nilsson lo miraba.

Nina estaba sentada escribiendo. Sentía aún el esfuerzo del entrenamiento, no le había dado tiempo a estirar. Notaba tensión en el trasero.

Todos habían oído a Eva Axberg gritarle «asesino». Nadie dijo nada, pero todos sabían que no se refería al asesino de su marido.

El tirador se había tumbado detrás de una mampara de plástico y lo más probable es que la hubiera apartado para realizar el disparo. Habían visto huellas de pasos en el polvo, pero de al menos treinta pares de zapatos distintos. Encontrar restos de ADN llevaría una eternidad. Ningún casquillo, ningún mensaje del tirador en forma de pistas evidentes. Ni siquiera un escupitajo que pudiera llevarse a analizar.

Hellmark miró sus papeles. La inactividad lo sacaba de quicio.

—Seamos realistas —dijo—. Se trata de un grupo nuevo.

A Roger Axberg se le había declarado muerto diez minutos después de que abandonara la oficina de Hellmark. Su cuerpo fue llevado al hospital Karolinska siguiendo el protocolo. La señora Axberg yacía atada en otra unidad del mismo hospital, seguramente medicada y bajo observación.

—Ninguno de los habituales hubiera podido hacerlo —dijo Sundström.

Acababa de decir lo que todos sabían. El delincuente medio hacía preguntas con pocas palabras, generalmente no tenía formación y se pasaba el día en

camiseta en algún apartamento de un suburbio decadente, encargándose de repartir palizas y de la venta de droga. Nada que ver con esos malos de película, cultos, que leían cuentos a sus hijos y les daban el beso de buenas noches bajo el resplandor de la luz de las velas. Bastante alejados de los trajes y la elegancia. Muchos de ellos procedían de zonas afectadas por la guerra y estaban traumatizados por terribles abusos que la gente no podía ni imaginar. Solo conocían la violencia; maltrataban a todos, a otros hombres, a sus propias mujeres, a las mujeres de otros, a sus hijos y a los hijos de los demás. Era imposible que ellos pudieran hacer frente a este tipo de operación.

Hellmark se obligó a concentrarse. Sabía que la comisaría estaba asediada por los medios de comunicación, pero el personal de relaciones públicas había tomado el relevo para que él trabajara con tranquilidad. Sacó un montón de papeles.

—Aquí tengo ejemplos de cartas escritas por famosos criminales suecos.

Señaló la pantalla en la que se veía la carta a Roger Axberg.

—Podéis comparar.

Sacó la primera.

«Tienes que pagar. De lo contrario te mataremos».

Sacó una más.

«Paga lo que debes. De lo contrario te liquidaremos a ti, a la puta de tu mujer y a tus putos hijos. ¡Paga! De lo contrario…».

«Se te ha acabado la suerte. ¡Vas a morir, cerdo!».

—En la esquina inferior hay un dibujo que representa al Pato Donald o a una calavera. Además, la gramática deja mucho que desear. La carta que veis detrás de mí es correcta, está bien escrita. Tal vez algo seca.

Miró al grupo desde arriba.

—No todos los canallas son analfabetos —dijo Sundström.

—Te refieres a disléxicos —dijo Nilsson—. Los analfabetos no saben escribir. Ni leer.

Nina no dijo nada.

—Estamos hablando de alguien que no hemos visto nunca —intervino Hellmark irritado—. Lo que no queremos que ocurra ahora es que cualquier imbécil vaya a la prensa a contar detalles sobre la muerte de Roger Axberg. O el porqué. —Frunció el ceño—. Sobre todo el porqué.

—Había un montón de personas allí —dijo Nilsson sin abordar la cuestión del porqué.

Hellmark se dio cuenta de que el asunto podía formularse de modo ligeramente diferente.

—Esperemos que ninguno de sus amigos estuviera allí en ese momento. Con un poco de suerte, es posible que nadie se atreviera a acercarse lo bastante como para ver de quién era el cerebro desparramado en mitad de la calle —dijo señalando un punto más en su lista—. Alguien tiene que controlar qué tiradores tenemos en el país.

—¿Profesionales? —dijo Nina.

—Francotiradores. Según los técnicos, el disparo era muy preciso. El tirador disponía de unos segundos. La distancia era de más de ciento treinta metros. Dicen que con esos ángulos, distancia y dirección del viento, solo un tirador realmente excepcional pudo haber acertado el disparo.

Nina carraspeó.

—Yo me encargo.

Hablaron durante un rato sin llegar a ninguna parte. Hellmark dio por terminada la reunión después de cinco minutos de inactividad. Al volver a su despacho escuchó los mensajes del contestador. Nueve periódicos y tres canales de televisión. Pleno.

31

La Navidad llegó y se marchó. Los niños estaban contentos y esa Nochebuena fue para Fredric y Martina la mejor noche de sexo que habían tenido en mucho tiempo. Comieron de todo y bebieron vino durante todas las fiestas. Pero, por otro lado, solo es Navidad una vez al año.

Fredric revisó la larga lista de entrevistados y empezó a tener la extraña sensación de que había una especie de cultura conformista en la empresa de Swartling. Si no estaban fundidos en el mismo molde, les faltaba poco. El siguiente hombre era Conny Möller.

Mientras lo esperaba en el Café Albert, en Birger Jarlsgatan, Fredric aprovechó para telefonear a Martina. No estaba seguro, pero le parecía que ella se había levantado a las cuatro de la mañana para ir al trabajo. Aunque estaban en los días intermedios de las fiestas y podría haberse cogido al menos la mañana para dormir, ella también tenía una fecha límite. Siempre pasaba lo mismo cuando se aproximaba el final del año.

—Hola, soy yo —dijo tomándose un sorbo de café y acercándose el móvil a la oreja.

—Hola —dijo ella—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada. Estoy en un café en Birger Jarlsgatan.

—Ah, entiendo.

Él saboreó el café.

—Uf, creo que deberían descalcificar la máquina de café. Me parece que voy a darles un par de consejos. Así van a perder la clientela —dijo él.

—¿No habrás llamado para eso, supongo? —dijo Martina.

Fredric oía ruidos de fondo. Dado que ella no dejaba de trabajar nunca, él se la imaginó sosteniendo el teléfono entre la oreja y el hombro mientras buscaba

algún documento sumamente importante.

—No, solo quería saber cómo te van las cosas. Estaba dormido cuando te marchaste esta mañana temprano.

—No quise despertarte. Fredric, yo…

—¿Crees que deberíamos pintar el dormitorio también? Quiero decir, ya hemos arreglado todo el piso de arriba.

—¿Querías algo?

—Estoy harto del papel de las paredes —se quejó.

—Mira, debo irme, tengo una reunión. ¿Te encargas tú de la cena? He dejado cuatro filetes de pollo en el frigorífico. Estarán descongelados a las cinco.

—Cenamos a las seis —dijo malhumorado—. Además, nos queda aún comida de ayer.

El gimnasio, la comida, cuidar el jardín, todo estaba programado a una hora determinada. Era práctico, sin duda, pero ¿qué pasaba con la espontaneidad? Al principio de su matrimonio ella introdujo la rutina de cenar a las seis. ¿Por qué? Porque a todos les resultaba fácil cumplirlo.

Fredric quería comer cuando tenía hambre, ni antes ni después. Pero Martina era implacable. Cuando decidieron tener hijos, algo que por supuesto también planeó ella, era de vital importancia respetar unos horarios fijos, según dijo una vez. Él le preguntó entonces si iban a apuntar también en el calendario cuándo iban a mantener relaciones sexuales.

«Cielo santo, si todo va a ser según un plan, ¿por qué no determinar también cuándo tengo que ponerme cachondo y cuándo tendré ganas de follar?», le preguntó a gritos.

No es que hiciera mella en ella. A Martina nunca le impresionaban los arrebatos emocionales y tampoco le gustaban las expresiones vulgares; solo se hacía incómodo. Ella le dejaba gritar y armar jaleo un rato, y luego le preguntaba tranquilamente si había terminado.

—Se tarda un momento en preparar la cena, cariño —dijo ella en ese instante.

—¿Cómo te fue con aquel colaborador, el malversador?

—He organizado un plan. Parece que funciona. Gracias de nuevo por tu aportación —añadió, y puso fin a la conversación por segunda vez.

—Te quiero —dijo Fredric cuando ella ya había colgado.

Suspiró y se guardó el móvil en el bolsillo.

Miró su Breitling. Möller ya llevaba diez minutos de retraso. Paseó la vista a

su alrededor por primera vez desde que entró en el café. Estaba medio lleno. Había un grupo de adolescentes ojerosos que habían hecho novillos. Parecía que acabasen de salir de una tumba. Llevaban el cabello de punta y Fredric se entretuvo adivinando cuáles eran chicos y cuáles chicas.

«No es fácil ser adolescente en estos tiempos», pensó.

En otra mesa había dos madres recientes, ambas con profundas ojeras similares a las de los muchachos. Una parecía estar exhausta. A Fredric le recordó a la leche desnatada; débil y un poco azulada por los bordes. Llevaba el pelo sucio, y agarraba convulsivamente una enorme taza de té de la cual parecía que dependiese todo su futuro. El cochecito del bebé empezó a moverse. Un fuerte alarido salió del interior y Fredric vio con claridad cómo la madre se ponía rígida y agarraba la taza con más fuerza aún. Su mirada estaba llena de pena. Los dos coches se hundían bajo las bolsas, llenas de objetos de las rebajas de diciembre.

«No puedo más», decían los labios de ella mientras la amiga seguía hablando. Una lágrima corrió por su rostro antes de poner una mano en el cochecito y empezar a balancearlo con desesperación.

¿Debería acercarse? ¿Decirle algo reconfortante? Tal vez podría hablarle de sus hijos, decirle que luego pasaba. Que el sueño nocturno volvería. Que ser padres de un niño pequeño no era un juego, él lo sabía. Pero ella tenía una amiga. No podía entrometerse; no era tan ingenuo.

Finalmente sonó su móvil.

—Möller ha tenido un problema y no puede ir. Te llamaremos cuando llegue la ocasión. Continúa mañana con Dahlén.

El hombre que estaba al otro lado del teléfono colgó antes de que Fredric pudiera preguntarle nada. Un problema grave con el último plan de mercado, tal vez. O se había quedado atrapado con Zhigarra, el jefe de seguridad.

Fredric apuró las últimas gotas de un expreso doble, que hacía rato estaba frío, y salió del café dejando atrás los alaridos del niño.

«Pobre mujer», pensó.

Fredric necesitaba la música para seguir. Ponerse los auriculares y subir el volumen era como cerrar la puerta al resto del mundo. Solo él y el heavy metal. No era nunca tan creativo como en ese momento, por lo que había dedicado dos horas a descargar música nueva al disco duro. Al terminar no encontraba los

auriculares. Estuvo un rato buscándolos en los cajones de Martina, pero no encontró nada de interés. Tuvo cuidado de volver a poner todo en su lugar. No se sabía nunca cómo reaccionaría ella si descubría que había estado rebuscando entre sus cosas.

Fredric se detuvo un momento y se rio para sus adentros. Eso no era cierto. Sabía exactamente cómo reaccionaría ella.

Había pasado a limpio sus notas y escuchado las grabaciones. Vio el problema. Por ahora había hablado con cinco personas y todas habían contado la misma historia. Por muchas vueltas que diera intentando engañar a los entrevistados, siempre volvían a lo mismo. Swartling era un estratega sistemático y brillante; una fuerza unificadora que casi no tenía defectos. Un auténtico salvador.

Y ahí había un problema.

Aunque la historia que iba a escribir no fuese cierta, tenía que percibirse como si lo fuera. Y el libro sería malo precisamente por esa misma razón. No, malo no. Pésimo sería la denominación más acertada. Estaba compilando un libro triste y vomitivo.

De ser un periodista de verdad estaba pasando a ser una especie de simple… escritor fantasma. Cuando Fredric se examinó a fondo se preguntó por qué no había hecho caso a su instinto y no había buscado una serie de nombres que no estuvieran en la lista. Siempre era bueno tener una segunda opinión.

¿Qué había sido de su integridad?

«Me estoy haciendo viejo», pensó con tristeza. «Los sensores que me tienen que salvar de este tipo de errores han dejado de funcionar».

Pensó en el material que tenía delante. En realidad no estaba seguro de que los hechos fueran falsos. Pero era increíblemente aburrido. Tendría que recurrir a otros métodos. Pensó que ya llevaba suficiente retraso, debía ponerse a trabajar. Se restregó la cara y se levantó.

Antes tomaría una taza de café.

32

—Está buscando en el sitio equivocado —dijo por teléfono la voz ronca que se identificó como Rolf Eriksson, presidente de la Federación Sueca de Cazadores —. No hace falta que ser un francotirador para cazar alces, por ejemplo. O lobos, que este año está de moda.

—¿Pero ayuda?

—Por supuesto, pero en realidad la caza como deporte no es tan complicada. La mayoría de los cazadores se manejan sin ningún problema.

Nina tamborileó en la mesa con el bolígrafo y estiró las piernas lentamente. Las agujetas le llegaban a los muslos.

—¿Cuántos de los cazadores que tienen registrados podrían disparar a una persona en la cabeza a cien metros de distancia sin correr el riesgo de fallar?

Eriksson rio ahogadamente.

—Yo diría que bastantes. No es un disparo difícil. Probablemente yo mismo podría hacerlo si lo intentara. ¿Es por lo que ocurrió en Väsby?

—Entonces, ¿qué es para usted un disparo difícil? —dijo Nina evitando contestar la pregunta.

—Supongamos que solo tienes una oportunidad de tiro. No puedes fallar. Estás al aire libre, el efecto del viento es fuerte y el ángulo, reducido. Tienes pocos segundos para apuntar. El objetivo se mueve y pierdes la oportunidad. Eso es un disparo difícil.

—¿Cuanto peores son las condiciones hay menos tiradores que puedan hacerlo?

—Por supuesto —dijo Eriksson.

—¿Cuántos de sus cazadores podrían hacerlo? —dijo Nina mientras estiraba una pierna.

—Si pregunto en los diecinueve circuitos tal vez podría obtener una cifra. Pero está buscando en el sitio equivocado. A los que están registrados aquí como miembros les gusta la caza en condiciones dignas. No son asesinos, se lo aseguro.

Nina se daba ligeros golpes en los labios con el bolígrafo. Los asesinos estaban por lo general donde menos te podías imaginar.

—¿Alguna conjetura?

Eriksson suspiró.

—En las peores condiciones yo diría que no hay nadie. Un disparo así es bastante complicado y requeriría un entrenamiento muy específico para dar en el blanco. Tal vez haya algunos en teoría, pero con quien debería hablar usted es con Defensa.

Nina le dio las gracias y colgó. Miró sus anotaciones. Diecinueve circuitos. No pensaba llamar uno tras otro. Le dio la impresión de que Eriksson sabía de qué hablaba.

Marcó el siguiente número.

El hombre se llamaba Krister Egebring y era una especie de administrador del Estado Mayor central. Escuchó la pregunta que le hizo, y ella oyó lo divertido que le parecía el tema.

—No es usted la primera que pregunta.

—¿La prensa? —dijo ella.

—Todos los periódicos desde Kiruna a Smygehuk, y algunos más. Canales de televisión y de radio. Todos quieren saber de dónde salen los francotiradores.

Nina frunció las cejas en un gesto habitual. Como siempre, los medios de comunicación tenían más recursos que la policía.

—¿Y puede decirme de dónde salen?

Egebring se rio.

—Los francotiradores no proliferan mucho en Defensa. Podría decir que los que tenemos hoy en día pueden contarse con los dedos de una mano. Los que se dedican a ese tipo de cosas son sobre todo cazadores de costa, y con los recortes que hemos tenido en los últimos años no hay nuevos entrenamientos.

—¿Ninguno?

—Pero hay de años anteriores. Por ejemplo, la Escuela de Francotiradores del Batallón de Caza, regimiento I 19 de Norrboten. Ellos han formado a algunos en los últimos años. Uno al año, creo. Luego tenemos también el Cuerpo Anfibio, AMF 1, la Compañía de Cazadores de Costa. Pero hace quince años

que no forman ningún francotirador. Según parece, las amenazas al país ya no se ven igual. Si es que alguna vez las hubo.

«Quizá no en el sentido militar», pensó Nina.

—¿Eso es todo? —dijo ella.

Egerbring rio de nuevo.

—Bueno, tenemos los Húsares del Regimiento de Salvavidas.

Nina se pellizcó la nariz.

—Hablaré con todos ellos.

—Pero tiene que saber una cosa, y ya se lo he dicho a los periodistas: los francotiradores tienen que practicar para mantener la habilidad. Si obtuvieron el título hace quince años, de nada les sirve si no han seguido practicando. Y no es tan fácil hoy en día.

Nina se enderezó en la silla.

—¿Por qué?

—Ya no se concede licencia de armas de francotirador. Para obtenerla hay que hacerlo de modo ilegal. Y no es nada fácil conseguirla.

Nina reflexionó.

—¿Cómo se puede acceder a un Blaser Tactical?

Esperaba que Egebring volviera a reírse, pero le sorprendió.

Bajó un poco la voz.

—Con un Blaser Tactical 2 puedes acertar de lleno en un pomelo a dos kilómetros de distancia, si sabes lo que estás haciendo —dijo—. Es un arma muy efectiva, por decirlo de un modo suave. El que encontraron en Väsby se había introducido de contrabando en el país.

—¿Y sabe de dónde procede? —dijo acercando la cabeza y estirando un poco el cuello.

—De Alemania. Viejos fabricantes de armas, muy serios. El fusil Blaser Tactical es relativamente nuevo, solo tiene unos años. En realidad es un arma de caza, pero es también muy efectiva en la ejecución de personas. Extrema precisión. Excelente estabilidad y fiabilidad. Firmeza absoluta en condiciones duras y estrictas. Bloque de aluminio. Máxima resistencia. Puedes tirarlo por la ventana y seguir utilizándolo después de que haya caído al suelo desde varios pisos de altura.

—Suena muy práctico —dijo Nina, que consideraba que el fetichismo de las armas empezaba a ir demasiado lejos. Ella probaba su arma reglamentaria las veces que el reglamento prescribía, pero eso era todo. De hecho, pronto iba a

tener que hacerlo.

Egebring carraspeó.

—Hay un montón de aficionados a las armas dando vueltas por los bosques. Pero ninguno de ellos podría utilizarlas como lo hace la persona que está buscando. Están en las unidades de cazadores. No creo que la lista de nombres supere la veintena.

Nina se quedó estupefacta.

—Es una noticia fantástica.

—No podría ser peor. Ni siquiera hay muchos en todo el mundo. En la Defensa estadounidense no hay más de doscientos. Y no entrenan a más. No es necesario. ¿Quiere una relación de los suecos?

—Me sería muy útil, sí.

—Consiga una orden judicial. Las competencias de Defensa no son documentos públicos. Dispongo de una lista, pero necesito la orden para difundirla.

Nina terminó la conversación prometiéndole enviar un fax acerca de la decisión. Le produjo risa. ¿Desde cuándo no utilizaba un fax? Pero no sabía dónde estaba el escáner más cercano.

Al día siguiente tendría que enfrentarse a la siguiente investigación. Si podía llamarse así a la historia de Fredric Hellmark.

—¿Gabriel Hellmark?

Él se dio la vuelta con el primer café de la mañana en una mano y una carpeta gruesa que contenía el informe de la autopsia de Roger Axberg en la otra. Hechos concretos que decían que Axberg estaba bien para su edad. Bajo índice de masa corporal, músculos duros como piedras, buena visión, corazón fuerte y pulmones en perfectas condiciones. En realidad, el único defecto era ese molesto agujero en la frente.

Hellmark miró a un hombre que desde el primer momento supo que iba a ocasionarle problemas. El hombre iba peinado al estilo de Stureplan y llevaba gafas de montura dorada. Vestía un traje que podía costar el sueldo de todo un mes de un comisario. Llevaba los zapatos sorprendentemente bien pulidos, teniendo en cuenta que estaba lloviendo. Cuando Hellmark lo miró a los ojos lo reconoció. Era un hombre que quería crear problemas. Desafiante, levantó la vista hacia Hellmark. Parecía que esperaba que el comisario se identificara.

Cuando no funcionó, dijo:

—Me llamo P. Magnus Odebjer. Represento a Eva Axberg.

Como si Hellmark no tuviera ya suficientes problemas ese día.

—Felicidades —dijo.

—Estoy preparando una denuncia contra usted, debido a que su comportamiento poco profesional hizo que el marido de mi clienta fuera asesinado.

El abogado levantó la voz deliberadamente. No había duda de que quería que el mayor número posible de personas oyera la conversación.

—¿En serio?

—Por negligencia grave y homicidio involuntario. Por solo mencionar algunas cosas.

Hellmark resopló.

—Sabe muy bien que no se dicta auto de procesamiento contra agentes de policía de modo individual. Váyase de aquí y déjeme hacer mi trabajo.

—Estoy estudiando la posibilidad de presentar una acusación privada.

—Mientras tanto, yo meteré en la cárcel al asesino de Roger Axberg.

—Le advierto que nos movemos hacia una nueva jurisprudencia que someterá a prueba la responsabilidad personal de los policías en ciertas cuestiones. En estos momentos estamos buscando un precedente.

Hellmark se quedó mirando al abogado y esperó. Era un método que por lo general funcionaba. La clásica técnica de interrogatorio: el otro esperaba que dijeras algo; tú te quedabas callado un rato; el otro se sentía inseguro y comenzaba a reconsiderar sus argumentos, a ceder en sus posiciones; empezaba a balbucear.

Después de un minuto, Hellmark pudo ver que al abogado no se le ocurría nada. Había previsto que Hellmark se defendiera o lo atacara.

P. Magnus Odebjer se envalentonó.

—Por lo que puedo entender, no tiene usted mucho que aportar en la investigación.

«Ya somos dos», pensó Hellmark.

Dio un paso adelante y se puso a veinte centímetros del abogado.

—Escúcheme. Si no desaparece dentro de cinco segundos, lo arrestaré por obstrucción a la justicia. Un delito grave. Luego tendrá un montón de tiempo para estudiar lo que quiera.

P. Magnus Odebjer tragó saliva.

—¿Debo tomármelo como una amenaza?

Hellmark giró sobre sus talones y se alejó de allí. Si abría la boca otra vez ocurriría algo realmente inoportuno. Mientras avanzaba con dificultad por el corredor oyó decir al abogado:

—¡No puede amenazar a un miembro de la Asociación de Abogados de Suecia!

Hellmark se volvió y fue hacia el abogado dando largas zancadas. Se acercó a él y se estiró más que una regla de escuela.

—Pero sí se puede amenazar a un comisario de policía, ¿verdad? Si lo cree así, inténtelo.

Esperó alguna reacción, pero no llegó.

Se alejó de allí por segunda vez. Le hubiera sorprendido que P. Magnus Odebjer hubiera querido tener la última palabra también en esa ocasión.

33

Fredric estaba lejos de haber terminado con la recopilación de la ronda de entrevistas. Eran un montón de notas, grabaciones e impresiones. Solo ponerlas en orden llevaba mucho tiempo. Se sentía como si hubiera hablado con mucha gente, y todo estaba amontonado encima del escritorio.

Era raro, pero cuando acordó con Swartling que solo tenía un mes para hacerlo no lo dudó lo más mínimo.

Treinta días. Cuatro semanas. La mar de tiempo. La primera semana transcurrió a la velocidad de la luz. Aún quedaba mucho tiempo, claro. Luego, de repente, quedaban solo dos semanas y los quehaceres de la Navidad se le echaban encima. Pero se solucionó. Fredric empezó a entrevistar a las distintas personas a un ritmo acelerado. En unos días tuvo lo que necesitaba. La Navidad vino y se fue. Pero luego se quedó atascado. La tarde anterior se había dado cuenta de que tendría que llamar a Swartling y pedirle más tiempo. Según el contrato, el primer capítulo debería estar terminado a estas alturas. La primera fase le llevaría un mes. No había sido suficiente. Pero ¿qué podía hacer? No sería el primero que no había podido cumplir con el plazo. Había estado trabajando toda la víspera de Año Nuevo para terminar las primeras cien páginas, pero no era fácil. Había un montón de cabos sueltos y no lograba unirlos.

¿Por qué había esperado tanto para empezar?

«Porque yo hago así las cosas», pensó. «Siempre empiezo demasiado tarde para luego trabajar como un loco y terminar poco después de las doce. Así puedo decir que como mejor trabajo es bajo presión».

Simplemente tenía que conseguir más tiempo. No sería la primera vez. Necesitaba una semana más.

Pero tenía una semana más, reconoció con vehemencia. El error fue que estaba al principio del proyecto.

Eran las once de la noche. Todos dormían, la casa estaba en silencio. Él no podía conciliar el sueño y se volvió a levantar.

No encontraba el teléfono de Swartling, si es que lo tuvo alguna vez. No lo recordaba. Era un desastre con los números de teléfono. Sabía que tenía que guardarlos en el móvil en cuanto tenía un número nuevo, pero requería tiempo. ¿Y si hubiera guardado todos los números que en algún momento había utilizado? ¿Cuántos podían ser? ¿Quinientos? ¿Dos mil?

Fue hacia la cocina teniendo cuidado de poner primero los talones para no molestar a Martina. En la encimera estaba el tazón de yogur de ella. Siempre se tomaba un tazón de yogur natural antes de acostarse. Siempre. Sin excepciones. Era por algo del vientre. Y entonces recordó que él se había olvidado de tomar las pastillas de la alergia. Tenía que tomar un par de comprimidos de Clarityn todas las noches por la alergia a los ácaros. O al polvo, como decía cuando tenía sus accesos de tos. Se llamaba a sí mismo aspiradora, y a los chicos les parecía divertido.

Sonrió al pensar en los niños. Tenía unos hijos realmente fantásticos. Eran dos personajes, a veces nada fáciles de manejar, pero no hubiera querido que fueran distintos. Jojo era una copia de su madre; Oskar, una copia de él.

Por suerte las pastillas de antihistamínico producían somnolencia. Cuando las tomaba durante mucho tiempo sentía un cansancio terrible. En un par de ocasiones las había utilizado incluso para combatir el insomnio. Todo dependía de cuántas tomara.

Encontró una caja de Clarityn en el botiquín.

Decidió hacer algo distinto el resto del fin de semana. Algo especial para Martina. Tal vez preparara la cena sin dejar que ella colaborara. Iba a mimarla bien.

Empezó colocando su tazón de yogur en el lavavajillas. Al mirar por la ventana de la cocina vio que había luz en casa de Ester, al otro lado de la calle.

Ester en su pequeña choza. Era un milagro que el techo no se le hubiera caído encima hacía mucho tiempo. Él solía apostar consigo mismo acerca de qué se vendría antes abajo, la casa o la propia Ester. Debía de tener por lo menos noventa años. A veces aún le preguntaba a gritos desde el otro lado de la calle quién era.

En el preciso instante en que estaba mirando el interior del frigorífico oyó un

ruido. Procedía de la parte de atrás de la casa. Cerró lentamente la puerta del frigorífico y fue a la sala de estar. El enorme ventanal de cristal ofrecía una vista fantástica, pero también dejaba ver el interior. De repente se dio cuenta de que estaba desnudo. Cogió un cojín del sofá, se lo puso delante de sus partes y fue hacia el ventanal. Con la nariz apoyada en el frío vidrio, miró el jardín. Sus ojos se posaron en un objeto desconocido. Fredric estiró el cuello un poco, tratando de entender qué era lo que veía. Había algo tendido en la mesa de la terraza. O mejor dicho, un par de cosas. Algo blanco y encima algo muy oscuro.

Eran muy parecidas.

Dio un gran paso hacia atrás ahogando un grito, a la vez que se agarraba a la cortina y tiraba de la barra y de todo lo demás. Se alegró de que el árbol de Navidad permaneciera en pie, pero el ruido se oyó en el silencio de la noche. Contuvo la respiración mientras esperaba que alguien gritara en la casa.

No escuchó nada.

Se puso en pie despacio, con las piernas temblorosas. Se llevó las manos a la boca y respiró profundamente mientras miraba por el ventanal. Su cerebro en realidad no quería procesar lo que veía, pero esa cosa blanca y negra no se había movido ni un milímetro. Su estómago se encogió. Empezó a notar un fuerte dolor justo en el punto en que se unen las costillas y acaba el tórax, como si tuviera mucha hambre.

Abrió la puerta de vidrio que conducía a la terraza y atravesó la madera algo húmeda. Lo que veía de color blanco era un folio que estaba en medio de la mesa. Tuvo que mover al gato para leer lo que ponía: «Times New Roman de 12 puntos. Fecha límite de entrega».

Dejó caer la mano a un lado y volvió la mirada al gato de Ester, negro con una sola pata blanca, que yacía sobre la mesa con un destornillador clavado en el cuello.

Reconoció el destornillador, él mismo lo había dejado en la parte delantera de la casa el verano pasado cuando fijó las patas de un mueble del jardín. Llevaba por lo menos medio año pensando que debía guardarlo en su sitio, pero no lo había hecho. Y ahora estaba profundamente clavado en el cuello del gato. Tenía la boca abierta y la pequeña lengua puntiaguda y rosada colgando. Sus ojos estaban cerrados.

Tragó saliva y apretó los ojos. Volvió a mirar el papel que aún sostenía en la mano.

«Fecha límite de entrega».

Sin saber cómo, logró salir de la parálisis. En cuestión de segundos había pasado de estar desnudo frente al elegante ventanal mirando al gato de Ester, a quedarse de pie en medio del aire frío de la noche mirando en todas direcciones.

Procuró mantener la calma. En realidad no creía que los autores siguieran por allí. Por eso habían dejado el mensaje. No tenían por qué quedarse a observar su reacción ante el repugnante acto.

Con un terrible malestar en el estómago, fue a la cocina en busca de una bolsa de basura y también se puso el abrigo y unas botas. Sintió la aspereza de la ropa rozando su cuerpo desnudo. Volvió a donde estaba el gato y no pudo evitar mirar hacia atrás por encima del hombro. Notaba un sudor frío por la frente y dudaba mucho que pudiera hacer lo que tenía que hacer.

Los dientes del gato, aunque un poco desgastados, eran diminutos, regulares y puntiagudos, y brillaban al resplandor de las luces del jardín. Era un misterio cómo habrían podido atrapar al gato.

Contuvo la respiración y se preparó. Rozó la cabeza del animal y se dio cuenta de que estaba colgando. Enseguida entendió cómo había sucedido. Quien mató al gato lo levantó en el aire, le rompió el cuello como si se tratara de una rama vieja y reseca antes de tirarla a la basura y después le clavó el destornillador.

Fredric miró el papel que todavía tenía en la mano. Lo apretó y se lo metió en el bolsillo del abrigo. Puso una mano en el pecho del gato y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Aún estaba caliente y no se había quedado rígido. Fredric agarró el destornillador por el mango, de color verde. El estómago se le revolvía, pero dio un tirón y lo sacó del cuerpo del gato. Sintió repugnancia, era como tirar de la brocheta de un pollo.

Se llevó el gato al cubo de la basura. Después de retirar la nieve con mano temblorosa levantó la tapa y tragó saliva antes de dejar con cuidado la bolsa entre los desperdicios. Puso encima otra bolsa de basura y se quedó mirando el destornillador que llevaba en la mano. Finalmente lo arrojó al cubo.

Fredric entró en la casa y se lavó las manos durante más de diez minutos. Caminó de puntillas por toda la casa comprobando que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas.

Por último, fue a acostarse. Con todo el sigilo que pudo, llegó a la cama y se acostó junto a Martina, sin mirarla siquiera. Se quedó con una mano encima de los ojos un buen rato, intentando no pensar en nada.

34

Iban en el coche de Nina.

Alex intentaba no mirarla demasiado. Ella sonreía. Y la tensión de sus hombros también decía algo. Aunque la idea le resultaba interesante, no creía que se debiera a la presencia de él, sino a un estrés inconsciente.

No sería raro que se sintiera presionada. Si lo había entendido bien, la policía no tenía ninguna pista sobre el asesinato de Claes Ljunggren. La miró de reojo mientras conducía. Su ropa le decía muchas cosas. No quería destacar demasiado. Iba bien vestida, pero no en exceso. Tanto los accesorios como la ropa que había elegido podrían haber sido más llamativos. Además llevaba los labios pintados, algo que él no había visto antes.

Tenía que procurar no perturbarla. Los estetas, por lo general, valoran la armonía.

—¿Qué novedades hay en el caso Ljunggren? —preguntó al fin.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Hemos hablado con la familia, pero no nos ha llevado a nada concreto. Por el momento no faltan sospechosos.

—¿Y cuál es el paso siguiente?

—Ahora tenemos otra víctima —dijo ella—. Un hombre recibió un disparo en la escalera de nuestra comisaría. El caso ha salido en los periódicos. Mi comisario lleva la investigación, y yo me encargo de localizar a los francotiradores que hay en el país —añadió mirándolo—. Eso no es ningún secreto. Todos entienden que tenemos que hacer eso.

Alex asintió. Había oído lo de Roger Axberg, aunque no lo había relacionado con Ljunggren.

Nina era una experta conductora. Sujetaba el volante con ambas manos. Su

mirada se movía sin cesar de la carretera a los espejos retrovisores. Tampoco conducía demasiado rápido, tal vez los policías de servicio nunca lo hacían. Lo único que le preocupaba era que no mantenía bien la distancia con el coche de delante. La última vez que alguien pasó por alto ese detalle le había afectado a él.

Nina aparcó junto a un muro blanco en una zona residencial de Täby. El enlucido de la pared tenía grietas que alguien había intentado arreglar repetidas veces. La casa era impresionante; desde la entrada donde estaban hasta el tejado había con seguridad diez metros. A la derecha, un garaje doble con una sola puerta lo suficientemente amplio como para dar cabida a un par de coches grandes. Encima del garaje había una especie de estudio y en el lado de la casa que daba a la calle había varias ventanas.

Nina señaló hacia el otro lado de la vía.

La entrada al jardín del vecino estaba limpia de maleza, pero el resto del jardín estaba cubierto y el buzón colgaba torcido. Un rosal trepador que no se había atado bien sobresalía un poco por la parte de la entrada, así que tanto él como Nina tuvieron que agacharse. Se dio cuenta de que ella era prácticamente de su misma altura.

Ester abrió nada más llamar al timbre. Una viejecita arrugada que podía estar entre los noventa y los ciento diez años de edad. Su rostro se iluminó. Estrechó la mano de Alex un buen rato y esbozó una amplia sonrisa. Él sonrió a su vez correspondiendo al saludo.

—Yo también he sido profesora —dijo ella poniendo su otra mano encima de la de él, y la apretó un poco más.

Alex levantó las cejas.

—Debemos entrar en casa de Martina y Fredric y creemos que usted tiene una llave.

Hizo un gesto señalando al otro lado de la calle, y se preguntó si realmente tenía aspecto de profesor.

—Por supuesto, voy a buscarla —dijo la señora soltándole la mano por fin.

Después de un momento regresó. Le cogió la mano a Alex y puso en ella la llave.

—Avisadme cuando hayáis terminado —dijo Ester, y su tono de voz sonó más agudo.

Prometieron no hacer nada imprudente en la casa o en cualquier otro sitio del barrio. Antes de que hubieran terminado de despedirse, ella les dio con la puerta

en las narices.

La puerta de entrada era negra. Accedieron al vestíbulo y Alex se fijó en el suelo, que era de gres en un tono marrón oscuro con pequeñas incrustaciones grises. Bonito y decorativo. Entraron en una cocina con exclusivas baldosas de piedra y elegantes electrodomésticos de color negro. Tiradores cromados y gruesas encimeras de madera de nogal. Fue hacia la mesa y la tocó. Era de madera maciza, de unos ocho centímetros de grosor. Alex se puso de rodillas y pasó la mano por el suelo.

«Suelo radiante», pensó.

Luego vio que todos los detalles de metal, tiradores y utensilios de cocina que colgaban en las paredes tenían el mismo acabado de acero cepillado.

—Parece que lo haya hecho todo él —dijo Nina con las manos atrás, como si escondiera algo.

Alex miró a su alrededor unos instantes.

—¿Conoce a la familia?

Ella sacudió la cabeza. Los pendientes se balancearon con el movimiento.

—Mire esto —dijo él señalando la parte inferior de los armarios de cocina.

Faltaba el zócalo que tapaba las gruesas patas de los armarios. Abrió un armario y palpó la parte interior de la puerta de cristal.

—Faltan los pequeños topes de goma que sirven para que las puertas no golpeen al cerrarlas. Un comportamiento típicamente amarillo.

Ella lo miró de modo inquisitivo.

—Abra un armario.

Ella se llevó la mano a la barbilla imitando a alguien que está reflexionando.

—¿Se han escondido en un armario? Humm…

—Aquí todo está limpio y ordenado. Se podría decir que en perfecto estado, ¿verdad? Pero abra un armario.

Nina abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Decidió seguirle el juego. Miró a su alrededor y vio un armario de limpieza en un rincón.

Él le siguió la mirada y le hizo una señal de asentimiento.

La policía abrió la puerta y de pronto algo se salió del interior. La manguera de la aspiradora parecía medir unos quince metros y tener vida propia. Después de algunos intentos, logró meterla al fin y volvió a cerrar la puerta con fuerza.

—¿No hay donde colgarla? —preguntó él.

—Podría haberme ayudado —dijo Nina apoyando la espalda contra la puerta —. ¡Qué momento! —exclamó, y luego se echó a reír, pero la arruga del entrecejo no desapareció del todo.

Él se aclaró la voz.

—El patrón de comportamiento del que arregló la cocina es amarillo —dijo —. Es de los que le tienen dificultades para acabar las cosas. Les gusta iniciar proyectos, pero no terminarlos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Alex recorrió con la mirada todo el espacio; tenía una distribución abierta.

—Vamos a mirar un poco más por ahí. Es probable que encontremos fotos de quien haya hecho la cocina. Tal vez esté en compañía de otros, pero estoy casi seguro de que aparecerá solo. Quizá con un jabalí que haya cazado; siempre que se dedique a la caza. Tal vez una foto con su coche nuevo.

Nina se rio. Esta vez la risa sonó auténtica.

—¿Y qué coche tiene?

—La casa es grande y cuesta mucho mantenerla. Probablemente tenga un coche poco común. Un modelo nuevo pero exclusivo. Podría tener un Maserati solo porque los otros tienen un Porsche. La misma clase de coche, pero con algo distinto.

—¿Entonces tiene un Maserati?

Se volvió hacia ella.

—Un coche deportivo no. Algo más grande. Consulte el registro de vehículos. Mire qué modelos hay. Hágalo —dijo asintiendo con la cabeza.

Ella asintió también y miró a su alrededor. Pasó la mirada por toda la cocina.

Alex observó la línea de la barbilla de ella. Luego miró al techo. Focos empotrados.

—Me sorprendería que funcionaran todos.

Dio al interruptor. Casi la mitad de las luces no se encendieron. Echó un vistazo al suelo y vio que una parte del zócalo estaba floja. Lo movió con el zapato y se soltó de la pared.

—Está bien —dijo Nina—, no terminó la cocina. Pero hay muchas así, en todas las casas suecas falta algún zócalo.

—No en las casas de los azules —dijo él, dándose la vuelta.

35

Día de la graduación. Con algunos llevaba nueve años compartiendo clase. Ella ya tenía quince y acababa de terminar la secundaria. La sala estaba llena de jóvenes y, como de costumbre, el nivel de ruido era increíblemente alto. Todos iban de punta en blanco, las chicas con vestidos en tonos claros y muchos chicos llevaban camisa.

Compitió contra ella misma los dos últimos cursos. Y ganó. Se había vencido a sí misma en cada examen, en cada tarea, en cada evaluación. Durante el último semestre hizo bien todos los exámenes. Se quedaba en su cuarto todas las noches, incluso sábados y domingos, sin levantar la cabeza de los libros de ejercicios. Se entrenaba corriendo tres tardes a la semana y dos jugando al baloncesto y al balonmano.

Ahora le esperaba el bachillerato. Iba a ser duro, todos lo decían. Orientadores y profesores. La directora seguramente hablaría de ello cuando diera su discurso dentro de un momento.

A ella le iba a ir bien. No había nada que no pudiera hacer. Helena no tuvo más remedio que pasar a ser la segunda. Una nota media de 4,9 no era nada comparado con el 5 que había logrado ella.

Un 4,9 significaba que eras buena y que sin duda prometías, pero le demostrabas al mundo que tu límite estaba ahí. Si acababas con un 5 dejabas pasmada a toda la gente que había a tu alrededor. No sabían si tu límite estaba en 5 o podía ser más alto aún. Jugabas en un equipo distinto al de todos los demás. Si la escala hubiera llegado hasta el 6, no se sabía si también lo habrías alcanzado.

En el aula una hora después. Las notas en la mano, todos se ríen y quieren irse a casa. Desfile delante de los profesores tendiéndoles la mano. Despedirse, aparentar felicidad. Recibir todos los deseos de felicidad de los profesores que realmente se preocupaban por ella, e incluso de los que no querían ver su éxito. Los que le habían dado la nota máxima porque de lo contrario hubiera resultado extraño. ¿Qué nota podían poner a una joven que no se perdía una lección, que sabía la respuesta de todas las preguntas, que hacía todos los exámenes a la perfección?

Muchos le pusieron un 5.

Había observado que algunos profesores no aceptaban sus buenos resultados hasta que ella dejaba de hablar de ellos. Tenía latente en la memoria la reacción de su padre ante su examen de matemáticas. Rinde todo lo que puedas, pero no le des tanta importancia. Cuando Stefan gritaba al sacar una buena nota en algún examen, nadie parecía inmutarse. Estaba bien. Era un chico. Podía hacerlo. De ella, y de Helena incluso, se esperaba que no destacaran.

Estaba en su habitación antes de la cena. Sara se acababa de marchar. Sara era la única amiga de verdad que le quedaba. No le daba tiempo a tener más. Estudiar a todas horas y entrenar para poder sacar buena nota en gimnasia le quitaban tanto tiempo que la mayoría de ellas había desaparecido. Pero Sara no. A Sara no le importaba, la trataba igual que siempre. Sara conoció a un chico y mantuvo con él su primera relación sexual. Estaba emocionada. Había sido impresionante y quería hacerlo todos los días. Sara le dijo que tal vez a ella también le vendría bien tener un chico. La gente hablaba. Decían que ella se había vuelto un poco aburrida.

Cuando Sara se marchó, se vio reflejada en el espejo. Se puso delante. Se miró de cuerpo entero. Cerró la puerta con dos vueltas y bajó las persianas. Se quitó el vestido; lo colgó en la percha del armario. Se quitó las medias y las bragas.

Volvió frente al espejo y dejó caer las manos a los lados. Su padre siempre decía que era bonita. Su madre alguna vez también. Y sí, tenía muy buen aspecto. Pero muchas eran más guapas que ella, sin ninguna duda. Lo que más

le gustaba era su pelo; fuerte, oscuro, levemente ondulado. Se fijó en su cuerpo desnudo. Tenía el vientre plano, las piernas fuertes sin ser musculosas. Los pechos pequeños, y sin duda mejoraban con el sujetador, pero no estaban mal. Se puso una mano en el pubis oscuro y se acarició el vello.

Chicos.

Sexo.

«Dicen que te has vuelto un poco aburrida».

¿Hay que tener sexo para no ser aburrida? Bastaría con tener un novio. Si tenías un chico, supuestamente podías tener sexo y así eras un poco más normal. Los chicos hablaban mucho, sin duda, pero las probabilidades de que un chico dejara correr el rumor de haberlo logrado eran superiores a que dijera lo contrario. Era una simple cuestión de lógica.

Volvió a ponerse la ropa. Bragas, medias, zapatos. El vestido. Al terminar, ensayó una sonrisa adecuada en el espejo. Satisfecha con sus buenos resultados. Pero no ostentosa.

Abrió la puerta y bajó las escaleras. Su hermano, tres años mayor, estaba abajo con una cerveza en la mano. Le sonrió esperando que ella hiciera algún comentario. Que dijera que su padre no lo permitía. Pero sería inútil. El padre miraría para otro lado. Su hermano era intocable. No podía hacer nada mal.

Y sabía que ella tenía que ser mejor.

36

A la hora del desayuno, la mesa estaba llena de migajas y manchas de leche con cacao. Oskar acababa de tirarle un sándwich a la cabeza a Jojo. Había un barullo insoportable.

—¡Oskar! —gritó Fredric, que apenas había pegado ojo—. ¡Joder!

—¡Me está haciendo muecas! —dijo Oskar berreando.

—No es para tanto —rugió Fredric—. ¡Contrólate!

Martina lo contuvo con una mano en el brazo y logró que se callara antes de que la cosa se pusiera peor.

—Pídele perdón a Jojo —dijo a Oskar.

Fredric no entendía cómo podía estar tan tranquila.

Oskar se cruzó de brazos y se dejó caer en la silla. Tenía la cara roja de rabia, y Fredric entendía más la actitud de él que la de su mujer. Fredric le hizo una señal a Oskar y este se levantó de la mesa y desapareció.

—Ya he comido bastante —dijo Jojo en tono de triunfo, y se levantó también.

Ella volvería enseguida con la ropa perfectamente combinada. Oskar, por el contrario, se pondría cualquier cosa y Martina tendría que acompañarlo a su habitación para subsanar los peores errores.

—¿Qué ocurre? —dijo Martina dirigiéndose a Fredric.

Él suspiró y miró la mesa. La noche anterior también había tenido un fuerte arrebato y estaba avergonzado. La familia tuvo que oír sus palabrotas mientras lanzaba cosas contra las paredes del despacho. Era pueril, sin duda, pero estaba tan enfadado que creía que se le iba a romper algún vaso sanguíneo.

El maldito gato se le aparecía. La noche anterior soñó incluso con ese cabrón. Lo vio a cuatro patas sobre su pecho mientras él estaba tumbado en la

cama. Lo miraba fijamente a los ojos, y sentía que su mirada lo atravesaba hasta alcanzar su conciencia angustiada.

Y Fredric sabía muy bien qué era lo que había provocado el estallido del día anterior. Se trataba del gato, por supuesto, pero no solo eso. Una vez que logró poner en orden sus ideas, se dio cuenta de la realidad. Tenía mucho material, pero no creía en lo que había escrito. Era una absoluta estupidez, prefabricada, plana y carente de autenticidad. Al darse cuenta de ello destrozó una valiosa cámara digital estampándola contra la pared.

—¿Algo que no fluye? —preguntó Martina con una taza de café en la mano.

Si fluyera, el proceso de escritura sería un placer, las palabras saldrían de él sin el más mínimo esfuerzo. Cuando no salían, es decir, cuando las palabras parecían quedarse atascadas en algún lugar entre el cerebro y los dedos, era cuando él se irritaba y se ponía irascible.

—No estoy escribiendo la verdad —dijo él.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

Juntó las migajas de la mesa y se las echó en una mano. Suspiró y se levantó con el cartón de leche en la otra.

—Hablé con el cliente hace unos días, y su modo de mostrar su descontento por no cumplir con el plazo de entrega fue… bastante desagradable —concluyó después de encontrar la expresión adecuada.

«Absolutamente desagradable», pensó con tristeza. Sí, tal vez se podía decir eso del asesinato de un animal inocente.

Lo cierto era que no había hablado con Swartling, pero tenía que decir algo, sacárselo de dentro. El 10 de enero envió por correo la compilación de entrevistas. Con diez días de retraso. No había recibido ningún tipo de respuesta.

Martina limpió la mesa en silencio. Una de las cualidades de ella que él apreciaba más era que lo dejaba en paz cuando estaba bajo presión. No siempre era receptivo a la conversación y a los buenos consejos. Y su capacidad para permanecer callada, a él le permitía pensar en voz alta.

Fredric se detuvo con el trapo mojado en la mano. Mientras el agua goteaba en el suelo, abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—No sé a qué se dedica este cliente.

Martina le puso una mano en el brazo y lo miró a los ojos un instante.

—¿Qué sueles hacer ante tal situación? —preguntó levantando una ceja.

Él asintió con la cabeza.

—Ya, pero no sé cómo.

—Averígualo todo. Ve a las fuentes. Diles que eres periodista. Explícales que va contra la ley de protección de fuentes informativas.

Fredric asentía con desgana. Tal vez podía usar ese argumento para conseguir que la gente se abriera. Aunque la policía se interesara por algo que estaba en la biografía que él estaba escribiendo, no podría acceder a la persona que se lo había dicho si él se negaba a revelar su fuente.

—Por cierto, ¿has visto al gato últimamente? —dijo él mirando la leche fermentada.

Martina se levantó y empezó a recoger la mesa.

—No. ¿Por qué?

—Oskar quería saber dónde estaba.

¿Por qué sacó ese tema? Martina estaba muy unida a ese maldito gato, y si supiera que lo habían matado con el destornillador de Fredric sin duda le haría alguna que otra pregunta. Entonces ¿por qué mencionó al gato? ¿Quería quitarse la angustia de encima? Tal vez, en su subconsciente, quería compartir esa traumática experiencia.

Tuvo suerte.

Ella no dijo nada.

37

Estaban sentados en la cocina. Nina se desabrochó un par de botones de la chaqueta. Alex se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de una silla.

—Está bien —dijo ella—. Creo que usted es bueno para algo, pero lo que no sé es para qué.

Sonrió ante su forma de decirlo.

—Leo la mente.

Ella sacudió la cabeza.

—No me lo creo.

—No. Pero soy especialista en observar a la gente e interpretar su comportamiento. Veo cómo son las personas y cómo piensan.

Ella lo miró. Era cuestión de tener confianza en sí misma. Sintió que una de las comisuras de los labios quería irse hacia arriba.

—Cada persona tiene un patrón de comportamiento distinto —dijo él—. Los colores solo son un modo de recordar las diferencias.

Nina levantó las cejas.

—No es nada nuevo que cada persona es distinta a las demás —dijo.

—Por supuesto que no. Incluso en el tiempo de los aztecas se sabía que había cuatro tipos básicos de personas.

Alex levantó un dedo y sonrió involuntariamente. Estaba dando una conferencia.

—Los aztecas dividieron a las personas según los cuatro elementos —dijo mirando a su alrededor hasta que vio un bloc en un estante—. Fuego, agua, tierra, aire. Cuatro elementos, cuatro tipos esenciales de personas.

Se sacó un bolígrafo de la chaqueta y dibujó una cruz en el papel a la vez que hablaba.

—Las personas fuego eran exactamente como suena: inflamables, explosivas, algo impetuosas. Individuos decididos que luchan contra la adversidad sin dudar.

Luego incluyó los otros tres elementos en la cruz.

—Las personas aire también eran decididas, pero bastante más suaves. Envolvían como una ráfaga de aire, levantando un poco de polvo, y luego desaparecían —dijo Alex alzando la vista y esbozando una sonrisa—. Sospecho que en esta casa vive una persona aire. Estoy totalmente seguro.

—¿Los del tipo amarillo son personas aire?

—Ambas variantes son propias de gente fuerte con grandes egos. Aquí es donde entran las personas tierra.

Nina levantó las cejas.

—Las personas tierra. Por supuesto.

—Buscaban otras cosas; trabajaban para el pueblo, para la colectividad. Eran los responsables de la estabilidad y la seguridad. Estaban allí para construir el futuro.

Al hablar del elemento tierra, Alex se puso más serio de repente.

Nina miró el papel.

—Esto es muy interesante, pero… —Hizo un gesto en dirección a la puerta.

—Sí, ya lo sé —dijo él con calma, consciente de que podía estar aburriéndola con su charla.

Se dio cuenta de que a ella le colgaba un rizo sobre la frente y pensó que parecía realmente joven en muchos de sus gestos. Observó sus manos. Ningún anillo.

—Me sorprendería que el dueño de esta casa supiera mucho de los aztecas.

—Desde hace miles de años se ha dividido a las personas en distintas categorías. Todas las culturas se han dedicado a ello.

Nina asintió pensativa.

—¿Qué hace que este Fredric sea una persona del tipo amarillo?

—¿Quién es Fredric? —dijo él.

Nina frunció los labios.

—No se preocupe, no tiene importancia. Lo más seguro es que más tarde hubiera indagado quién vivía en esta dirección —dijo Alex agitando la mano—. Hipócrates —añadió.

—¿El filósofo griego? —preguntó Nina.

—Los cuatro temperamentos. El sanguíneo está lleno de sangre, y por lo

tanto es optimista y alegre.

—La sangre es de color rojo, no amarillo.

—El modo alegre y algo superficial es el elemento aire. Y el aire se representa con el color amarillo. Fredric está lleno de sangre, es alegre, una persona aire y, por lo tanto, corresponde al color amarillo.

Nina respiró hondo.

—¿Vamos a sacar esa conclusión después de ver que la cocina no está bien rematada? ¿Lleno de sangre? El comisario se va a poner muy contento.

—¿Nunca ha utilizado la expresión «Es una persona sin sangre en las venas»?

Ella asintió.

—No hace mucho, además.

—¿Y de qué clase de persona hablaba? —preguntó Alex.

—Uno de los testigos. Un tipo triste y opaco, quisquilloso y mordaz. Llevaba ropa anticuada y no sonreía nunca.

—Pistas en detalles insignificantes.

—Acaba de describir a la persona amarilla como todo lo contrario —dijo ella devolviéndole la mirada—. ¿Concretando un poco?

—Concretando un poco…, se trataba de alguien del tipo azul.

Alex dio unas vueltas por la cocina.

—Los azules. La vida pasa lentamente ante sus ojos mientras ellos contemplan lo que sucede. Son observadores. A diferencia de los melancólicos verdes, que son tranquilos en apariencia, los flemáticos azules son tranquilos por dentro y por fuera. Puede estallar una bomba sin que reaccionen.

Nina miró a su alrededor en la cocina, pero no vio nada.

—¿Ha oído la expresión: «Cuídate de la ira de una persona tranquila»? —dijo Alex—. Una persona del tipo verde puede aguantar casi cualquier cosa, pero cuando estalla lo hace de verdad. Entonces hay que quitarse de en medio.

—Parece que estuviera hablando de mi padre. Pierde los estribos cada diez años. Solemos creer que es la calma personificada, pero no olvida nunca un agravio.

—No olvidan los agravios. Se lo guardan todo en el disco duro para extraerlo la próxima vez que tengan que hacerse las víctimas.

Estaba oscureciendo en la elegante cocina. La luz ya no se reflejaba en las puertas brillantes de los armarios.

—Interpretamos a las personas todos los días, sin reflexionar acerca de lo

que vemos o cuáles son sus reacciones —dijo Nina riéndose—. Con el debido respeto a Hipócrates, si le cuento esto al comisario Hellmark, me echa. Le gusta que la gente tenga los pies en la tierra cuando vas con algo nuevo.

Alex carraspeó.

—¿Muestra más interés por los hechos?

—Nada de sentimentalismos.

—¿Insensible? ¿Conflictivo incluso? ¿Dicen de él que es un auténtico búfalo?

—¿Por qué no me ha dicho que lo conocía?

—No, no es nada de eso, aunque tal vez pueda darle la clave del comisario Hellmark. Pero vayamos al piso de arriba. Veamos si hay un despacho allí. El lugar de trabajo es uno de los sitios más reveladores.

38

Mari Roos cerró la billetera y la metió en el bolso. Sonrió a la joven camarera y le devolvió la pequeña bandeja con el recibo firmado. Dejó algo más de propina de lo habitual porque le pareció que la muchacha necesitaba unos zapatos nuevos. Se notaba claramente que había hecho muchos kilómetros con los que llevaba, y Mari sabía lo duro que era llevar zapatos que no sentaban como un guante. Era devastador para los pies.

Se levantó y salió del restaurante. En la calle buscó un taxi, pero todos los que pasaban estaban ocupados. Miró el reloj, uno pequeño y elegante con pulsera de oro que le regaló Jonas por el decimoquinto aniversario de boda.

Las doce y media. Había tiempo. No tenía que estar en la peluquería hasta dentro de veinte minutos. Podía ir caminando, pero miró al cielo y constató que las nubes empezaban a acumularse. Mientras estaba de pie en la esquina de Birger Jarlsgatan con Engelbrektsgatan, un coche bajo, deportivo y de color rojo, se detuvo frente a ella.

—¡Mari! —gritó una voz por la ventana abierta.

—¿Qué opinas de esa terrible historia de Claes Ljunggren? —dijo Sophie mientras conducía el Ferrari entre el denso tráfico.

Mari iba encogida en el asiento del pasajero. Era demasiado alta para un coche como ese. De hecho, era poco práctico. Le resultó difícil entrar y tenía la impresión de que estaba sentada a un centímetro del asfalto, y no quería ni pensar en cómo iba a salir de allí.

¿Adónde iba Sophie con ese coche? Mari podía permitirse cualquier tipo de coche, pero aun así elegiría un Volvo. Le satisfacía lo mismo que cualquier otro.

Jonas, en cambio, conducía un Aston Martin. Su ego masculino lo necesitaba. En realidad ella pensaba que era demasiado dinero para gastárselo en un coche —y seguía pensándolo—, pero él le rogó y suplicó. Una vez que lo tuvo, Jonas se sensibilizó de un modo sorprendente con su propuesta para las vacaciones de verano.

—¿Ljunggren? ¿El que tuvo un romance con Philippa el año pasado? —preguntó Mari.

Sophie asintió y dijo un taco al ver que una furgoneta de una empresa de mensajería había aparcado en medio de la calle.

—Un disparo en la cabeza. En una conferencia. Un desastre.

—Pobre hija. ¿No vive en Londres?

Sophie asintió.

—Sara es una hija de puta. Seguramente está detrás de ello. Además bebe.

Mari levantó una ceja y se volvió para mirar por la ventanilla. Como si Sophie no bebiera. Si tuviera que soplar ahora mismo, seguro que le retiraban el carné. Y daría igual cuántos millones anuales ganara William. Se le notaba en los ojos que estaba borracha. Tenía las manos demasiado firmes.

Mari apartó la idea. No era asunto suyo. Mientras Sophie no se estrellara ni hiriera a nadie, podía beber todo lo que quisiera. No era feliz. Necesitaba ahogar las penas.

Mari le sugirió que hablara con William y le contara cómo se sentía. Sophie resopló y rechazó la sugerencia por completo. William no iba a escucharla. A él lo único que le importaba era el calendario fiscal. Mientras ganara menos que tres personas de las que vivían en su calle, se sentía obligado a trabajar más duro. Era así de simple.

Mari miró a Sophie de reojo.

—¿Y cómo está William?

—Igual que siempre.

—¿Pero lo vuestro funciona? —preguntó Mari.

Sophie frenó en seco delante de un semáforo en rojo.

Mari asintió.

—Las relaciones hay que trabajarlas. No se mantienen sin el esfuerzo de los dos.

—Pues escucha esto —dijo Sophie en el momento en que el semáforo se ponía en verde—, el jueves pasado William llegó a casa borracho. Despertó a los niños, me despertó a mí. Logré meter a los niños en la cama y luego tuve que

estar diez minutos de rodillas para que se le levantara. No creo que le hubiera ido mejor si hubiera estado sobrio.

Mari sufría con Sophie. Ella, por su parte, aún tenía una vida sexual activa y creía que Jonas la quería. La querría incluso si no hubiera conseguido comprarse un Aston.

—No me sorprendería que en cualquier momento se tirara a su nueva ayudante —dijo Sophie—. He visto el modo en que ella lo mira, cómo se mueve y le roza con sus tetas en cuanto puede. Ella no tiene hijos, así que tal vez pueda conseguir que sienta algo.

Se puso una mano en la rodilla y suspiró.

Mari le acarició el brazo.

—No lo creo. Él te ama.

De pronto, las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Sophie. Era demasiado triste. Habían sido tan felices al principio. Y ahora, mira. Se dedicaban a destruirse el uno al otro poco a poco.

Llegaron a la peluquería de Mari.

—Puedes parar aquí —dijo en voz baja.

Sophie le dio un beso en la mejilla y desapareció.

Mari se quedó mirando el Ferrari.

Cuando Nina y Alex llegaron al piso de arriba les sorprendió su espaciosa distribución. Luminoso y reluciente, un televisor de pantalla plana colgaba de la pared como un monumento en medio de la habitación. Un avanzado sistema de altavoces. Una serie de puertas indicaban que era en esa parte de la casa donde estaban los dormitorios.

—¿Por dónde empezamos? —dijo Nina.

Alex señaló con la mano en dirección a las puertas del pasillo.

—Busquemos el despacho.

Abrió una puerta y miró en el interior. Tardó solo unos instantes en sacar conclusiones. Cogió a Nina por debajo del brazo y la condujo al despacho. La habitación tenía unos quince metros cuadrados y destacaban dos robustos escritorios idénticos de principios del siglo pasado. Uno a la derecha, otro a la izquierda. Sobre cada uno de ellos había un ordenador y una lámpara de mesa de diseño. Luego ya no había más similitudes.

—Está bien —dijo él con una sonrisa, intentando no caer en la

autocomplacencia—. ¿Cuál es la mesa del amarillo?

Miró a su alrededor, y se sintió animado como no lo estaba desde hacía mucho tiempo.

—Y, no menos interesante, ¿cuál la del azul? —añadió.

Nina dejó que su mirada fuera de uno a otro de los escritorios.

—Estoy de acuerdo en que son algo distintos.

Un destello de alegría apareció en sus ojos. Había visto la sonrisa de Alex. Parecía que estaba contento, y ella decidió permitirle que siguiera estándolo.

El escritorio de la izquierda parecía que estuviera sin usar. Encima de la brillante superficie había tres cosas: un teclado, un calendario al lado formando un ángulo perfecto y un ordenador portátil cerrado. Nada más. Nina encendió la lámpara de mesa y se inclinó sobre el escritorio. La superficie estaba impoluta, no había ni una huella digital. Nina abrió un cajón y vio una pila de papeles distribuidos en montones ordenados, cada tema unido con un clip.

—Mire esto —dijo Alex.

Ella levantó la vista. En un extremo de la habitación había dos grupos de estantes fijados a la pared. Uno de ellos contenía unas veinte carpetas, todas negras, con etiquetas impresas idénticas en la parte del lomo: «Pagos 2001», «Pagos 2002», «Casa», «Coches», «Johanna», «Oskar». Y así sucesivamente.

—Todo bien ordenado. ¿Azul? —dijo Nina.

—El estante inferior lo dice casi todo.

Mientras que en el estante superior todo era orden y organización, el inferior era un completo desastre. También había carpetas, pero de distintos colores y estilos. Ninguna tenía nada escrito en el lomo; algunas estaban de pie, otras tumbadas. Había dos cajas abiertas sobre una montaña de papeles y, al mirar de cerca, resultó que eran un montón de cartas sin abrir.

Nina eligió una carpeta y la abrió. Contenía un registro con títulos pulcramente escritos, pero la carpeta estaba casi vacía.

—No hay nada detrás de las pestañas.

Le pasó la carpeta y él la hojeó.

—Interesante.

—Probablemente su esposa organizó el sistema, pero él no sabe cómo utilizarlo. ¿Tal vez demasiado poco interesante para aprenderlo?

Debajo de un montón de facturas pendientes había una foto de familia llena de polvo, al lado de un plato en el que quedaba medio sándwich. Quizá en un momento dado fuese paté de hígado, pero ahora parecía algo que podía salir

corriendo por su propio pie.

Nina hizo una mueca al ver el sándwich.

—¿Cómo se puede encontrar algo en medio de este lío? —murmuró.

—No necesita el orden. A Fredric le produce dolor de cabeza ordenar las cosas. Es probable que busque cualquier excusa para no tener que pensar en ello.

Se volvieron hacia el escritorio de Fredric. Cada milímetro estaba abarrotado. Libros, literatura de ficción y temas variados, un poco de todo. Montones de cartas sin abrir, folletos de publicidad, un plátano más negro que el pañuelo de un fontanero. Una zapatilla deportiva. Un cepillo de la ropa. Un montón de facturas con la letra B garabateada. Dos corbatas.

—¿Por qué todo eso no está en la papelera? —preguntó Nina señalando una serie de bolas de papel arrugadas.

Se inclinaron a la vez y Alex rozó con la frente el hombro de ella. Ella se retiró un poco, no demasiado.

—Lo siento.

Ella sonrió y apoyó una de sus delgadas manos en el brazo de él a la vez que sacaba una papelera vacía de debajo del escritorio.

—Igual se ha olvidado de que la tiene —dijo Alex.

En la pared de al lado del escritorio había una fotografía sujeta con chinchetas. Un hombre esbozaba una amplia sonrisa y sostenía en la mano la que probablemente fuera la perca más pequeña del mundo.

No era un jabalí, pero de todos modos se había acercado en su predicción. Alex sonrió a Nina. Ella asintió pensativa y miró la foto.

—Cuando están juntos en el despacho se sientan de espaldas. Evitan influirse entre sí.

—Los amarillos suelen ser desorganizados, no le dan importancia al orden. Pero son creativos e ingeniosos, sociables, abiertos, joviales. Son expertos en comunicar y en agradar a las personas. Seguro que la libreta de direcciones de Fredric es muy gruesa. Y estoy convencido de que recibe más felicitaciones de Navidad que la mayoría.

—¿Y el escritorio de Martina? ¿Cree que lo ha utilizado alguna vez?

Nina se agachó de modo que sus ojos quedaron a la altura del tablero de la mesa.

—¿La esposa? Tenemos que intentar conocerla mejor, pero todo apunta a que es estructurada y sistemática. Planea rutinas antes de iniciar cualquier cosa. Es posible que sea azul, y mucho menos menos abierta que Fredric. Puede que

tenga pocos amigos. No me sorprendería que sus conocidos la consideraran una persona introvertida.

—¿Activa en el mundo interior? —preguntó Nina.

—Exacto. El hecho de que las personas introvertidas sean más apagadas que las extrovertidas se debe a que piensan más que hablan. Es probable que Martina hable solo cuando tenga algo que decir. Se podría suponer que Fredric habla por hablar.

Ella se dejó caer pesadamente en la silla de Martina y Alex se sentó en la de Fredric. Se miraron unos segundos hasta que Nina desvió la vista.

Observaron en silencio lo que había a su alrededor.

—¿Cómo sería el escritorio de alguien del tipo verde? —preguntó Nina.

—Acogedor. Una taza de café personalizada que nadie más debe usar. Flores quizá. Fotos de la familia. Y del perro.

Nina reflexionó un poco.

—¿Y el de una del tipo rojo?

—Más desordenada que la del azul —dijo mirando la mesa de Martina—. Tal vez se verían cosas un poco más técnicas. Un GPS portátil. Tendría más cosas, pero estarían organizadas según un sistema propio. Distintos montones con un orden de prioridad. Fotos con el jefe de la empresa. Un espacio personal, con certificados y condecoraciones. Varios calendarios para mostrar el valor del tiempo.

—Suena un poco como el lugar de trabajo del comisario Hellmark.

—Los rojos tienen prisa, siempre van a algún sitio. Al hablar con ellos te sientes como si los estorbaras, como si les robaras su valioso tiempo.

—Hellmark suele mirar el reloj.

—¿También hace varias cosas a la vez?

Nina sonrió.

—Una vez, mientras yo le exponía un caso, él estaba escribiendo un correo electrónico y a la vez hablaba por teléfono. Recuerdo que yo quería esperar a que terminara, pero él me hacía señas indicándome que continuara.

—Y luego usted pensó que él no se había enterado de lo que acababa de decirle, ¿verdad?

—Estaba completamente segura —dijo Nina.

—Pero no fue así.

—En absoluto, había escuchado todo y además había sacado conclusiones. Pero suele hacer varias cosas a la vez.

—Los rojos no se quedan quietos, la inacción es lo peor que hay.

Salieron de la habitación. Fueron abriendo puertas y miraron en las distintas habitaciones en busca de pistas que pudieran explicar cómo había desaparecido toda la familia, pero no encontraron nada.

Cuando bajaban, sonó el teléfono de Nina.

—¿Diga? —contestó frunciendo el ceño—. No, yo…

Sorprendida, miró a Alex.

—Colgó el teléfono.

—¿Quién era?

—Hellmark otra vez. Me ha preguntado: «¿Me has llamado?». Yo estaba a punto de preguntarle cómo iban las cosas cuando él ha dicho «OK» y ha colgado.

Alex asintió.

—Quería saber si usted lo estaba buscando. Al obtener la respuesta, finalizó la llamada.

—¿Por qué tiene que ser tan grosero?

Alex carraspeó.

—Solo quería tener una respuesta. Le da igual que a usted le parezca grosero o no. En este caso, usted tiene que adaptarse.

—Ni siquiera se molestó en decir quién era.

—Si no tiene grabado el número de teléfono del comisario en su móvil, el problema es más suyo que de él. Hablando claro, a él le da igual.

—Su escritorio no está ordenado. La verdad es que se parece al de su hermano.

—¿El de su hermano? —dijo Alex sonriendo—. Entonces, ¿ese es el vínculo?

—Admítalo —dijo Nina mirando a Alex—. Ni siquiera se había dado cuenta.

—Si todo lo que ha dicho de él es cierto, las cosas cambian. Es probable que el comisario esté saturado de trabajo, pero hay un sistema. Esto es solo desorden —dijo señalando el escritorio con el pulgar por encima del hombro.

—Humm —murmuró Nina.

Volvió a subir la escalera y se detuvo a la entrada del despacho.

Alex fue detrás.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó él.

—Es usted bueno para interpretar lo que ve. Como policía hay que aprender a interpretar lo que no se ve —dijo ella haciendo una señal con la cabeza hacia el

escritorio de Fredric.

Él se dio cuenta enseguida.

—Su ordenador no está aquí.

—Solo hay un teclado y una pantalla, a los que conecta el portátil.

Miraron un momento por la habitación, pero el portátil no estaba en ningún sitio.

Lo buscaron por las habitaciones del piso superior, sin resultado. Tampoco en el de abajo. No había ningún portátil.

—¿Tiene alguna oficina fuera de casa?

—No, según el comisario —dijo Nina—. Terminamos aquí.

Entonces Alex tuvo la intuición de que en alguna parte tenía que haber rastros del trabajo de Fredric. ¿A qué se dedicaba? Debía de haber anotaciones, documentación, literatura o cualquier otra cosa que pudiera dar alguna pista.

Volvieron al despacho y buscaron entre los papeles de Fredric. Facturas, folletos, un montón de hojas que parecían ser documentos de un estudio genealógico. Era difícil lograr una visión de conjunto.

—Solo es basura —dijo Nina—. Aquí no hay nada.

—No puede ser —dijo Alex—. Una persona del tipo amarillo y tan creativa tendría que dejar huellas. No se lo llevaría todo.

Se quedó en silencio y miró a su alrededor. Su mirada se detuvo en el escritorio de Martina.

—Siempre que no tuviera necesidad de esconder su material, obviamente.

Era solo una intuición, pero había aprendido a confiar en ella.

Cuando estaban a punto de salir de la habitación, Nina se fijó en un papel que sobresalía bajo una caja de *pizza*. Lo sacó. Estaba escrito a mano y lleno de manchas de grasa.

Una letra curtida. Abreviaturas.

—«OG, B&W, Ba». ¿Qué puede significar?

Alex miró el papel.

—«CO, FL, GA, Na, OL». Puede ser cualquier cosa —dijo sacudiendo la cabeza.

La lista continuaba. Algunas abreviaturas estaban subrayadas. Nina se metió el papel en el bolsillo.

En la cocina había una mesa blanca pegada a una pared. En un rincón había una serie de números de teléfono: dentista, móvil de mamá, móvil de papá. Escuela. Centro de salud. Y un número suelto que habían escrito

descuidadamente. Cuando Nina pasó el dedo por encima se dio cuenta de que habían utilizado un rotulador de tinta permanente. Anotó el número en su agenda y se preparó para salir de la casa.

—Hellmark puede ser un auténtico hijo de puta —dijo ella.

—Dice lo que piensa, lo que le convierte en alguien incómodo. Pero en realidad lo único que hace es decir la verdad. Todas las personas dicen que prefieren la franqueza, una comunicación directa y sin adornos. Pero, en la práctica, ¿cuántos van directamente al grano? ¿Y cuántos soportan recibir una respuesta directa? Los del tipo rojo.

—La única que lo aguanta es Berit. No sé cómo se las arregla —dijo Nina.

—¿Riñen con frecuencia por cualquier tontería y luego, cuando se calman las cosas, se van juntos a almorzar?

—*Touché* —admitió Nina.

—Ella también es del tipo rojo —dijo Alex encogiéndose de hombros.

Cuando iban hacia el coche, Nina se dio la vuelta y miró la casa. Le pareció que estaba oscura, un poco sombría, como si echara de menos a sus habitantes.

39

Después de haber estado luchando con la biografía de Swartling durante más de dos horas, Fredric se rindió. Sus pensamientos volvieron a lo que más le apetecía dedicarse en ese momento: su propio guion. Y se le había ocurrido una buena idea, una idea cojonuda. Justo antes de que empezara con Swartling y su aburrida vida, se le había escapado un «Eureka» de los labios. De repente supo lo que iba a escribir cuando acabara con esto. La idea era brillante y esa mañana se vistió todo lo rápido que pudo. El trayecto a su despacho lo realizó en solo unos segundos, y el ordenador tardó más que nunca en encenderse.

La historia estaba más o menos CONCLUIDA en su cabeza. Tenía incluso el título. El protagonista de la película debería ser… bueno, ¿por qué no Mikael Persbrandt? Cuando la película se rodara, Persbrandt estaría cerca de los cincuenta y habría adquirido la fuerza y autoridad que requería el héroe para resultar creíble.

Fredric podía ver con nitidez el éxito de su brillante proyecto. Y no resultaba nada difícil ver su nombre en letras de neón.

Anuncios de televisión, tráileres.

Lecturas en público.

Ahora quería seguir escribiendo su historia. Ya llevaba una treintena de páginas, así que terminaría la tarde escribiendo un capítulo más de su nuevo héroe.

Después de darse un buen paseo por los alrededores, Fredric se preparó un almuerzo con los restos de al menos tres cenas. Comió en el escritorio, aunque no le supo muy bien.

Inició el navegador y vio que había recibido un correo electrónico. Lo abrió y se fijó en que no tenía título. Bajó la vista a lo que estaba escrito dos líneas más abajo y sintió que el suelo temblaba bajo sus pies:

Trabajé diez años con Lucas Swartling. Tengo información. ¿Puedo fiarme de ti?

Fredric se acercó a la pantalla y se quedó un buen rato mirando el remitente: «mfeb92@hotmail.com». Parecía una de esas direcciones de correo que se generan automáticamente. Sabía que podían rastrearse incluso direcciones anónimas de Hotmail, pero sin los contactos adecuados y sin orden judicial sería inútil intentarlo siquiera. Si Lisbeth Salander hubiera existido de verdad, le habría pedido que averiguara de dónde procedía el correo electrónico.

Fredric tragó saliva. Balanceó la silla un momento.

La curiosidad era una de sus principales motivaciones. Tal vez no tan fuerte como el impulso sexual, pero decididamente más fuerte que el instinto de conservación. No diría mucho de él como periodista que se perdiera esto, ¿verdad? Balanceó la silla un rato más y luego se inclinó sobre el teclado. Hizo clic en «Responder».

Puedes confiar en mí. Soy periodista y protejo mis fuentes.

Abrió una carpeta que tenía en el escritorio del ordenador y que contenía un poco de todo. Si no recordaba mal, lo había guardado allí. Buscó unos instantes. Allí, la tercera empezando por el final. Hizo clic en la carpeta denominada «Protección Fuentes» y, después de leer lo que contenía, escribió:

En la Ley de Libertad de Prensa, una de las leyes fundamentales de Suecia, figura el derecho a proporcionar información para su publicación a cualquier medio de comunicación. El derecho se aplica a todos. Este derecho garantiza la libertad de responsabilidad penal por haber difundido datos, aunque los datos estén sujetos a confidencialidad o restricciones similares.

Luego añadió:

También puedes permanecer en el anonimato. La divulgación de una fuente es delito. Las autoridades no pueden hacer indagaciones acerca de quienes denuncian ante los medios de comunicación.

Cuando estaba a punto de enviarlo, recordó algo más. Buscó en la carpeta que contenía los datos acerca del funcionamiento de la protección de las fuentes. Lo encontró.

La fuerte protección de los que denuncian ante los medios de comunicación existe para garantizar un control público del poder. Todos pueden facilitar información sin tener que preocuparse por represalias.
Capítulo tercero, párrafo cuarto.

Siempre convenía dar indicaciones exactas. Reforzaba la credibilidad. Tal vez funcionara. Hizo clic en «Enviar».

Cuando Fredric se despertó ya había oscurecido. Estiró el cuerpo. Las piernas y la espalda le crujieron. Abandonó el sofá-cama de la habitación de invitados, cruzó el pasillo y subió al segundo piso. Volvió al escritorio.

«Tienes un mensaje nuevo».

El mismo remitente, mfeb292@hotmail.com. Fredric tragó saliva e hizo doble clic en el correo. No había ninguna frase de saludo, ninguna firma, nada.

El alias de Bobby Zhigarra es el Ángulo. Se debe a su afición a utilizar una amoladora angular con quienes no le gustan. El sobrenombre de Christian Jonsson es el Bolas. Alude a lo mucho que le gusta dar patadas en la ingle a aquellos que hacen comentarios.
¿Quieres saber más?

Fredric se reclinó en el sillón y siguió leyendo.

No cuentes con Conny Möller. No tardaron en ir a por él. Puede que yo también tenga los días contados en la organización.

¿Quieres saber más?

Resultaba sumamente fácil inventarse un montón de tonterías, sobre todo si lo que querías era hacer daño a esa, esa… empresa. La organización. El grupo.

«¿Cuál de ellos será el que mató al gato?», pensó Fredric.

El alias de Lucas Swartling es Lucifer.

Fredric se quedó mirando la pantalla. Luego se echó a reír con risa leve y algo temblorosa.

—¡De acuerdo! —exclamó.

Debería haberlo entendido desde un principio. En ese momento, el mensaje había pasado de ser una posible fuente real de información privilegiada a algo que parecía sacado de una mala película. ¿Qué jefe de empresa puede llamarse Lucifer? Sacudió la cabeza y volvió a sentarse.

Probablemente estarás pensando que alguien pretende burlarse de ti. Swartling ha construido la organización con una fachada muy elegante. Pero tras esa fachada todo es feo, muy feo.

«¿La organización?», pensó Fredric apoyándose en el respaldo del sillón. ¿Qué era eso?

Se echó a reír de nuevo en medio del silencio de la habitación.

¿Por qué ibas a creerte lo que te estoy contando? Si fuera tú, pediría pruebas. Abre los archivos adjuntos. Luego entra en el Messenger.

Apareció una ventana: «¿Desea abrir este archivo?».

Fredric se llevó una mano a los labios fríos, hizo clic en el enlace y apareció una fotografía. En la imagen se veía una versión más joven de Lucas Swartling. Algo más esbelto, un poco más delgado en la zona del vientre. Pero sí que era él. Vestía ropa de color negro y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. En cada

mano empuñaba un enorme revólver. O tal fueran pistolas.

Fredric estaba un poco decepcionado. Esperaba información relevante y lo que recibió era totalmente pueril.

Vio que algo parpadeaba en la esquina superior derecha de la pantalla.

«mfeb92@hotmail.com quiere añadirte a su lista de contactos. ¿Aceptas?».

Fredric miró la combinación de letras. La escribió en el buscador de Google. Hizo clic en «Buscar ahora».

Después de un momento apareció un hombre de piel oscura de nombre Fabyan Martinez, de California. Un muchacho al que le gustaba frecuentar MySpace. Fredric se rascó la cabeza.

Volvió al Messenger. Hizo clic en «OK». Se estableció una conversación. Al momento tenía un mensaje.

«¿Me crees ahora?».

Fredric miró la pantalla.

La madre de Amanda había traído a casa a Jojo. La oía gritar con sus amigos en su cuarto. Se levantó rápidamente y cerró la puerta.

«¿Quién eres?», escribió.

«¿Me crees?», fue la respuesta.

«Eso no demuestra nada. En el informe anual del 2002 de Kinnevik iba toda la junta directiva vestida con ropa a lo Al Capone. Ven con algo nuevo», escribió Fredric.

A mitad de la conversación apareció una línea de texto: «Documento enviado. ¿Aceptas?».

Ya se estaba imaginando un montaje con Photoshop en el que aparecería la palabra TIMADO y al fondo se vería un burro con su cara. Suspiró e hizo clic en «Aceptar». Transcurrieron quince segundos. Entonces fue apareciendo lentamente una imagen en la pantalla. La molesta sensación de que alguien se estaba burlando de él fue alejándose y fue reemplazada por…

Fredric entrecerró los ojos.

¿Qué demonios…?

La imagen mostraba a un hombre tumbado de costado. Llevaba la cabeza afeitada. Tenía la boca entreabierta y entre los dientes se le veía la lengua. Tenía un agujero negro en medio de la frente y del agujero salía algo que le llegaba hasta los ojos.

Fredric se llevó una mano a la boca y se quedó mirando la pantalla. Podía ser cualquier cosa, pero sin duda parecía sangre mezclada con materia cerebral. De

pie junto al hombre estaba Lucas Swartling con un revólver apuntando a la frente del hombre muerto. Lo que salía del cañón del revólver solo podía ser humo.

La idea que se había hecho de ese excéntrico líder empresarial del sector de las TIC se fue esfumando poco a poco en la mente de Fredric.

«Yo he estrechado esa mano», pensó.

40

El cielo estaba gris y el humor del comisario Hellmark no era el mejor. Caminaba a través del aguanieve tras un almuerzo en el que había tenido una reunión totalmente inútil con la directiva del equipo de reconocimiento. No habían llegado a nada, ni un solo avance. A dos manzanas de su casa sonó el teléfono.

—He traído a Alex King —dijo Nina—. Resultó ser una buena idea. Hizo…

—¿Qué encontrasteis? —interrumpió Hellmark.

—Ningún rastro de violencia ni nada por el estilo.

—¿Daños?

Nina carraspeó.

—La casa estaba en orden. La cocina fue renovada hace poco, tal y como dijiste. Pero no estaba terminada.

—Fredric no ha terminado nada en toda su vida.

—Luego fuimos al piso de arriba, miramos en el despacho.

—Nina —dijo Hellmark mientras levantaba sus piernas cansadas para subir las escaleras—, ¿viste o no viste algo que te llamara la atención?

—Faltaba su ordenador, pero no tiene por qué significar nada. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No voy a hacer nada —dijo Hellmark.

Estaba demasiado ocupado con la investigación de los asesinatos como para preocuparse por ese pazguato que tenía por hermano y por su familia.

—¿Es cierto que Fredric es una persona bastante desordenada? —dijo Nina —. ¿Que es creativo pero que es incapaz de seguir un orden? ¿Has pensado alguna vez que tiene mala memoria? ¿Que olvida las cosas pequeñas?

—Acabas de describirlo a la perfección.

—¿Y es cierto que se le da bien seducir a los demás en su propio beneficio?

—¿Ahora eres clarividente?

Nina se aclaró la voz.

—¿Y es cierto que a menudo pone en marcha un proyecto sin sopesar las consecuencias?

—La verdad es que tiene cierta dificultad para evaluar las consecuencias de sus actos. ¿Y tú cómo sabes todo eso?

—¿Y es verdad que te enfadas cuando la gente habla durante demasiado tiempo?

Él se echó a reír, una risa breve y fría que en realidad no tenía nada de alegre.

—En lo sucesivo trataré de pensar más en ello —dijo Nina.

Hellmark no dijo nada. Si le agradaba lo que ella decía, no lo demostraba de ningún modo.

—Puedes denunciar la desaparición de la familia.

—¿Por qué?

—Porque ha desaparecido —dijo ella.

—Eso tú no lo sabes.

—Una cosa, ¿conoces mucho a la esposa de Fredric?

—Nos conocemos de vista —dijo él—. Iban a la misma clase en bachillerato.

—¿La ves como alguien que pueda olvidarse de poner la alarma de la casa?

Hellmark se frotó los ojos. No visitaba a Fredric con demasiada frecuencia, él era el primero en reconocerlo. Fredric formó pronto una familia, se casó, tuvo hijos. Él, en cambio, seguía solo. Fredric tenía tiempo libre, trabajaba lo menos posible. Él hacía todo lo contrario. Vivían vidas totalmente distintas. Hellmark había visto a Martina ya estando casada con su hermano unas siete u ocho veces en total. No, no sabía cómo era ella.

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que es imposible que Martina Hellmark olvidara una cosa así —dijo Nina—. Cuándo los veías juntos, ¿te daba la sensación de que eran bastante distintos?

—La familia no hablaba de otra cosa. No parecían encajar en absoluto. Pero puede que ella saliera de casa antes que Fredric. Por lo tanto, no dice mucho que la alarma no estuviera activada. Por el contrario, lo segundo que has dicho es interesante. ¿Cómo puedes saber todo eso después de haber estado allí…, cuánto tiempo? ¿Media hora?

—Fue Alex King. Observó la casa y sacó una serie de conclusiones.

—¿Como que Fredric es un descuidado y Martina una fanática del control?

—Sí —dijo Nina—. Dijo algunas cosas.

Hellmark resopló.

—Lo que se necesitan son hechos. Fue lo que dije.

—No seas tan azul.

—¿Perdón?

—Me temo que si tú, que eres su hermano, no sabes nada, voy a tener que hablar con alguien más.

—Habla con el padre de Martina. Johansson de apellido.

—Está bien.

—Y ya que estamos, ¿alguna buena noticia sobre la investigación?

—Un individuo del ejército me va a facilitar una lista de francotiradores. Llegará en cualquier momento.

—En mi mesa tengo la relación de todos los asesinos convictos que han utilizado rifle los últimos veinte años. La mayoría siguen en la cárcel, pero hay unos cuantos que andan entre nosotros. Ninguno tiene licencia de armas. Así que he puesto a Sundström y a Korell para que los controlen. Requiere mucho tiempo —dijo entre dientes.

La lista de Egebring, del personal de Defensa, fue una sorpresa positiva. Diecinueve francotiradores. Totalmente gestionable. Lo que había que hacer era compararla con la relación de Hellmark de los asesinos convictos que habían utilizado el rifle como herramienta. Nina pasó por la máquina de café, se echó un poco de ese veneno que recordaba vagamente al café y se dirigió a su despacho. Bien. Diecinueve nombres. Los miró por encima y, naturalmente, ninguno le sonaba.

Ser conocido por la policía, como solía decirse, no significaba mucho en realidad. Buscó en el registro de antecedentes penales y encontró a dos de los tiradores de Egebring.

Uno de ellos tenía más de setenta años. En la lista había otros cuatro que tampoco iban a cumplir los sesenta. También los tachó. Le quedaban catorce nombres.

Miró las direcciones. Dos no vivían en Suecia, lo que significaba que podían esperar. Doce nombres.

Tuvo una idea. Llamó a Hacienda. Dos habían muerto. Quedaban diez.

Echó un vistazo a los datos de todos. Uno tenía el mismo nombre que un antiguo novio suyo y se entretuvo pensando qué ocurriría si diera la casualidad de que fuera él. Su fecha de nacimiento le indicaba que podría ser él perfectamente.

Después de hablar por teléfono durante tres horas consiguió localizar a siete; había hablado con cinco y había acabado por descartarlos a todos. Ninguno era su ex. Parecían hombres corrientes, padres de familia en distintas fases de la vida. Estaba dispuesta a apostarse el sueldo de un mes a que ninguno de ellos era un psicópata que lograba sonar completamente normal por teléfono.

Muy bien. La lista ahora se componía de tres nombres.

Uno resultó estar ilocalizable: Stafan Niemi. Este despertó el interés de Nina. La gente que no había muerto, no había emigrado y sin embargo no se podía rastrear, tenía con frecuencia algo que esconder. Y lo que valía la pena esconder también valía la pena descubrirlo.

Un tal Göran Nilsson había maltratado a su mujer y también había conducido bajo los efectos del alcohol. Pero hacía veinte años de eso, y ahora tenía cerca de sesenta.

Otro, llamado Robert Zhigarra, un antiguo cazador de costas, de treinta y cinco años de edad, fue detenido diez años atrás por hurto. Cumplió seis meses en un centro de régimen abierto. Volvió varias veces por participar en altercados. A Zhigarra se lo relacionó en varias ocasiones con distintas investigaciones hasta el año 2005. Muchos casos de peleas violentas. No era precisamente un tipo agradable.

Nina tenía que llevarle la lista a Hellmark, pero él estaba ahora algo susceptible, por decirlo de un modo suave. La investigación se encontraba en un punto muerto. Pensó en lo que había dicho Alex acerca de Hellmark. Algunas cosas eran bastante acertadas, mientras que otras eran para ella solo viejas historias. Pero lo interesante no era que pudiera describir a Hellmark, sino el modo en que lo hacía. Los métodos de los que se valía eran interesantes. A ella le agradaba la idea de que hubiera un sistema. Estaba convencida de que podría sacar provecho de ese tipo de conocimientos en su trabajo cotidiano.

Se quedó absorta pensando en Alex King. No sabía qué opinar acerca de lo que había visto en él. No era en absoluto un hombre como los demás, pero no sabría determinar si eso era bueno o malo.

41

—Claro. ¿Cómo te has enterado? —dijo Swartling.

Fredric había estado preparándose toda la mañana; quería plantearlo con suficiente desenvoltura. La cuestión era no dejar que los pensamientos derivaran en el destino del gato. Estaba convencido de que Swartling iba a negar el hecho.

—Busqué en la red y encontré algunas pistas sobre la gente que me pediste que entrevistara. Hablé con distintas personas. Una cosa llevó a la otra…

Swartling se encogió de hombros.

—Tenías que descubrirlo, de otro modo no valdrías mucho como periodista. Si hubieras empezado ya la segunda fase habría ido más rápido, sin duda —dijo inclinándose hacia la mesa baja que había delante del sofá.

Fredric se aclaró la voz y trató de ignorar la crítica implícita. Obviamente tendría que haberla iniciado ya.

Se fijó en la mirada de Swartling. La de un hombre que había matado a otro hombre. Por cierto, ¿por qué solo uno?

—No creo que pueda hacer esto —dijo Fredric en voz baja, mirándose los zapatos.

—Tenemos un contrato —dijo Swartling.

—Los contratos se pueden romper —dijo Fredric apretando los labios.

—Este no.

En una situación normal Fredric tiraría de algo como que sus abogados evaluarían la validez de ese contrato, pero después de las últimas noches estaba completamente desquiciado. Se rascó la cabeza.

—¿Por qué quieres que se escriba esta biografía?

Swartling levantó las cejas.

—Tienes que describir mi organización como una empresa que desempeña

una tarea eficiente. El enfoque ha sido, es y será siempre que son solo negocios. Y si a veces hay mano dura, hay que dejar claro que no es un fin en sí mismo. No queremos hacer daño a nadie. En realidad, somos un grupo de muchachos bastante simpáticos.

Fredric se sintió incapaz de frenar el proyecto. La risa burbujeó en su interior. Se preguntó si se volvería loco antes de que todo aquello terminara. Swartling al principio parecía estar molesto, pero luego esbozó una sonrisa algo recelosa.

—Es una tarea completamente imposible —dijo Fredric.

—Te las arreglarás.

—Soy periodista. No puedo faltar a la verdad.

Swartling asintió lentamente.

—Vas a escribir la verdad. Pero vas a escribirla de manera que todos crean que es inventado. Luego cambiaremos algunos detalles para que se pueda tomar por ficción. Pero los iniciados van a entender que es la verdad.

Fredric reflexionó. De hecho era posible. Podía escribir de modo que sugiriera ciertas cosas, pero indicando claramente otras. Al mismo tiempo se enteraría de lo que ocurría en realidad. Poco a poco fue viéndolo más claro. Se llevó la mano a la frente. La idea era tan descabellada que podría funcionar.

Durante un rato estuvo escuchando a Swartling contándole por qué quería que se escribiera su biografía. Quería pasar a la historia como uno de los criminales más importantes del país. Y quería causar la mayor impresión, que su nombre destacara sobre todos los demás. Para construir sindicatos del delito había que ser algo más que un simple loco. Estaba harto de leer en los periódicos cosas sobre un montón de psicópatas que jamás conseguirían obtener verdaderos resultados.

Además, refirió Swartling, Suecia estaba dividiéndose en distintas facciones. Los últimos en aparecer se hacían llamar «187» y habían tomado el nombre del código interno de la policía de Nueva York para referirse a un asesinato. Su método consistía en actuar incluso con más violencia que las bandas ya establecidas. Swartling no podía permitir que eso ocurriera, quería que todos los demás cabecillas de las bandas supieran que tenían que trabajar juntos en vez de luchar. Estar en constante conflicto salía demasiado caro, costaba dinero y vidas humanas. Cuando el libro estuviera acabado le enviaría un ejemplar firmado a cada uno de los jefes de las bandas.

Swartling había leído todos los libros sobre delincuencia organizada que

había encontrado. Pero se centraban en una serie de organizaciones y en bastantes personas. Lo que él quería era un libro entero sobre sí mismo. Incluso había intentado hacerlo él, pero no funcionó.

—¿Has escrito algo?

—Lo intenté el pasado año —dijo Swartling—. Tengo toda la historia aquí dentro, pero no puedo trasladarla al papel —añadió señalándose la cabeza.

Fredric tragó saliva. La conversación había dado un giro algo surrealista.

—El proceso creativo es bastante difícil de manejar —dijo con cautela.

—Me resulta difícil expresarme. Todo lo que paso al papel suena plano y apagado. Incluso yo, que leo poco, veo que no vale gran cosa.

—Si no lees, no podrás escribir nunca —dijo Fredric—. Y ese es uno de los mayores errores que se cometen. Muchos dicen que quieren escribir un libro, pero no tienen tiempo para leer. Creo que se refieren a que quisieran haber escrito un libro. Que estuviera ya hecho para evitarse así el esfuerzo.

Swartling se frotó la barbilla y se quedó pensativo. Luego volvió a asentir lentamente con la cabeza.

—Pensaré en eso —dijo—. Pero te sugiero que en este momento te limites a lo que vamos a hacer.

Fredric carraspeó ligeramente. ¿Qué creía? ¿Que iba a estar ahí sentado hablando sobre la creación literaria con un gánster? A veces tenía auténticos problemas de concentración.

—Si ya has logrado unir a todos los departamentos de tu propia organización, ¿por qué no metes al resto de las bandas bajo el mismo techo? Así serías el verdadero rey. Trabaja para llegar a ser el jefe de los jefes.

—Distintas valoraciones. No funcionaría —dijo Swartling.

—Pero supongo que habrá algún tipo de contacto entre los distintos sindicatos, ¿no?

Swartling se echó hacia atrás en el sillón y frunció el ceño. Se cruzó de brazos.

—Hay cosas que no me gustan. Yo no necesito tener treinta asesinos, por ejemplo. Con dos es suficiente —dijo levantando las manos como en un gesto de bienvenida—. Enciende la grabadora. Es hora de que tengas mi versión.

Fredric toqueteó un instante el aparato. Los dedos no le obedecían del todo. Finalmente logró encender la grabadora y se sentó con lápiz y papel.

«Con dos asesinos es suficiente», pensó.

Invadido por una sensación de surrealismo, se dispuso a escuchar.

42

Alex decidió comer en el despacho. Se preparó un ligero almuerzo y se sentó a la mesa del escritorio no porque tuviera mucho que hacer, sino porque todos lo hacían. En realidad era una tontería, pero se había convertido en un hábito. De ese modo parecía que estabas ocupado. No sabía por qué seguía fingiendo.

La mañana con Nina había hecho maravillas en su estado de ánimo y se sentía motivado. De hecho, estaba de muy buen humor, como no lo había estado las últimas semanas. Nina le recordaba un poco a su hermana. No en el físico, ya que Nicole era bajita y morena; era algo en su expresión corporal, ciertos gestos. Pensaba en esto mientras repasaba por encima el protocolo de una conferencia que había dado la semana anterior. Nina era espabilada y bastante analítica. No sabía qué esperaba de ella, pero no que fuera tan observadora. Estaba claro que tenía ideas preconcebidas acerca de ella. Y aunque no se sintiera orgulloso, debía reconocerlo.

El trabajo policial era un mundo del que no sabía nada. Se recordó que no debía mantener un perfil demasiado alto si ella volvía a pedirle ayuda. ¿Volvería a necesitarlo? Esperaba que sí.

Al final tuvo que centrarse en el protocolo. Con la barbilla apoyada en la mano y el codo en la mesa, lo revisó sin ver realmente lo que ponía. Se pasó los dedos por el brazo en el que Nina había puesto su mano.

43

Un sonido peculiar despertó a Fredric. Alguien lo buscaba por el MSN. Se había quedado dormido sobre el teclado. Al tocarse la frente notó las marcas que habían dejado las teclas.

«Los niños», pensó. Entonces recordó que antes de meterlos en la cama les había dado una Billy-*pizza* a cada uno. Oskar había mirado a su padre con algo de reproche, pero no dijo nada. Jojo, como de costumbre, estaba satisfecha. A Martina no la vio; seguramente estaba haciendo horas extra en el trabajo.

Hizo clic en el icono del Messenger.

«Supongo que ya lo has descubierto».

«Sí».

«¿Has hablado con Lucifer y te ha contado cómo ve él la situación?».

«Sí».

«¿Entiendes su papel dentro del crimen organizado?».

Esa sí que era una pregunta importante. ¿Lo entendía?

«En realidad no».

Fredric se dio cuenta de que tenía enormes lagunas respecto al crimen organizado. Lo único que había visto era un documental sobre Denho Acar, jefe de los Original Gangsters, la semana previa a su primer contacto con Lindeborg. Acar se había lanzado a una especie de guerra contra la sociedad. Fredric recordó que se había sentido incómodo, a pesar de que estaba al otro lado del televisor. El periodista le preguntó qué sentía cuando apuntaba con un AKR a la frente de una pobre cajera de la oficina de correos. Acar contestó que nada, que solo hacía su trabajo.

«¿No hay un montón de luchas internas?», escribió Fredric a la vez que pensaba que el gato de Ester no era ningún rival para alguien como Acar.

«Tenemos una especie de Padrino que lo impide».

Fredric se quedó mirando la pantalla. Tenía que moverse. Las piernas gritaban en señal de protesta. Se puso de pie, volvió a leer lo que estaba escrito.

«Tenemos… una especie de Padrino».

¿Cómo iba a poder resistirse? Sonrió. ¿Un gánster de película?

«¿Es Marlon Brando?».

La respuesta llegó a la velocidad del rayo. Debía de estar ya escrita.

«¿Sabes lo poco acertado que es ese comentario?».

Fredric sacudió la cabeza.

—No —dijo en voz alta—, no lo sé, imbécil.

«El tráfico de drogas en Suecia es una actividad controlada desde hace tiempo. Puedes verlo como un mercado sin reivindicar en el que alguien vende el derecho a utilizar su nombre a cambio de una tarifa fija».

«Suena a franquicia».

«Secuestros y extorsiones van en la misma dirección. Esta práctica se estableció ya en la década de los setenta».

Fredric levantó las cejas. Sonaba cada vez más como una especie de director ejecutivo que administraba el trabajo de sus distintos secuaces.

«Entonces, ¿quién es?».

«¡Ah! Esa es la pregunta correcta. Que lo llamen el Padrino tal vez pueda parecer algo teatral. Pero a falta de mejores epítetos…», escribió el informante.

Fredric se dio cuenta de que su interlocutor era inusualmente elocuente para pertenecer a un sindicato del crimen. Tal vez tenía prejuicios, pero se lo imaginaba sin afeitar y con tatuajes en los dedos.

«En Gotemburgo tenemos una docena de pandillas moteras. Alguien tiene que poner orden. Causan problemas a la gente y a la policía, sin duda, pero eso no nos importa. El problema surge cuando se pelean entre ellos. Swartling va a resolver esto. El único inconveniente es su ego. Quiere controlar él. Pero hay alguien por encima de él».

Fredric reflexionó.

«¿Un Padrino que al estilo clásico maneja los hilos y bendice a un loco tras otro?».

«El Padrino ha protegido a muchos criminales; ha creado un fondo para cuidar de sus familias mientras ellos están en la cárcel. Y ha conseguido una lealtad que no siempre es tan evidente en esos círculos».

«¿Quién eres en realidad?».

Se produjo un vacío durante unos segundos. Luego llegó la respuesta.

«Alguien que piensa seguir viviendo».

Fredric entendió que no debía seguir por ese camino. Pero entonces, ¿cuáles eran sus intenciones?

«¿Por qué me dices todo esto? ¿No tienes miedo de que difunda la información?».

«¿A quién se lo vas a decir?».

«¿Qué es lo que pretendes conseguir?».

Pasaron unos segundos. ¿Acaso no sabía qué contestar o en ese preciso instante estaba pensando qué hacer con ese periodista despistado que había metido la mano en un avispero?

«Es complicado», escribió el informante.

—No me digas —dijo Fredric en voz alta.

«El Padrino solo puede existir mientras su identidad no sea conocida por las autoridades, ya que de lo contrario lo perseguirían con todos los medios a su alcance y el orden se alteraría. En la organización se están planteando si Swartling, dada su trayectoria, encaja realmente en los viejos esquemas. Parece que no respeta los códigos».

«¿Por qué no quitáis simplemente de en medio a Swartling?».

Fredric se puso la mano en la frente. ¿De verdad estaba sugiriendo que quitaran de en medio a una persona?

«Lo hemos pensado, obviamente».

Había escrito «lo *hemos* pensado». Fredric lo vio enseguida, y se dio cuenta de que no solo sostenía una cobra con una mano, sino que en la otra llevaba un escorpión.

«Desafía a Swartling. Pregúntale si es cierto el rumor de que hay un Padrino».

«Me mataría de un tiro en menos de lo que se tarda en decir “líder de banda psicótico”».

«Tal vez. Si cree que el Padrino conoce sus planes, no tiene más remedio que pensárselo».

¿Era esa su oportunidad de volver a una vida normal, sin amenazas de violencia física? ¿Acudir a ese misterioso Padrino, cuya existencia estaba envuelta en nieblas y misterio?

«¿Teme al Padrino?».

«Lucifer Swartling no teme a nadie».

Transcurrieron unos segundos aparentemente fatídicos.
«Ten cuidado».

44

Nina miró las abreviaturas que encontró en el escritorio de Hellmark. Lo mismo podía tratarse de referencias de azulejos de un cuarto de baño que de las iniciales de los chicos del equipo de hockey.

Eran bastantes. Buscó en Google al azar. RD no daba ninguna pista. Le salió de todo, desde productos farmacéuticos hasta osteópatas.

De SSP, miró las primeras seis páginas de las que Google aseguraba que había 12 600 000 coincidencias.

CO estaba directamente condenado al fracaso. Todas las empresas que se denominaban «and Co.» aparecieron en la pantalla. FL lo mismo, nada que tuviera sentido.

Nina fue al despacho de Hellmark con la lista de las abreviaturas. Al contrario de lo que ella creía, Hellmark no se alegró lo más mínimo.

—¡No puedes dedicarte a eso ahora! Ya te he dicho que tienes que ¡priorizar!

Nina se decantó por una maniobra evasiva.

—¿Has sabido algo del hospital?

Él sacudió la cabeza.

—Por lo que sé, Eva Axberg sigue en el servicio de urgencias psiquiátricas. Los médicos dicen que no puede ver a nadie todavía. Al parecer está muy inestable.

—¿Cómo vais de tiempo? Yo puedo hacer más cosas.

Hellmark se echó hacia atrás en la silla y se frotó la cara.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Ella le mostró la lista.

—Tu hermano. Estoy atascada.

Hellmark gruñó y extendió el brazo. Ella le dio el papel. Él le echó un

vistazo y a los dos segundos vio que la mirada de él se detenía en un punto determinado. Sus ojos apenas se abrieron, pero fue suficiente para que ella lo percibiera.

—Puede tratarse de una coincidencia —dijo él frunciendo el ceño—. Tal vez no signifique nada, él es periodista.

Nina se mordió el labio para no gritar de impaciencia.

—OG —dijo Hellmark—. Puede ser la abreviatura de Original Gangsters.

Ella asintió.

—¿Y el resto?

Él fue subrayando las abreviaturas según se las traducía.

—R&W puede ser Red and White Crew, una especie de aspirantes a Los Ángeles del Infierno. Ba puede significar Bandidos. FL. Hm. Podría ser una pandilla de lunáticos que se hacen llamar Fucked for Life. Al principio se hacían llamar Tumba Lords y se dedicaban a robar ciclomotores.

—¿Ciclomotores? —dijo Nina, que no sabía mucho acerca de esa banda.

—Los pequeños matones se convierten por lo general en grandes matones. Es probable que estén detrás de algunos robos de importancia. Son los que hace unos años le quitaron a un chico un tatuaje con una navaja solo porque no les gustaba. Se había tatuado «Destruido por la vida» y ellos no estaban de acuerdo. Era demasiado real. Fue una historia devastadora. Psicópatas totales.

La silla crujió de un modo inquietante cuando Hellmark se levantó y fue hacia la ventana con el papel en la mano. Suspiró profundamente.

—Puedo estar equivocado, pero Na puede significar Naserligan, una banda de gánsteres yugoslavos —dijo mordiéndose el labio inferior—. XT puede ser una pandilla llena de imaginación que se hacen llamar X-Team. Y BrWO no son otros que La Hermandad Wolfpack. O simplemente La Hermandad, si lo prefieres.

Nina asintió. ¿Cómo pudo estar tan ciega? ¿Cómo se le pudo pasar por alto?

—Pero ¿era capaz de meterse en algo así sin conocer los riesgos?

Hellmark se permitió una breve y triste carcajada.

—Fredric no ha hecho una estimación de riesgo en su vida.

Nina pensó en lo que Alex King había dicho acerca de las personas amarillas. Intuitivas y dispuestas a lanzarse a cualquier precipicio en busca de emoción. Con tendencia a las grandes hazañas, pero poco dados a la investigación profunda.

—Tienes que poner una denuncia —dijo ella—. Esto puede ser serio.

Hellmark se quedó un momento mirando la mesa. Cuando ella se fijó en su rostro se dio cuenta de que seguramente no había dormido bien la noche anterior, e incluso durante las últimas semanas. Tenía pesadas bolsas debajo de los ojos y los surcos del rostro parecían más profundos de lo habitual. Sin duda estaba más preocupado de lo que quería reconocer.

Él enderezó la espalda.

—Los de la judicial disponen de una unidad especializada en delincuencia organizada, pero lo que tenemos es poco consistente. Puede que haya una explicación totalmente normal. No sé en qué está trabajando en este momento. No hay que olvidar que es periodista.

—Sí, desde luego, pero eso no explica que toda la familia se haya ido.

Se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Cuánto tiempo llevan desaparecidos?

Él se encogió de hombros y tiró de su brazo.

—Una semana tal vez. No mucho.

—¿Qué habrías hecho si hubiera sido cualquier otra familia?

Guardó silencio un instante. Miró por la ventana. Se acarició la barbilla.

—En tal caso habría puesto un investigador. ¿Cómo va lo de los francotiradores?

—Ya está listo.

Ella dedicó cinco minutos a informarle de lo que había encontrado. Demasiado tiempo. Hellmark se mostró impaciente en el minuto tres.

—Habría sido mucho más sencillo encontrar a un piloto de helicóptero. Hay ciento ochenta y cinco mil cazadores registrados en este país. Pero solo diecinueve son francotiradores, de los cuales dos tienen antecedentes.

Hellmark echó una ojeada a la lista.

—¿Un sexagenario? No lo creo. ¿Y este Zhigarra? ¿Qué opinas de él?

Ella se encogió de hombros.

—Es el que más me ha llamado la atención. Aparte de Niemi. Puedo localizarlo.

—Hazlo. Averigua algo de él. Dónde vive, de qué vive, ese tipo de cosas. Probablemente tampoco sea él, pero compruébalo. Infórmame esta tarde.

Dejó la lista a un lado sin decir ni una palabra. Luego hizo algo que sorprendió a Nina. Nunca le había visto echarse hacia atrás en la silla, poner los pies encima de la mesa y colocarse las manos en la nuca, sin preocuparle las manchas de sudor en la camisa.

Nina se preguntó en qué estaría pensando. Probablemente en que todo se arreglaría. Los soplones darían con algo en la calle. Tal vez Nisse Pettson sabía más de lo que había dicho hasta el momento. Tal vez no supiera nada de Niemi o de Zhigarra, pero sabía muchas otras cosas.

Seguidamente, Hellmark cogió el teléfono y se puso a marcar un número. Nina lo interpretó como que la reunión había concluido y volvió a su despacho.

Se quedó mirando el nombre.

Robert Zhigarra.

45

Sonó el móvil mientras miraba la pantalla.

—Solo quiero recordarte los términos de tu contrato —dijo Zhigarra con voz suave.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Fredric. Se puso en pie y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Supongo que habrás entendido cómo consideramos nosotros el incumplimiento de los plazos de entrega.

—¿Eh? Sí, claro…

—Me tomo muy en serio mi trabajo —dijo Zhigarra—. Mi cometido es asegurarme de que los encargos de Lucas se cumplen.

—Debe de ser un trabajo difícil.

—Sí. Hay que esforzarse para que las cosas funcionen. Luego está también lo de los castigos internos.

Cuando Zhigarra dijo «castigos internos» sucedió algo en el interior de Fredric. De repente notó que se le aceleraba el pulso y que algo le golpeaba dentro de las costillas. La respiración empezó a fallarle.

Bobby Zhigarra terminó la conversación recomendándole a Fredric seriamente que se leyera el contrato.

Buscó en el escritorio y vio que una gran cantidad de papeles importantes no estaban allí. En el suelo del ropero, debajo de un montón de camisas sin planchar, encontró por fin el maldito documento que según parecía había firmado. Era terriblemente monótono. Catorce párrafos en total; horario de trabajo y exenciones de la responsabilidad del comprador, y bla, bla, bla.

El párrafo preocupante era el undécimo, entre el décimo (cómo se regulaba la asignación para gastos de desplazamiento) y el duodécimo (referente a la

privacidad).

Se sentó de nuevo delante del escritorio, pero la mera visión de la pantalla le producía retortijones. No podía trabajar, le resultaba completamente imposible. No veía bien las letras. Se paseó con desgana por el cuarto de estar y, hundido en el sofá, leyó el párrafo undécimo por quinta vez.

Estaba escrito de un modo escueto e impecable.

El título era «Incumplimiento de la entrega».

> *Si el proveedor no entregara el trabajo en la fecha convenida se impondrá el castigo habitual. El castigo habitual se refiere a los métodos que el comprador utiliza de vez en cuando para ajustar las desviaciones en acuerdos internos.*

Si hubiera puesto «multa» o «finalización de contrato» o «indemnización», él podría haber ejercido fuerza de algún modo. Pero ¿«castigo habitual»? ¿Por qué no se leyó el contrato cuando lo firmó?

Tragó saliva por enésima vez.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo demonios iba a manejar el asunto?

Lo que necesitaba ahora era ponerse a trabajar y terminar de escribir el maldito material. Si no se andaba con cuidado podía despertarse una mañana con uno o dos dedos menos.

46

—P. Magnus Odebjer —dijo Ulvgren.

Hellmark notó que las comisuras de los labios se le bajaban y los hombros se le ponían tensos.

—Tuveson & Fisker.

Sabía que Ulvgren esperaba una reacción, pero se negó a seguirle el juego. Si había que hacer teatro sería sin su participación.

Ulvgren se echó hacia atrás en su elegante sillón de oficina. Era de cuero y tenía en un lateral una serie de botones y mandos. Hellmark pudo ver incluso una bomba de goma, que supuso que servía para activarle la zona lumbar.

«¿Quién coño utiliza un sillón así?», pensó Hellmark. Enseguida dio con la respuesta. Alguien que pasa demasiado tiempo sentado sobre su culo.

Ulvgren observó en silencio a Hellmark mientras ponía los pies encima del escritorio. Su rostro no revelaba nada. Lo tenía bronceado, como de costumbre. Era difícil saber si pasaba mucho tiempo al aire libre o si utilizaba cremas autobronceadoras. En ese momento tenía la cabeza ligeramente ladeada.

—¿Estás de tan mal humor como parece o es solo tu imagen?

—Es solo mi imagen. En realidad soy un auténtico blandengue.

Ulvgren no se rio.

—Tuveson & Fisker —repitió—. Un bufete bastante nuevo. Se dedican a causas de derecho civil. Lo denuncian todo y a todos por el más mínimo fallo que se les ocurre.

—No estamos en Estados Unidos —dijo Hellmark.

—Crean problemas a la gente. Publicidad negativa. La mala prensa puede matar si llega en el momento equivocado. Deberías saberlo.

—Es un mentiroso de mierda.

Ulvgren asintió.

—Yo lo sé. Tú lo sabes. La mayoría de los que están aquí lo saben. Pero ¿lo sabe el resto de la gente?

—¿Te refieres a los políticos? Son bienvenidos y voy a explicarles alguna que otra cosa.

Ulvgren hizo un gesto que Hellmark no supo interpretar.

—No estés tan seguro. ¿Qué tenemos del asesino de Claes Ljunggren? Nada. ¿Qué tenemos del asesino de Roger Axberg? Nada. ¿Alguna vez nos hemos visto en una situación así?

Hellmark sacudió la cabeza.

—No que yo recuerde.

—¿Qué dicen nuestros informantes?

Hellmark se incorporó levemente en la silla.

—No han oído nada. He escuchado a todos los chivatos, a todos los muertos de hambre que he podido encontrar. Incluso a los que tenemos en el trullo y deberían saber algo. Nadie tiene nada sustancioso que aportar.

—Siempre hay algo —advirtió Ulvgren.

—Esta vez hay un silencio asqueroso. Quien esté detrás de esto es experto en no filtrar nada.

—¿Cuál es tu conclusión?

—O ha logrado mantenerse dentro de un círculo muy estrecho, o estamos ante un nuevo jugador; alguien que no está mezclado con los contactos de siempre.

—Pero ¿quién es? —dijo Ulvgren.

—Ya lo he dicho. Alguien totalmente nuevo. No sabemos quién es, aunque sí que es hábil. Ha planeado esto de forma minuciosa. Las cartas bien formuladas que envió a Ljunggren. La ejecución en el InfraCity. El arma que quiso que encontráramos para darnos un puñetazo en la nariz.

Ulvgren levantó un dedo en el aire.

—Ese detalle en particular no parece bien pensado.

—Al principio creía que se trataba de alguien con un ego muy grande.

—Exacto. ¿Por qué quiso darnos un puñetazo en la nariz? ¿Qué importancia tiene eso?

Hellmark se aclaró la voz. Frunció el ceño.

—Cuando pensé en ello me percaté de que solo era una parte del plan. Lo que buscaba era dar publicidad al asunto. Al filtrar a la prensa que se había

utilizado un Blaser Tactical 2, se extendió como la pólvora. Los periódicos publicaron un montón de fotos. Detalles de lo que un arma así puede producir en una persona.

Hizo una pausa.

—¿Has visto un Blaser Tactical de cerca?

Ulvgren sacudió la cabeza.

—Cuando la tienes en las manos te cagas en los pantalones. Pero me sorprendería que la utilizaran para disparar a Axberg.

—Pero cuando se lo comunicaron a la prensa debían saber que corrían al riesgo de que les salieran imitadores, ¿no?

Hellmark asintió.

—Por supuesto. Por eso hicieron públicas solo ciertas partes. Ahora pueden enviar cartas a sus víctimas con información que únicamente el auténtico tirador puede conocer.

—¿Como qué?

Hellmark se encogió de hombros.

—Como lo que sucede en un cráneo que recibe el impacto de una bala. Yo qué sé.

Ulvgren bajó los pies de la mesa. Los tacones golpearon el suelo al caer. Se apoyó en su brillante escritorio.

—No podemos quedarnos aquí sin hacer nada.

—Estás interpretando mal las cosas. Hay cinco agentes en ello. Hacemos mucho. Pero no tenemos ninguna pista que seguir. Absolutamente nada.

—Otras veces hemos resuelto casos sin pistas. Acude de nuevo a los chivatos.

Hellmark suspiró. Comprobaba diariamente si alguien había conseguido desenterrar a Nisse Pettson.

—De acuerdo. Pero es inútil. Nunca había experimentado un silencio tan descomunal. Más vale que te prepares para la verdad. No tenemos nada.

Ulvgren se puso en pie. Señaló a Hellmark.

—Tienes dos días para traer algo. De lo contrario tendré que meter a otra persona —dijo mirando a Hellmark fijamente—. Antes de que nos hagan pedazos.

Hellmark volvió a su despacho. Miró por la ventana. Se dio la vuelta y cerró la puerta con tal fuerza que un diploma que había en la pared se cayó al suelo.

El cristal se rompió produciendo un fuerte estruendo.

47

Mientras tomaba el café del desayuno y hojeaba distraídamente el *Svenskan*, oyó que un coche se detenía en la entrada. Fredric dejó la taza y fue a mirar por la ventana. Vio en el patio un coche largo y oscuro.

—¿Qué pasa ahora?

Cuando golpearon la puerta, Fredric plegó el periódico con cuidado, se limpió la boca y se metió la camisa por dentro de los pantalones. Empezó a dar forma a su plan mentalmente mientras abría la puerta.

Un fuerte empujón lo tiró al suelo. Aterrizó sobre un hombro y un dolor agudo se extendió por toda la parte superior del cuerpo.

Zhigarra pasó por encima y cerró la puerta a un centímetro de la cabeza de Fredric. Fue pura suerte que no se quedara sin una oreja. Lo cogió por los pies y lo arrastró hasta el cuarto de estar. Fredric se golpeó la cabeza con el marco de la puerta y dio un grito. Zhigarra lo sentó en el sofá de un empujón como si fuera un juguete. Se sentó frente a Fredric, que intentaba adquirir una postura medianamente digna. Después del golpe en el hombro le costaba mover el brazo izquierdo.

—Hay dos clases de personas —dijo Zhigarra en un tono pausado, detrás de unas gafas de sol negras—. Los que entienden y los que no entienden. ¿A qué clase perteneces tú?

Fredric parpadeaba sin cesar, jadeaba y miraba a su alrededor.

—¿Y bien? —dijo Zhigarra.

Fredric se volvió hacia él y se acordó de que había pensado marcarse un farol la primera vez que se vieron. Zhigarra pudo ver más allá, a pesar de los mecanismos de defensa y las evasivas.

—A la de los que no entienden —dijo Fredric frotándose el hombro dolorido

—. ¿Qué piensas hacer?

—Me limito a obedecer órdenes.

¿Habrían espiado su correo electrónico? ¿Qué pasaría si supieran que estaba jugando a sus espaldas con un traidor de su organización? ¿Y si…?

Zhigarra lo miraba con atención.

—Según parece, has olvidado enviar el material de la segunda fase. Tendría que haber llegado ayer, ¿sabes?

Como en medio de una niebla, Fredric dejó que Zhigarra lo levantara del sofá y lo arrastrara fuera de la casa. Cuando lo lanzó contra el abominable coche negro de lunas tintadas tenía un bulto duro en el estómago. Y necesitaba ir al baño.

Fuera del coche había un gigante con coleta y gafas de sol.

—¿Él? —gruñó el Gigante.

—Él —confirmó Zhigarra.

A Fredric le hubiera gustado gritar «¡No soy yo! ¡Solo me parezco a él!».

El Gigante se le puso delante. Le sacaba por lo menos veinte centímetros y pesaba con seguridad cuarenta kilos más. Hacía que Zhigarra pareciera casi normal. Sonrió a Fredric, que no vio venir el puño.

Sintió un mazazo en el diafragma y se quedó sin aire. A pesar de dolerle mucho, Fredric se dio cuenta de que el otro volvía. Con bastante fuerza, por cierto. Fredric se quedó colgando en los brazos de Zhigarra mientras se preguntaba si tendría alguna costilla rota. Zhigarra lo puso de pie y lo empujó dentro del coche. Fredric se tambaleó hacia delante para evitar caerse.

En el interior del coche los cristales eran negros.

Un momento después ya habían llegado. Se detuvieron en alguna zona industrial, pero no sabría decir cuál. La realidad pasaba por el otro lado sin que él la entendiera.

Era un edificio largo, gris y de metal oxidado. Había una puerta entreabierta y se veían luces en el interior. A Fredric lo empujaron fuera del coche con la misma violencia. Zhigarra y el Gigante lo cogieron cada uno por un lado, lo levantaron a la vez y entraron en el edificio.

La habitación era enorme y estaba completamente vacía. Solo había una silla.

A Fredric le temblaba todo el cuerpo. Tenía la camisa mojada por atrás.

En un par de segundos lo sentaron en la silla. Le dolía la cabeza; al pasarse la mano notó que tenía un desagradable chichón a unos centímetros por encima de

la oreja. Le dolía el hombro, pero las costillas estaban bien. Zhigarra estaba de pie delante de él. Su gesto era adusto y tenía unas enormes cachiporras en las manos. Miró a Fredric durante más de un minuto. Las aletas de la nariz se expandían y se le volvían a juntar. Se inclinó y le gritó en la cara de tal modo que a este se le erizó el vello de los brazos:

—¡Nosotros no nos tomamos a la ligera una fecha de entrega incumplida!

Fredric experimentó alguna forma de actividad mental pero, sobre todo, intentó no temblar.

Zhigarra estaba sentado frente a él. Se pasó una mano gruesa por su cabello peinado hacia atrás. En ese momento, Fredric vio que había algo al lado de la silla. Parecía una especie de instrumento eléctrico. Una sierra circular tal vez. O un…

Interrumpió el pensamiento.

«Bosch», leyó por el rabillo del ojo. Confiaba en que las manchas marrones que había en el mango fueran de óxido, aunque sabía que el plástico no se oxidaba.

—Por lo general, los periodistas suponéis que tenéis el derecho exclusivo de hacer preguntas, pero hoy toca cambiar los papeles. ¿Qué dices a eso?

—Suena bien —gruñó Fredric.

¿Había alguna otra respuesta?

—¿De verdad? —dijo Zhigarra mientras seguía mirando a Fredric.

Se volvió hacia el Gigante, que estaba junto a él.

—¡El plumilla dice que suena bien!

Fredric tragó saliva y miró cómo aquellos dos se reían allí, en el depósito, almacén o lo que fuera ese sitio de mala muerte donde lo tenían secuestrado. Vaya tipos. Desde luego no eran dos angelitos.

El rostro de Zhigarra cambió. Al instante se le borró la sonrisa y fue reemplazada por una expresión resuelta. Apretó los labios y respiró por la nariz. Luego dijo:

—Primera pregunta: ¿Qué es exactamente lo que no entiendes del contrato?

Fredric vio que el matón de repente recobraba su amabilidad. Estaba jugando por su cuenta al poli bueno poli malo. Fredric intentó enderezarse en la silla. Sintió un dolor agudo en el hombro e hizo una mueca.

—Lo entiendo todo.

—Hagámoslo de una vez.

Zhigarra levantó la mano y el Gigante puso un papel en ella.

—Cuando leíste el undécimo párrafo, ¿entendiste lo que ponía?

El párrafo undécimo era la cláusula de castigo. Fredric miró a Zhigarra.

—Quiero una respuesta —dijo Zhigarra.

La sonrisa había desaparecido. Le cambiaba el humor todo el tiempo. Había hecho del mal genio una forma de arte.

—Entonces… elijo no —dijo Fredric.

—Es una respuesta, por supuesto —dijo Zhigarra mientras se frotaba la barbilla, y se pudo oír cómo raspaba la gruesa piel de la mano.

—Así que ¿no entendiste el significado del párrafo undécimo?

Fredric miró al gánster directamente a los ojos. Trató de pensar. Zhigarra ni siquiera tenía que intentar tenderle una trampa. Ya lo hacía él solito. Les estaba facilitando la cuerda con la que iban a ahorcarlo.

—Tengo que reconocer que estoy un poco sorprendido —dijo Zhigarra—. Te lo pregunto otra vez: ¿Entendiste o no que recibirías un castigo si no cumplías el contrato?

—Esta vez elijo sí.

Zhigarra se quedó mirándolo. Los gruesos hombros se movieron levemente debajo de la chaqueta negra.

Fredric le devolvió la mirada. ¿Esteroides? ¿Fármacos? ¿De dónde procedía esa inestabilidad?

Zhigarra giró su gran cabeza hacia la izquierda como si estirara el cuello. Luego la volvió otra vez hacia Fredric.

—Por tanto, ¿sabías en lo que te metías?

¿Cuál era la respuesta correcta, joder?

—Lo comprendí perfectamente.

Zhigarra se frotó el rostro carnoso.

—Entonces la cosa se complica un poco. Porque si habías entendido el párrafo undécimo y sin embargo optaste por no cumplir tus compromisos, eso solo puede significar una cosa. Que preferiste ignorar las condiciones.

—No, en absoluto —dijo Fredric sintiendo que ya no podía elevar más la voz.

La voz de Zhigarra permanecía serena y tranquila cuando dijo:

—Cierra la boca si no quieres que te rompa la nariz. —Levantó un puño enorme delante de la cara de Fredric—. La aplasto con la misma facilidad que si fuera un huevo. O una naranja.

Zhigarra se volvió hacia el Gigante, que estaba justo detrás de él.

—¿Qué crees que es más blando? ¿Un huevo o una naranja?

El Gigante lo pensó.

—¿Es un huevo cocido?

Fredric tragó en seco. El estómago le dolía más que nunca.

—Pedazo de mierda —dijo Zhigarra—. Ya se lo advertí a Lucas. No metas a este idiota, le dije. Hay algo en él. Le falta cuajo, le dije. No va a entregar. Pero Lucas no me escuchó. Tuvo que elegirte precisamente a ti.

Zhigarra se levantó y empezó a caminar por el almacén. Los tacones resonaron contra el duro suelo de cemento.

De repente cogió la silla en la que había estado sentado, la levantó por encima de la cabeza y la arrojó contra la pared que estaba a dos metros de distancia. Golpeó en la chapa ondulante y produjo un estruendo ensordecedor.

Fredric cerró los ojos y encogió el cuerpo, el ruido le atravesó hasta los huesos. Por una sucia ventana vio pasar un débil destello de luz. ¿Podría salir corriendo y escaparse? Si se lanzaba de la silla e iba hacia la ventana, ¿le daría tiempo a salir? No creía que Zhigarra ni el Gigante fueran especialmente rápidos. Él ya había cumplido los cuarenta y no estaba en muy buena forma física, pero pesaba con seguridad treinta kilos menos que cualquiera de ellos. Podría funcionar. No estaba atado. Movió un poco un pie. El Gigante se fue hacia la puerta y se asomó.

—O mentiste hace un momento o mientes ahora —dijo Zhigarra con voz tranquila.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y observó a Fredric como se observa a un animal inusualmente pequeño.

—Creo que ni siquiera eres consciente de lo que has dicho.

Fredric miró hacia la puerta. ¿Le daría tiempo? Optó por ofrecer una explicación.

—He descubierto cosas que no sé cómo manejar. Nuevos datos que deben incluirse en la biografía. Lleva más tiempo.

Zhigarra recogió la silla y fue lentamente hacia él. Se le había pasado el momento. Había dudado demasiado.

—¿Más tiempo? —preguntó Zhigarra poniéndose frente a él—. ¿Eso es todo? ¿Necesitas más tiempo?

Fredric asintió esperanzado.

—Más tiempo es todo lo que se requiere —dijo.

Zhigarra colocó la silla frente a él y volvió a sentarse.

—Pues algo me dice que no vas a acabar el trabajo.

Luego se volvió, miró al Gigante y sonrió ampliamente. Parecía estar diciendo: «Esto marcha. Enseguida terminamos aquí».

—¿Funciona tu teléfono?

—¿Perdón? —dijo Fredric.

—¿Tienes problemas de oído? He dicho que si funciona tu teléfono. ¿Están todas las teclas en su sitio? ¿Ningún problema técnico?

Fredric sacudió la cabeza.

—¿Y eres capaz de marcar un número?

—Claro.

—¿Te he dado mi número de teléfono?

—Sí.

A Fredric se le ocurrió que Zhigarra podría ser un periodista realmente agudo con esa forma de interrogar.

Todo fue increíblemente rápido. Zhigarra le cogió la cara con una de sus enormes manos y hundió los dedos en sus mejillas. Fredric se aferró al brazo de él con ambas manos. Era como agarrarse a un trozo de madera. Zhigarra le sacudió la cabeza, y si no le hubiera sujetado a la vez, Fredric se habría caído al suelo. Luego se le acercó tanto que las narices de ambos casi se rozaron. Fredric parpadeó y apretó con fuerza el brazo de Zhigarra.

—Entonces, ¿por qué no te has sacado el dedo del culo para llamarnos pidiendo más tiempo? —rugió Zhigarra.

Fredric se sobresaltó. La saliva de él le salpicaba en el rostro. En parte tenía razón. Habría podido llamar. No era la primera vez que incumplía un plazo de entrega. Se justificó de modo incoherente, como de costumbre, y dijo que no pensaba que fuera tan importante. En realidad nadie le había puesto contra las cuerdas exigiéndole que cumpliera lo que había prometido. La mayoría de ellos, jefes y redactores, solían lamentarse y suspirar, preguntándose cuándo se centraría de una vez y acabaría el trabajo.

—Simplemente me resulta difícil cumplir con las fechas de entrega —dijo sintiendo que unos dedos de acero le apretaban la mandíbula. Sentía tanta presión que apenas podía oír lo que decía—. Tendré que corregirme.

—En nuestro sector cumplimos las promesas —susurró Zhigarra, y lo soltó.

Fredric jadeaba de dolor. Se frotó la cara con ambas manos.

El rostro de Zhigarra se iluminó con una sonrisa. Fredric lo miró fijamente, tratando de anticipar el siguiente paso. Era imposible.

Zhigarra se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si voy a Lucas después de esta reunión sin haber hecho lo que he prometido que haría contigo, tendré problemas, que lo sepas. ¡Ya lo creo! La alternativa es marcarme un farol y sostener que el asunto está resuelto. Pero a la larga eso suele salir caro.

Fredric miró delante de él sin ver con claridad.

—Ahora te estarás preguntando qué le he prometido, ¿verdad? —dijo Zhigarra esbozando una amplia sonrisa.

48

Cuando Mari Roos abrió la puerta de entrada de su chalé en Djursholm pensó en lo que le había dicho Cherie, la peluquera. Estuvieron hablando del espeluznante asesinato de Claes Ljunggren. La mujer que estaba en la silla de al lado se volvió hacia Mari y le dijo que no solo había sido Ljunggren, sino que había otro más. Un tal Axberg, no sabía su nombre, pero lo habían ejecutado frente a la comisaría de Kungsholmen por haberse negado a pagar a esos terribles chantajistas. ¿No era superdesagradable? Se trataba de un nuevo rico, pero aun así.

Mari había sentido escalofríos y todavía estaba inquieta cuando entró en casa. Había oído alguna que otra cosa poco halagadora acerca de Claes Ljunggren. También sabía que en algunos círculos suelen exagerarse las cosas. Los rumores sobre la alta sociedad de Estocolmo se difunden con más rapidez que un vídeo porno ilegal por internet. Y, aunque fuera cierto, seguía siendo de carne y hueso. Tenía familia, una esposa y una hija. Tendría hermanos en alguna parte del mundo. Padres. Gente que se preocupara por él.

El pequeño Frans fue hacia ella moviendo la cola.

Frans era un spaniel tibetano, totalmente blanco y con un pedigrí excelente. Mari eligió esa raza precisamente por su orgulloso porte. Había algo majestuoso en Frans, a pesar de medir solo unos centímetros. Jonas no estaba tan contento; el perro soltaba pelo en sus trajes negros.

Se inclinó y le rascó a Frans detrás de las orejas un buen rato. Mientras se quitaba el abrigo trató de recordar a Roger Axberg. No sabía quién era. Al parecer, su esposa había sufrido una crisis y actualmente estaba ingresada en el hospital. Podía entenderlo. Pobre mujer.

Justina había ido a buscar el correo antes de irse. La nueva asistenta era

fantástica. Rápida y discreta.

Mari se sirvió una copa de jerez. Estaba demasiado excitada por los terribles asesinatos para pensar con claridad. Revisó el correo con la copa en la mano. Lo de costumbre, casi todo era para dejarlo sobre el escritorio de Jonas.

Una carta le hizo reaccionar. Iba dirigida a ella y tenía un sello normal.

La dirección estaba impresa; podía proceder de cualquier impresora.

Sintiendo curiosidad, fue a la salita y se sentó en un sofá de estilo Art Nouveau. Era bonito aunque no muy cómodo a causa del respaldo tan alto que tenía. En realidad estaba cansada del roble oscuro, pero su madre no le perdonaría nunca que se deshiciera del mueble. Frans saltó a su regazo. Mary lo bajó con decisión. Al final, el perro aceptó la situación y se echó a sus pies.

Abrió la carta y sacó el único papel que contenía.

Leyó el texto. Después de un instante se puso la carta sobre las rodillas.

Giró la cabeza hacia la ventana de al lado y miró el jardín.

49

Miró a su novio y le acarició el estómago. Lo tenía plano y velloso. Estaban tumbados en la habitación de él, encima de la colcha. No había nadie más en la casa. Sus padres estaban trabajando y su hermano ya no vivía en casa. Ella tenía en las nalgas las marcas del grueso algodón de la colcha. Era blanca con un estampado de estrellas y planetas y supuso que él la tenía desde niño. Se preguntó si se llevaría marcado la mitad del sistema solar en la espalda cuando volviera a casa.

Él sonrió y le puso una mano en los pechos. Quería más.

No iba a tener más. Era suficiente por hoy. Acababa de quitarle la virginidad, y ella había apretado los dientes esperando que le doliera, pero la verdad es que no había sentido nada en particular. Nada de dolor, solo esa extraña sensación de tener a alguien dentro de ti.

Él fue muy cuidadoso y terminó en dos minutos.

La miró como si esperara ser calificado.

—¿Me he portado bien? —preguntó.

—Ha sido maravilloso —dijo ella sonriendo con toda la dulzura de que era capaz.

—Solo quiero satisfacer a la estrella del instituto.

«La estrella del instituto». ¿Era eso todo lo que veía?

—Ha sido como me lo imaginaba, maravilloso —dijo ella, y volvió el rostro hacia el otro lado.

No podía decir la verdad. Que no había sentido apenas nada. Que podía haber prescindido de hacerlo. La idea que él tenía del sexo era ponerle la mano entre las piernas durante quince segundos y luego meterle su cosa dentro. No, no tenía intención de darle la posibilidad de que hablara mal de ella. Sabía la

clase de rumores que difundían los chicos descontentos. Ella pensaba ser la novia perfecta.

En realidad era curioso. Se conocían desde primer grado, pero nunca lo había visto como alguien que pudiera estar interesado en ella. Ni a ella le interesaba él. Eran muy distintos, procedían de ámbitos opuestos y rendían de modo diferente en sus estudios. Tal vez hubiera podido ir a su ritmo los primeros años, pero cuando ella aceleró la marcha en la secundaria él ya no tenía ninguna posibilidad.

Ella lo estuvo llamando por teléfono durante las vacaciones de verano entre noveno grado y la secundaria. Le propuso salir. A él le sorprendió. Se veían con frecuencia, iban al cine, y ahora acababan de tener relaciones sexuales. Ella suponía que lo harían una vez por semana más o menos. Eso lo mantendría satisfecho y contento sin que ella tuviera que dedicarle demasiado tiempo.

Enseguida comenzó el curso. Ella había elegido la rama de ciencias naturales y tendría que estudiar más que en noveno. Volvería a ser la mejor, pero no quería correr el riesgo de que la llamaran aburrida. Esa no era la imagen que quería dar de sí misma. Cualquier cosa menos aburrida.

Miró el reloj. Las dos y media. Su madre estaría a punto de llegar. Si se daba prisa podría ayudar con la cena. Tardaba un cuarto de hora en llegar a su casa, otro en ducharse para que no se notara lo que había hecho. Podía decir que había estado entrenando.

—¿Tienes que irte? —dijo él mostrando que estaba otra vez dispuesto.

Ella sonrió y dijo adiós con la mano al miembro de él. Era más pequeño de lo que ella creía, pero nunca se lo diría, por supuesto. No quería echarlo todo a perder.

Ninguna posibilidad. Tendría que esperar una semana.

Lo dejó allí.

—¿Piensas jubilarte? —preguntó sorprendida.

El padre miró a su alrededor con un trozo de patata en el tenedor. Lo miraron todos. Estaban comiendo carne en salsa con patatas. Leche para beber.

El padre se metió el trozo de patata en la boca. Masticó lentamente. Pensó lo que iba a decir.

—Jubilarme no. Retirarme.

—¿Qué diferencia hay? —dijo ella.

En realidad no tenía claro lo que hacía su padre en su empresa. Trabajaba en una oficina, eso era todo lo que sabía. Iba a la oficina con traje y corbata y volvía tal cual. A veces se había aflojado el nudo de la corbata, y entonces suponía que había tenido un día duro. Pensaba que era una especie de jefe, ya que el teléfono sonaba en casa con frecuencia y él hablaba con la gente en su despacho con la puerta cerrada.

—Si delego la responsabilidad en otro, tal vez podría trabajar en un segundo plano.

—Cuando acabe los estudios quiero trabajar en la empresa —dijo ella de repente.

No había planeado decirlo. No sabía siquiera si se le había pasado antes la idea por la cabeza, ni si quería empezar a trabajar en la empresa de su padre.

La miró con expresión de asombro. Ella lo vio intercambiar una mirada con su madre.

—¿De verdad? —dijo él.

Su hermano carraspeó. Acababa de cumplir veintiuno. Llevaba un año trabajando en la empresa. Su padre lo había metido después de hacer el servicio militar. Había terminado los estudios con calificaciones mediocres. No se había esforzado, al contrario que ella. Y aunque lo hubiera hecho, no habría obtenido el mismo resultado. No poseía su talento. Ni su inteligencia. Ahora que lo pensaba, no era nada listo. Suponía que durante el último año solo había realizado algunos trabajos ocasionales de los que no quería hablar. Ella no tardó en darse cuenta de que su hermano no quería trabajar para su padre. Realmente no. Su padre era exigente. Era amable y tranquilo, pero muy exigente. Y su hermano no estaba a la altura de esas exigencias. Prefería escurrirse por ahí y hacer lo menos posible.

—Empiezo las clases dentro de diez días —dijo ella ante la falta de reacciones.

Su madre asintió, ausente como siempre. Sin ninguna formación, se había casado a los dieciocho años. En dos horas se quedó embarazada. Fue ama de casa hasta que los dos hijos comenzaron la escuela. Entonces empezó a trabajar en una tienda, pero lo dejó después de una discusión que tuvo con su marido. Así que se quedó en casa y la mantuvo en orden limpiando, lavando la ropa, cocinando y atendiendo a los demás.

—En septiembre ya me puedo examinar de matemáticas.

—Estupendo —dijo el padre untando mantequilla sobre una rebanada de

pan—. Así tendrás tiempo para ayudar un poco a tu madre.

Ella lo miró, pero no dijo nada.

No podía trabajar en la empresa porque era una chica. Pero su hermano sí. Aun sacando las mejores notas, lo que esperaban de ella era que ayudara a su madre. «¿A hacer qué?», se preguntó. Su madre no hacía prácticamente nada.

Se lo iba a demostrar. Era capaz de ayudar en las tareas de la casa con lo que hubiera que hacer, teniendo en cuenta que la madre pasaba allí veintitrés horas al día, y a la vez rendir al máximo en los estudios. Y cuando fuera necesario se metería en la cama con su novio para que se quedara tranquilo y dijera cosas buenas de ella. Iban a ver. No había nada que ella no pudiera hacer. Y al final su padre le mostraría la admiración que se merecía.

50

Fredric tragó saliva. Creía que le iba a explotar la cabeza y sentía un dolor agudo en el hombro.

—Pero es muy fácil averiguar lo que le prometí a Swartling que haría contigo, ¿no?

Fredric pensó que se lo iba a hacer en los pantalones cuando sintió un fuerte espasmo en el diafragma. Se le retorcían las tripas y todo el bajo vientre parecía arderle.

—¿No me lo vas a preguntar?

—No lo sé —gimoteó Fredric.

Zhigarra sonrió. Se volvió hacia el Gigante y señaló a Fredric.

—¿No te parece que ha perdido la curiosidad? ¡Está a punto de estallar!

—¡Pregunta! —dijo el Gigante de repente.

—¿Qué le has prometido a Lucas que vas a hacer conmigo? —espetó Fredric en un tono agudo y raro que le desagradó incluso a él.

—Me pidió que te hiciera algo que te doliera un poco —dijo Zhigarra separando el pulgar y el índice un par de centímetros—. Solo un poco.

Luego se inclinó y recogió la máquina que estaba en el suelo. El buen humor de Zhigarra había vuelto.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó.

—No tengo ni idea —dijo Fredric esforzándose para no caerse de la silla.

—¿Sabes el apodo que utiliza la gente para referirse a mí?

—Puedo imaginármelo.

Zhigarra sacudió la cabeza lentamente.

—No, no te lo puedes imaginar en absoluto.

Fredric cerró los ojos y esperó. No sucedió nada. Abrió los ojos.

El Gigante se inclinó un poco hacia delante y señaló la máquina.

—Con eso le eliminó un tatuaje a un desertor.

Fredric miró a uno y a otro sucesivamente.

—Cuando alguien se da de baja en nuestra organización tenemos la costumbre de pedir al interesado que se quite los tatuajes que muestran su afiliación —dijo Zhigarra—. Solo los afiliados pueden llevarlos, ya ves.

—Pero están en la piel, ¿no? —dijo Fredric a la vez que sentía que algo lo retenía en la silla.

—Se lleva lo que se tiene.

Zhigarra y el Gigante se rieron. Se lo estaban pasando en grande. Solo era un día de trabajo como otro cualquiera.

—Escucha esto. Si incumples otro plazo de entrega le voy a quitar a tu mujer los tatuajes con esto —dijo Zhigarra sosteniendo la máquina delante de Fredric y levantando un brazo que parecía de hormigón para tocar el frío acero.

—Mi mujer no tiene tatuajes —dijo Fredric frunciendo el ceño.

Zhigarra se inclinó hacia él y le mostró los dientes en una sonrisa.

—Los tendrá. Yo me encargaré de eso. En la cara. Y tú los verás.

Una parte del cerebro de Fredric empezó a dibujar la imagen de Zhigarra en una sala de tatuaje grabando signos horribles en las mejillas y la frente de Martina. Esa parte de su cerebro reprodujo también la escena posterior y el ruido de la máquina quitándole los tatuajes.

Pero lo más curioso fue que otra la parte de su cerebro empezó a trabajar con una cuestión totalmente distinta, que era cómo podía plasmar este incidente en el libro. El verdadero rostro del crimen.

Zhigarra se puso en pie.

—Te quedan treinta y nueve días.

Luego le indicó a Fredric que se levantara.

—No puede ser tan difícil —dijo, y le palmeó la espalda.

¿Habría terminado? Parecía que iba a librarse de más agresiones. Lo único que tenía que hacer en ese momento era no molestar a Zhigarra.

—En algún momento tendré que bajar esto —dijo Fredric tocándose la cara con una mano.

Había conocido a personas de mal carácter. Conocía a bastantes con un temperamento fuerte. Su hermano, por ejemplo. De pequeño había recibido muchos golpes porque Gabriel no podía controlar su mal genio. Pero Zhigarra no tenía temperamento. Todo ocurrió en un instante. Antes de que le diera tiempo a

pensar una sílaba más ya estaba en el suelo. Cayó de espaldas, de golpe, y se quedó unos segundos sin respiración. Algo le produjo un tremendo dolor en la cabeza, lo que le hizo suponer que se había golpeado al caer. Sintió algo frío junto al cuello y vio la cara de Zhigarra a cinco centímetros de la suya.

Los dientes de Zhigarra estaban al descubierto.

—¿De qué demonios hablas?

Fredric no podía moverse. Era como si todos los músculos del cuerpo hubieran dejado de funcionar. Intentó aflojar las mandíbulas y se dio cuenta de que se había mordido la mejilla. Percibió sabor a sangre en la boca. Pero eso no era lo peor. Notó de que el objeto frío que tenía en el cuello estaba afilado y parecía un cuchillo.

—No me hagas preguntártelo de nuevo —dijo Zhigarra presionándole el cuello con el cuchillo.

No iba a ser tan estúpido. Ya sabía que se había librado.

—Te aseguro que voy a dedicar todo mi tiempo a terminar el primer borrador —dijo Fredric con un hilo de voz.

—Hay algo en ti que no funciona. Parece que no entiendes lo grave que es esto.

Fredric sacudió la cabeza con toda la suavidad que pudo.

—Lo entiendo, lo entiendo.

La presión que sentía en la garganta era tan fuerte que apenas podía respirar.

—Trabajaré muy duro.

—¡Más vale que espabiles, cabrón!

—¡Soy periodista! ¡Me pagan para que sea creativo! ¡Se necesita tiempo!

Zhigarra apretó aún más el frío objeto punzante. Su saliva salpicó la cara de Fredric.

—¿Crees que vas a tener otra oportunidad?

—Bobby —dijo el Gigante en voz baja por detrás de Fredric.

Zhigarra tomó aire por la nariz y las fosas nasales se iban ampliando en cada respiración. Miró a Fredric un instante sin decir nada. Luego se levantó con la misma rapidez con la que lo había tirado al suelo.

Fredric se puso a cuatro patas con dificultad. La espalda le dolía terriblemente, pero apretó los dientes. Se quedó un momento de rodillas y luego tosió intentando normalizar su respiración. Se dio cuenta de que era el blanco ideal para recibir una patada en el estómago. Si a Zhigarra se le ocurría, podría enviarlo al otro extremo del local de un certero puntapié.

No pasó nada. Dejaron que se recuperara antes de meterlo en el coche. El viaje de vuelta a casa transcurrió como en una bruma.

51

Nina contuvo la respiración y levantó la barra por décima vez. Con un gemido silencioso la dejó caer en el suelo. Sintió el dolor en su brazo izquierdo. Bueno, intentaría hacerlo con cuidado y vería hasta dónde podía aguantar.

Cogió la mancuerna y se sentó en el banco. Dedicó un momento a respirar y a adoptar la postura correcta. Tomó aliento y levantó la mancuerna hasta llevarla detrás del cuello y luego empezó a subirla y bajarla con la mano derecha. Una, dos, cinco, nueve, diez veces. La dejó en el suelo, respiró unos segundos y cambió de mano.

Brazo izquierdo. Cuando estaba empezando a sentir que podía levantar el peso lo vio por el rabillo del ojo. Maldita sea. Korell estaba un par de bancos más allá y la vio a su vez. Fingía que estaba ajustándose el pantalón, pero era evidente que la miraba a ella. Más bien le clavaba los ojos.

Nina ignoró su presencia y empezó a subir y bajar la mancuerna. Respiración, ayuda del diafragma, contacto con el músculo. Concentración.

Korell se movía, se estaba acercando.

Abajo con la mancuerna, cambio de brazo, levantar el brazo derecho. Uno, dos, cinco, siete, diez.

Otra vez con la izquierda.

Justo cuando iba a levantar el peso, oyó decir por detrás:

—La sostienes mal.

Ella cerró los ojos en un lento parpadeo. Ojalá que él captara la indirecta y se callara. Nina siguió con la serie. A la novena repetición él se puso a su lado y le cogió la mano izquierda, haciéndole girar la muñeca hacia fuera en el ángulo que él consideraba que era el correcto.

—Vamos —dijo intentando hacerse el simpático—. Dos más.

Nina volvió a cerrar los ojos y apretó las mandíbulas. Por un momento pensó qué le aconsejaría hacer Alex King en una situación como esa. Parecía que lo sabía todo. Pero ¿tendría algo para un momento así? Un hombre difícilmente se vería en esa situación. ¿Qué hombre iba hacia otro en mitad de un ejercicio y le empezaba a tirar de las pesas? Además de una insolencia, podía llegar a ser peligroso.

A ella le hubiera gustado que la mancuerna se le hubiera caído a Korell encima de los pies.

Bajó lentamente el peso hasta el suelo y lo dejó. Se secó la frente con el brazo.

—No vuelvas a hacerlo —dijo de espaldas a él.

—Solo quería ayudar —dijo él levantando las manos y haciéndose el ofendido.

—Cuando necesito ayuda, la pido.

Korell retrocedió un par de pasos. Ella se marchó.

—De hecho, la estabas sosteniendo mal —dijo él a su espalda.

Alex estaba en la oficina mirando la pantalla. Delante de él bailaban imágenes y letras. Lo que tenía que hacer era seguir trabajando con un guion de prácticas de *coaching*, pero no lograba concentrarse. La noche había sido algo movida y bostezaba sin cesar. Levantó la cabeza un poco y sintió tirantez en el cuello.

Recorrió la sala con la vista. Aparte de él solo estaba allí el director. Diez escritorios en filas perfectas. Ocho estaban vacíos. En un extremo de la oficina había dos pequeñas salas de conferencias. Paredes blancas. Nada de cuadros colgados porque hacía feo, según decía el director. Había eliminado también las estanterías. De todos modos ya nadie leía libros. Todos buscaban lo que necesitaban en la red, según él. Tal vez era cierto, pero Alex echaba de menos los libros.

Miró la pantalla.

Coaching.

La culpa no era del tema. Lo conocía por fuera y por dentro.

Exactamente así. Por fuera y por dentro.

Suspiró.

Ya que no conseguía hacer nada, era mejor irse de allí en vez de fingir que estaba trabajando. Se puso en pie, cerró la tapa del ordenador y recogió sus cosas

en silencio. El director, que era norteño, aporreaba el ordenador como si estuvieran librando una guerra y tuviera la intención de aniquilarlo. Tenía las mandíbulas tensas y la mirada fija en la pantalla. Si se percató de que Alex se marchaba, no hizo el más mínimo gesto.

Mientras esperaba el ascensor oyó una voz detrás de él.

Miró hacia la puerta de la oficina. El presidente, al parecer, estaba disgustado.

—¿Sí?

—¿Vienes? Estamos esperando.

Reunión de directorio. ¿Cómo se le había podido olvidar?

Solo había una respuesta. Lo más corta posible.

—Ya voy.

En sus respectivos sitios en la gran sala de conferencias, el Norteño y el Justiciero estaban sentados frente a sus portátiles, que mantenían abiertos como una eficaz protección contra los entrometidos.

La reunión comenzó de inmediato. No se podía decir gran cosa del presidente, pero era efectivo. Sin dudar, hacía que la reunión avanzara a buen ritmo. Era algo que Alex apreciaba.

Llegaron al punto «Personal».

Y Alex no vio la encerrona hasta que ya era demasiado tarde.

—Nos deshacemos de ella, no se hable más.

Alex no podía creer lo que acababa de ocurrir. El presidente había confirmado que había dinero de reserva en la empresa y acto seguido le daban la patada al único recurso administrativo que tenían. Se decidió sin que a Alex le diera tiempo a protestar.

El presidente continuó. Enseguida se adentraron en el pronóstico para los próximos cuatro meses.

Una hora más tarde, al salir de la reunión, Alex tenía remordimientos de conciencia. Siempre pensó que Anki era un recurso excelente, lo que también le había dicho a ella la semana anterior. Sintió un nudo en el estómago mientras guardaba las cosas en el portafolio. No quería permanecer allí ni un segundo más. Salió a la calle por la puerta principal y se dirigió a paso ligero a la parada del autobús. Esperó en el paso de peatones de Sveaplan, tal vez el sitio más ventoso de Estocolmo. Tres minutos después, el flujo de coches continuaba y el semáforo seguía en rojo.

Alex maldijo en su interior.

¿Por qué no había frenado la decisión? No tenía ningún problema con la gente agresiva. Su beligerancia solo era un modo de comunicarse. Para tratar a una persona del tipo rojo y cambiar su opinión había que hacer dos cosas: reforzar los argumentos y tener una energía descomunal. E incluso eso no era suficiente a veces. Si, además, tenías que enfrentarte a dos personas del tipo rojo que se habían puesto de acuerdo, o estabas condenado al fracaso o te faltaba poco.

El hecho era que él no tenía ganas de luchar. Mientras contaba los coches que pasaban se dio cuenta de la verdad. Simplemente no podía.

Vio un hueco entre los coches. Cruzó la calle corriendo y esquivó por los pelos una furgoneta de mensajería. Subió al autobús y saludó brevemente. Había visto a la conductora antes, y esta le devolvió el saludo con una sonrisa. Distraído, se sentó en el primer asiento de la derecha. Evidentemente fue un error. La conductora lo interpretó como que tenía ganas de hablar.

—¿Estresado? —preguntó después de mirarlo un momento en el espejo sin que él se diera cuenta.

—No más de lo habitual —dijo Alex mirando por la ventana.

Sonó su móvil. Él suspiró.

—Yo suelo contestar para no perder el buen humor —dijo la conductora en tono confidencial—. Suena sin cesar y casi nunca es importante.

—En parte tienes razón —dijo Alex sacando el teléfono del portafolio.

Vio que era Nina la que llamaba.

—Hola. ¿Ha sacado alguna conclusión? —dijo.

—He estado pensando en algo de lo que dijo, y me ha ayudado a completar un poco la imagen.

Ella guardó silencio.

—Y ahora no sabe qué hacer con lo que ha encontrado —dijo Alex.

—Exacto —dijo ella.

—Me acaban de cambiar una reunión y dispongo de un rato. Podría pasarme por la comisaría y enseñarle a utilizar lo que hemos descubierto. ¿Qué le parece?

Ella se echó a reír.

—Tengo muchas cosas que hacer, pero también dispongo de un rato antes de empezar. Pregunte por mí en el control.

Él llamó a su cliente y le dijo que le había surgido un imprevisto. El cliente se molestó un poco, pero dijo que lo entendía. A Alex le traía sin cuidado que lo entendiera o no.

Nina colgó el teléfono. Se dedicó a estudiar el informe mientras esperaba y se dio cuenta de que estaba canturreando.

52

Alex se apartó en el último momento para no ser atropellado por un hombre mayor de rostro enrojecido que se le cruzó a toda prisa por el estrecho pasillo. El hombre apareció por una esquina e iba muy serio hablando por el móvil. Desapareció con la misma rapidez. Alex volvió la vista para mirarlo y se dio cuenta de que otros también se hacían a un lado para que no se los llevara por delante. A su escolta parecía no importarle.

En solo unos minutos estaba con Nina en el tercer piso de la comisaría. El entorno era gris y bastante aburrido. Todo estaba gastado, las alfombras del suelo, los muebles, las personas. El despacho de ella era pequeño pero estaba ordenado. Las dos sillas de visitas estaban perfectamente alineadas. Madera clara y gastada, asientos marrones de tela. Le alegró que no se hubieran reunido en las habituales salas de interrogatorio.

Bebieron café muy caliente en silencio. Él empezó con algunas preguntas acerca de la investigación, pero Nina respondió una y otra vez que no podía hablar de ello.

—Ha trabajado con patrones de comportamiento y comunicación durante un montón de años —dijo ella al cabo de un rato—. ¿Para qué los usa?

—Estudio a las personas y me adapto a lo que veo.

—Pero ¿qué interés tiene eso?

—Evito un montón de dolores de cabeza —respondió mientras dejaba la taza de café—. Este café no hay quien se lo beba —dijo a la vez que miraba el reloj —. ¿Qué le parece si almorzamos? Conozco un lugar medio decente no muy lejos de aquí.

Ella sonrió y esperó un momento antes de marcar en el teléfono de la oficina el código que indicaba que había salido a comer.

—¿Quiere saber por qué elijo adaptarme a otras personas? —dijo Alex.

El restaurante estaba completo, pero habían conseguido una mesa junto a la ventana. Los manteles eran blancos y los cristales estaban limpios; el personal era atento y rápido. Un lugar acogedor y totalmente inofensivo para llevar a una mujer. Ella no podría sentirse incomodada por haberla llevado allí. Había sitios mejores si se quería impresionar a alguien.

—No el porqué, eso es obvio —dijo ella, y bebió un trago de agua. Sus labios dejaron una tenue huella roja en el borde del vaso.

—Para empezar solo lo hago cuando hay un motivo para hacerlo. Entonces me adapto para conseguir lo que quiero con más rapidez. Ahorro tiempo.

—¿La flemática teoría hipocrática? —dijo Nina.

—Es solo un modo de describirlo. En todas las culturas se ha dividido a la gente en distintas categorías. Simples y llanas habilidades sociales.

—La expresión más machacada del mundo —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—Si sabes cómo te perciben, sabrás también cómo adaptarte a los otros. Se basa en el conocimiento de uno mismo.

—¿Entonces utiliza distintas formas según las personas?

—Usted también lo hace. La diferencia es que usted se arriesga mientras que yo parto de un sistema.

—De acuerdo —dijo Nina—. Pero Fredric Hellmark parece que es totalmente impredecible.

Llegó la comida.

Después de unos bocados, Alex dijo:

—Jung describió a los del tipo rojo como personas racionales que utilizan el sentido común sin preocuparse demasiado por las consecuencias de sus acciones. Una de las razones de que los del tipo amarillo a veces tengan dificultades para explicar sus decisiones es que actúan por intuición. En el verde tenemos de nuevo emociones, pero más en el sentido de la compasión. Los del tipo verde sienten por los demás lo mismo que por sí mismos. A veces incluso más. Nunca dejarían a un amigo en la estacada.

—Diga lo que pasa con el azul y así lo tendremos todo aclarado —dijo Nina.

—Es el pensador. Según algunos, los del tipo azul son difíciles de interpretar. Pero una persona que se detiene a pensar también demuestra un comportamiento

determinado, como ya he dicho antes, e incluso eso puede interpretarse. El azul simplemente piensa antes.

—¿Mientras el amarillo se lanza sin pensar?

—Si el rojo no lo ha hecho ya, por supuesto.

—Me pregunto si no soy un poco del tipo rojo —dijo Nina—. Soy bastante impaciente.

Alex no dijo nada. No creía que Nina fuera del color rojo, pero sí que le gustaría serlo.

—El comportamiento rojo es bueno para manejar las dificultades.

—Eso se ajusta bien al comisario —dijo ella sonriendo.

—Suele acudir corriendo. Soluciona problemas y afronta desafíos sin pestañear. Cuando se produce una situación de estrés, es él quien da un paso adelante y coge al toro por los cuernos.

—He de admitir que es muy valiente —asintió ella.

Alex tomó un sorbo de agua.

—El de tipo rojo no ve nada malo en el desafío a la autoridad. Él manda callar a cualquiera.

Nina cortó un trozo de filete y lo miró con escepticismo.

—Siempre me he preguntado cómo el comisario puede ir tan a menudo en contra del jefe de la policía y de un modo tan evidente.

—A él no le impresionan los títulos. Sin embargo, una característica del amarillo es que prefiere interactuar. A los del tipo amarillo les mueve mucho más comunicarse con otras personas. En el caso de Fredric, no suele mandar callar a la gente, pero si tiene que hacerlo lo hace.

—¿Cómo pueden ser tan distintos dos hermanos? —dijo Nina.

—¿Tiene usted hermanos?

Ella asintió.

—¿Son iguales?

—En absoluto —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Mi hermana es sin duda del tipo verde.

Él se limpió la boca.

—El comportamiento del verde se caracteriza por su capacidad de absorber cambios.

Nina bajó los hombros. Se retiró de la frente un cabello invisible.

—Yo me considero una persona abierta al cambio. Tal vez sea verde —dudó ella.

Alex se detuvo. Dejó de sonreír como si lo hubieran interrumpido en un momento inoportuno.

—Mucho del tipo verde significa baja tendencia al cambio, y poco verde significa alta tendencia al cambio.

—Pues yo estoy abierta a los cambios —dijo ella cruzándose de brazos.

Él movió la cabeza lentamente.

—Si se lo preguntáramos a Fredric Hellmark, tal vez no estaría de acuerdo.

—¿Qué sabe él de eso?

—Su voluntad de asimilar cosas nuevas supera a la de usted. Él tiene tendencia a inventarse cosas. Cosas nuevas. «Nuevo» es sinónimo de «bueno» para la persona del tipo amarillo. Además, en usted hay más tipos aparte del verde, pero permítame que vuelva a ello.

Nina tamborileó en la mesa con los dedos.

—El comportamiento del azul proviene de la capacidad de cumplir las normas —prosiguió él—. Son esas personas que leen los manuales de instrucciones, ya me entiende.

—Gente aburrida —dijo Nina suspirando.

—Leen el manual en voz alta, siguen cada paso al pie de la letra. ¿Por qué no hacer lo que pone en el libro? Se ha escrito por algo.

—Auténticos muermos.

—Esa es su interpretación. El comportamiento del azul se guía por la calidad. Una persona del tipo azul nos juzgará, duramente, según la capacidad que tengamos de llevar a cabo una tarea de manera correcta.

—La vida no sigue ningún manual.

—Y, exactamente igual que a los rojos, a los azules les importa un bledo lo que piensen los demás. Tienen intención de seguir trabajando a su manera hasta que los convenzas de lo contrario. Respecto a que la vida no sigue ningún manual, tiene toda la razón. Pero ello no impide que el azul cree sus propias reglas para lograr una estructura en la vida cotidiana. Encuentran satisfacción planificando y construyendo sistemas. Muchas veces es más importante trabajar según el plan que llevar a cabo una tarea determinada. El objetivo no es nada, el camino lo es todo.

Alex la miró.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Simplemente observo su comportamiento, mezcla de verde y amarillo.

—¿Mi comportamiento?

Alex enderezó la espalda. Crujió de un modo alarmante.

—No deja de verse reflejada en lo que estamos diciendo. Tiene dificultades para considerar una situación de manera objetiva y no implicarse en ella.

—Al principio era del tipo verde. Ahora soy amarilla y verde. Espero que se decida pronto.

—Lo que tienen en común amarillos y verdes es que no diferencian entre cosa y persona —dijo él.

Se limpió la boca. Había terminado con el pescado y bebió agua.

Alex hizo una señal a la camarera y le pidió una nota dividida. Estaba convencido de que Nina podía llegar a molestarse si él intentaba pagarle el almuerzo.

Nina miró a Alex con una expresión que los escritores de antaño habrían calificado de inescrutable. Así que no pudo explicarla.

—¿Volvemos? —dijo.

53

«Nosotros no nos tomamos a la ligera una fecha de entrega incumplida».

Cuando Fredric consultó la expresión «fecha límite» en Google, vio que estaba relacionada con la muerte. Durante la guerra civil americana no tenían sitio donde poner a sus prisioneros de guerra, así que trazaron una línea en el suelo. Al que la sobrepasaba, simplemente lo fusilaban.

¿Era ese el mensaje? ¿Si sobrepasas la línea te mataremos? Se pasó todo el domingo como en un vacío, preguntándose sin cesar qué debía hacer. Por momentos quería llamar a Swartling; no, quería ir a la oficina de ese cabrón… No, mejor aún, quería ir a la casa de ese maldito chapucero, tirarle el gato a la cara y preguntarle ¡qué demonios estaba haciendo!

Habían transcurrido cinco días. Aún le dolía un hombro del golpe que le había dado Zhigarra. Ahora tenía que esforzarse para no volver a ser objeto de la ira de ese loco. Ya había tenido bastante, eso estaba claro. Fredric se deslizó por las letras y tuvo que intentarlo tres veces hasta que escribió:

«¿Quién hizo la foto que me enviaste?».

La había guardado en el disco duro, la foto de Swartling con el muerto.

«La hice yo», obtuvo como respuesta. «Hasta ahora, Swartling te ha hecho partícipe de cuestiones totalmente inofensivas. Como es de suponer, ellos lo han adornado todo un poco, eso es lo que él quiere. Todos entienden que quiere que se transmita una imagen determinada al mundo exterior».

«Pero ¿por qué?», escribió Fredric a la vez que intentaba poner en orden las ideas. Protección de las fuentes. Es necesario averiguar más.

«Cuando estés lo bastante implicado con él, te contará a qué se dedica en realidad. Vas a acreditar su actividad del modo que él quiere exactamente. Es su objetivo. Swartling no hace nada sin un propósito. Sabe que no va a poder

mantenerte alejado de la verdad, por lo que te irá convenciendo de manera progresiva. Del mismo modo que recluta a los miembros de su organización. Poco a poco hasta que se quedan fijos».

Fredric respiró hondo. Tenía que formular la pregunta.

«¿De qué tipo de organización estamos hablando?».

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

«¿Qué sabes del crimen organizado?».

«He leído un par de libros interesantes».

«No sabes lo que dices. La imagen del crimen organizado en Suecia es exactamente la que uno quiere que sea. Se ha comercializado de tal modo que muchos publicistas competentes sentirían envidia. El hecho de que contestes como lo haces demuestra que funciona».

«¿Qué es lo que funciona?».

«Son violadores y traficantes de drogas, sicarios, secuestradores y gente que pone bombas. Sin embargo muchos ven una especie de halo romántico alrededor de todo ello».

Transcurrieron diez segundos.

Fredric rio confundido, pero no tardó en guardar silencio. Su risa le producía escalofríos.

«A Conny Möller se le consideraba un riesgo potencial una hora antes de que te conociera».

Fredric apretó los ojos. Si se trataba de una broma, era una broma absurda y maldita. ¿Con quién estaba chateando? ¿Con alguno de los que ya conocía? ¿Con algún otro con buena visión del negocio? ¿Y por qué se había puesto en contacto con él?

Se volvió y miró hacia la ventana; se levantó bruscamente y bajó la persiana de golpe. ¿Había una luz allí afuera? ¿Acababa de ver una débil luz en el bosque? ¿O era solo su imaginación que le gastaba una broma tras otra? Subió un poco la persiana, pero solo pudo ver oscuridad.

Escuchó. Nada.

¡Piensa, demonios, piensa! Se volvió de nuevo hacia el ordenador.

«¿Por qué me cuentas esto?», tecleó.

La pausa duró medio minuto y mientras tanto Fredric creía que había sido expulsado del chat.

«Tal vez quiero dejarlo».

«¿Por qué no se lo dices a Swartling?».

«No deja que haya tránsfugas».

«¿Por qué no hace nada la policía?».

«¿Por qué no se lo preguntas a tu hermano?».

Gimió. Sabían que tenía un hermano policía. Maldición. «Nosotros no nos tomamos a la ligera una fecha de entrega incumplida». ¿Cómo se le pudo pasar por alto esa amenaza tan evidente?

Su interlocutor continuaba al otro lado del Messenger.

«Si no se detiene a Swartling vamos a tener una situación muy complicada en el país. Hay que pararle los pies. De seguir aumentando el número de nuevos grupos delictivos durante los próximos años, tendremos ante nosotros un escenario especialmente grave».

«¿Detenerlo? ¿De qué?».

«Podríamos retroceder a otra época en la que ciertas personas hacían lo que querían, y los que estaban fuera de la ley tenían tanta influencia como las fuerzas de orden público. Ellos encuentran constantemente nuevas formas de obtener ingresos. Podrían, por ejemplo, poner en marcha en un par de semanas un dispositivo de extorsión. Mucho dinero. Los servicios públicos se verían afectados. Estoy hablando de una situación en la que el Estado se haría añicos en lo que a la aplicación de la ley, la sanción y la recuperación de la deuda se refiere. Esas funciones serían asumidas gradualmente por organizaciones claramente antisociales».

Fredric sintió que las mejillas le empezaban a arder. Sonaba como un ejemplo de decadencia de la civilización. Se le vino a la mente el libro *Gomorra*, de Roberto Saviano, que trataba del crimen organizado en Nápoles. Todos estaban implicados; niños pequeños y ancianos. La sociedad había sucumbido a una nueva forma de orden. Todo estaba gobernado por la codicia y los que se oponían eran asesinados.

No sería agradable. No sería Suecia.

Recordó la descripción de Bobby Zhigarra el Ángulo sobre lo que él consideraba una parte valiosa en una cultura corporativa: «Aquí, el que no echa una mano no dura mucho».

¿Adónde fue a parar Conny Möller?

Miró la fecha en la parte inferior de una esquina de la pantalla. Quedaban treinta y cuatro días. Mucho tiempo.

54

Gabriel Hellmark le tendió una mano enorme. Alex le dio un firme apretón. Su mirada se cruzó con la del comisario y confió en que los comentarios de Nina sobre su jefe fueran ciertos.

Se sentaron en el exiguo despacho de Hellmark. El comisario detrás del escritorio, Alex delante, al lado de Nina. Ella miró a su jefe esperando que dijera algo.

—¿Cómo estás? —dijo esta al no ocurrir nada.

—Oh, estoy estupendamente. De primera.

Ella miró a Alex de soslayo.

—No te creo.

Hellmark soltó una carcajada sin ninguna alegría.

—Tengo que resolver el caso más difícil que recuerdo desde que salí de la Academia de Policía. Uno de los bufetes de abogados más agresivos anda detrás de mí y al jefe de la policía le encantaría encontrar un motivo para reemplazarme. Y además mi hermano ha desaparecido. ¿Cómo no iba a estar estupendamente?

—Debe de ser duro —dijo la agente—. Pero creo que va a solucionarse.

Hellmark resopló sin contemplaciones. Se volvió hacia Alex.

—Normalmente nunca escucho a los que vienen de fuera, pero Nina dice que es usted bastante hábil.

Alex no dijo nada. Solo asintió con la cabeza. Comenzó utilizando un comportamiento verde, como solía hacer. Aguardar, escuchar; en cuanto estaba seguro del perfil de la persona con la que hablaba, empezaba a adaptarse.

Hellmark tamborileó los dedos en el escritorio. Miró a Alex.

—Se trata de una investigación tremendamente delicada —dijo Hellmark—.

¿Hasta qué punto es fiable lo de interpretar el comportamiento de la gente?

—Ochenta por ciento —respondió Alex sin pestañear.

No lo dijo por contestar la pregunta con un número, sino por darle al comisario del tipo rojo lo que este quería. Una respuesta afirmativa.

Hellmark apretó los labios, pero parecía satisfecho.

—¿De qué estamos hablando? —dijo Alex.

Hellmark lo miró durante unos segundos.

—Esto es solo un ejemplo —empezó el comisario.

—Totalmente, pura hipótesis.

—Nada que ver con la realidad.

—Claro que no —dijo Alex.

—Digamos que alguien quiere poner en marcha su propio sindicato del crimen en Suecia. Logra iniciar una actividad sin que nadie se dé cuenta hasta que ya es demasiado tarde. No incluye gente de otras organizaciones. Consigue mantenerlo en un círculo muy reducido. Todo lo que hace parece estar meticulosamente pensado. El silencio es absoluto.

Alex asintió. La descripción apuntaba sin ninguna duda en una dirección determinada.

—Mi pregunta, hablando de un modo hipotético, es: ¿qué tipo de persona debería buscar? —dijo Hellmark.

—Si todo lo que dice fuese cierto y no una mera hipótesis, lo mejor es que deje de buscar —dijo Alex.

Hellmark enarcó las cejas.

—El individuo en cuestión no piensa dejar que lo encuentren.

—¿Qué tonterías son esas?

Alex levantó las manos.

—Una persona así se guía por la lógica y el pensamiento racional. No tiene un ego que lo empuje a estar en el candelero. Lo más probable es que mantenga un perfil bajo. Sus motivos son totalmente distintos.

Nina y Hellmark se miraron.

—¿Qué? —dijo Alex—. ¿Qué es lo que no resulta convincente?

Hellmark se aclaró la garganta.

—Tenemos razones para creer que la persona en cuestión, al contrario de lo que usted dice, tiene un ego muy grande.

—¿En serio? ¿Y por qué?

—Las cartas a los medios de comunicación. ¿Por qué las envía si quiere

mantener un perfil bajo?

Alex se encogió de hombros.

—Tal vez para que lo busquen en el lugar equivocado. Parece la típica cortina de humo. Sigo creyendo que la investigación se está basando en unos motivos que no son los suyos.

—Entonces, ¿cuáles son? —intervino Nina.

—En cualquier caso, no busca el poder. Ni el reconocimiento social. Si le gustara llamar la atención habríamos oído hablar de él en otros contextos. ¿Ha planificado sus acciones con mucho cuidado, ha buscado gente por ahí, y todo para no… meter a delincuentes conocidos? ¿Por qué iba a construir todo un sindicato del crimen? —preguntó mirando a Hellmark.

—Es evidente, ¿no?

—¿Y si está buscando algo mucho más simple que eso?

—¿Por ejemplo? —dijo Hellmark inclinándose hacia delante.

—Dinero. Sin molestarse en tratar con delincuentes de poca monta que golpeen la cabeza de los jubilados o lo que sea. Vende cannabis y gana dinero con las tarifas de los guardarropas. ¿Cuánto dinero se puede ganar ahí?

—Entre ocho mil y diez mil por noche, según las estadísticas no oficiales —dijo Nina.

—No es mucho —dijo Alex volviéndose hacia Hellmark—. Para eso se requiere cierta logística, ¿no? Gente que esté en el guardarropa, un chico que vaya por ahí recogiendo el dinero, alguien que se encargue del recuento… Y convencer a los dueños de los locales para que nadie ocupe su lugar. Mucho ruido y pocas nueces.

—Está libre de impuestos —murmuró Hellmark.

—A la persona que buscamos no le interesa eso. Toda la planificación es meticulosa —dijo Alex—. Todas las variantes del proceso se tienen en cuenta. Ese individuo tiene un control total sobre todos los eslabones de la cadena y no deja nada al azar.

—Pero ¡por todos los diablos! —exclamó Hellmark—. ¿Ese cabrón no tiene ninguna debilidad?

—Claro que sí. Muchas.

Hellmark hizo un gesto.

—Por fin. Vamos, suéltelo.

—Tarda en empezar. Es sumamente detallista, lo que requiere tiempo. Si algo no va según el plan, se complican las cosas. Hay que analizar y controlar

los imprevistos. Y dos veces si es necesario.

Hellmark escribía tanto que parecía que el bolígrafo iba a salir ardiendo. Alex sonreía divertido al percibir su interés hacia una situación netamente ficticia.

—¿Algo más? —dijo Hellmark.

—No confía en los demás. Hace todo lo que puede por sí mismo, de manera que nada pueda ir mal. Y es probable que tenga dificultades para asimilar nuevos enfoques, para atreverse a probar otros métodos.

—Entonces se hace un típico cuello de botella —dijo Nina.

—Es posible. No es en absoluto alguien que pida a los demás que hagan todo por él.

—En este caso es más bien una ventaja —dijo ella—. No tiene a tanta gente a su alrededor. Tal vez esa sea la clave de que haya logrado permanecer semioculto.

—Obviamente hay que mantener los ojos abiertos. Pero no me extrañaría que el cabecilla o alguno de sus ayudantes estuviera fichado.

Alex se quedó callado unos segundos y de pronto se volvió hacia Nina.

—¿Cuándo vamos a ir a la casa del suegro de Fredric?

Ella miró el reloj.

—Dentro de media hora.

—Pasaré a buscarla dentro de diez minutos —dijo él.

Ella captó la indirecta y abandonó el despacho.

Alex cerró la puerta y volvió a sentarse delante del comisario.

Pensó que tenía que arriesgarse. Quería ganarse la confianza de Hellmark para seguir manteniendo el control. El comisario era la llave de la investigación. Juntó las palmas de las manos y apoyó los codos en el escritorio.

—En este caso hay una dosis de estrés bastante elevada, y es lógico. Lo que sucede no siempre es lo importante. Lo que importa es el modo en que uno elige mirar lo que sucede.

Hellmark bajó los brazos.

—¿Qué clase de retórica es esa?

—¿Cuál es la estación del año que menos le gusta?

—Odio el invierno.

—Sin embargo vive en Suecia. ¿Cómo se las arregla?

—Paso del tema olímpicamente —dijo Hellmark.

—Y aun así sigue nevando. Es lo mismo con todo. A veces optamos por

ignorarlo. La vida continúa de todos modos.

Hellmark asintió.

—Es cierto —dijo sin más.

Alex trató de leer el rostro de Hellmark, pero no era fácil. El comisaro tenía un autocontrol formidable.

—De todas las cosas que hemos hablado, ¿en cuáles puede influir usted?

Hellmark suspiró.

—El caso es complicado, hay que reconocerlo. Pero lo único que puedo hacer es seguir trabajando en él. Es lo que intenté explicarle al jefe de la policía.

—¿El jefe de la policía?

Alex no se acordaba de su nombre, pero sí recordaba haberlo visto en un par de ruedas de prensa en la televisión y hablaba muy deprisa y gesticulaba bastante. Amarillo. Tal vez un poco rojo también, pero sin duda amarillo.

—Pero él le dijo que la cosa no pintaba bien.

Hellmark se meció un poco en la silla.

—¿Cómo lo sabe?

—Quiere profundizar en los detalles porque necesita tener el control. Pero no es bueno como investigador. Aproveche su ego. Elógielo. Haga que esté de buen humor.

—Es lo que peor se me da.

—Utilice términos como fantasía, soluciones creativas, enfoques nuevos y pensamientos *outside the box*. Le sorprenderán los resultados.

Hellmark se apoyó en el respaldo del asiento y frunció el ceño.

—No soy ningún lameculos.

—¿Quién ha dicho nada al respecto?

—«Haga que esté de buen humor». Eso es hacer la pelota. Un montón de aire caliente. Yo me dedico a cumplir con mi trabajo.

—Entonces siga preocupándose —dijo Alex.

Miró a Hellmark fijamente a los ojos y esperó haber acertado.

Transcurrieron unos segundos, luego estalló una sonrisa en el rostro de Hellmark.

—*All right*, le daré algo que lo mantenga alejado. Después de todo, lo hago por mí.

Alex se encogió de hombros.

—¿Cómo le fue con el abogado ese?

Hellmark volvió a ensombrecerse.

—Un idiota. Una hiena que se mete con la gente que ya tiene problemas. Si pudiera quedarme solo unos minutos con él en una sala de interrogatorios le sacaría sus repugnantes pequeños secretos.

Durante un rato habló sin parar de los abogados en general, a los que se negaba a llamar defensores porque decía que solo complicaban las cosas, y de P. Magnus Odebjer en particular.

Alex levantó la mano.

Hellmark se quedó en silencio y preguntó:

—¿Sí?

—Creía que había dicho que era un idiota.

—No un idiota cualquiera. ¡Un enorme idiota!

Alex volvió a inclinarse sobre la mesa y esbozó su más amplia sonrisa.

—¿Por qué dedica tanta energía a un idiota?

Hellmark abrió la boca, señaló a Alex. Volvió a cerrar la boca, sonrió y cogió un papel en el que ya había hecho algunas anotaciones.

Alex se levantó. No podía lograr mayor reconocimiento. Al menos ese día. Se despidió del comisario inclinando la cabeza y salió del despacho. No obstante, la reunión había sido bastante buena. Cuando se tocó el cuello de la camisa notó que estaba húmedo.

Fue en busca de Nina.

El comisario Sunström asomó por la puerta.

—Hemos encontrado a Pettson.

—Por fin. Tráelo enseguida.

Una hora después Hellmark volvía a estar sentado frente a Nisse Pettson. Observó al chivato con ojos nuevos. ¿Cuántos años tendría? Aparentaba tener cincuenta, pero podía andar en torno a los treinta perfectamente. Las drogas hacían que tuviera el rostro tan pálido como un cadáver. Ni un gramo de grasa en el cuerpo.

Pettson miró preocupado a su alrededor. Se rascó los brazos.

—Tengo una pregunta para ti —dijo Hellmark—. Solo una pregunta. Luego podrás irte.

—Estaré encantado de colaborar —balbució Pettson.

—Lo sé —dijo Hellmark—. Por eso te pregunto a ti.

Recordó que debía tomarse en serio al chivato. Pettson había sido muy útil

en diversas investigaciones. Hellmark no entendía cómo podía saber tanto, pero su información había sido exacta en más de una ocasión.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo Pettson.

—¿Quién es Robert Zhigarra?

La reacción no se hizo esperar. Hellmark creía que no era posible, pero el rostro de Pettson palideció aún más. La nuez le empezó a subir y bajar. Negó con la cabeza.

Hellmark suspiró.

—¿Qué significa esto? Es demasiado tarde para que digas que no sabes quién es.

Pettson se llevó una mano a la garganta.

—Malas noticias —susurró.

—Sabemos que está fichado y que es violento. Pero muchos lo son. Y esa es la cuestión, Pettson, que en los últimos seis años no hemos sabido nada de él. Y ahora me pregunto dónde está y qué hace.

Petsson sacudió la cabeza con vehemencia.

—Responderé a cualquier otra pregunta, pero no a esa —dijo casi temblando en la silla—. De eso no hablo —masculló.

Hellmark lo miró. Esperó. No sucedió nada.

Jamás había ocurrido algo así. El tipo no tenía intención de hablar.

55

—Todo empezó con una película. *Ángeles del Infierno sobre ruedas*, con Jack Nicholson. Del año 67 más o menos. Cuando la vi, a principios de los ochenta, yo solo tenía quince tacos. Ver a los Ángeles en la vida real y oír el ruido de sus motos me produjo un impacto indeleble. Desde ese día supe que quería ser un Ángel del Infierno. Como Sonny Barger.

Fredric consultó sus anotaciones.

—¿Sonny Barger?

—Un Ángel de verdad —dijo Swartling—. Ningún puto extra. Se interpretaba más o menos a sí mismo. Era totalmente original.

Señaló el bloc de Fredric.

Fredric escribió cuidadosamente la palabra en mayúsculas: «ORIGINAL».

Swartling asintió con aspecto complacido.

—¿Por qué es tan importante este Sonny Barger?

—Una de las mejores cosas que hizo fue acuñar el término «1%». La Asociación Americana de Motociclismo se quejaba de que el uno por ciento de los motociclistas destruía la reputación del otro noventa y nueve por ciento. En vez de amilanarse, Sonny provocó al entorno cosiendo un distintivo propio del 1% en su chaleco.

—¿Qué pretendía lograr con eso?

—Que el público entendiera que ese uno por ciento creaba problemas y ensuciaba la reputación de otros motociclistas de forma totalmente deliberada.

—¿Era cuestión de *marketing*?

—En cierto modo —dijo Swartling cruzando las piernas y mirando la grabadora que estaba sobre la mesa en medio de ellos—. Pero ya sabes lo que pasó después. Empezamos a ser domesticados. Se hicieron películas,

desaparecieron los pistoleros del Oeste y entraron los rebeldes en sus motos.

Fredric lo escuchaba con una ceja levantada. Por edad, Swartling no podía haber vivido esa época, y sin embargo hablaba como si hubiera estado en el centro de los acontecimientos desde el principio.

—Después de que Sonny saliera en esa película, un montón de motoclubes buscaban afiliados.

Ahora solo se trataba de Sonny. Un colega.

—Era evidente que la película y la buena prensa fueron determinantes para los Ángeles del Infierno, y sobre todo para la marca.

—¿Simple publicidad gratuita? —dijo Fredric mientras tomaba notas—. Se dieron cuenta de que tendrían seguidores. Pero, corrígeme si me equivoco, ninguno de los que he conocido tiene aspecto de *biker*.

Swartling se enderezó.

—Si vamos a tener que dividirnos en *bikers*, albaneses, italianos, latinos o traficantes de droga, o los que solo nos dedicamos a las armas, entonces surgirán los problemas. Son esas divisiones las que hacen tan vulnerables a las bandas.

Fredric frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo funciona eso?

—Los Ángeles fueron quienes me abrieron los ojos para que viera lo fácil que es crear una leyenda. Pero nadie puede copiar a los Ángeles. Ellos se encargan de lo suyo, yo de lo mío. Hablo de cómo se forma una leyenda alrededor de su negocio para atraer a los mejores. No me importa de dónde procede la gente de mi organización. Pueden ser de los Balcanes o de Grishyttan, en la zona más oscura de Småland. Me da exactamente igual.

Fredric se esforzó para que su rostro no reflejara sus emociones. Estaba impresionado sin quererlo. Swartling tenía un plan para dominar el mercado del crimen. Y pensaba seguirlo.

Durante la hora siguiente, Swartling se dedicó a contar lo que quería que apareciera en el libro. Y cuanto más lo oía, más le dolía el estómago a Fredric.

Dio unos golpecitos en el bloc con el bolígrafo. Aquello no funcionaba. Simplemente no estaba vivo. Miró lo que había escrito:

> *Cuando vi a Sonny Barger en la pantalla del cine decidí ser un gánster. Fue una decisión crucial para mi futuro, y nunca me he arrepentido de ello. Sonny era original.*

Cielo santo. Eso no decía nada. Nada en absoluto.

—Veamos, cuentas un montón de cosas sobre las pandillas de antes, pero hoy casi nadie puede identificarse con eso —dijo.

Swartling frunció el ceño.

—No vamos a sentarnos aquí a hablar de mi infancia. Olvídalo.

El instinto periodístico de Fredric se despertó enseguida.

—Oye, ¿realmente fue idea tuya escribir esta biografía?

Swartling se levantó sin decir una palabra y fue hacia la ventana. Permaneció allí un rato de pie.

Fredric lo observó de espaldas. Después de reunirse con él en tres ocasiones, le resultaba difícil creer que pudiera haber un alma viviente cuyo consejo escuchara Swartling. El tipo parecía hecho de piedra. Fredric tenía además la sensación de que Swartling no se sentía cómodo con la situación. Tal vez lo hacía contra su voluntad, o tal vez solo se trataba de una orden que había recibido.

Pero ¿quién se atrevería a darle una orden a este hombre?

«¿Quieres saber más?».

—Lo que tenemos que hacer es persuadir a los lectores para que se identifiquen emocionalmente con Lucas Swartling. Que vean más allá de la clásica imagen de un líder mafioso que se esconde detrás de un montón de fornidos guardaespaldas —dijo Fredric.

Swartling seguía en la ventana y dijo de espaldas a Fredric:

—Esa es la verdadera imagen.

—No puedo reconocerme en el personaje. Es posible que no sepa mucho sobre el crimen organizado, pero sé bastante acerca del modo de llegar al lector.

Swartling volvió a sentarse. Abrió los ojos un poco más.

—Tienes razón —dijo finalmente. Sin cambiar el gesto añadió—: Pero si me preguntas por mi madre, te mato.

Fredric tragó saliva. En circunstancias normales hubiera hecho un comentario ingenioso y divertido. ¿Cuántas veces se había reído de esa amenaza en las películas? En realidad no era nada divertido. Sintió que la camisa se le iba humedeciendo.

Durante las horas que siguieron, sus recuerdos se mezclaron dando forma a otra realidad. A decir verdad no era tan raro. Pertenecían más o menos a la misma generación y ambos se reconocían a sí mismos en el Estocolmo de los años setenta.

Los límites se hacían borrosos.

Mari Roos no podía probar bocado. Era como si la comida se quedara enredada ya en la lengua y por mucho que masticaba todo se convertía en una pasta que se le adhería al paladar. Se había guardado la terrible carta entre la ropa porque tenía miedo de que pudiera verla alguien que no debía, así que la llevaba pegada al vientre como un ascua que le quemaba la piel y le recordaba su mortalidad.

Jonas se abalanzó sobre la cena, como de costumbre. Seguía sin aprender a comportarse en la mesa, a pesar de que llevaban casi dieciocho años viviendo juntos. Nunca esperaba que todos estuvieran sentados para empezar, lamía el cuchillo, ponía los codos encima de la mesa, no sabía en qué copa tenía que servir el vino tinto.

Al principio a ella le molestaba. Y a su madre. ¡Dios mío, cómo la irritaba a su madre!

«¿No puede comer como los demás? ¡Mira cómo coge el vaso!».

Mari lo defendía delante de sus padres, aunque en el fondo estaba de acuerdo con ellos. Pero lo amaba y no le importaba que procediera de la clase media. Él no había tenido las mismas oportunidades que ella.

Lo miró mientras él se servía más salsa, a pesar de que ya tenía el plato lleno. Movía la boca y ella se dio cuenta de que hablaba sin cesar. No había oído ni una palabra de lo que él había dicho. Suponía que se trataba de su trabajo. Jonas era el presidente de una de las empresas de su padre y trabajaba mucho para demostrar que se merecía a la hija del dueño. Mari no había trabajado nunca. No porque fuera demasiado delicada para trabajar. No era de las que se quedaban todo el día en la cama. Pero se había cansado de oír hablar de fusiones de empresas durante su infancia.

—Qué divertido —dijo ella por decir algo.

Jonas asintió y siguió hablando mientras masticaba. Mari bajó la vista y miró su plato para no tener que ver algo que a él se le salía de la boca.

No había podido olvidarse de la carta ni un segundo.

Normalmente le gustaba hacer la comida, pero ese día había un estruendo continuo dentro de su cabeza. Por la tarde, Laura había preparado el asado mientras Mari se encargaba de la salsa. La hizo sin ganas, moviendo las manos por costumbre y buscando los ingredientes de forma inconsciente. Cuando probó un poco de salsa con una cuchara no pudo determinar a qué sabía. Tuvo que

mirar dentro de la olla, y al ver el asado se dio cuenta de que había hecho salsa al vino tinto.

La voz de Laura de fondo. Hablaba de viajar el próximo verano a Finlandia, su país de origen. Llevaba más de cuarenta años en la casa de la familia Roos y Mari la quería. Laura formaba parte de la familia del mismo modo natural que sus propios padres. Pero en ese momento lo único que deseaba era que se quedara callada.

Notaba la carta como un metal al rojo vivo metido entre los pantalones y las bragas.

«Esto no debería ocurrirme a mí».

56

Alex esperaba que fuera un chalé, tal vez un poco más grande de lo normal. La avenida que llevaba a la propiedad prometía algo que se saliera un poco de lo común. Pero el edificio era enorme. Una mansión. Tres pisos de altura elevándose con elegancia hacia el cielo. El césped estaba en excelentes condiciones, la grava limpia y en el suelo no había ni una hoja.

—Por el aspecto del camino de acceso podría pensarse que el señor Johansson viviría en una casita rústica —dijo Nina—. Esta debe tener al menos quinientos metros cuadrados.

—Las apariencias engañan —dijo Alex—. ¿Cree que podrá decirme a qué color pertenece la próxima víctima de nuestra entrevista?

—¿Mi prueba de fuego? ¿Tendré que intentar hacer un análisis de Johansson?

Él asintió.

—Así es.

La puerta de la casa imponía, era como si se estuviera ante el portal de una iglesia. Caoba maciza barnizada un centenar de veces, que podría resistir viento y marea hasta el fin de los tiempos.

Sten-Inge Johansson abrió al primer toque. Después de un rápido vistazo al traje de Nina, saludó secamente y enseguida se dio la vuelta. Los llevó por un amplio vestíbulo con suelo de mármol y lámparas de araña, atravesaron un largo pasillo, subieron una escalera y luego bajaron otra hasta llegar a un jardín de invierno. Paredes de cristal, techos de cristal y palmeras de tres metros de altura. Les indicó que se sentaran en un cómodo sofá de cuero, frente a otro similar. Sobre la mesa de hierro y hormigón pulido había ya tres tazas de humeante café.

Alex se preguntó mientras se sentaban en qué extremo de la casa estarían. En

el jardín de invierno hacía frío, quince o dieciséis grados como mucho.

—Usted dijo que está investigando la posible desaparición de Martina. Y de los niños, por supuesto. No entiendo dónde podrían haber ido. ¿Cómo va investigación hasta este momento? —dijo Johansson.

—Todavía no hemos iniciado ninguna investigación oficial —dijo Nina—. Estamos buscando un poco en general, por si encontramos una respuesta sobre el paradero de la familia.

Johansson frunció el ceño.

—Creía que eran policías.

Alex miró a Nina de reojo. Era un comentario vago.

—Yo soy inspectora de la policía judicial —dijo Nina enderezando un poco la espalda.

Johansson se volvió hacia Alex y levantó las cejas. Alex miró a Nina y sonrió. No pensaba ir tan lejos, pero sin duda Nina lo haría. La alentó con una inclinación de cabeza que decía: «Contesta tú».

—Alex King es investigador especial.

Johansson no dijo nada. Alex supo que no se lo había creído. Nina empezó a explicar lo que habían hecho hasta ese momento y, como era poco, fue bastante deprisa.

—Entonces, ¿no saben nada? ¿Han hablado con los amigos de la familia?

Nina juntó las manos.

—Ahí es donde entra usted. ¿Cuándo supo de su hija por última vez?

—Hace varias semanas. Hablamos por teléfono cuando tenemos algo que contarnos. A veces llama ella, a veces lo hago yo.

Nina asintió.

—¿Cómo son las amistades de la familia? ¿Qué puede decirnos?

Johansson se enderezó en el sofá.

—¿Han preguntado en sus respectivos lugares de trabajo? —dijo.

—Todavía no —dijo Nina después de un instante—. Pero si lo he entendido bien, Fredric es un profesional autónomo y Martina una especie de asesora de control. En realidad, ninguno de los dos tienen compañeros de trabajo.

Johansson levantó las manos como diciendo: «¿A qué esperan?».

—¿Qué nos puede decir de las amistades de la familia? ¿Con quiénes suelen reunirse?

—Esas cosas no se las dicen a un viejo carcamal como yo —dijo Johansson —. Me ocupo de lo mío y procuro no entrometerme demasiado. ¿Cómo estaba la

casa?

—Estaba en orden, al menos lo que nosotros pudimos ver —dijo Nina.

Miró a Alex y este asintió.

—Lo que pudimos ver estaba como debía.

Johansson frunció el ceño.

—Ningún rastro de…, ¿cómo se dice? ¿Pelea? ¿Lucha?

—En absoluto. Estoy convencida de que hay una explicación lógica para todo esto.

—¿Y cuál sería? —dijo Johansson.

—Que se hayan ido de vacaciones, por ejemplo —dijo Alex interrumpiendo por primera vez—. Sucede a veces que alguien se va de viaje y algún familiar denuncia su desaparición. Y Fredric, como todos sabemos, es un poco atolondrado.

Nina lo miró sorprendida.

Alex no se inmutó.

—¿Es un atolondrado? —dijo Johansson.

Alex sonrió y se inclinó hacia delante.

—Supongo que sabrá que a su yerno no se le da bien controlar ciertas cosas. Y bien podría habérselos llevado a Bangkok.

—¿Quiere poner una denuncia? —preguntó Alex—. En ese caso iniciaríamos una investigación oficial y podríamos adoptar las medidas necesarias para obtener resultados rápidamente. Hablar con quien sea necesario. Formular un montón de preguntas.

Johansson se echó hacia atrás en el sofá. Miró a Alex unos segundos.

—Puedo esperar unos días. Tal vez regresen de algún viaje. No recuerdo que Martina me haya dicho algo, pero a mi edad no es fácil recordar las cosas. Tengo más de ochenta años y a veces los días parecen confundirse unos con otros.

Nina sonrió.

—Yo tengo la impresión de que está en una forma excelente.

Johansson no le devolvió la sonrisa. Los miró a los dos.

—Nos pondremos en contacto con usted si aparecen sus cadáveres flotando en alguna playa —dijo Alex con una sonrisa.

—¿Cómo pasa los días aquí? —preguntó Nina intentando cambiar de conversación—. Es una casa grande.

Johansson esbozó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—Este es mi sitio.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí? —preguntó ella.

—Cuarenta años.

El anciano se puso en pie. Ellos se levantaron también y lo siguieron hasta la entrada.

La pesada puerta volvió a abrirse con un sonido sordo. El aire exterior era más limpio que antes. Alex podía apostar algo a que la temperatura había descendido varios grados mientras estaban sentados en el elegante jardín de invierno.

Habían circulado ya unos cientos de metros en dirección a la carretera principal cuando Nina abrió la boca.

—¿Cómo has podido decir que nos pondríamos en contacto con él si aparecieran sus cadáveres flotando en alguna playa?

—¿Acaso no íbamos a hacerlo? Quería comprobar que estaba escuchando, pero no era así. Por eso se lo dije en voz baja y sonriendo, para que no lo entendiera. Sus pensamientos estaban en otra parte. Eso indica que no le importamos mucho.

—No hable en plural —dijo ella.

—Y respecto al color, ¿qué conclusión ha sacado? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—Un viejo agradable —dijo mirando un momento por el parabrisas—. Yo diría que es un verde típico —añadió.

Alex miró por la ventanilla.

—Me gustaría saber en qué se basa para decir eso.

—Un hombre tranquilo, agradable y afligido —dijo Nina—. Estaba preocupado por su hija.

—Yo no estoy seguro —dijo Alex al fin.

Nina se volvió hacia él.

—¿En serio? —dijo con un leve tono de desaprobación.

—Nada de convenciones sociales. No dudó en hacer preguntas difíciles. Insensible a posibles conflictos. Me sorprendería que no fuera del tipo rojo.

—¿Rojo? —dijo Nina.

«¿Rojo?», pensó.

—Piense. Cuando llamamos abrió él en persona. Llevaba un rato esperándonos y estaba impaciente por que empezáramos. Enseguida nos condujo a un sitio donde conversar. Iba delante dándonos la espalda. Incluso nos dijo dónde sentarnos. El café estaba listo.

—Fue atento, y eso es característico de los verdes. Fue agradable con nosotros. Hizo que nos sintiéramos cómodos.

—Es práctico invitar a café. Estaba servido para que todo fuera más rápido. Una persona del tipo verde habría puesto algo para acompañar el café. Él ni siquiera tocó la taza. No bebió ni una gota.

—Tal vez acababa de tomarlo.

—Una persona verde no duda en tomarse una taza para acompañar a los invitados. Él no cesaba de hacer preguntas. Cada vez que usted decía algo, él planteaba otra pregunta. Y, lo más obvio de todo, cuando le preguntó algo personal él se mostró totalmente negativo. Cuando quiso saber si llevaba mucho tiempo viviendo en la casa, ¿recuerda lo que contestó?

Nina cerró los ojos.

—Dijo… ¡Ah, sí! Cuarenta años.

—Y luego se levantó. No atendió su curiosidad por la casa. No tenía el más mínimo interés. No nos dio tiempo a decir nada cuando había salido del jardín. No me sorprendería que Johansson fuera uno de esos hombres a los que habría que escuchar con atención.

Antes de que ella abriera la boca ya estaban en la autovía.

—¿Por qué se metió en la conversación?

—Estábamos a punto de perderlo —dijo él aclarándose la voz—. Tenía preguntas y le inquietaba que no hubiéramos hecho nada. No le gustaba que intentáramos sacarle información en vez de decirle lo que habíamos encontrado. Así que decidí lanzarle algo, a la vez que intentaba desafiarlo. Denuncia o cállate.

—Corrió un riesgo. Como policía no puede tratarse de ese modo a testigos que pueden ser relevantes.

Alex se echó a reír.

—Ese viejo es más duro que una piedra.

—Es posible, pero no sirve de nada complicar las cosas. La persona a la que está describiendo suele tener un gran ego, y a veces provocar demasiado puede ser arriesgado. Puedes crearte enemigos.

Alex pensó en la equivocación más común respecto a las personas del tipo rojo. Como tenían un comportamiento relativamente inusual, ya que eran menos del diez por ciento, resultaba difícil manejarlos. Muchos rojos hacían ruido y peleaban duro, lo que incitaba a los demás a retroceder. Pero si se retrocedía, llegaban y te cazaban en una esquina. Lo que había que hacer era quedarse de

pie en medio de la tormenta y atreverse a discrepar. Solo entonces se podía esperar respeto.

—Está bien. Hay algo de cierto en lo que dice —dijo—. Pero ocho de cada diez veces desafiar a una persona del tipo rojo para ganarse su respeto funciona.

Nina cambió de marcha y pisó el acelerador.

—Es ahí donde pensamos de modo distinto. Usted tal vez pueda correr el riesgo porque siempre puede encontrar otro cliente. Pero yo, como policía, no puedo arriesgarme a quemar un testigo. Si lo hago en el momento equivocado, toda la investigación puede irse a pique. Este mundo es diferente. No podemos permitirnos el lujo de correr riesgos.

Alex no dijo nada. Ni siquiera lo había pensado.

Fueron en silencio hacia el centro de la ciudad.

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Nina al fin.

—Este es su terreno —dijo él—. Lo único claro es que hemos conseguido un periodo de gracia de un par de días, ya que él no ha querido poner la denuncia todavía.

En realidad la respuesta honesta era que no lo sabía. Pero como consultor le costaba decirlo. Al consultor lo llamaban porque «sabía». Su trabajo consistía en señalar el camino cuando el cliente se estancaba. El hecho de que muchas veces no tuviera ni idea se lo guardaba para él. Siempre había una solución. Unas veces aparecía antes, otras después.

Nina lo miró.

—De todos modos puede probar lo mismo con su comisario. Tal vez se ponga a patalear y a hacer ruido durante un rato y diga cosas que a usted le desagraden, pero se le pasará. Cinco minutos después le preguntará si quiere almorzar con él.

—Suena demasiado simple —dijo ella.

—Es simple.

—¿Cómo pudo saber que muchas familias prolongan sus vacaciones sin avisar a sus familiares?

—No lo sabía, pero teniendo en cuenta todas las personas que hay en el mundo del mismo tipo amarillo que Fredric, debe haber ocurrido alguna vez.

—Otra cosa, ¿por qué hacía tanto frío allí? Estuve a punto de quedarme congelada. Apenas podía sentir los pies.

Sonó el móvil. Alex no tenía ganas de contestar, pero quiso saber quién era. Miró a Nina de reojo. Ella hizo un gesto con la mano: «Conteste».

La voz era de alguien que estaba al borde de la histeria.

—Me tengo que ir, Alex, ¡me tengo que ir!

Él se enderezó en el asiento.

—Cálmate, Anki. Respira despacio.

—¡Un viernes! ¡Me han despedido un viernes! Y mañana tengo que salir de viaje. Ellos lo sabían. ¡Él lo sabía!

Nina lo miró levantando las cejas.

Alex tragó saliva. En realidad iba en contra del reglamento. No despidas nunca a un colaborador un viernes. Ni tampoco después del almuerzo. Deja que el empleado se vaya a casa si quiere, pero permítele que se quede para despedirse de los compañeros.

«Hay reglas para este tipo de cosas», pensó.

Alex sabía que Anki iba a pasar tres semanas en Estados Unidos. Llevaba preparando el viaje desde el otoño pasado. Él había escuchado sus planes, había visto fotos, le había hecho sugerencias acerca de dónde podía ir. ¿Acaso el resto de la empresa no lo sabía?

—¡El presidente sabía que yo tenía previsto un viaje! —gritó—. Me hizo recoger todos los informes, la documentación, las descripciones de rutina, todo. Durante tres semanas no ha parado de hacerme preguntas.

Evidentemente, el presidente había absorbido la mayor cantidad posible de información. Le había sacado todo lo que necesitaba saber antes de despedirla.

—Lo siento, Anki, de verdad.

Suspiró e intentó evitar las miradas burlonas de Nina. Le invadió una sensación de vergüenza. Giró la cabeza y vio su imagen reflejada en el cristal de la ventanilla.

«¿Cómo he podido dejarla en una situación así?», pensó.

—Es tan… tan asqueroso… No me había sentido tan ofendida en toda mi vida.

—Entiendo que estés molesta.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Anki sollozando.

—¿A qué te refieres?

—Hoy es mi cumpleaños. ¿Qué te parece? «¡Que tengas un buen día!» —dijo ella con voz quebrada.

La llamada se cortó.

Alex sostuvo el teléfono en la mano un rato antes de guardárselo en el bolsillo. Después de haber atosigado a Anki durante varias semanas, después de

haber estado trabajando con ella toda la jornada desde primera hora de la mañana, el presidente al final le había dado la patada.

Un viernes. Por la tarde. Cuando iba a iniciar sus vacaciones. El día de su cumpleaños.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Nina.

Alex suspiró. Miró por la ventanilla. El bosque iba pasando a gran velocidad.

—No es nada —dijo él.

Nina lo miró por el espejo retrovisor. Era evidente que no quería acercarse demasiado a ella. ¿Si se mostraba preocupado y frustrado se desmoronaría la imagen del consultor eficiente que todo lo arreglaba?

«¿Quiero saberlo?», pensó ella. Y decidió que sí quería.

—Si le apetece hablar de ello, estoy aquí —dijo simplemente.

—No estaría bien ventilar el tema de Anki con un extraño.

«Escúchate a ti mismo», pensó. Ventilar. ¿Qué hay de malo en hablar simplemente del asunto?

Sabía que tenía dificultades para deshacerse del rol de consultor. Estaba tan acostumbrado a estar serio, a mantener la guardia o a interpretar un papel que a veces no sabía quién era en realidad.

Se aclaró la voz y se giró levemente hacia Nina. El rostro de ella no le desveló nada. Dudó.

—No hay peligro en abrirse un poco —dijo ella como de pasada.

—No es tan grave. —Él no pudo evitar sonreír—. Un problema en la empresa.

—¡Qué mal rollo! —dijo ella cuando él se quedó en silencio.

—Sí —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿Y ahora se siente culpable?

Él reflexionó un momento.

—Me siento responsable de Anki.

—Pero ¿qué podría haber hecho? ¿Lo habría escuchado el presidente?

—Nunca se sabe. Lo hace una vez sí y otra no, más o menos. Siempre que estés dispuesto a pelear.

—¿Rojo?

—Lo más rojo que pueda imaginarse —dijo sonriendo—. Lo que no le aporta algo, no le interesa. Puede ayudar a los demás siempre que no le cueste nada.

Nina se acarició el cabello.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Se lo he oído decir.

—¿Alguien le ha dicho que es un cabrón?

Alex miró hacia otro lado. Un suspiro profundo salió de sus labios.

—Sí, claro.

—¿Y qué contestó?

—Se quedó pensativo. No le importa lo que podamos pensar. No le importa lo que piensen algunos. Sabe que tiene razón.

Sintió que las comisuras de los labios se le subían.

—Eso no suena muy bien, ¿verdad?

—¡Parece que es un encanto! —dijo Nina—. De todos modos la decisión ya está tomada. Pero ¿cuál es realmente el problema en este momento?

Esa era la pregunta correcta. Alex reflexionó.

—Como accionista, mi voto tiene peso, pero la decisión está tomada y el hacha ya ha caído. Claro que puedo ir al presidente dando voces, gritando y despotricando, y tener una discusión tremenda. Hay incluso una posibilidad de que yo pudiera ganar la discusión, el debate o en lo que quiera que desemboque todo ello, pero sé que a la larga no iba a tener ninguna importancia.

Nina se volvió hacia él y apartó la mirada de la carretera tanto tiempo que a él lo inquietó.

—¿Cuál es el problema en este momento?

Alex asintió levemente, como para sí mismo. Ella era bastante buena en esto.

—Tendría que haber hecho algo. Pero no hice nada. Dejé que sucediera. No estaba centrado en eso —dijo levantando las manos.

—Así que cometió un error. ¿No se pueden cometer errores en el maravilloso mundo de los consultores? Allí todos son perfectos, ¿no?

Él apretó las mandíbulas.

—Vaya, ¿no quiere contestar? Entonces tendrá que pensar cuál es el motivo.

Ninguno dijo nada durante el resto del viaje.

«Una rendija», pensó Nina. Hay algo detrás de la fachada.

Ella no quería morir.

Mari Roos miró a Jonas, que estaba mojando un trozo de pan en la salsa que quedaba. Debía de estar buena, ya que al parecer no podía desperdiciar ni una gota. Aunque él no le decía nada; nunca lo hacía, solo comía y comía, y comía

cada vez más; nunca le daba las gracias por la comida, ya que su madre probablemente no le había enseñado eso, y entonces Mari solía avergonzarse porque sabía muy bien que la culpa no era de él, que sus padres eran como eran. Si había algo que no se podía elegir en la vida era precisamente a los padres y, para ser sincera, había momentos en los que a ella no le hubiera importado cambiar a la suya por cualquier otra madre con tal de librarse de sus miradas críticas, que lo cuestionaban todo, y de sus comentarios irónicos, casi despectivos.

Debería hablar con Jonas. Necesitaba su apoyo, pero también sabía que su amado esposo no era la roca más firme en la que podía apoyarse. Él tenía sus propios retos y por lo general era ella quien tenía que apoyarlo a él. Ella se había criado en la iniciativa empresarial y el dinero. De hecho, Mari no sabía lo que era carecer de algo. Pero su marido se había criado con su madre, que tenía dos trabajos, era fumadora empedernida y bebía a escondidas. Vivía en un apartamento de dos habitaciones en Bandhagen; y no es que tuviera nada en contra de Bandhagen, que era un suburbio aceptable, rodeado de otros muchos suburbios aceptables. Jonas no conocía a su padre. Cuando se vieron por primera vez, casi veinte años atrás, a ella le pareció fascinante el simple hecho de que él no conociera a su padre. Quería saber más y él se lo dijo, sin disfrazar las cosas ni adornar su pasado. Lo que Mari siempre había apreciado en Jonas, además de que seguía siendo el hombre más guapo que había visto, era su honestidad para reconocer quién era. No había ninguna publicidad engañosa, el contenido estaba ahí, abierto de par en par con todas sus miserias. Pero él no se lamentaba, no pretendía aprovecharse de nada. Tampoco trataba de adornar o exagerar sus antecedentes. A ella eso le resultó atractivo. Sus amigas la tomaron por imbécil. Pero Jonas demostró ser más capaz de lo que la mayoría creía. Le hizo la corte a su modo, con sencillez. Le regalaba flores cuando podía permitírselo, y cuando no podía le escribía pequeños mensajes de amor que escondía donde sabía que ella los encontraría. Y el amor fue creciendo lentamente. No salió de la universidad siendo el mejor de la promoción, pero sí fue lo bastante hábil como para que ella se lo presentara a Karl Roos, heredero del Imperio Roos, valorado en varios miles de millones de coronas.

Jonas era actualmente director general de una de las filiales, y la idea era que tal vez en el futuro llegara a ser director general de la empresa matriz, es decir, cuando el anciano Roos tirara la toalla. Como hija única, Mari había sentido la presión durante algunos años. Karl Roos no tenía ningún hijo al que dejarle la

empresa, y a la hija las reuniones de la junta le resultaban más bien aburridas.

«¿Llegar a director general por medio del matrimonio? Quizá. Veamos de lo que es capaz el muchacho».

Se casaron. Jonas tuvo algunos contratiempos al principio de su carrera, y ya entonces Mari percibió que no soportaría golpes demasiado duros. Era tranquilo y seguro, pero no aguantaba los puñetazos en la mandíbula.

En más de una ocasión le había levantado el ánimo después de tormentosas reuniones del Consejo en las que él había tenido que soportar palabras severas de todos y por todo.

Dejó que Laura retirara la cena y fuera a por el café. La carta le presionaba el estómago. Miró a Jonas un momento mientras él se limpiaba la boca y se sonaba la nariz en la servilleta. Ella miró hacia abajo para que no se avergonzara.

—¿Postre? —preguntó ella.

—Me mimas demasiado, cariño —dijo él sonriendo.

Mari se dio cuenta de que era la misma sonrisa de hacía veinte años. Seguía siendo ese chico travieso que parecía que en cualquier momento iba a hacer una trastada.

«Lo amo», pensó.

Había tenido suerte. Recordó la conversación que mantuvo con Sophie, cuyo marido la había sobornado con un Ferrari pero no se preocupaba por ella lo más mínimo.

¿Iba a destruir la felicidad de Jonas con la carta que llevaba metida en la cinturilla del pantalón? ¿Podía resolver ese asunto por ella misma? De hecho no tenía que responder de inmediato. Podía esperar un poco. Tal vez no se trataba de nada peligroso. Tenía que haber algún modo de encontrar una solución.

En el mismo momento en que Laura dejó el helado y las moras sobre la mesa, Mari decidió dejarlo para el día siguiente.

57

Era la primera vez que se metía de lleno en el trabajo desde empezó el proyecto. Creía que había encontrado el tono adecuado después de la entrevista algo surrealista de unos días atrás.

Se había enterado de cosas que hubiera preferido no saber. Delitos mayores, por ejemplo. Tráfico de drogas y crimen organizado. Palizas e incluso asesinatos. Swartling le hablaba de ello con la misma naturalidad que él discutía con Martina la lista de la compra. Estaba fascinado y un poco incómodo a la vez.

No se había olvidado del gato de Ester. Aún notaba en sus manos la sensación de levantar al animal muerto y llevarlo al cubo de la basura. Nunca desaparecería del todo. Tampoco había olvidado lo que era estar sentado entre dos montañas de músculos que lo único que querían era patearle las entrañas.

Pero ahora era conocedor de delitos graves que en otras circunstacias denunciaría a la policía. Había empezado a preparar el material. Durante unos días todo fue sobre ruedas, se sentía comprometido y capaz. La idea del secuestro evidentemente incrementó la motivación. Trabajó el texto e hizo que sonara creíble. Luego empezó a suceder algo. Un día trabajaba bien y al siguiente se despertaba totalmente vacío de ideas.

Las palabras se negaban a acudir.

Necesitaba más material para continuar.

Swartling se inclinó hacia delante, sin apartar la vista de Fredric.

—A veces me canso de todo esto. Como ya he dicho, he estado en el ramo toda mi vida adulta. Pero se ha desmadrado. La lealtad ha desaparecido. Todos están en guerra con todos. Todos los años perdemos a muchachos con talento.

Algunos van a parar al trullo, más que nada porque son unos imbéciles. Otros son asesinados. Por correligionarios.

—¿Cómo se nota que ha desaparecido la lealtad?

—Algunos abandonan la organización sin motivo. ¡Si supieras lo fácil que es escudarse en el propio bolsillo! Solo hay que tener imaginación y algo de instinto de conservación. Llegas a reunir grandes sumas en poco tiempo. Luego puedes retirarte inventándote cualquier pretexto.

Parecía bastante obvio que dentro de la delincuencia organizada hubiera estafadores que robasen dinero a los suyos. Podía ser un buen enfoque. Fredric se dijo que tenía que incluirlo en el libro de algún modo.

—Tengo una familia. Seguramente entiendes lo que quiero decir.

Fredric asintió sin entender en realidad a qué se refería.

—Todas las mujeres sienten atracción por el negocio. Yo podría tener dos o tres chicas, en cualquier sitio, en cualquier momento, y harían lo que les pidiera.

Swartling se reclinó en la silla. Fredric no sabía bien si le contaba eso para impresionarlo o para decirle que estaba cansado de todo.

Swartling sonrió.

—Si quiero que utilicen palabras obscenas y se toquen la una a la otra mientras yo miro, solo tengo que decirlo. Si me las quiero tirar, se abren de piernas antes de que me dé tiempo a decir «clamidia». Si quiero filmarlas solo tengo que encender la cámara.

—¿Qué clase de mujeres sienten atracción por los criminales? —dijo Fredric vacilante.

Swartling pareció reflexionar.

—Tienen la autoestima por los suelos. Con frecuencia están muy delgadas, van muy maquilladas y son muy inseguras. Suelen estar convencidas de que su estatus sube en relación con la cantidad de chicos a los que se la chupan. Cuantas más pollas mafiosas se apunten, más importantes se hacen en su grupo. A muchos de mis colegas les gusta maltratar y humillar a las mujeres, así que no son pocas las que reciben palizas, muchas palizas.

Fredric no se sorprendió, sabía bien que eso ocurría. Pero de todos modos le resultó terrible percibir la frialdad con la que Swartling describía el asunto.

Swartling continuó.

—Mira por ejemplo a Bobby. Es efectivo, pero me pregunto si está en sus cabales. No digo un poco chiflado, sino loco por completo.

Fredric notó que Swartling había vacilado un instante y pensó que era la

primera vez que percibía algún tipo de debilidad en él. Fredric lo miró y tragó saliva. Se dio cuenta de que Swartling hablaba sin guion. ¿O era una prueba?

—La semana pasada fue a cobrar una deuda, una minucia. Ya sabes, el hueso frontal es duro y tiene un centímetro de grosor, pero el de Bobby debe de ser aún más grueso, qué demonios. Embistió de frente a un tipo. El hueso nasal es blando, ¿te imaginas? Le rompió la nariz, le aplastó los huesos de ambos pómulos. Ahora el pobre bastardo respira a través de un tubo. Se debate entre la vida y la muerte. Pertenece a la banda de los albaneses y están todos locos. Si el tipo muere, será la guerra.

Swartling señaló a Fredric con un dedo tembloroso.

—Se hubiera podido resolver. Ahora tengo que manejar el asunto para evitar conflictos con otra organización.

Fredric volvió a recordar la sensación que le produjo Zhigarra en la primera ronda de entrevistas. Sintió un escalofrío.

—¿Qué harías en caso de que dejaras esto?

Swartling caviló y se acarició la barba un par de veces.

—Tengo planes. Cosas grandes.

Fredric apenas se atrevió a respirar para no interrumpir la apertura de Swartling.

—Dejar toda esta historia —dijo Swartling.

Siguieron hablando un rato más, pero cuando Swartling empezó a hablar otra vez de la locura de Bobby Zhigarra, Fredric terminó la entrevista. Simplemente no quería saber.

58

Se cerró una puerta en alguna parte de la casa.

Sorprendido, miró hacia las escaleras y vio aparecer la cabeza de Martina. Se movía con paso lento y pesado, con los hombros caídos. Tenía los ojos entreabiertos y no se había quitado el abrigo. Cuando subió el último escalón, él se dio cuenta de que ella llevaba los zapatos puestos. No recordaba que hubiera visto a su mujer con los zapatos dentro de la casa ni una sola vez durante los últimos diez años.

Se detuvo frente a él.

—¿Cómo te va? —dijo con voz cansada.

Fredric se rascó la cabeza y se quedó pensativo. Era una buena pregunta. ¿Cómo le iban realmente las cosas?

«Estoy bajo una constante amenaza de violencia física si no recopilo una selecta sarta de mentiras sobre uno de los canallas más grandes de nuestro tiempo», eso es lo que le dieron ganas de decirle. «Tal vez nos encontremos a un vecino o dos en el aparcamiento con el cuello rajado. No te preocupes, querida. Yo me encargo de eso».

—Bien —contestó.

—Me siento rara —dijo Martina sentándose en el borde del sofá.

—¿Es el trabajo?

Naturalmente era el trabajo, ¿qué otra cosa iba a ser? Ella no hacía más que trabajar. Como asesora de control, Martina tenía una constante actividad y en épocas determinadas trabajaba las veinticuatro horas del día. Viajes, reuniones de última hora, trabajo de fin de semana. Habló con ella sobre ese tema al poco de casarse, pero no le prestó demasiada atención.

Martina cerró los ojos a la vez que se apoyaba pesadamente contra el

respaldo.

—Siento algo raro en la cabeza.

—Tal vez hayas trabajado demasiado últimamente —dijo él—. Acuéstate y mañana estarás mejor.

Ella abrió los ojos y se volvió hacia él. Tenía las mejillas pálidas y un ojo medio cerrado.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, querida —dijo Fredric—. Si necesitas algo, dímelo.

Martina se levantó del sofá no sin esfuerzo y se tambaleó cuando bajó por las escaleras. Después dejó de oír sus pasos y sintió que abría los armarios de la cocina y el ruido del grifo del agua. Él se puso a buscar en el escritorio y al rato encontró la nota. Marcó el número y esperó.

—Tienes que ponerte en contacto con esos imbéciles y decirles que se acabó. No voy a seguir.

—¿Cómo que no vas a seguir? —dijo Linderborg, de la agencia de periodistas—. ¿Crees que es buena idea?

—Ya sé demasiado y no quiero saber más. ¿No puedo salir de esto? Tiene que haber alguna manera, ¿no? ¿Qué se hace en estos casos?

Linderborg se quedó en silencio tanto tiempo que Fredric pensó que la conversación se había interrumpido. Finalmente dijo:

—Puedo averiguarlo.

—Hazlo.

Fredric colgó.

Se asomó por detrás de las cortinas. Otra vez ese coche. Estaba completamente seguro de que lo había visto antes. Debía ser la décima vez que pasaba por delante.

Jojo estaba sentada delante de Bob Esponja, al lado de Oskar. Fredric alborotaba el pelo de su hijo. Oskar casi no se daba cuenta, estaba absorto en la televisión. Bob Esponja resolvía problemas interpersonales a un ritmo de vértigo.

—¿Por qué te mueves sin parar, papá? —dijo Jojo sin apartar la mirada del televisor.

—Yo no hago eso.

—Claro que sí. Todo el tiempo. Caminas de un lado a otro. Arriba y abajo.

—¿Queréis helado? —dijo Fredric.

—¡Sí! —gritaron a coro.

Mientras los niños comían helado delante del televisor —lo que Marina no permitiría nunca, pero ella estaba durmiendo, ¿no?—, él intentó recordar en qué punto del proceso estaba. ¿Cuántos días le quedaban? Aún había tiempo, pero no estaba seguro. Tenía la sensación de que faltaban por lo menos un par de semanas.

Había llegado el momento de concentrarse y no buscar fantasmas a plena luz del día. Debía trabajar día y noche y no dedicarse a otra cosa. Sabía que Linderborg no podría hacer nada. Ahora todo dependía de Fredric.

Pero escribir no era cualquier trabajo. No se trataba de hablar sin parar ocho horas al día. Ahora contaba con un montón de material y había mucho que hacer, pero después de darle a la tecla todas las mañanas durante tres horas se sentía acabado. Completamente agotado. Llevaba cerca de un centenar de páginas, lo que estaba bastante bien en esas circunstancias. Pero tenía que sentarse delante del ordenador y meterse en el complicado capítulo que trataba de los métodos de Swartling para construir la tan preciada cultura empresarial.

Estuvo leyendo un libro que había encontrado debajo de la cama, de lo más entretenido y ligero, solo para distraerse en ese momento. Tomo café para renovar la energía. Dio un paseo tonificante para que el cuerpo no se le quedara rígido. Se puso a ver la tele. Arregló un poco el suelo del sótano. Llamó a algunos amigos y estuvieron hablando de tonterías. Fredric era plenamente consciente de que solo se engañaba a sí mismo, pero no sabía cómo podía romper con ese patrón.

Mientras se bebía el café frío sonó el teléfono fijo. Era el padre de la pequeña Amanda, del grupo de compañeros de Jojo. Se llamaba Peter algo. No, claro, Fredric no lo había olvidado. Prepararía la bolsa. Tenía que seguir trabajando, pero no podía concentrarse. Se echaría una siesta corta. Luego estaría listo.

Con la espalda rígida, entró tambaleándose en el dormitorio y dejó caer el teléfono sobre la cama. Martina estaba dormida. Se acostó a su lado y otra vez se dio cuenta de que después de pintar el techo se le había olvidado clavar las molduras. Siempre lo mismo cada vez que miraba el techo.

Siempre lo mismo.

Mañana.

59

La secundaria fue mucho más dura de lo que ella podía imaginar. Si querías obtener buenos resultados solo dependía de ti. Su padre le había dicho que competía consigo misma. Llevaba razón. Ella era la única que podía decidir cómo le iba a ir.

Cuando estaba en la escuela era todavía una niña; ahora tenía dieciséis años y era más o menos adulta. Y como tal la trataban. Todos los compañeros de clase eran nuevos y ninguno sabía que a ella en noveno grado la consideraban un poco aburrida. Ahora era una hoja en blanco. En el instituto había gente que conocía de antes, por supuesto, pero tuvo suerte y se encontró con pocos excompañeros.

Desde el principio puso el listón muy alto respecto a las calificaciones. Sabía que no era posible alcanzar la máxima puntuación el primer año, pero pensaba entregarse de lleno para ver hasta dónde podía llegar.

Mantenía la relación con su novio. Seguía jugando al baloncesto, pero había dejado el balonmano. Y estudiaba más que nunca.

Una tarde, cuando hacía un mes que había empezado el curso y acababa de hacer el primer examen, su madre le dijo:

—¿Realmente tienes que sacar tan buenas notas?

Ella se quedó mirándola. Estaban de pie en el pasillo del piso de arriba. Ella llevaba una bayeta en una mano y un limpiador en la otra. Su madre sostenía un plumero con una mano y la otra la tenía apoyada en la cadera. Miró a su hija arrugando el entrecejo.

—Con buenas notas puedo entrar en la universidad —contestó ella del modo más neutro que pudo.

Era cierto. La competencia ahora era más dura. Si no obtenía las mejores

notas no podría elegir la carrera que quería hacer.

—¿Piensas ir a la universidad? —dijo la madre.

—Por supuesto.

—Hay otras cosas que aprender en la vida —dijo la madre mientras pasaba el plumero por el marco de la puerta—. Cuidar de la familia, por ejemplo.

—Eso es lo que haces tú. Y yo te ayudo.

La madre asintió.

—Él no espera que seas la mejor en todo.

Pero en eso la madre se equivocaba. Su padre sí lo esperaba, aunque no lo dijera. Tenía que ser perfecta.

—En mi época bastaba con ser buena esposa y buena madre —dijo la madre.

Ella asintió con la cabeza.

«Claro, mamá. Ahora no eres demasiado buena como esposa. Ni tampoco como madre, la verdad. Simplemente das vueltas por la casa sin hacer nada. No creas nada. Haces bollos en el horno y preparas la comida, pero sin ganas. Ni siquiera quieres estar aquí».

Ella nunca iba a caer en esa trampa. Procuraría disfrutar de la vida. Ayudaría en casa y estudiaría, y más tarde haría la carrera, simultáneamente, y se lo pasaría bien mientras lo hacía. Muy bien. Pensaba decirle a todos los que quisieran escucharla lo tremendamente feliz que era.

Se puso a limpiar los marcos de la puerta a pesar de que no estaban sucios. Si querían una casa que oliera siempre a productos de limpieza, la tendrían. Ella también era capaz de hacer eso.

Cuando vio a la madre desaparecer por la escalera, probablemente para ir al armario donde había escondido una botella en el interior de la aspiradora, decidió que esa tarde haría un pastel. Lo amasaría, dejaría que el aroma se esparciera por la casa para recordarle a la madre que su hija podía hacer ambas cosas. Cuando el padre llegara a casa, cortaría un trozo y se lo dejaría en un plato sobre su escritorio sin darle mayor importancia. Solo se aseguraría de que él lo viera. No había límites para todo lo que podía conseguir una chica realmente hábil.

60

Alex coincidió con Nina en la recepción. Ella llevaba una funda en la mano.

Él señaló el arma que llevaba abrochada con dobles automáticos.

—¿Así que por fin ha encontrado a ese canalla?

Ella levantó el arma en medio de los dos. La ladeó un poco.

—Pruebas de tiro. Suelo hacerlas todos los meses.

Él asintió.

—¿Para no perder la costumbre?

—Es fácil perder puntería.

—Lo sé.

—No me diga. ¿También entrena?

—Sí, pero no con pistola. Con arco.

Ella fue hacia los ascensores.

—¿Así que tiro con arco? Nunca se me ha ocurrido probarlo. Parece difícil.

Él se encogió de hombros.

—Tendrá que probar alguna vez.

El despacho de Hellmark estaba lleno a rebosar cuando cuatro personas intentaron compartir el espacio. Además del comisario estaban Nina y Alex, sentados en torno a la mesa. Alex saludó de modo escueto a Hellmark, del que solo recibió una inclinación de cabeza cuando se estrecharon la mano.

Junto a ellos estaba también el hombre cuyo número de teléfono estaba escrito en la pizarra de Fredric. A Hellmark al principio no le había parecido relevante, pero conforme pasaba el tiempo aumentaba su inclinación a agotar todas las posibilidades. Por más que buscó no encontró el número del móvil de

Martina. El paso siguiente era investigar si la casa estaba vacía por las noches. Y a falta de avances en la investigación de los asesinatos, bien podía dedicarle una hora a esto.

El hombre vestía formal, chaqueta ajustada con pañuelo y corbata. Los puños de la camisa, de un blanco deslumbrante, sobresalían de las mangas de la chaqueta. Los gemelos tenían pinta de ser caros. Parecía sacado de un libro de normas para caballeros ingleses.

—Dirijo una empresa de trabajo temporal —dijo Ulf Linderborg—. Gestionamos encargos a profesionales de los medios de comunicación que trabajan por su cuenta, sobre todo periodistas.

—Casi lo habría apostado —dijo Hellmark.

—¿De qué conoce a Fredric Hellmark? —dijo Nina.

—A veces recibimos —recibo, mejor dicho— solicitudes de clientes que no quieren utilizar los servicios de una empresa de comunicación. En ciertos casos prefieren a un profesional independiente porque es más fácil de controlar, más fácil que trabaje a tiempo completo en un asunto concreto.

—También tienen tarifas más bajas —dijo Nina.

—A veces me solicitan información acerca de determinadas personas. Quieren saber si alguien da el perfil para contratarlo, a qué se ha dedicado anteriormente. Referencias.

Hellmark intercambió miradas con Alex y con Nina.

—Parece que vamos encaminados, ¿no? —dijo él tamborileando con los dedos en la mesa.

Linderborg se enderezó.

—Hace cuatro meses recibí una consulta que no llegó por los canales habituales. Me preguntaban si podía recomendar a un periodista que no tuviera miedo. Si sabía de alguien que fuera lo suficientemente duro como para aceptar un encargo que podía suponer para él o para ella un nivel elevado de exigencia. Sumamente elevado.

—¿Y usted conocía alguno? —preguntó Nina.

—El trabajo consistía en escribir una biografía. La consulta me la hacía un cliente privado, y la biografía sería sobre uno de los mayores empresarios del país. No logré saber a qué sector pertenecía hasta más tarde.

Linderborg guardó silencio.

Hellmark hizo un gesto con la mano.

—Según dijo, dicho empresario era pionero en su especialidad, un auténtico

precursor. Y ahora quería que se escribiera su biografía. Se insinuó que había un montón de dinero para tal cometido.

—Suena como si se tratara de alguien con un gran ego —dijo Nina.

—No se imagina la clase de personas que nos llegan con esas cosas. Una vez tuve una solicitud de…

—Creo que es mejor que continuemos —interrumpió Hellmark repitiendo el gesto anterior.

Lindeborg se detuvo. Miró a su alrededor.

—Por supuesto. Tenía el nombre de dos periodistas, ambos serios y respetados por su profesionalidad e integridad. Cuando revisé sus antecedentes me parecieron igualmente válidos. Facilité los nombres y el que se había puesto en contacto conmigo me llamó al día siguiente. Habían elegido a Fredric Hellmark.

—¿Y bien? —preguntó Hellmark levantando las manos.

—Me dio la impresión de que al otro no llegaron a preguntarle a fondo. Todo fue muy rápido. Hace unas semanas hablé con el periodista por primera vez después de que aceptara el encargo.

Linderborg se apoyó contra el respaldo y se cruzó de brazos. Miró fijamente a Hellmark y dijo:

—Cuando llamó, las cosas se habían torcido. Me dijo que no quería seguir con el encargo. Parecía estresado, muy estresado.

—¿Sabe si lo habían amenazado? —dijo Nina.

Linderborg abrió la cremallera de su portafolio. Metió la mano para sacar algo, pero la mano se quedó dentro. Se volvió hacia Hellmark.

—Me dijo que había firmado un contrato. Que no podía hablar con nadie sobre lo que hacía. Que no podía negarse a las enmiendas que el cliente quisiera hacer. Que no podía dar mala imagen del cliente. Sospecho que no se había leído el contrato.

—Podía mandarlo a la mierda —murmuró Hellmark.

—Ya había firmado. Hasta una semana después no se dio cuenta de que el cliente pensaba asegurarse de que el acuerdo se cumpliera al pie de la letra. El problema era que ese importante empresario no había levantado su negocio según la ley, por así decirlo.

Hellmark abrió un poco más los ojos.

Nina emitió un sonido sospechoso.

—Es su hermano, ¿verdad? —dijo Linderborg sudando de forma visible.

Sacó un sobre del portafolio.

—Creía que eso ya lo sabía —dijo Hellmark en una especie de gruñido.

Linderborg abrió el sobre y extrajo una fotografía. Todos se inclinaron hacia delante. Hellmark cogió la foto y la miró. Luego miró a Linderborg.

—Dígame que esto es una maldita broma.

Linderborg agachó la cabeza.

Alex carraspeó. Había algo en el hombre de la foto que le resultaba familiar. Pelo largo y barba.

—¿Quién es este pedazo de tío? —dijo.

Ni el comisario ni Linderborg parecieron darse por aludidos. Nina miró a su alrededor.

—Lucas Swartling —dijo ella.

—¿Quién es?

—¿De dónde ha sacado la foto? —preguntó Hellmark.

—Fredric me la envió por correo electrónico.

—¿Quién es? —repitió Alex.

—Uno de los líderes mafiosos más buscados de Suecia —dijo Hellmark poniéndose una mano en la nuca. Sin dejar de mirar a la mesa, preguntó—: ¿Por qué Fredric?

—Acababa de recibir su currículum por correo cuando sonó el teléfono —dijo Linderborg—. Podía haber sido cualquier otra persona, por supuesto, pero ese día coincidió que tenía sus datos sobre mi escritorio cuando llamaron. —Se mantuvieron en silencio unos segundos. Luego Linderborg añadió—: Fredric me llamó por teléfono y me pidió que rompiera el contrato.

—¿Y qué le contestó? —dijo Hellmark.

—Que lo intentaría.

—¿Lo hizo?

Linderborg se sonrojó.

—No —dijo casi en un susurro.

61

Göransson negó con la cabeza.

—¿Crees que eso va a funcionar? Desde que la esposa de Axberg habló con la prensa, todos saben que es muy peligroso ponerse en contacto con la policía.

—Pero ¿qué alternativa hay? —dijo Sundström—. Si no le pedimos a la gente que nos informe cuando reciben amenazas de muerte…

—No se trata de eso —interrumpió Hellmark.

Estaba de pésimo humor. La reunión con el tipo de la Federación de Periodistas le había producido dolor de cabeza. Además había recibido varios mensajes en el móvil de P. Magnus Odebjer, pero él no tenía ninguna intención de devolverle la llamada. Si lo querían meter en el fango tendrían que hacerlo sin su ayuda. Se ocuparía del tema cuando resolviera los asesinatos. Ni un minuto antes.

—Obviamente pediremos que se pongan en contacto con nosotros. La cuestión es si lograremos que lo hagan. Eso es lo que quiero saber.

Hellmark miró a su pequeño grupo de investigación. Cuatro hombres, más él y Nina Mander. Ningún progreso por el momento. No tenían pistas. Había estado con Ulvgren por la mañana y le había tirado algunos huesos a ese bastardo.

«Quiero que dirijas tú la conferencia de prensa», le había dicho Hellmark, totalmente dispuesto a seguir el consejo del asesor de mantener a su jefe de buen humor. Y sin duda no era nada raro que el jefe de la policía los acompañara en una conferencia de prensa.

Ulvgren se mostró algo receloso al principio, pero cuando Hellmark le dijo que necesitaba a alguien de su peso en la sala casi se meó de gusto. Y dijo que no.

Hellmark no entendía nada. Había inflado el ego de su jefe y consiguió que

les diera más tiempo. Tres días. Había funcionado. Sin embargo se negó a dirigir la conferencia de prensa, y eso que nunca se sentía tan bien como cuando conseguía salir en la tele. ¿O lo hizo solo por darse el gusto de decir que no?

La conferencia de prensa estaba prevista para esa tarde. Si al menos se les ocurriese cómo dirigirse a los que estaban siendo chantajeados para que se pusieran en contacto con ellos… Evidentemente, a Roger Axberg lo habían seguido. ¿Tendrían esos canallas la intención de seguir a todos los que tenían amenazados? Eso requeriría enormes recursos. Hellmark supuso que al principio pusieron especial atención y a la primera víctima se la vigiló estrechamente. Después, ya no era tan importante vigilar a los que figuraban en la lista. Habían logrado su propósito: los millonarios del país estaban nerviosos.

Cuanto más pensaba Hellmark en ello, más se convencía de que no había atajos. Tenían una sola pista, Zhigarra, y parecía que se lo hubiera tragado la tierra. No estaba en la dirección que figuraba en su documento de identidad y parecía no existir en el mercado laboral. Hellmark levantó la mano y todos se callaron y le prestaron atención.

—Debemos dejar caer el nombre de Zhigarra. Es lo único que tenemos.

—¿Estás loco? No contamos con ninguna prueba que lo sostenga, no hay orden de detención, no hay nada —dijo alguien, y volvieron a estallar los comentarios.

—No hay otro modo.

Hellmark se levantó y salió de la sala.

Alex encendió el ordenador en cuanto volvió a casa después de estar en la comisaría. Colgó la chaqueta en una silla de la cocina. Sacó el sobre de la clínica de Nacka que contenía el diagnóstico sobre su lesión de cuello, bastante arrugado por cierto, y lo puso a un lado. Notó que estaba bastante manoseado. Al día siguiente lo guardaría en la otra chaqueta. Lo miró un momento y decidió meterlo debajo de un periódico.

Llevaba varios años haciendo una foto a los participantes que asistían a sus conferencias y cursos de formación. Utilizaba una cámara digital desde 2001 y habría hecho unas dos mil fotos. Todas estaban almacenadas en el servidor de la empresa bajo el nombre de cada cliente. La intención era poder llamar a todos por su nombre la próxima vez que los viera. Simple pero efectivo. Y le daba muchos puntos a favor.

Fue metódico y empezó por la A. Comenzaron a aparecer en la pantalla nombres de antiguos clientes. Eran personas a las que había dedicado toda su energía y, en ciertos casos, se habían puesto en sus manos durante quince días para que él hiciera todo lo posible para fortalecerlos y que salieran con las ideas claras. Había muchos que habían desaparecido en el olvido y lo embargó una especie de melancolía.

Después de mirar unas quinientas fotografías lo encontró.

Se fijó en el título que había encima: «Entrenamiento en liderazgo. Liderazgo situacional 2007-04-05».

Amplió la imagen. Era un hombre de unos treinta años. Tenía el rostro cuadrado y bien afeitado. El pelo aseado y bien cortado. En la foto llevaba traje, camisa y corbata. Se quedó mirándolo unos instantes antes de mirar el nombre: «Lars Svensson». Y debajo leyó: «LS Inversiones». Recordó que Svensson se dedicaba a algún tipo de importación.

Le dio a «Imprimir». La imagen fue saliendo lentamente por la impresora del despacho. Buscó lápiz y papel y regresó a la mesa de la cocina. Fue ensombreciendo el rostro de Lars Svensson y le puso perilla. Luego le dibujó una cola de caballo.

Alex se quedó mirando el resultado durante un rato.

Lucas Swartling le devolvió la mirada.

62

—Es probable que llamara a nuestra comercial, cuyo nombre figuraba en los anuncios —dijo Alex cuando al día siguiente iba en el coche de Nina hacia la comisaría—. Ella lo inscribió y anotó que estaba interesado.

—¿Cómo se puso en contacto con él?

—Por correo electrónico.

—¿Su dirección?

—La verifiqué ayer. Ya no existe. También tengo un número de móvil. Llamé pero no contestaron, aunque no parece que esté dado de baja.

Alex se sacó un papel del bolsillo de la chaqueta y se lo mostró a Nina, que levantó las cejas.

—¿Y si hubiera respondido?

—Hace unos años propuse hacer un seguimiento de la formación. No recuerdo todo lo que hicimos, pero es posible que tenga información sobre él.

—¿Qué tipo de información?

—Tal vez algún tipo de perfil. No sé. He cambiado de ordenador varias veces desde entonces. Es posible que tenga algunas anotaciones. Las observaciones que hice.

Ella asintió con cautela.

—Todo eso es muy interesante. Pero no son personas corrientes, quiero que lo tenga en cuenta. No hablamos de líderes empresariales. Es difícil demostrarlo, pero estamos seguros de que Swartling está detrás de una larga lista de delitos muy graves. Si Fredric y su familia están en sus manos, la situación es peor de lo que creíamos. Bastante peor.

Alex pensó en lo que acababa de decir Nina. No estaba seguro de si intentaba asustarlo o persuadirlo para que asumiera un compromiso mayor. Se dio cuenta

de que la había subestimado. Enderezó la espalda y escuchó el crujido. Su cuerpo se resentía por haber pasado la mitad de la noche levantado.

Nina guardó silencio. Luego miró a Alex un instante y se aclaró la voz. Estaba a punto de abrir la boca cuando Alex dijo:

—Ya he pensado en ello.

—Yo… —dijo ella vacilante.

—¿Hay algún problema? ¿Algo que deba saber?

Nina negó con la cabeza.

—Queda entre nosotros, por el momento —dijo. Suspiró y luego añadió—: Tal vez pueda ayudarme con otra cosa. Hellmark dice que tengo que estar en la rueda de prensa y creo que preferiría ir desnuda por la ciudad montada encima del caballo más feo del mundo.

Alex se echó a reír.

—¿Por qué? —preguntó a la vez que hacía todo lo posible para apartar la idea de Nina desnuda sobre un caballo.

—Se le ha metido en la cabeza que los periodistas son menos sanguinarios si hay una mujer sentada a la mesa.

—¿Y qué piensa usted?

—No importa lo que yo piense. Quiere que esté allí. Y no me hace mucha gracia.

—Bueno, si hay algo que no le gusta a la gente es hablar en público.

—Estoy perdida —dijo Nina arrugando el rostro en una mueca burlona.

Él se giró hacia ella todo lo que pudo dentro del coche.

—¿Qué papel desempeñaría en la conferencia de prensa?

—Hellmark dijo literalmente que era suficiente con que estuviera allí sentada.

Alex levantó las cejas y reprimió una sonrisa. Estaba seguro de que Hellmark había dicho algo más.

—Debería funcionar. ¿Tiene que responder a alguna pregunta?

—Espero que no. Tengo intención de quedarme allí sentada y comprobar cómo cada parte de mi cuerpo va perdiendo la sensibilidad.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

Ella volvió a suspirar.

—Supongo que nada. No, que me hagan alguna pregunta.

—¿Y qué hará si eso sucede?

—Le pasaré la pelota al jefe.

—¿No hay más opciones? —dijo Alex volviendo a meterse por un momento en el rol de *coach*.

—Podría contestarla.

—¿Está al tanto de los detalles de la investigación?

Ella asintió con la cabeza.

—De casi todo.

—Entonces podría contestar…

—Sí, de forma hábil y elegante, para que nadie viera que estoy a punto de ensuciar los pantalones.

Él se echó a reír.

—Y a propósito de pantalones, si los periodistas la intimidan, imagínese que van sin ellos. Que están ahí sentados con el culo al aire. Yo suelo hacerlo. Sin pantalones nadie tiene un aspecto especialmente aterrador.

Ella se rio.

—Tengo una idea —dijo él.

—Qué interesante —dijo Nina al bajar del coche junto al club de tiro con arco —. ¿Lleva mucho tiempo practicando?

—En serio, unos diez años. Y antes, otros diez no tan en serio —dijo, y cerró la puerta—. En la familia es una especie de tradición.

Empezaron a caminar hacia el campo de tiro.

—¿Es difícil? —preguntó ella.

Él se echó a reír.

—Podría decir que solo hay que apuntar y dar en la diana. Pero lo cierto es que no es fácil. Y tal vez no proporcione lo que la gente busca.

—¿A qué se refiere?

—Hay que permanecer inmóvil durante varios minutos, controlando la respiración, intentando encontrar el enfoque. El tiro en sí dura medio segundo.

Nina se rio.

—Creo que eso me vendría bien. Necesito entrenamiento para quedarme quieta.

Alex se acordó de cuando decidió subir de nivel. Estaba pasando una época muy estresante. Acababan de crear la empresa y solo tenían pérdidas. Todos se esforzaban, pero parecía que no terminaba de arrancar. No dormía como debía; subía de peso, bajaba. Escapaba a su control. Lo intentó todo, pero no sirvió de

nada. Al final encontró su viejo arco en el desván y tomó la decisión.

Las primeras veces le fue fatal. Pero poco a poco fue aumentando la concentración y después de un tiempo empezó a mejorar. Comenzó a desactivar el cerebro mientras estaba en la pista. Creía que a Nina en ese momento le vendría bien probarlo.

En la pista solo había una pareja mayor y el hombre estaba reprendiendo a la mujer por su modo de colocar los pies.

—¡Vaya! —dijo Nina en voz baja a la vez que movía levemente la cabeza hacia la pareja.

—Están siempre así —dijo Alex mientras recogía las flechas—. Ella tiene el doble de puntería que él.

—¿Él se siente inferior?

—Tal vez tiene algún complejo de inferioridad. No lo sé. No trabajo con personas mayores de setenta. Se las saben todas, ya me entiende. Perdedores irremediables.

Le mostró a Nina cómo había que tirar. Aflojó los dedos con algunos disparos rápidos que llegaban al tablero, pero no tocaban la diana. Se volvió hacia Nina, que fingió aplaudir.

Eran más o menos igual de altos, y ella parecía más fuerte. Podía utilizar el mismo arco. Él se lo ofreció.

—¿Por qué no? —dijo ella.

Le indicó cómo tenía que ponerse y cómo sujetar el arco, y también le explicó los principios más elementales.

—La respiración es importante. Hay que respirar bien, pero ya que maneja un arma supongo que lo sabrá por las prácticas de tiro.

—Lo hago una vez al mes —dijo cerrando un ojo.

—Primero es la elevación. Levante el arco treinta grados y bájelo hasta que considere que está en la posición correcta.

Ella siguió sus instrucciones y él se dio cuenta de que tenía estabilidad en la mano.

—Tire de la cuerda hacia atrás y suéltela cuando le parezca bien.

—¿Sin flecha?

—Todo a su debido tiempo —dijo Alex sonriendo—. Primero quiero que sepa lo peligrosa que puede ser la cuerda.

Nina tiró de la cuerda hacia atrás todo lo que pudo y la soltó enseguida. El arco tembló con fuerza y ella dejó escapar una exclamación de asombro.

—Es normal —dijo Alex colocándose detrás de ella—. Hay que aprender a conocer el arco. Posee mucha fuerza. Inténtelo de nuevo.

Nina hizo algunas elevaciones y soltó la cuerda unas cuantas veces.

—Ahora quiero una flecha —dijo.

Le dio una flecha, consciente de que podría ir a parar al tablero de la pareja de jubilados antes que al suyo. Decidió que no importaba. No estaba allí para convertir a Nina en una arquera consumada. Le mostró cómo incorporar la flecha y dejó que la lanzara.

Fue a parar a veinte metros de allí.

Ella lo intentó algunas veces más con similares resultados. Los jubilados miraban divertidos. Alex notó que Nina se había dado cuenta de que tenía espectadores, pero no le dijo nada. Todo dependía de la concentración.

Se puso en diagonal detrás de ella y le cogió el brazo izquierdo. Sintió su piel tersa. Le levantó el codo hasta el ángulo exacto, mantuvo el control de su brazo y se situó justo detrás. Estaba tan cerca que los pantalones rozaban los suyos. Con la otra mano llevó su mano a la cuerda. Dobló los dedos por encima de los de ella, rodeándolos y tirando de la cuerda hacia atrás. Para poder ver el punto de mira tuvo que acercarse aún más. Apoyó la mejilla en su oído. Su perfume era apenas perceptible. Se arrepintió de no haberse afeitado esa mañana.

Notó que contenía el aliento, pero enseguida se estabilizó. Sin apenas mover los pies, aseguró la postura sujetándola con fuerza.

—Respire —dijo en voz baja—. Y ahora cierre los ojos.

Nina cerró los ojos. Permanecieron inmóviles durante más de un minuto sin que ninguno dijera nada. Alex podía sentir cómo le llegaba el calor de su cuerpo. Miró a los jubilados. La mujer levantó el pulgar a la vez que esbozaba una amplia sonrisa. Y se dio cuenta de que su propio rostro le devolvía la sonrisa.

—No luche contra el arco. Intente convertirlo en una parte de sí misma y deje que él la guíe. Cuanto más intente asumir el control, menos va a conseguirlo.

Permanecieron inmóviles durante un minuto más.

—¿Preparada? —dijo él—. Abra los ojos.

Nina abrió los ojos. Su mirada era firme y concentrada.

—Ahora quiero que verifique que el tablero está en el centro del punto de mira. No diga nada. No asienta. Solo asegúrese de que apunta bien.

Mientras él seguía sosteniéndola, ella sintió cómo le ajustaba la posición de los brazos unos milímetros. Notó el calor de su oreja debajo de la mejilla de él.

Alex esperó unos segundos.

—Si lo tiene ya, parpadee —dijo él en voz baja.

Ella parpadeó lentamente. Una vez. Dos veces.

—Tiene que dejar que la cuerda se suelte sola. Imagine que intenta que no se note. Que yo no vea que ha movido los dedos. No debe verse.

Bajó el tono de voz aún más.

—Déjela ir sigilosamente. Que se deslice por los dedos.

Después de cinco segundos susurró:

—Ahora.

Nina soltó la cuerda. La flecha salió lanzada.

No fue un tiro perfecto, pero para un principiante era un aprobado. La flecha golpeó con un ruido sordo en el tablero a unos cincuenta metros de distancia.

Se quedaron unos segundos en la misma postura. Alex hubiera deseado seguir allí mucho rato, pero retiró las manos muy despacio y retrocedió un par de pasos. Sentía mucha tensión en la nuca, aunque prefería pasarlo por alto.

«Aquí no. Ahora no».

Nina bajó el arco poco a poco. Tenía el rostro relajado cuando se volvió hacia él. Su cuello estaba completamente enrojecido.

A las dos en punto, Nina subió a la pequeña tribuna del gabinete de prensa de la policía. Hellmark la seguía a grandes zancadas. Se sentaron y miraron a los periodistas. La sala no estaba tan llena como Nina temía.

Aunque aún estaba un poco nerviosa, no quiso que otro compañero estuviese con ella. Hellmark sabía lo que había que hacer, pero estaba de mal humor. Había recibido instrucciones de Ulvgren de que tuviera cuidado y no desvelara ninguno de los indicios que tenían. Comenzó presentándose a sí mismo y a Nina con términos escuetos. Era evidente que pensaba mantener el orden durante toda la sesión.

El mensaje era simple. Después de un laborioso trabajo de búsqueda habían hallado una pista del asesino de Claes Ljunggren y de Roger Axberg. Confiaban en que el sospechoso pronto sería arrestado.

Los periodistas querían saber más cosas sobre el sospechoso. Hellman evadió las preguntas, ya que no había ninguna orden de arresto. No había logrado persuadir al fiscal de que tomara cartas en el asunto. Repitió cuatro veces que lo primero que había que hacer era hablar con ese hombre.

Cuando Hellmark encendió el proyector y mostró la imagen de Robert Zhigarra sobre la pared que había detrás de él se produjo un rumor en la sala. Nina se volvió. La imagen medía dos metros de altura y podía verse cada uno de los poros de su rostro. No era una cara nada atractiva.

Hellmark continuó.

—Este hombre es crucial para la investigación, y le pedimos al público que sea extremadamente cauto y llame a la comisaría más cercana si tiene algún dato que aportar.

Le cayó encima un aluvión de preguntas. Nina se alegró de que se dirigieran a él. Ella podría haber respondido casi todas, pero no era capaz de mentir con tanto descaro como Hellmark. Dijo sin pestañear que se basaba en hechos contundentes, que tenía una serie de informantes que habían señalado a ese hombre y que la cadena de pruebas era segura en un noventa por ciento. Nada de eso era cierto. Pero sonaba muy bien. Y no estaba muy lejos de la verdad.

Un periodista que llevaba un buen rato con la mano levantada para no perturbar el orden se puso en pie.

—¿Sí? —dijo Hellmark señalando hacia él.

—Lo que todos nos preguntamos es si el hombre de la foto puede ser peligroso para los ciudadanos.

La respuesta de Hellmark llegó con medio segundo de retraso.

—No lo creo.

En el bolsillo de Lucas Swartling sonó un pitido. Sacó el teléfono y miró la pantalla con asombro.

—Maldita sea —masculló.

—¿Lars Svensson? No sé si me recuerdas —dijo el hombre desde el otro extremo—. Me llamo Alex King. Impartí un curso sobre formación en liderazgo en el que participaste.

Swartling se rio para sus adentros. No lo había olvidado. Antes de hacer el curso había tenido problemas para motivar a algunos de su organización. King explicó el origen de los problemas y le dio las herramientas que necesitaba. Había logrado corregir los modales de Bobby Zhigarra, por ejemplo, algo que siempre había sido un inconveniente. Swartling no se arrepintió de haber invertido seis días de su vida en ese curso de liderazgo. Después se desató todo.

—De eso ya hace tiempo —dijo en tono neutro.

Swartling asumió por un instante el rol de Lars Svensson, director general y fundador de la empresa que importaba productos electrónicos de los países bálticos y los vendía a los supermercados a bajo precio. En cierto modo así era, excepto que en los países bálticos rara vez se pagaban las mercancías. Las conseguían por otros métodos.

—¿Cómo va el negocio? —dijo Alex King—. ¿Ha despegado ya?

—Los comienzos fueron duros. Hubo un par de años difíciles, pero ahora fluye.

—Recuerdo que cuando nos vimos te disponías a contratar personal. ¿Cómo te fue?

—Hice lo que me dijiste. Establecí una serie de requisitos y fui crítico. No acepté a nadie por recomendación. También les hice pruebas. Dejé que mostraran lo que podían hacer antes de contratarlos. ¿Cuándo se hizo el curso?

—En el 2007 —dijo Alex King—. Por eso te llamo. Ofrezco seguimiento y apoyo en forma de charlas personales para ver lo que ha ido bien y lo que no.

Swartling miró a su alrededor en la enorme sala de estar. Había pagado cien mil por el sofá de cuero blanco. Cada sillón costaba cincuenta mil y tenía cuatro. La alfombra era de Afganistán, veinticinco mil. A través de la ventana podía ver su Range Rover y su Maserati.

Se podía decir que las cosas le habían ido bien.

—En este momento no tengo ninguna necesidad inmediata —dijo Swartling.

—Si no llegáramos a nada, solo habrías perdido una hora.

Swartling pensó rápidamente.

¿Qué podía perder?

Acordaron cuándo y dónde.

63

—¿Cómo te van las cosas con tu novio? —dijo Gabriella.

La pregunta había sido un poco repentina, así que ella tomó un sorbo de café para tener tiempo de pensar una buena respuesta. Estaban en el centro de la ciudad. Cuatro compañeras de clase, las más populares. Todas eran lo bastante bonitas como para atraer las miradas; procedían de familias que no estaban demasiado desestructuradas. Iban bien en la escuela, aunque estaba claro que ella era la mejor.

Todas pidieron café au lait y ella lo tomó porque las demás lo hacían. En realidad prefería el café negro.

—Va todo bien —contestó en tono vago.

Las otras tres se rieron como tontas. Gabriella sacudió la cabeza. Lotta hizo un gesto mirando hacia arriba. Karin bebió más café.

—¿Y el sexo qué tal? —dijo Lotta.

—Bien —dijo ella con la mosca detrás de la oreja.

—No es lo que he oído.

Sentía que el sudor le traspasaba la blusa. Respiró profundamente, asegurándose de que no se dieran cuenta de su reacción.

—¿Qué insinúas?

—Tu chico y el mío son amigos —dijo Lotta.

Se retiró un mechón de la frente. Trabajaba como una loca en la escuela, ayudaba a su madre en las tareas de limpieza. Horneaba el pan y quitaba la nieve. Lo hacía todo. Además trabajaba los fines de semana en una tienda para no tener que pedirle dinero a su padre. No porque él no pudiera dárselo, ya que nunca les faltó nada, sino porque quería demostrarle que podía valerse por sí misma. Así que trabajaba diez horas los fines de semana por una miseria. No se

quejaba. Sonreía y era amable, y siempre estaba dispuesta a hacer lo que sus padres o sus compañeros le pedían. En realidad ni siquiera quería estar en ese maldito café. Preferiría irse a casa y dormir unas horas. Estaba tan cansada que tenía ganas de vomitar. La noche anterior solo había dormido tres horas para ayudar a Gabriella a preparar su exposición de biología sobre el sistema inmunológico. Había prometido revisarle los apuntes y preparar un esquema medianamente presentable. Tardó cuatro horas, pero le había quedado perfecto. Gabriella estaría encantada.

Luego la llamó su novio. Al parecer, se había ido de la lengua con su maldito amigo, el que Lotta decía que era su chico, acerca de cómo les iba a ellos en la cama. Le preguntó si podía pasarse por allí. Ella miró el reloj. Eran las doce y media de la noche. Y le dijo lo que quería exactamente. Quería sexo, así que quince minutos después ella estaba de rodillas en su cuarto, chupándosela, mientras intentaba que no hiciera demasiado ruido. Lo único que pensaba era que debía terminar deprisa para poder acostarse y dormir. Utilizó todas las artimañas que sabía y después de cinco minutos se había acabado.

Además tenía ganas de hablar. Quería demostrarle que no solo había ido para que se la chupara, sino que se preocupaba por ella de verdad. Tal vez fuera así, pero ella no podía soportarlo. No en ese momento. Lo escuchó durante treinta minutos hablar de cómo le había ido ese día en el instituto y los planes de futuro que tenía. Iban a ocurrir cosas importantes. Se libró de él a las dos menos cuarto. Cuando sonó el reloj a las cinco de la mañana estaba tan cansada que solo tenía ganas de llorar.

Se volvió hacia Lotta y le sonrió del modo más agradable que pudo.

Lotta dejó la taza y se inclinó hacia delante.

—Tienes que pensar también en ti.

Ella miró a Lotta sin entender nada.

—¿Perdona?

Lotta sonrió y miró a Gabriella y a Karin.

—¡Orgasmo! —gritó Karin—. ¿Has oído hablar de eso?

Ella frunció los labios. El corazón le latía con fuerza. Eso era algo muy privado. Y además estaban en una cafetería. ¿Cuál era la respuesta correcta a la pregunta? No lo había pensado nunca. Claro que podía tener un orgasmo. Cuando se quedaba sola, claro. ¿Con el egoísta de su novio? Difícilmente. Él estaba más por la labor de derramar el esperma encima de ella. No le importaba si ella llegaba o no. ¿O sí le importaba? ¿Por qué le había cotilleado

al amigo que ella no llegaba al orgasmo cuando tenían sexo?

—Hay métodos estupendos —dijo Lotta—. Yo lo tengo siempre. A veces dos.

Todas estallaron en risas histéricas y ella también, ya que parecía que era lo único lógico que se podía hacer.

El resto de la conversación fue como una especie de neblina.

El único pensamiento que tuvo al volver a casa fue que no importaba nada lo bien que hiciera las cosas. Siempre había más áreas en las que tener éxito. El truco consistía en añadir cosas nuevas sin perder ninguna de las antiguas.

¿Orgasmos?

Que ella hablara con alguien acerca de sus eventuales orgasmos era tan poco probable como que cruzara la calle desnuda. No iba a ocurrir.

Cuando cerró la puerta de su cuarto se recordó a sí misma que ya no era una niña. Había que renovar la habitación. Quería quitar la pintura rosa de la pared. Decidió hablarlo con su padre esa misma tarde. Tenía diecinueve años y al año siguiente entraría en la universidad. Ya era hora de crecer. Había llegado el momento de procurarse un orgasmo. Cada vez que lo hiciera.

Dejó el bolso sobre el vidrio impoluto del escritorio perfectamente ordenado. Sobre el mismo había un bote con lápices formando un ángulo exacto con una pila de libros. El libro de mayor tamaño abajo y el más pequeño arriba. Todo en simetría con el bloc de notas a la izquierda.

Se quitó la camiseta que llevaba encima de la blusa. La dobló y la dejó en una estantería. Abrió la puerta del armario. Todo estaba ordenado por colores. El blanco a la derecha, el negro a la izquierda. Entremedias una escala descendente de colores. Colgó la blusa en el tercer lugar de la izquierda.

Cerró bien la puerta y comprobó que todo estuviera bien recogido en la habitación. Luego se tendió en la cama con las manos juntas entre los muslos. Si lograra dormir tan solo una hora podría soportar toda la tarde.

Una hora era todo lo que pedía.

Estaba muy cansada.

64

Mari Roos dejó a Frans suelto por el jardín. Estaba tan contento que tiró la salchicha en medio del césped sin ningún reparo. Ella se quedó mirándolo. Le parecía precioso con sus movimientos de cola y sus ladridos. Sin embargo ella no lograba sonreír.

Con una mano en la cadera y un vaso en la otra, cerró los ojos. Era increíble, pero se había servido una copa de jerez a las once de la mañana. El jardín estaba muy hermoso en esa época del año; pronto se llenaría de flores. Lo había ido dando forma durante siete años hasta que al final empezó a tener el aspecto que ella quería, aunque era incapaz de disfrutarlo. Era viernes, pero no sentía la más mínima alegría por ser fin de semana. No podía dormir, comer ni relajarse más de cinco minutos seguidos. La carta que recibió a principios de esa semana lo ensombreció todo.

¿Por qué no podía ser feliz? ¿No había hecho todo lo que estaba en su mano en este mundo? ¿Por qué querían arrebatárselo todo?

Dejó abierta la puerta de la terraza y entró en la casa. Se sentó en uno de los salones y movió la copa para que el vino diera vueltas en su interior. Bebió un trago. Sabía que no podía esconderse tras las nieblas del alcohol por mucho tiempo. Siempre había despreciado a los que utilizaban el alcohol u otras drogas para hacer frente a situaciones difíciles en la vida. Era consciente de que había que luchar.

El alcohol no tenía nada que ver con el espíritu de lucha. Eso era… rendirse.

Y ella no se iba a rendir. Ahora no. Tenía que hablar con alguien.

Mari tragó saliva pensando en la reacción de su madre. Lo tomaría como un insulto personal. Ella simplemente estaba por encima de eso. Su padre era más racional. Pero se iba a preocupar.

¿Alguna amiga?

Mari repasó a todas las conocidas que se le vinieron a la mente, pero ¿se lo iba a cargar a ellas? Tal vez más tarde, cuando hubiera avanzado en el proceso. Cuando supiera más. Podía hacerlo de un modo más lógico, por supuesto. Sabía con quién debía ponerse en contacto. Suspiró. No.

De todas maneras, tenía que hablar con Jonas. Él había salido de viaje por la mañana y pasaría unos días en Bruselas. Tenía un par de días más para pensar en cómo decírselo.

Laura entró en el salón con el periódico en la mano.

—Mira —dijo mostrándole a Mari la primera página, en la que se veía una fotografía de Roger Axberg y el pie de foto: «Lo mataron por acudir a la policía».

La foto estaba borrosa, pero al mirarla de cerca se podía ver el agujero de bala en la frente. En la parte inferior estaba la foto de pasaporte del sospechoso que había facilitado la policía.

«¡TODAVÍA NO HAY NINGUNA PISTA!».

Mari se llevó la mano en la boca, pero ya era demasiado tarde. El desayuno se precipitó a través de la garganta antes de que lo pudiera controlar. Vomitó en el sofá.

A las seis en punto de la tarde, Hellmark entró en el despacho de Nina y se sentó en la silla de las visitas.

—Zhigarra.

Nina sacó su informe y lo leyó.

—Numerosos juicios. Delito de lesiones graves, violaciones, secuestro, posesión de drogas.

—Un chico simpático.

Ella asintió.

—Mucho. Según dice aquí, vive en Liljeholmen en un piso de alquiler. Pero no está allí, lo hemos comprobado.

—El siguiente individuo.

—Ni rastro de Stefan Niemi.

—¿Qué quieres decir?

—Como dirección oficial consta un apartamento en Hallunda. Cuando llamo por teléfono me hablan en un idioma que no entiendo.

—Lo habrá alquilado a su vez. Pásate por allí también.

Nina evitó hacer un gesto. Ya sabía que tenía que ir. A veces a su jefe se le ocurrían cosas que ella ya tenía previstas.

Hellmark se puso en pie. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Anoche pasé por su casa en Täby. Estaba vacía —dijo Hellmark mirándola a los ojos—. Tenemos que encontrar un modo de acercarnos a Swartling.

65

Martina no se encontraba bien y decidió trabajar en casa. El mareo había desaparecido durante la noche y esperaba que solo fuera una advertencia. Llevaba demasiado tiempo trabajando duro. Necesitaba descansar. Al mismo tiempo, el mareo le había dado una idea que ella pensaba desarrollar. Podía aprovecharla.

Fredric se había marchado temprano para llevar a los niños a la escuela y a la guardería y además iba a estar fuera durante la mañana. Ella no tuvo ganas de preguntarle qué iba a hacer. Esperaba que se tratara de algo relacionado con el trabajo, pero bien podría ser un partido de squash. Por otro lado se alegraba de que se tomara su nueva tarea en serio. Le venía bien tener algo a lo que de dedicarse.

Se sentó en el despacho y comprobó el extracto de las cuentas. En realidad no podía haber ningún error, todos los ingresos estaban revisados. Solo que deberían ser más elevados. El mercado potencial era mayor. Pero no detectaba ningún movimiento extraño. El mercado había crecido, y también habían aumentado las ventas. Pero le parecía que los ingresos no reflejaban esas ganancias. Estaba convencida de que alguien había logrado encontrar una fisura en el sistema.

Bueno, ella había puesto su plan en acción. Si todo iba como había previsto, tendría la respuesta en pocas semanas.

Llamaron a la puerta.

Martina volvió la cabeza lentamente y se quedó escuchando. No esperaba a nadie. Se puso en pie y bajó la escalera con mucha cautela, agarrándose bien a la barandilla. Aunque se encontraba mejor que el día anterior, se sentía aún algo inestable. Se detuvo delante de la puerta, se miró en el espejo del vestíbulo, se

pasó una mano por el pelo y abrió.

El hombre llenaba casi todo el marco de la puerta. Exhibió una amplia sonrisa.

—¿Vive aquí Fredric? —dijo con una voz que retumbaba.

Era corpulento y la barba le llegaba casi a los ojos. Era uno de esos que tienen que empezar a afeitarse ya a los doce años.

Martina asintió con la cabeza.

—No está aquí en este momento.

—Tengo en el coche unas cosas que le he traído —dijo el hombre mirando hacia la calle—. No puedo localizarlo en el móvil. ¿Va a volver pronto? ¿Podría esperarlo aquí?

Martina le tendió la mano sin mostrar ninguna reacción por el descaro de él al invitarse a sí mismo.

—Martina —dijo.

El hombre le estrechó la mano y cruzó el umbral con una sonrisa más amplia aún.

—Zhigarra —dijo él—. Bobby Zhigarra.

Martina sirvió el café en la mesa de la cocina. Le costaba mantenerse de pie. Estaba cansada y quería volver a la cama. Debería haberle dicho que Fredric estaba lejos, que podía tardar horas en volver a casa. Y seguro que no se equivocaba. Con él nunca se sabía. Lo cierto era que se había llevado a Jojo al centro de la ciudad para hacer algo. A saber cuándo regresaría.

Bobby Zhigarra puso cuatro terrones en la taza y removió el café unos instantes.

—Hoy es poco frecuente ver a alguien echando azúcar en el café —dijo Martina centrando su mirada en lo que él hacía.

Bobby Zhigarra saboreó el café y asintió complacido.

—A nadie le amarga un dulce —dijo mostrando los dientes al sonreír—. No te creas esas tonterías acerca de la salud —añadió deslizando la mirada por los pechos de ella sin hacer nada por ocultarlo.

Tenía la boca entreabierta y ella vio que se le movía la lengua en el interior.

Martina se preparó el café sin azúcar.

—Aunque tú no necesitas endulzarte —dijo Zhigarra señalando a Martina.

Martina se cruzó de brazos y carraspeó. Decidió tratar de distraerlo.

—¿De qué conoces a Fredric?

—Bueno, yo también soy un profesional independiente.

El sol brillaba a través de las rendijas de las persianas. Si no fuera porque llevaba unos pantalones muy ajustados se habría levantado y las habría cerrado, pero no tenía ninguna gana de que ese hombre siguiera mirándola.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Martina.

—A todo lo que salga. —Bebió más café, chasqueó los labios y se puso otro terrón de azúcar—. ¿Hace mucho que conoces a Fredric?

—Somos pareja desde hace veinte años.

Ella miró por la ventana y se arrepintió de haber dejado entrar a ese hombre. Se notaba en el ambiente que no traía buenas noticias.

—¿No te cansas?

—¿Perdona?

Bobby Zhigarra sonrió y se retiró un pelo de la enorme cabeza.

—¿De estar tantos años con el mismo hombre?

Parecía que esperaba que le dijera que había otros hombres. Volvió a mirarle los pechos, y esta vez de forma deliberada, como para que se diera cuenta de su error.

Martina sintió que se ruborizaba y maldijo en su interior. No pensaba contestarle. Se miró el reloj de pulsera. Fredric tendría que estar ya en casa. ¿Debería llamarlo por teléfono?

—Yo prefiero cambiar —dijo Zhigarra—. ¿Por qué estar abonado cuando se pueden comprar números sueltos?

Martina volvió la mirada hacia él. Trató de pensar de un modo racional.

—Esa expresión estaba obsoleta hace veinte años.

—¿Obsoleta? Ya veo que dominas el vocabulario. ¿Qué más sabes?

A Martina no se le ocurrió nada que decir. Se dio cuenta de que tenía problemas. Ese hombre no se iba a rendir así como así.

Como si pudiera leerle los pensamientos, Zhigarra dijo:

—¿Cuándo crees que vendrá Fredric?

—En cualquier momento —contestó.

No se sentía en absoluto tan segura como intentaba aparentar. El pulso le había aumentado y notaba que el rostro se le estaba enrojeciendo.

Zhigarra miró hacia la puerta.

—Me he dado cuenta de que a veces se retrasa. Pierde la noción del tiempo.

—Ha ido a buscar a nuestra hija, así que enseguida estará en casa.

—Por lo que sé de Fredric, pueden ocurrir cosas por el camino. Tal vez sigamos aquí solos una hora más.

Apuró la taza de café, se puso en pie y fue al fregadero a dejar la taza.

Martina se esforzó al máximo para no darse la vuelta.

—¿Puedo beber un poco de agua? —dijo Zhigarra detrás de ella.

—Por supuesto.

Abrió el grifo. Oyó que bebía agua y que luego suspiraba, chasqueaba los labios y se apartaba del fregadero.

—Tienes la cara colorada. ¿No estarás nerviosa?

Martina no respondió, evaluó sus posibilidades. Empezaban a dolerle las mandíbulas de tanto apretarlas.

—No hay motivo para que te pongas nerviosa. Estamos solos aquí, ¿tú qué opinas?

—Ya te he dicho que Fredric viene de camino.

—¿Y si no es así? Entonces tendríamos un momento para nosotros, ¿no? Podríamos pasarlo muy bien.

Martina hizo una mueca cuando Zhigarra le puso una de sus pesadas manos en el hombro. Volvió la cabeza lentamente y la miró. Dedos gruesos. En el anular llevaba un enorme anillo de oro.

Martina tragó saliva y parpadeó.

—Estás casado —fue lo único que se le ocurrió decir.

Zhigarra se rio con sorna. Le puso la otra mano en el otro hombro y empezó a masajeárselo.

—Nunca ha sido un obstáculo.

¿Qué podía hacer? ¿Levantarse de la silla? Estaba encajada contra la mesa. ¿Podría salir corriendo de la cocina sin que él la alcanzara? Ya tenía las dos manos encima ella. En cuanto tensara los músculos de los hombros él notaría que estaba intentando escaparse. Pero si permanecía allí era como si le dijera que quería que continuara manoseándola. ¿Qué podía hacer? Pesaba el doble que ella y seguramente era tres veces más fuerte. ¿Qué podía hacer?

Uno de los dedos de Zhigarra se deslizó por su garganta y le acarició el borde del cuello lentamente.

—Si te animas es probable que te sorprenda —dijo él en tono grave.

66

En el mismo instante en que Martina iba a empezar a gritar se oyó un coche en el camino de la entrada. Zhigarra retiró los dedos de su cuello y levantó las manos de sus hombros. Lo hizo sin ninguna prisa; se fue lentamente al otro lado de la mesa y se sentó en la silla frente a ella. Tenía los párpados pesados y ella sabía que se había excitado al tocarla.

Martina se llevó una mano a la boca. Por un momento creyó que iba a vomitar.

—Pienso decírselo a Fredric —dijo.

—Hazlo —dijo Zhigarra sin mover ni un músculo.

Había un coche en el camino. Un SAAB blanco. No lo reconoció. Subió las escaleras mirando el coche. ¿Quién podría ser?

Abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Un par de zapatos grandes que no había visto antes estaban al pie de la puerta. Por lo menos un cuarenta y cinco, tal vez más. Fue a la cocina y se detuvo en el umbral. La última persona que quería ver en su casa estaba allí, sentada delante de una taza de café y enfrente de su esposa. Fredric abrió la boca, pero no logró encontrar las palabras.

—Tienes visita —dijo Martina.

—Sabía que aparecerías antes o después —dijo Bobby Zhigarra con una amplia sonrisa.

Balanceó la enorme cabeza intentando no reírse a carcajadas al ver la expresión de Fredric.

Fredric se fijó en una mancha que tenía Zhigarra encima de las cejas. Un golpe tal vez, un moratón, cualquier cosa.

«Le rompió la nariz, le aplastó los huesos de ambos pómulos a un tipo».

—¿Qué hay? —dijo Fredric intentando calibrar la situación.

—Tengo tus cosas en el coche —dijo Zhigarra.

—¿Trabajáis juntos? —preguntó Martina en un tono frío mirando a Zhigarra y a Fredric alternativamente.

Zhigarra miró a Fredric y se rio aún más. Era evidente que no pensaba colaborar.

«Sobre todo nada de controlar los impulsos».

—Podría decirse que sí —dijo Fredric sofocado.

—¡Claro que sí! —exclamó Zhigarra poniéndose en pie. Se volvió hacia Martina—. Gracias por el café.

Ella se frotó el cuello con ambas manos. Tenía las manos heladas. No dijo nada. Miró la taza de café.

Zhigarra le hizo una señal a Fredric.

—Acompáñame al coche y verás algo.

Fredric lo siguió como en un sueño. Procuró parecer natural, como alguien que sabía lo que estaba haciendo. Como si acabara de llegar a casa y se hubiera encontrado a un antiguo compañero tomando café con su mujer. Lo que parecía realmente solo podía imaginárselo. Le alegraba que Martina estuviera algo aturdida. Solo le lanzó una mirada cuando salió de la cocina. Tenía peor aspecto aún que el día anterior.

¿De qué habrían hablado? ¿Le habría contado algo Zhigarra? ¿Y si le había hablado de los problemas que tenía Fredric? ¿Le habría preguntado por el gato? Tal vez no de un modo directo, quizá le haya preguntado si tenían animales domésticos y luego encaminara la conversación hacia lo fácil que es que tengan problemas. Tonterías de ese estilo.

Fueron al coche de Zhigarra.

—¿Qué haces aquí? —dijo Fredric entre dientes.

Zhigarra se volvió hacia él. Su sonrisa había desaparecido.

—Solo quería ver cómo le iban las cosas a tu mujercita. Un bombón.

Fredric notó que se le abrían los ojos, pero no se le ocurrió nada que decir.

—¿Sabes qué día es hoy?

Fredric miró a Zhigarra.

—¿Hoy? —susurró.

—Queda una semana. ¿No lo sabes, imbécil?

Fredric tragó saliva. No, no lo sabía, aunque resultara asombroso.

—Sería una pena que le ocurriera algo a ella —dijo Zhigarra mirando fijamente a Fredric—. ¿Entiendes?

Fredric tragó saliva. Se miró las manos. Le temblaban como si tuviera párkinson. Se volvió hacia la ventana de la cocina. Pudo ver a su mujer detrás de la cortina con una taza de café en la mano. No la sostenía por el asa, como de costumbre, sino por la parte superior, sujetándola con todos los dedos de la mano. Fredric tragó saliva. Su sentido por los detalles se presentaba en los momentos más insospechados.

Se volvió hacia Zhigarra otra vez. Le había impactado ver a ese gánster en su propia casa. No lograba fundir las dos imágenes. No quería que uno de los mundos profanara y destruyera al otro.

Zhigarra se apoyó en él y le pasó una mano por el hombro. Parecían dos viejos amigos que compartían un secreto.

—No quieras saber lo que podemos hacer con tu mujercita. Se nos podrían ocurrir cosas tan divertidas que cuando termináramos no la ibas a reconocer.

Zhigarra lo miró a los ojos. Fredric vio algo que hizo que quisiera echar a correr.

«No un poco chiflado, sino loco por completo».

—Queda una semana. Tú lo has dicho.

—¿Quieres detalles? ¿Quieres saber lo que podríamos hacer con ella?

Fredric negó lentamente con la cabeza.

—Haz tu trabajo. Tienes una semana. Siete días. Luego se acabó.

Zhigarra le dio unas palmadas en el hombro. La sonrisa le volvió. Se dio la vuelta hacia la ventana y agitó la mano.

Fredric no quiso ver si Martina le devolvía el saludo. Para evitarlo miró la casita de Ester.

Martina intentaba permanecer inmóvil tras las cortinas, como si no hubiera visto nada.

Zhigarra levantó el dedo índice.

—Para que entiendas que vamos en serio, nos hemos hecho cargo de una cosa por ti. Te la devolveremos cuando termines el trabajo.

«Te la devolveremos cuando termines el trabajo».

La declaración de Zhigarra sonaba a la vez razonable y absurda por completo.

A él no le faltaba nada. Subió las escaleras tambaleándose. En el despacho vio el ordenador en su sitio. Todo parecía estar como debía.

«Soy idiota», pensó. Por supuesto que todo estaba como debía. No había nada que se hubieran podido llevar. Era solo un modo de sacarlo de sus casillas.

¿Cuándo tenía que volver Oskar? Había empezado a quedarse en casa de algún amigo después de la escuela, lo que ni a Fredric ni a Martina le gustaba. Querían que pasara por casa antes para que pudieran verlo, que comiera algo y solo entonces se fuera a jugar con quien quisiera. Al menos Jojo estaba todavía en la guardería.

Fredric buscó en la habitación de Oskar.

Vacía.

Vio a Marina en su cuarto. Estaba en la cama con los ojos cerrados. Tenía un libro sobre el vientre.

—¿Cómo os conocisteis? —dijo ella sin abrir los ojos.

Fredric dejó caer las manos por los pantalones vaqueros y miró a su alrededor. ¿Qué estaría pensando ella? Él nunca se atrevería a preguntar.

¿Cómo conoció a Bobby Zhigarra?

«Es una larga historia, cariño», pensó.

—Coincidimos en un trabajo. Lo entrevisté una vez. Estás pálida. ¿Te encuentras bien?

Ella se limitó a hacer un movimiento con la mano.

—¿Qué era lo que te traía?

—Material de investigación que le pedí.

¿Por qué no le decía las cosas como eran?

Porque no quería preocupar a Martina. No quería decirle que Zhigarra tenía la misión de asegurarse de que él entregara lo que le debía al líder de una banda criminal. Y que se había presentado en su casa para demostrarle que podían hacerlo cuando les diera la gana. Y saludar a su esposa. La idea de Martina y Zhigarra en la misma habitación hacía que se le revolviera el estómago.

Fredric intentó pensar. No quería preocuparla, pero tenía que contestar.

—¿Has visto a Oskar?

Martina suspiró.

—No.

Dejó sola a Martina y fue a la cocina. Se sentó a la mesa italiana, blanca y cuadrada, que había junto al teléfono. Sintió el frío de la brillante superficie bajo sus manos. Tenía que concentrarse. La madre de Robin, la de Martin, la de Karl,

el padre de Axel, la madre y el padre de Filip, el padre de Nils, la madre de Olof. En diez minutos había llamado a todos los de la clase.

Nadie había visto a Oskar ese día.

Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer al suelo. Apoyado en su elegante frigorífico Miele, volvió a sentir el nudo en el estómago. Se puso las manos entre las rodillas, sujetándoselas para que no temblaran.

67

Después de la conferencia de prensa ocurrió algo por fin. Empezaron a llegar una serie de informaciones. Un soplón medio conocido —esa vez no era Pettson — sabía dónde se escondía Zhigarra. Por supuesto la casa no estaba a su nombre, pero dieron por válida la información. Por desgracia no era suficiente como para obtener una orden de detención. Pero al contrastarla con el registro de investigaciones en curso se descubrió una cosa interesante.

Según el equipo encargado de la trata de personas, ciertos indicios señalaban que había prostitución en el entorno de Telefonplan. Hellmark consideró que las posibilidades de que Zhigarra estuviera involucrado eran suficientes como para que valiera la pena investigar más a fondo.

Después de llamar casi un centenar de veces al número de teléfono que aparecía en la dirección y buscar durante dos días sin llegar a nada que pudiera ser mínimamente útil, Hellmark tomó una decisión.

Se metió en un coche de policía camuflado. Llevaba puesto el auricular para estar intercomunicado con los demás. A su lado iba Nilsson, que hablaba por el suyo. Hellmark solo escuchaba. Todos sabían lo que iban a hacer. Había designado como jefe de las tropas de asalto a Korell. Conocía la opinión que tenía Nina acerca de Korell, y él estaba de acuerdo. Pero Korell era eficaz y asumió la tarea con mucho entusiasmo. Cinco policías fuertemente armados, vistiendo uniforme de combate, estaban listos para aporrear todas las puertas que fueran necesarias hasta encontrar a Zhigarra.

Hellmark estiró el cuello. La manzana estaba acordonada, pero alguien había cometido un error. Un taxi se había quedado dentro del cordón policial. El conductor había salido del coche y le estaba gritando a una de las policías que custodiaban la esquina sur. Ella estaba de pie con las manos firmemente sujetas

al cinturón y las piernas separadas. Hellmark no la conocía, pero sabía que el taxista no tenía ninguna posibilidad. No saldría hasta que todo hubiera terminado.

Cuando Hellmark levantó la vista hacia el edificio vio a gente asomada a la ventana. Los vecinos tenían curiosidad y se preguntó si alguno de ellos sería Bobby Zhigarra. ¿Tendría que haber ordenado la evacuación? No, no era necesario tanto dramatismo. Aunque a Zhigarra se le consideraba violento, peligroso incluso, no lograría salir del apartamento sin que le dispararan. Era así de sencillo. Aquí no había puertas traseras, ni conductos de aire por los que pudiera escaparse.

Lo habían pillado.

Hellmark ya esperaba mostrárselo a Ulvgren.

Nilsson se dirigió a él.

—Dice Korell que no puede forzarse la puerta sin ejercer violencia. ¿Cerrajero?

—Tírala abajo, joder —dijo Hellmark.

Oyó el estruendo por la radio. Ahora solo había que esperar.

Dos minutos después Korell salió del coche.

—Había alguien en el apartamento. Un hombre de unos cuarenta años.

—¿Zhigarra? —dijo Hellmark.

Korell sonrió.

—No exactamente.

Hellmark cruzó el umbral. El apartamento estaba muy sucio. Se podía entrar con el coche y estar más preocupado por el coche que por el suelo. En la sala de estar encontró lo que buscaba.

Tres policías armados tenían totalmente controlado al detenido.

El hombre era de mediana estatura, de complexión fuerte y se había afeitado la cabeza. Debajo del cuello de la camisa se enroscaba un tatuaje que continuaba hacia una oreja de la que colgaba un pendiente.

Podría haber sido un auténtico criminal si no fuera por una cosa: iba en silla de ruedas. Una manta a cuadros le cubría las piernas.

—¿Qué pone en la puerta? —preguntó el comisario a Korell.

—B. Zettergren.

—Pero ¿es la dirección correcta?

—Según nuestras indagaciones, sí.

Hellmark se volvió hacia el hombre de la silla de ruedas.

—Como sin duda entenderás, tenemos razones para registrar este piso. Y ahora quiero saber quién eres.

El hombre lo miró con furia unos segundos, como si intentara encontrar una buena respuesta. Luego dijo:

—*Kuradi idioodid!*

Hellmark lo miró asombrado. Ese hombre no podía llamarse Zettergren. Entendió lo que había dicho, pero ¿qué idioma era? Sonaba a algo parecido al finlandés.

—Creo que es estonio, pero no estoy seguro —dijo uno de los policías—. Hace un momento ha hablado de *fašistid,* y suena un poco a estonio.

Hellmark suspiró.

—Nos lo llevamos. Busca un intérprete.

Bajó las escaleras a toda prisa. Le indicó a Nilsson que diera por concluida la operación. Había que redactar un informe sobre el fracaso, y no iba a resultar divertido leerlo.

68

Un golpe en la puerta. Oskar entró esbozando una gran sonrisa.

—He marcado dos goles —dijo mientras dejaba en el suelo el palo de bandy de sala y se quitaba los zapatos.

Fredric estaba sentado en el suelo. Se volvió hacia su hijo y se quedó mirándolo con la boca abierta. Saludó a Oskar con la mano, que fue hacia él y se arrodilló. Fredric le dio un fuerte abrazo. Las lágrimas le ardían detrás de los párpados.

Nadie había secuestrado a Oskar, por supuesto. Solo eran fantasías paranoicas. Tenía que animarse. Pero una parte de su cerebro seguía pensando en toda esa mierda.

—Muy bien, Oskar, muy bien. Buen trabajo. Estupendo. Mamá está enferma, así que tenemos que guardar silencio. Está muy bien, Oskar. Ahora vamos a preparar algo de comida. Bien.

—Comida rica —dijo Oskar.

—Claro que sí. Comida rica.

Fredric soltó a Oskar y lo observó mientras colgaba la ropa y desparecía subiendo las escaleras en dirección a su cuarto.

Cuando se sentó en una silla de la cocina, fue como si todos los músculos de las piernas y el estómago dejaran de funcionar. Se quedó allí sentado, respirando con dificultad a la vez que se preguntaba si iba a desmayarse.

«No pienses en eso. Procura no imaginar el horror».

Fredric respiró hondo e intentó ponerse en pie. Se sintió mejor. Se quedó al lado de la pizarra y notó que una risa histérica quería salir de su garganta. Pero si la dejaba no iba a ser capaz de parar, y eso sería lo peor que podía ocurrirle en ese momento. Poco a poco fueron cediendo los calambres en el estómago.

En el menú de la semana leyó: «*Korma* de pollo al estilo hindú con arroz basmati».

Bien. Eso sabía prepararlo.

Deslizó la mirada por la pizarra hasta el otro calendario, el horario de recogida.

Giró la cabeza lentamente hacia el reloj de pared. Las seis y cinco. Cielo santo, creía que eran como mucho las cinco. Hacía una hora que Martina tendría que haber ido a buscar a Jojo a la guardería, pero como no se encontraba bien seguro que lo había olvidado. Y Fredric había estado demasiado ocupado con sus propios problemas. Todavía estaba aterrorizado tras la visita de Zhigarra.

Si Monica, la directora de la guardería, seguía allí, le iba a lanzar tales miradas de reproche que él no lograría recuperarse hasta pasado un tiempo.

Diez minutos para llegar. Cinco minutos allí. Diez para volver a casa. Cogió la chaqueta y salió. Después de ocho minutos de atasco y bastantes dedos corazón levantados, aparcó en la puerta del centro de educación preescolar Diente de León y se preparó una excusa convincente.

Tendría que ser algo bueno. Bueno de verdad.

Salió del coche y dejó abierta la puerta del conductor. Fue hacia la entrada a grandes zancadas y empujó la puerta de la calle con la cadera. La puerta no se movió. Asombrado, tiró bruscamente del picaporte varias veces.

Estaba cerrada con llave.

Se quedó mirando la cerradura, como si pudiera lograr que se abriera solo con la fuerza de su mente.

Fredric apoyó las manos en el cristal de la ventana y miró el estante de Jojo. Ningún anorak. Ningunos zapatos. Los guantes y el gorro no estaban. Lo único que había eran unos papeles que él recordaba que se había dejado allí olvidados. De las excursiones que iban a hacer. Los papeles de las vacunaciones que había que rellenar. Aguzó la vista. Vio un gorro de rayas en el suelo. Blanco con rayas rojas.

Corrió alrededor de la guardería y miró por las ventanas.

Todas las luces apagadas.

Algo confundido, volvió al coche y cogió el móvil. No había ninguna llamada perdida. Regresó a la guardería en busca de respuestas. Empujó la puerta de nuevo, sin resultado. Tuvo que aceptar que el lugar estaba vacío.

Las ideas pasaron a cámara lenta. Nadie había llamado para decir que Jojo estaba esperando sola y que el personal quería irse a casa, que si podía hacer el

favor de dejar lo que estaba haciendo y recoger a su pobre hija, muchas gracias.

«Te lo devolveremos cuando termines».

Tragó saliva y solo vio oscuridad. Empezó a oír un ruido extraño en su cabeza. Al principio no entendía lo que era. Luego cayó en la cuenta. Sonaba exactamente como el tictac de un reloj.

—Se la han llevado —dijo al ver el aparcamiento vacío.

De repente se encontró a sí mismo fuera de su propio cuerpo y miró a alguien que no sabía lo que hacía ni por qué. Era como si su conciencia tuviera vida propia. Pero ya nada tenía sentido. Por más mecanismos de defensa que pusiera en marcha, no podía negar la evidencia.

Miró el teléfono móvil. Tenía que llamar a alguien. ¿A quién?

Fredric Hellmark, de cuarenta años, periodista autónomo, licenciado en la Facultad de Periodismo de Gotemburgo, que vivía actualmente en Täby, al norte de Estocolmo, se introdujo de nuevo en el coche y metió la llave en el contacto.

Con la puerta cerrada abrió la boca y gritó hacia el exterior, un aullido inarticulado que hizo que su corazón estuviera a punto de explotar. El grito asustó a todos sus fantasmas; no le sonó como algo propio de él y se quedó en silencio cuando se dio cuenta de que había estado a un paso del pánico y la locura.

Puso el coche en marcha y lo dejó rodar mientras trataba de fingir que no eran lágrimas lo que corría por sus mejillas. Hizo el trayecto a una media de doce kilómetros por hora. Cegado por las luces largas y los pitidos de aviso de los coches, no fue capaz de llegar antes a casa.

«¿Qué habéis hecho con mi hija?», pensó.

69

Alex reconoció al Lucas Swartling de la foto. Se había cortado el pelo y se había afeitado la barba, y era igual al Lars Svensson que participó en su curso. Llevaba una chaqueta negra y dos botones de la camisa abiertos. No lucía reloj ni anillos u otras joyas. Swartling se sentó cerca de la puerta del pequeño recibidor. ¿Era una casualidad o el líder mafioso solía tener preparadas otras vías de escape?

No había que volverse paranoico.

Alex recordaba con claridad las instrucciones que había recibido de Hellmark. Se habían visto esa misma mañana en la comisaría. Nina tuvo que informarlo y Hellmark se había tomado el asunto con mucho entusiasmo.

—Es una oportunidad. Quiero que averigüe qué hace Swartling en este momento, si tiene algún proyecto en marcha —había dicho Hellmark.

—En el caso de que tenga algo que ver con la desaparición de su hermano, no va a hablar.

—No es tan inteligente como él se cree. Tal vez hable.

—Ese hombre no tiene nada de estúpido.

—Usted es el experto —dijo Hellmark—. Nina me ha dicho que guarda algunas anotaciones sobre él. Quiero verlas.

Alex asintió. No tenía del todo claro qué parte de responsabilidad descansaba sobre sus hombros. Se podía decir que poseía una experiencia limitada en este tipo de situaciones. Y que todavía tenía en la mente las advertencias de Nina.

—Vamos a ver lo que le sacamos. Hablar con él no nos va a perjudicar.

—Una pregunta —dijo Alex poniéndose en pie. Se puso a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos—: ¿Van a vigilar mi oficina?

—De forma discreta. Por si cree que ha llamado a la policía e intenta agredirle. No quiero que lo haga.

—Me conmueve su preocupación.

Hellmark gruñó.

—En realidad soy un sentimental. Siempre quise ser enterrado en el mar. Pero creo que, aunque él vaya voluntariamente y usted sea capaz de cuidar de sí mismo, irá con más gente.

—¿Con quiénes?

—Lucifer Swartling no va a ninguna parte sin gorilas. Estarán por las inmediaciones. ¿No se lo ha dicho Nina?

Alex miró por la ventana y se rascó la nuca.

—Supongo que se le ha olvidado contarme ese detalle.

—Ya hablaré yo con ella cuando tenga ocasión.

Hellmark fue hacia su escritorio y se sentó.

—Usted no nos verá. El técnico está en camino con el equipo.

Alex levantó una ceja.

—Muy divertido. ¿Qué piensa hacer con él?

—¿Tampoco se lo ha dicho Nina?

Alex suspiró.

—Empiezo a pensar que no tenemos buena comunicación.

—Trae el micrófono que vamos a ponerle —dijo Hellmark.

—Muy gracioso.

—¿No sería divertido oír lo que dice Swartling?

—Estaré a un metro de distancia. Lo oiré todo perfectamente.

Alex volvió a la mesa y puso los nudillos sobre la superficie de la misma. Miró a Hellmark a los ojos.

—¿Cree que voy a ponerme un micrófono? —dijo.

—Ha visto demasiadas películas de detectives. Los micrófonos actuales son completamente invisibles. Sin cables ni nada. Ni siquiera lo notará.

Hellmark movió la mano como para indicar que acercarse a un líder mafioso llevando un micrófono oculto fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Y si Swartling lo notara?

—¿Piensa decírselo?

Por la cabeza de Alex pasaron un montón de ideas, algunas bastante inquietantes.

—¿Es legal?

—Pero ¿qué diablos le pasa? Si no se atreve, solo tiene que decirlo.

Llamaron a la puerta. Alex miró fijamente a Hellmark, que lo miró a su vez.

Se aguantaron la mirada durante cinco segundos, hasta que Alex bajó la vista. «Maldita sea», pensó Alex. El comisario abrió la puerta e hizo entrar al técnico.

Tres horas después, cuando Alex estaba sentado frente a Swartling, se obligó a apartar los pensamientos del micrófono que llevaba en el ojal de la chaqueta, tan pequeño como la cabeza de un alfiler. La preocupación por ser descubierto no le iba a dar más confianza en sí mismo. Sospechaba que Swartling estaría atento a cualquier señal que pudiera ser mal interpretada.

Se aclaró la garganta e inició la sesión de *coaching* con el criminal más buscado del país.

Alex le entregó a Nina el equipo de espionaje electrónico en el aparcamiento exterior y sacudió la cabeza cuando ella lo miró de modo inquisitivo.

—Tengo que analizar mis conclusiones.

—Algo podrá decir, ¿no?

Él se quedó pensando.

—La conversación fue a varios niveles. No he decidido aún lo que significan.

Ella no protestó. Dejó el equipo en el asiento de atrás y cerró la puerta.

—Hellmark y yo hemos escuchado la conversación. Vamos a ver si podemos sacar algo de ella.

Se metieron en el coche. Irían a la guardería de Jojo Hellmark por si averiguaban algo. Si había desaparecido toda la familia quizá supieran algo. Tal vez el personal hubiera oído algún comentario por casualidad. De todos modos valía la pena intentarlo.

Monica Bilander era la directora de la guardería Diente de León, ubicada en Täby. Su rostro era una máscara controlada de atención y angustia. Alex observó que la mujer enseguida subió los hombros hasta las orejas y empezó a retorcerse las manos. Los recibió en una sala de personal que olía a una mezcla de café quemado y vómito de bebé, en la que destacaban los alegres dibujos de los niños. Todo estaba muy gastado y era de color marrón o gris. Los colores de los juguetes y los libros que estaban esparcidos por todos lados también parecían desvaídos.

—Bueno, Monica —dijo Nina con rostro serio mirando a la directora—,

¿qué nos puede decir de Jojo?

La mirada de Monica vagó por un instante entre Nina y Alex.

—¿Suele ausentarse?

—Cuando está enferma —dijo Monica con una sonrisa artificial que no engañaba a nadie. Tal vez había pasado tanto tiempo entre niños que había olvidado cómo comunicarse con los adultos.

—¿Está enferma ahora?

Monica abrió la boca. Después de dudar un rato dijo:

—No lo sé realmente.

—¿No lo sabe? —dijo Nina frunciendo el ceño.

Parecía que Monica iba a echarse a llorar.

—¿Es que aquí no les informan cuando un niño está enfermo?

—No, no, aquí sabemos esas cosas —dijo Monica sacudiendo la cabeza. Luego empezó a asentir sin ningún motivo.

Nina miró a la mujer con un gesto severo y se quedó en silencio un momento.

Monica estaba cada vez más preocupada.

Transcurrió medio minuto. Alex intentó averiguar qué estrategia utilizaba Nina, pero de cualquier modo no funcionaba. Apoyó una mano en su brazo.

—¿Podemos hablar a solas? —dijo.

Se puso en pie y salió de la habitación mirando con una sonrisa de disculpa a la pobre directora. Una vez en el pasillo, junto a un tablón de anuncios, le preguntó a Nina:

—¿Qué impresión le da todo esto?

—Ella miente.

Él hizo un movimiento con la cabeza que significaba tal vez sí, tal vez no.

—Yo no lo llamaría mentir.

Nina resopló.

—No está diciendo la verdad, ¿quiere decir que eso no es mentir?

—Dice lo que cree que es la respuesta correcta —dijo él en voz baja—. Ella es del tipo verde. Dice lo que cree que queremos oír.

—Soy policía. No debe mentirme —dijo Nina.

—Se quedó tiesa como un palo cuando nos vio aparecer. Monica tiene miedo al conflicto. Evita todo lo que puede crear conflicto. Observe su lenguaje corporal. Si usted levanta la voz lo más mínimo se derrumbará.

—Tal vez sea una buena idea.

Él negó con la cabeza.

—¿Me permite probar a mí?

—¿Qué cree que va a conseguir?

Alex la miró. Eso era lo que asustaba a las mujeres de él. Su sinceridad; su modo de decirle siempre a la gente lo que hacía mal. Pero aquí veía una posibilidad. Podía hacer algo bueno, lo sentía en todo el cuerpo.

—Si me da la oportunidad de intentarlo, lograré que se abra. Puedo hacer que hable de la última vez que vio a Jojo Hellmark.

Nina negó con la cabeza.

—Esto empieza a parecer cada vez más un asunto policial.

—Lograré que diga incluso que le gusta su trabajo, averiguaré cómo se llama su marido. Si tiene hijos, sabré a qué se dedican. Y nos contará qué sucedió cuando Jojo desapareció.

—No creo que pueda conseguirlo.

—Si lo consigo, a partir de ahora escuchará lo que le digo. ¿De acuerdo?

Nina lo observó. Los músculos de su mandíbula estaban tensos. Tenía el cuello lleno de manchas rojas. Al final asintió bruscamente.

Cuando volvieron a la habitación, cambiaron de sitio.

—Monica, veo que esto es duro para usted —dijo Alex.

Monica fijó la vista en el suelo.

—Supongo que tiene mucho trabajo.

Al otro lado de la ventana se oyó un rugido, como si estuvieran a punto de matar a alguien en el patio.

—Este ambiente debe de ser muy estresante —añadió.

—Es muy duro —murmuró Monica limpiándose el lagrimal—. Los grupos de niños cada vez son más numerosos y solo cuento con personal suplente, que está siempre enfermo.

—Es raro que no tengan más recursos, a pesar de que tiene que haber dinero.

Miró a su alrededor.

Monica asintió.

—Cada año hay más recortes. Horarios más estrictos, descansos más breves, menos dinero. Bajan los impuestos, pero tenemos que trabajar más. Las chicas ya no pueden soportarlo, eso es todo. Se turnan para solicitar la baja por enfermedad.

—Y eso repercute en los niños —dijo él.

Ella asintió y se retorció las manos.

—Me pregunto cómo se las arreglan.

—Tratamos de mantenernos unidos y de ayudarnos unos a otros —dijo ella —. Nos reunimos todas las mañanas e intento animarlos.

—¿Se reúnen un momento para hablar?

—¡Es muy importante! ¡Si no tenemos tiempo de hablar unos con otros, todo se hunde!

—Es triste el modo en que caemos en esa dinámica —dijo él sacudiendo la cabeza—. Agobio, estrés. Siempre con prisas.

Alex detuvo la mirada en el suelo y esperó. La respiración de Monica era pesada. Transcurrieron veinte segundos. Él levantó la vista y la miró.

Ella asintió.

—Cuando empecé aquí teníamos todo el tiempo del mundo. En cada grupo había la mitad de niños y sin embargo había más personal.

Alex asintió y guardó silencio.

Oyó que Nina se removía en la silla, pero no pensaba permitirle que interrumpiera la tendencia positiva.

Sonrió del modo más suave que pudo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Monica se enderezó.

—Desde 1980. Vine aquí directamente cuando acabé la secundaria. Conozco a todos. Varios padres también estuvieron aquí cuando eran pequeños.

—¿Desde 1980? ¡Es fantástico! Todos acuden a usted cuando ocurre algo, ¿verdad?

Ella asintió mostrando los dientes en algo que con buena voluntad podía tomarse por una sonrisa. Se soltó las manos por primera vez desde que le dijeron que querían hablar con ella.

—Probablemente no haya mucho a lo que no pueda responder —constató Alex.

Hablaron un momento acerca de lo difícil que era conseguir que todo funcionara. Él le preguntó qué hacía para relajarse. Monica recargaba las pilas en su casa, junto a su marido. Ragnar estaba jubilado por enfermedad, se había destrozado la espalda trabajando en la construcción.

Al oír el nombre de Ragnar, Alex oyó algo detrás de él que solo podía ser un resoplido. Lo ignoró. Con pequeños y alentadores gestos obtuvo la información que buscaba: los hijos de Monica y Ragnar se llamaban Sara y Andreas y eran unos chicos fantásticos. Sara estaba embarazada, así que se estaba planteando

aplazar los estudios. Aún no había terminado.

—Monica —dijo Alex poniéndole una mano en el brazo con cuidado—, teniendo en cuenta todo lo que hay que hacer aquí, no es raro que no se tenga tiempo para todo. Controlarlo todo es una tarea inhumana.

Monica asintió entusiasmada.

—Cuando se privatizó empeoró más aún. Pero hay que dar prioridad a las cosas.

—Así, no es de extrañar que no sepa por qué hace tiempo que Jojo no viene —dijo levantando las manos y encogiéndose de hombros.

—Hay algo distinto en ella —dijo Monica.

—¿A qué se refiere?

Monica se inclinó un poco hacia delante y Alex retiró la mano.

—Cuando la trae su madre, la niña lleva la ropa bien puesta y ella me informa de si hay algo especial.

—¿Como qué?

—Como si ha estado triste, o si le duele el vientre ese día, cosas así.

—Pero cuando viene con su padre… —intervino Nina.

Monica miró rápidamente a Nina, que llevaba veinte minutos sin decir nada.

—Fredric es muy agradable. Jojo adora a su padre. Él bromea con ella y siempre la pone de buen humor.

—Fredric es una persona excelente. Sé que suele transmitir buenas vibraciones a la gente —dijo Alex con una amplia sonrisa.

—Casi nunca recuerda mi nombre, pero siempre bromea y es muy agradable —dijo Monica sonrojándose un poco.

—Es realmente simpático —dijo Alex.

Pareció oírse un quejido de Nina.

—A veces… Sí, algunas veces está muy estresado. Tendrá mucho que hacer, no me creerían si les dijera la prisa que tienen algunos cuando vienen por la mañana. Les digo que los niños son pequeños solo una vez, pero ellos casi los sueltan sobre la marcha. Los hay que ni siquiera se bajan del coche.

—Y Jojo a veces viene vestida de un modo raro —dijo Alex para ayudarle a arrancar.

—Sí, de vez en cuando. Puede que fuera estemos a diez grados y ella solo lleva puesta una camiseta. O veo que lleva la ropa interior sucia, y a veces me pregunto si habrá desayunado.

—¿Le suele mencionar a él esas cosas?

—Es difícil —dijo ella moviendo la cabeza.

Alex asintió a su vez. Entendía que era difícil criticar a otras personas, sobre todo si uno es del tipo verde.

Bien, así que papá Hellmark era descuidado con su hija. No tenía un control total. Pero no era el único.

—El avión despega dentro de una hora —dijo Jonas Roos.

Mari asintió, aunque como es natural no podía verlo a través del teléfono. Hacía unos días que las palabras no le salían con la facilidad habitual.

—¿Ha resultado bien? —dijo ella en el tono más desenfadado que pudo.

—Ha ido realmente bien —respondió Jonas, y se perdió en una larga explicación sobre la adquisición del mayor competidor en el mercado local. Al percibir que su mujer no participaba en la conversación, preguntó—: ¿Cómo van las cosas?

—Bien. Mejor dicho no, no tan bien. Tenemos que hablar cuando llegues a casa.

—Podemos hablar ahora —dijo Jonas con una clara preocupación en su tono de voz.

Ella se frotó la frente. ¿Por qué le había dicho nada? De todos modos él no podía hacer gran cosa desde donde se encontraba. Cogió el teléfono con más fuerza y se lo acercó tanto al oído que se produjo un pitido en el móvil.

—No es importante. Lo comentamos cuando estés en casa —dijo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Charlaron durante un rato sobre nada en especial hasta que Mari puso fin a la conversación con algún pretexto.

«Esta noche», pensó ella mientras dejaba el teléfono en la encimera de la cocina. «Esta noche voy a decirle a mi marido que mi vida corre peligro. Que tal vez no sobreviva al verano».

Anuló todo lo que tenía para ese día. El almuerzo con la asociación de horticultura. La cita con el diseñador de interiores que iba a proponerle algunos cambios en la salita. La sesión con su nuevo entrenador personal. Y el día anterior tenía que haber ido a casa de Lotten a conocer a su nuevo bebé. Lo había anulado también, y ahora Lotten estaba muy enfadada.

«Tendrás que disculparme, pero no puedo ver a niños pequeños en este

momento. Algo me lo impide. Mi propia muerte, sin ir más lejos», eso hubiera querido decirle.

Era raro lo fácil que resultaba quitarle importancia a las cosas, lo simples que se veían todas sus actividades cotidianas bajo esta nueva luz. Cuando sabía que lo podía perder todo.

70

—Claro que se despidió con la mano cuando iba en el coche —dijo Monica—. Lisa dijo que iba llorando. O… no sé.

—¿Lisa? ¿Una de las suplentes?

Monica asintió.

—Estuvo solo unos días aquí. Luego se puso enferma también.

—¿Qué dijo el que vino a buscarla? —dijo Alex con amabilidad.

—No lo sé. Ella no comentó nada al respecto —contestó mirándolo como si se justificara—. Solo se fijó en que era fuerte, y tenía la cabeza rapada y llevaba tatuajes.

Alex oyó deslizarse un bolígrafo detrás de él.

—¿Qué tipo de coche era? —preguntó.

—Un minibús. Chrysler. Oscuro. Muchas familias tienen uno de esos.

—¿Así que Lisa no recuerda lo que dijo el hombre pero sí podría reconocer el coche?

A Alex le parecía que había algo raro.

—Creo que ella tiene uno igual. Aquí todos tienen niños pequeños. Es por lo que se quedan tanto en casa. Si no están enfermos lo están sus hijos y tienen que cuidarlos. Todos menos yo.

Nina seguía tomando notas.

—¿Entonces Jojo se fue con él voluntariamente? —dijo Alex.

—Lisa dijo que se conocían. Al parecer el hombre le había dicho que iban a hacer un viaje.

—¿Y Jojo estuvo de acuerdo?

Monica asintió.

—Le dijo que se iban de aventura. Entonces dejó de llorar.

—¿Estaba asustada?

—Me parece que no. Cuando se marcharon estaba contenta. Agarró la mochila y lo siguió. Incluso iban cogidos de la mano.

—¿Había otras personas en el coche?

—Puede. No lo sé —dijo dudando—. Hay tantos papás extra y mamás de plástico que no se puede hacer un seguimiento de todos.

—Sobre todo si se trata de un suplente. Nos gustaría tener el teléfono de Lisa. Supongo que usted lo tendrá. ¿Había comunicado la familia Hellmark algún cambio en la rutina?

—Es posible. Así de pronto no lo sé.

—¿Puede comprobarlo?

Monica asintió, se puso en pie y salió de la habitación.

—Vaya lío —susurró Nina—. No tiene ningún tipo de control.

—Solo suplentes. ¿Qué se puede esperar?

Monica volvió un minuto después con una carpeta abierta delante de ella.

—Aquí dice que Anna, otra suplente que tuvimos durante casi una semana, recibió una llamada el día anterior, de la madre. Jojo iba a estar fuera algo más de una semana.

—¿Consta con quién habló?

—Aquí solo dice que con la madre —dijo Monica sacudiendo la cabeza—. Tuvo que ser con Martina. ¿Quién más podría haber sido? —Y miró a Alex y a Nina alternativamente.

Alex asintió despacio.

—Sí, ¿quién? —preguntó dirigiéndose a Nina—. Creo que aquí hemos concluido.

Nina asintió apretando los labios y salió de la habitación sin decir una palabra.

Alex le agradeció a Monica el tiempo que les había dedicado y le dejó el número de su móvil privado. Le deseó a su hija buena suerte con el bebé que venía de camino. Le dio unas palmadas en el brazo y le sonrió.

Podía imaginarse bien el modo de razonar de ella. Seguramente se estaba preguntando si había hecho mal. Pero como ninguno de los padres fue a recoger a Jojo, supuso que todo estaba en orden. Y se imaginó que Fredric Hellmark había olvidado por completo avisar de que otra persona iría a buscar a Jojo.

Nina lo esperaba en el coche. Cuando Alex se sentó a su lado, le soltó casi a gritos:

—¡Cielo santo! ¿Cómo ha podido atreverse?

La miró sin decir nada mientras se ponía el cinturón de seguridad. ¡Joder! Solo quería ser cien por cien profesional. No se le ocurriría hacer mal su trabajo. Durante sus diez años de carrera como consultor no había renunciado nunca a lo que era correcto solo para salvar el ego de alguien.

¿Qué habría hecho si no se sintiera atraído por Nina? ¿Si no se hubiera levantado por la mañana preguntándose cómo se las podía arreglar para pasarse por su oficina?

—¡Es una pesada! —dijo Nina, y metió la llave en el contacto.

Él se frotó los ojos. Tomó una decisión esperando no estropearlo todo. Se volvió hacia ella.

—Ahora tienes que escucharme. —En su tono había determinación y la tuteó sin proponérselo.

Nina lo miró a los ojos con una expresión desafiante.

—No menosprecies a una persona que no conoces, alguien que lleva veintinueve años trabajando en el mismo sitio y que ha dedicado su vida a cuidar a los hijos de otros. Cada vez tiene menos recursos para cuidar a más y más niños, pero no se rinde. Cree firmemente en lo que hace y, probablemente, lo hace por un sueldo de mierda.

—¿Qué quieres decir? —Sin darse cuenta, Nina también lo tuteó.

—No debes juzgar a otras personas solo porque son distintas a ti. Es el mayor error que puedes cometer. Te has comportado de un modo grosero.

Sostuvo su mirada, volvió a ver las manchas rojas en el cuello de ella.

—Cuestionas su criterio; criticas una rutina que le ha costado veintinueve años construir.

—Una rutina que, evidentemente, no funciona —dijo Nina levantando las manos en un gesto de irritación.

—Te has perdido algo importante, algo que creía que se aprendía en la Academia de Policía: que no es una coincidencia que Dios nos haya dado dos oídos y solo una boca.

—¡Es que no estaba diciendo nada! Solo estaba allí sentada… y mintiendo. ¡Tú mismo lo viste!

Él negó con la cabeza.

—Ha dicho lo que creía que nosotros queríamos oír. No es lo mismo que mentir.

Nina resopló ruidosamente.

—¿Qué he repetido acerca de las personas del tipo verde? —insistió Alex.

—Sí, sí.

—Piénsalo.

—Son benevolentes y aburridos —dijo ella.

—Son pacientes. Se toman su tiempo. Los verdes le dan la razón al último que habla. Pero eso no es lo más importante.

—Tienen miedo al conflicto.

—Exacto. Y eso se resuelve ganándonos su confianza. El riesgo de conflicto disminuye de forma considerable.

—¿Fue por eso por lo que os pasasteis media mañana diciendo tonterías?

Alex frunció el ceño.

—Intenté ganarme su confianza tocando temas personales. Esperaba hacerme amigo suyo mostrando interés por ella como persona.

—¿Sabes que ahora pareces un consultor? —dijo Nina cruzándose de brazos.

—Soy consultor.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo ella mirando por la ventana.

—¿Qué te da derecho a cuestionar sus motivos cuando su único error es que ella no es como tú? De acuerdo, no debería haber dejado ir a la niña sin hablar con los padres.

—En efecto, ¡no debió hacerlo! ¡Se trata de la seguridad de un niño! Tú conoces a Swartling. No se trata de ninguna de tus hipotéticas situaciones de *coach*, esto es real.

—Sí, ya lo sé, pero tienes un problema si…

—Creía que los consultores no hablaban nunca de problemas —dijo Nina sin mirarlo a los ojos—. Creía que solo hablabais de posibilidades.

—Si tenemos un problema hemos de reconocerlo.

Se dio cuenta de que su voz sonaba muy dura, pero no pudo contenerse.

Nina no dijo nada. Un mechón de pelo se deslizó por su frente y por un momento su aspecto fue de extrema vulnerabilidad.

Él miró hacia delante. El parabrisas estaba empañado.

—Todo depende de lo que quieras hacer. Si no demuestras interés por otras personas no llegarás nunca a ellas. No puedes cambiar a los demás, pero puedes cambiarte a ti mismo.

—Aleluya —dijo ella.

—Puedes dejar a un lado tu frustración personal. A las personas verdes se las conoce hablando un rato del tiempo, ganándose su confianza en el plano

personal. Cuando creen que te conocen algo mejor es el momento de entrar en las cuestiones de fondo. Pero solo entonces.

—Para ser sinceros, se tarda demasiado tiempo. Un policía no puede esperar tanto. —Se volvió hacia él—. Me pregunto si realmente entiendes la gravedad de esta situación.

—Mi trabajo es este. He ablandado a Monica un poco. No iría tan lejos como para afirmar que le gusto, o que confía en mí, pero tendrás que estar de acuerdo en que se consiguen resultados. Veintinueve años trabajando en el mismo lugar, su marido se llama Ragnar y su hija se ha quedado embarazada de alguien que a Ragnar o a Monica no les gusta —dijo Alex.

—No seas autosuficiente. No has contestado mi pregunta.

—Y a Jojo se la llevó de la guardería un hombre fuerte con la cabeza rapada y tatuajes. En un monovolumen oscuro. Y a partir de ahora tienes que escucharme. Ese fue nuestro trato.

Ella lo miró y puso el coche en marcha.

De camino a la comisaría no mencionaron ni una sola vez a Jojo Hellmark.

71

Fredric estaba tumbado en la cama de Jojo con una mano sobre los ojos. Aún le dolía el hombro de cuando Zhigarra lo tiró al suelo, pero el dolor era bienvenido. Lo mantenía alerta y despierto. Las lágrimas no habían cesado desde que llegó a casa. Varias horas de autotortura lo habían llevado a la única conclusión posible. No había la más mínima duda.

«Voy a volverme loco».

Abandonó la cama de Jojo y fue al pasillo. Abrió la puerta de su dormitorio. No podía oír la respiración de Martina. Siempre la oía mientras dormía, un silbido raro y nada agradable, por cierto, que podía sacarlo de quicio si lo despertaba y la habitación estaba a oscuras. En ese momento había silencio, lo que significaba que estaba despierta.

Entró de puntillas y se sintió como si fuera un intruso.

—¿Qué quieres? —dijo ella cuando estaba a un metro de la cama.

Fredric se sobresaltó, como si realmente hubiera sido descubierto.

—Solo quería saber cómo estabas.

—Estoy igual.

Él esperó unos segundos.

—¿Necesitas algo?

—¿Has hablado con Jojo?

Fredric contuvo la respiración. Se puso una mano en el cuello.

—Se encuentra bien.

Todo había sucedido demasiado deprisa. No se esperaba la pregunta. Y él, instintivamente, había hecho todo lo posible para proteger a Martina de la terrible noticia.

Salió del dormitorio y volvió al cuarto de Jojo. Poco a poco se dejó caer de

rodillas con los codos apoyados en la colcha de colores. Le crujía todo el cuerpo y aún sentía dolor en el hombro. Miró los osos de peluche que estaban ordenados en fila a pocos centímetros de su cara. Tres de ellos marrones con botones brillantes en los ojos. Uno llevaba al cuello un pañuelo que Jojo le había cosido en la guardería. El pañuelo era de cuadros azules y blancos y estaba algo sucio.

—¿Qué tal, chicos? —susurró—. Si tenéis algún consejo que darme, en este momento estoy receptivo. Sumamente receptivo.

72

El tono de voz de Hellmark hizo que vibrara la habitación.

—¿Secuestro? ¿SECUESTRO?

Abrió los brazos mostrando toda su envergadura. Acababa de tener una discusión con Ulvgren por la fallida incursión en el apartamento de Zhigarra y su humor era pésimo. El plazo que le había dado su jefe estaba a punto de expirar. Si lo apartaba de la investigación sería una derrota que no sabría cómo encajar. Nunca le había ocurrido y no se podía imaginar cómo le afectaría.

Nina estaba en silencio con los brazos cruzados. Alex hizo un gesto en dirección a las sillas del despacho de Hellmark.

—¿Nos sentamos? —dijo con tranquilidad.

—Pero ¿a quién diablos se le ocurre ir a indagar a una maldita guardería? Allí los rumores corren como la pólvora. ¡No tienen otra cosa que hacer que hablar todo el día de un montón de basura!

Hellmark cerró la puerta de su oficina dando un portazo. Un tablón de anuncios cayó al suelo con estrépito. Las chinchetas rodaron por la alfombra.

Durante la tarde llegó la noticia de que Eva Axberg había ido a la prensa y que había hablado largo y tendido de la muerte de su marido.

Y ahora esto.

Alex King señaló de nuevo las sillas.

—¿Quiere discutir el método o quiere oír el resultado?

Hellmark se sentó y cruzó sus enormes brazos sobre el pecho. Alex optó por continuar de pie, ya que quería mantener la iniciativa.

—Escúcheme para que terminemos antes —dijo Alex—. A Jojo Hellmark la recogió un hombre corpulento de unos cuarenta años. Cabeza rapada. Tatuaje en el cuello. Hablaba en tono amistoso. La niña no protestó, y además se cogió de

su mano. Se fueron en un monovolumen oscuro. Podía ser un Chrysler, un Renault o cualquier otro.

Hizo una pausa y miró a Nina para ver si ella quería añadir algo. La estrategia de esta consistía en ser invisible.

—Parece que la niña lloraba, pero cuando él le dijo que se iban a la aventura ella se calmó. Una mujer llamó por teléfono al día siguiente para decir que Jojo iba a estar de viaje durante algo más de una semana. Una sustituta atendió la llamada. Pudo ser Martina, pero también cualquier otra persona. Eso no lo sabemos.

—¡Malditos bastardos! —gritó Hellmark, enojado—. ¡Qué pandilla de sinvergüenzas!

—Como policía, ¿ha llegado ya a alguna conclusión? —preguntó Alex.

—Un modo de ganarse la confianza de los niños es hacerles sobornos —dijo Hellmark—. Les ofrecen caramelos o helados o les dicen que tienen un gatito en el coche para que vayan a verlo y acariciarlo. En el distrito hay todos los meses algún asqueroso pederasta que lo intenta. Guarderías y escuelas son frecuentadas por esos cerdos.

—¿Se atreverían a ir a una guardería a buscar a un niño?

—¡Es lo que estoy diciendo! —bramó Hellmark golpeando la mesa repentinamente con la palma de la mano.

Por lo visto, pudo encontrar una superficie y el golpe fue tan fuerte que Nina dio un salto en la silla. Ella no había dicho nada aún. Alex no se inmutó.

—¡Son tan jodidamente descarados, los muy cabrones! —continuó el comisario—. Cuanto más descarados son, más difícil es que les pongan trabas. Y estoy convencido de que el personal de la guardería piensa tal y como acaba de describirlo: «Nadie nos avisó de que vendría otra persona a buscar a la niña»; «Esto no había ocurrido nunca» y «La verdad es que tuvimos la mala suerte de que fuera una sustituta, ¿cómo iba a saberlo ella? Si hubiera estado la directora, la niña no se habría ido».

—Pero creemos que se trata de otra cosa, ¿no? Los pederastas son demasiado cobardes para meterse en una guardería a recoger a un niño.

—Cuando pille a ese cerdo, no va a quedar nada de él.

Alex esperó a que Hellmark se calmara un poco y se sentara.

—No sé nada del trabajo policial, pero supongo que este asunto hay que investigarlo.

—Sí, diablos. Vamos a averiguar quién más vio ese día a ese tipo y ese

coche. Nina puede encargarse de llamar.

Nina levantó la vista de su burbuja protectora.

—De acuerdo.

—Y a usted tengo que pedirle que haga un análisis de la conversación con Swartling, ya que es la única pista razonable que tenemos, y si ahora resulta que la niña ha sido secuestrada, la cosa es realmente grave —dijo Hellmark señalando a Alex.

—Sí. También deberíamos hablar otra vez con Sten-Inge Johannson —dijo Alex dirigiéndose a Nina.

—Mañana —dijo ella asintiendo.

Se pusieron en pie y salieron del despacho de Hellmark. Al llegar al pasillo lo oyeron rugir al teléfono.

73

Fredric preparó la cena como pudo. Fue más por casualidad que por otra cosa que consiguió cortar el pollo sin meterse un tajo en el dedo. Esperaba que Oskar no hubiera notado nada raro en él. Durante las últimas horas había levantado el teléfono al menos quince veces. Unas para llamar a su hermano, otras al 112. Pero había colgado todas las veces. Escuchaba la radio con un oído. Acababan de asesinar a un millonario del sector de las tecnologías de la información frente a la comisaría, en el centro de la ciudad. Un tiro en la cabeza. Confundido, Fredric pensó que podía ser un modo de escapar de todo. Que te volaran la cabeza. Así no tendrías que pensar más.

Suspiró. Ya no podía esperar. Martina no había salido de la habitación en todo el día, pero por más enferma que estuviera tenía que decirle la verdad. Fredric se aseguró de que Oskar se había dormido antes de abrir la puerta de la habitación. Había oscurecido. La cama parecía un paisaje lunar borroso con colinas y valles escarpados. Vaciló un instante.

¿Y si no se lo dijera? ¿Y si terminara el trabajo y confiara en que ella no se diera cuenta de que Jojo había desaparecido?

Se pellizcó la nariz. ¿Qué estaba pensando?

Se sentó en la cama.

—Ayúdame —susurró Martina—. Me hundo.

Fredric tragó saliva y miró a su alrededor en la oscuridad.

—¿Qué te sucede? ¿Quieres que vayamos al médico?

—No sé. No lo sé aún. Tal vez se me pase. Intenté ir al baño hace un momento, pero no podía. Sentía náuseas. Hazlo desaparecer, por favor.

Su tono de súplica era tan fuerte que Fredric se angustió. Martina era una sombra de lo que era. ¿Quién iba a apoyarlo ahora?

Se dio cuenta de que estaba siendo egoísta, por supuesto, pero tenía un trabajo que hacer. De repente no solo se trataba de él, se trataba de ambos. De Jojo.

—¿Fredric? Encárgate de que ese hombre no vuelva a aparecer por aquí.

Fredric asintió.

—Por supuesto.

—¿Lo has oído? ¡Nunca más!

Fredric tomó una decisión.

—¿Martina?

Se mordió el labio. ¿Ocultarlo todo? ¿Contarle la historia desde el principio? ¿Soltarlo a bocajarro?

—Han secuestrado a Jojo —dijo cerrando los ojos y con voz entrecortada.

El silencio que reinaba en la habitación era tan denso que le entraron ganas de vomitar. Al principio no ocurrió nada. Los segundos se prolongaron.

—Se la han llevado porque yo no cumplí con la fecha de entrega.

Primero no sucedió nada. Luego, los párpados de ella empezaron a temblar.

—¿Qué estás diciendo?

Los ojos de Martina estaban cerrados aún, pero las manos se aferraban a la colcha con más fuerza cada vez. Él comprendió que trataba de luchar para salir a la superficie.

—Al parecer trabajo para el crimen organizado. Antes no lo sabía. Y no me ha dado tiempo a terminar el encargo, así que Zhigarra se ha llevado hoy a Jojo para asegurarse de que cumplo con la siguiente fecha de entrega. Pero voy a hacer tal y como quiere Swartling; voy a escribir todas las mentiras que él tiene preparadas.

Una vez que lo dijo, se quedó sin energía. Quería tumbarse al lado de Martina y abrazarla, consolarla, pero de repente ella levantó ambas manos. Las dejó suspendidos un momento y luego las bajó. Era como si supiera que quería abrazarla.

Fredric sintió que las lágrimas le ardían detrás de los párpados. Pasaría la noche trabajando si era necesario, no dormiría hasta terminarlo.

—Hazlo —dijo ella con desesperación agarrándolo por el antebrazo—. Hazlo. Recupérala.

—Por supuesto, cariño —susurró él—. Claro que lo haré. Además sé cómo hacerlo. Lo primero es…

—¡Hazlo!

Él le retiró la mano y se levantó. Dio un paso atrás y apoyó una mano temblorosa en la pierna de ella.

—¿Necesitas ayuda, cariño?

Martina abrió los ojos por primera vez, y lo que él vio aumentó su inseguridad. Por un instante, ni siquiera un segundo, ella lo miró a los ojos y le dijo en voz baja y vibrante:

—Vete de aquí.

Fredric retiró la mano como si se hubiera quemado.

Salió de la habitación con un nudo en la garganta. Cerró la puerta y bajó a la cocina con las piernas temblorosas. Se sentó en la silla que solía utilizar Martina y miró la cocina.

Hubiera preferido que le gritara o le tirara cosas antes que ese silencio. Desde que se conocían, Fredric no se había atrevido a averiguar qué ocurría bajo esa aparente tranquilidad de Martina cuando se quedaba en el más absoluto silencio. Su ira silenciosa era terrible.

Sentado en la silla de Martina vio la cocina desde un ángulo nuevo. Vio su propio sitio, vio la luz desde otro plano diferente.

Fredric se consideraba una persona que se relacionaba bien. Eso era lo que decían de él. Que era muy bueno en su trato con la gente. Lo que era cierto en parte. Sentía curiosidad por los demás, pero había algo que le interesaba más: él mismo.

No pensó en ello con orgullo, pero ahora que estaba ahí, en la silla de Martina, intentando imaginarse lo que ella veía cuando le miraba por las mañanas en el desayuno, se dio cuenta de así era.

Y esto valía para lo grande y para lo pequeño. Había decorado la casa a su gusto; cada vez que Martina discrepaba en algo, él ponía mala cara hasta conseguir lo que quería. Había negociado con ella las recogidas de los niños, a pesar de que él trabajaba en casa. No quería comprometerse más de la mitad de los días, ya que ello podía interferir en su ritmo creativo o en el argumento que tuviera en ese momento en la cabeza, cuando sabía que a menudo no hacía nada a la hora de ir a buscar a los niños. A veces incluso se echaba una pequeña siesta mientras que Martina salía estresada de la oficina para llegar antes de que cerraran la guardería Diente de León.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas. Se bloqueaba al pensar en ello. ¿Cómo pudieron llevarse a Jojo de la guardería? ¿Cómo diablos pudieron hacerlo siendo la amargada de Monica tan sumamente minuciosa en todo?

¿Habrían drogado a la directora? ¿La habrían sobornado?

¡En cuanto le pusiera las manos encima, iba a matar a esa hija de puta!

¿Debería llamar a Zhigarra y exigirle que devolviera a Jojo? Zhigarra se reiría de él. ¿Y si llamara a Gabriel?

Se le hacía un nudo en el estómago solo de pensarlo. Prefería ir a la policía. Gabriel lo sabría de todos modos, pero Fredric no iba a llamarlo. Sabía que su hermano lo censuraría. Para él todo era tan condenadamente fácil. Solo había que hacer lo que se requería. Y punto. Pero Fredric no podía recordar nada que hubiera sido fácil en los últimos tiempos.

¿Qué habría hecho Sten-Inge? Él parecía saber siempre lo que había que hacer, cuál era la decisión correcta. ¿Y si lo llamara?

Bueno, y ¿qué iba a decirle? «Hola, suegro, al parecer me he descuidado con tu nieta y de paso he hecho que tu hija se ponga muy enferma. ¿Cómo van las cosas por ahí?».

Fredric se quedó sin trabajo justo cuando estaban a punto de comprar la casa. El banco puso en duda su solvencia. Sten-Inge se ofreció a avalarlo, pero el banco dijo que no. «Ya tenemos suficientes garantías para el crédito. Ahora queremos ver la capacidad de pago», dijeron.

Al final Sten-Inge lo puso de su bolsillo. Nunca supo bien en qué trabajaba el viejo, pero sabía que tenía dinero.

Fueron cuatro millones y medio de coronas.

Cuando Martina le habló de que su padre les haría un préstamo, Fredric no durmió durante una semana. Lo hacía sentirse como si de algún modo fuese siervo suyo. No se hablaba nunca del tema, no se tocaba, pero estaba ahí.

Fredric se sintió durante el primer año como un invitado en su propia casa. Si Martina y él rompieran por algún motivo, tendría que irse antes de hacer las capitulaciones matrimoniales.

¿Tragarse el orgullo y telefonear a Sten-Inge?

Fredric optó por no decidir nada ese día. Solo tenía una misión, que era acabar el trabajo, por más difícil que le resultara concentrarse. No quedaba otra alternativa.

Se dirigió al escritorio con pasos pesados y cerró la puerta.

Retiró con una mano algunos restos que había en la mesa y con ello un plato cayó al suelo. Irguió la espalda.

Volvió a sentarse en la silla y se puso a escribir. Pasó por alto los rituales que utilizaba normalmente para empezar. No se molestó en prepararse un café, a

pesar de que lo había hecho durante los últimos diez años, ni tampoco leyó ningún capítulo de otro libro buscando inspiración, ni repasó lo que había escrito el día anterior para continuar donde lo había dejado.

Solamente se puso a escribir.

Lo hacía por Jojo.

74

Alex levantó la cabeza. Algo lo había despertado. Se había quedado dormido en un sillón delante del televisor con el portátil en las rodillas. Estaba escribiendo el guion de una conferencia a la vez que veía el *show* del Dr. Phil. No porque fuera fan suyo, pero a veces sacaba a relucir cosas que Alex podía utilizar luego en el *coaching*. La verdad sea dicha, encontraba un enorme placer viendo el programa. Además de que los temas en sí solían ser interesantes, era divertido ver cómo el detector de mentiras desenmascaraba a uno tras otro de forma implacable. Alex solía pensar si sería capaz de reconocer ante los demás que le gustaba ver al Dr. Phil. No lo tenía claro. Le daba un poco de vergüenza.

Apagó el televisor con el mando a distancia y oyó que estaba sonando el móvil. Probablemente fuera lo que le despertó. Miró el reloj. Solo las siete y media.

Dejó a un lado el portátil, se pasó las manos por el cabello un par de veces y fue hacia la entrada. Cogió el móvil que estaba en la mesa del vestíbulo. ¿Quién demonios…?

—Sé que es viernes por la tarde. ¿Estás ocupado? —preguntó Nina.

—No, estoy solo, como de costumbre, y no hago nada especial.

Hubo una pausa lo bastante larga como para que él dejara volar sus pensamientos.

—Yo… —dijo Nina vacilante—. Me pregunto si podría pasarme por allí.

Abrió la puerta y nada le hubiera podido sorprender más que lo que estaba viendo.

—Hola —dijo Nina con una leve sonrisa mientras levantaba una botella de

vino tinto. Se había quitado el traje y se había cambiado de ropa y de calzado. Llevaba un collar que él sabía que no llevaba esa mañana. Percibió su perfume y le pareció delicioso.

Con una vaga sensación en el pecho, la invitó a entrar haciendo un gesto con la mano.

Había olvidado por completo que era viernes. Como era soltero, no necesitaba dividir los días en función del trabajo y el tiempo libre. Solo era tiempo que él distribuía según le convenía.

Sin pensarlo, fue en busca de sus copas de cristal más exclusivas, esas que la familia le había dicho que no debía utilizar a menos que el propio rey o el primer ministro fueran a visitarlo. Herencia de varias generaciones e imposibles de reemplazar. Después de dar una vuelta algo forzada para mostrarle el apartamento de tres habitaciones, la invitó a sentarse en la sala de estar.

Al principio hablaron un rato acerca de dónde podría haberse ido la familia Hellmark. Luego Alex le preguntó cómo se había sentido en la conferencia de prensa. Tendría que habérselo preguntado antes, pero se olvidó por completo, lo que le produjo mala conciencia. Y, obviamente, empezó a analizar el asunto, a pesar de que eso era lo último que debería hacer en ese momento. Por suerte, Nina sabía más acerca de lo que tenía que ocurrir.

No estaba claro cómo sucedió. Ella estaba sentada en el sillón de al lado y al segundo siguiente estaba junto a él en el sofá. Unas miradas largas, a veces suyas, a veces de ella. El vino se acabó, la conversación derivó hacia otras temas más alegres, las inhibiciones se esfumaron y, antes de que se diera cuenta, estaban desnudándose el uno al otro en su sofá.

—Yo… —empezó a decir él, pero se interrumpió.

No supo qué añadir.

—Deja los análisis por un momento —dijo Nina poniéndole un dedo en los labios.

Ella le quitó la camisa, los pantalones, la ropa interior y los calcetines antes de que él pudiera quitarle a ella nada. Era una sensación rara verse desnudo bajo una mujer bonita que estaba completamente vestida. Rara, pero para nada desagradable. Cuando él le quitó la blusa, la expectación le produjo un hormigueo por todo el cuerpo.

La sensación era inverosímil, y la idea de que algo no iba a funcionar no se le pasó por la cabeza. Dios mío, cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer, por lo menos un año. Tenía ganas de sentir la piel de ella contra la suya.

Sus manos acariciaron el cuerpo de ella. Le mordisqueó suavemente los pezones y, al ver que le gustaba, continuó. La curva de sus pequeños pechos era perfecta.

Ella fue palpando el cuerpo de él hasta que encontró lo que buscaba y lo agarró. Se sentó en sus rodillas y juntó su lengua a la de él.

Las manos de ella recorrieron su torso, y él disfrutó de la caricia de un modo ya olvidado.

Se unieron.

Las uñas de ella le arañaban el pecho y su respiración lo excitaba. Se movieron como si fueran un solo cuerpo. Él sintió el ritmo de ella, lo siguió. La respuesta que obtuvo fue fantástica y deseó que el balanceo no terminara nunca.

Estaban tumbados en el sofá, cubiertos por una manta. Él debajo, con una mano apoyada en la cadera redondeada de ella. Sintió su suave piel. Tenía miles de preguntas acerca de por qué había ido allí en realidad, pero quería prolongar el momento todo lo posible. Lo único que deseaba era esconder la cara en su pelo y percibir su aroma.

Ella se dio finalmente la vuelta y lo miró.

Él se apoyó en un codo.

—Hola, consultor —dijo ella.

—Hola, inspectora.

—¿Sorprendido?

Se rio, avergonzado.

—Pero gratamente. Este es sin duda el viernes trece más grato que puedo recordar.

Ella le pasó un dedo por el pecho, como jugando con el vello.

—No suelo hacer el ridículo como lo hice ayer.

Él entendió que se refería a la visita a la guardería.

—No hiciste el ridículo.

—Normalmente tengo cuidado de que todo vaya bien. Pero ayer las cosas fueron mal. Estaba estresada y me sentí provocada.

Le retiró un mechón de la cara. Ya no tenía los labios tan rojos y supuso que se le había quedado a él parte del color.

—Si te hice daño, lo siento —dijo.

Era cierto. No tenía intención de ser tan duro, pero la inesperada falta de

sensibilidad de ella lo había irritado. Se prometió a sí mismo tomárselo con más calma en un futuro. Si es que lo había.

—Me lo merecía —dijo Nina sonriendo.

Él frunció el ceño.

—Vaya. El consultor empieza a analizar algo. ¿Vas a evaluarme? —dijo ella con una expresión coqueta que él no se esperaba.

—Te doy un sobresaliente. Es decir, la nota máxima.

—Ya no se llama así. Ahora se dice «SB».

—En Francia también utilizábamos letras.

—¿Eres de allí? —dijo Nina—. No conozco a ningún francés.

—¿No? ¿Cuántos años tienes?

—¿Te preocupa tu edad?

—Creo que he preguntado por tu edad —dijo él.

—¿Cuántos años tienes tú? —dijo ella.

—Treinta y seis.

—Entonces solo soy algunos años menor. Ya ves, no es nada grave.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—O casi —dijo ella riéndose—. ¿Quién eres realmente?

—Ya me has investigado.

Nina se sonrojó y bajó la mirada.

—¿Cómo puedes saberlo?

Él se encogió de hombros.

—Puedes hacerlo, así que has mirado mis datos. Pero has averiguado muy poco, así que quieres que te diga más cosas —señaló mirándola de reojo—. ¿Me equivoco?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Eres francés?

—*Ah, oui!*

—No se nota.

Él se aclaró la voz.

—No tenía que notarse. Tuve que eliminar el acento.

Nina se incorporó y se apoyó en un codo.

—¿Tuviste que hacerlo? ¿Por qué?

La respuesta tardó un poco en llegar.

—Eliminé el acento por completo. Puede notarse algo cuando me acaloro. Por eso evito hablar demasiado rápido.

Ella se echó a reír.

—Pero si el francés es un idioma muy bonito. ¿Por qué te preocupa tanto?

—*Oui, c'est très belle!* —dijo Alex.

Ella le pellizcó la nariz.

—Oye, consultor, soy policía. Reconozco una maniobra evasiva en cuanto la oigo. No creía que el acento francés se pudiera eliminar.

—Se trata de una cuestión familiar. Siempre procuramos adaptarnos a las condiciones locales. Nos hemos trasladado varias veces antes de instalarnos en Suecia, y había que mezclarse sin destacar mucho.

—¿Por qué eres tan misterioso?

—¿Lo soy realmente?

Nina se deslizó un poco en el sofá.

—Eres como muchos otros hombres que conozco. Cuando algo te resulta demasiado privado, cambias de tema. Pero apenas se nota cuando lo haces, ya que has practicado algún tipo de técnica para camuflar esos giros. Hay que tener el oído entrenado para percibirlo. Pero no intentes convencerme de que lo haces de un modo inconsciente.

Alex levantó las cejas y miró hacia arriba.

—Ay.

Transcurrió un minuto.

—Bueno…, tienes razón en una cosa. Es cierto que se trata de un acto consciente. Pero estoy tan acostumbrado a no hablar de mi vida personal que apenas lo noto.

—Pero ¿por qué? —dijo Nina.

Él respiró profundamente.

¿Qué era lo peor que podía ocurrir?

Alex sabía que ponía barreras, pero estaba tan acostumbrado a mantener a los demás al margen de las cosas de las que no quería hablar que apenas se daba cuenta. Obviamente había hablado con amigos muy cercanos sobre el motivo de la muerte de su hermana y las razones por las que su padre decidió quedarse en Francia mientras que su madre y él se mudaron a Suecia. Pero lo que le empujaba a no hablar era la lástima. En este país parecía que la gente enseguida sentía pena por las personas que habían tenido dificultades, y eso era algo que a él le desagradaba. Otra cosa era la compasión, pero no quería tener a nadie pendiente de él.

Que no tuviera contacto con su familia era un hecho. ¿Los echaba de menos?

A decir verdad, no. Llevaba cuatro años sin hablar con su madre. Los dos esperaban que el otro cediera, y los dos eran demasiado orgullosos para dar el primer paso.

«Mamá, gracias por todo lo que me has enseñado», pensó con cierta ironía.

—Inténtalo —dijo Nina.

Alex suspiró ligeramente.

—Mi madre es muy diplomática.

—¿Diplomática?

—Sí. Siempre lo ha sido, y a nosotros nos enseñó a mantenernos a cierta distancia con respecto a otras personas. Estaba bien entrar en el terreno de lo personal, pero nunca en el terreno privado. Eso formaba parte de la familia. De nuestro pequeño espacio cultural, supongo.

—¿Y tu padre? ¿Qué pensaba?

—Murió hace muchos años.

—Pero ¿no es nada que te aflija? —preguntó ella mirándolo.

Él sacudió la cabeza negativamente.

—A veces lo echo de menos, pero cuando sucedió yo ya era adulto. No supuso ningún trauma. Enfermó y estuvo ingresado bastante tiempo. Luego murió. Pudimos vernos muchas veces, así que el proceso de duelo estaba más o menos asumido cuando se fue.

—¿De qué murió? —dijo Nina.

—Cáncer de próstata.

—¿Hermanos?

Alex sintió que el cuerpo se le ponía rígido y vio que Nina lo notaba. Pensaba en Nicole de vez en cuando, pero hacía mucho tiempo que no hablaba de ella. Hacía años.

Se incorporó en el sofá y se retiró la manta que lo rodeaba. Sacudió la cabeza lentamente. De repente sintió un nudo en la garganta.

Por todos los diablos. ¿No se le iba a pasar nunca? ¿No le desaparecería nunca el dolor?

Nina se sentó también. Pasó un dedo por su mejilla y lo abrazó.

—Está bien.

Se quedaron en silencio durante un rato largo. Ella podía esperar.

75

Fredric abrió la botella, miró el reloj y comprobó que eran las dos de la mañana. Puso tres dedos de *whisky* en el vaso, se lo llevó a los labios, vaciló un momento, solo un momento, y se lo bebió de un trago.

El ataque de tos fue inmediato. No podía esperarse otra cosa, no estaba acostumbrado a beber alcohol así.

Llevaba seis horas trabajando sin interrupción. Había escrito tanto que le dolían las puntas de los dedos. Pero ahora tenía que hacer una pausa. La batería estaba vacía. Ya no le quedaban palabras. Solo un par de horas de sueño, luego comenzaría de nuevo.

«Lo normal es que estuviera tumbado en la cama en este momento. Lo normal es que no hubiera ocurrido nada de esto. Tengo que reconocer que la situación es cualquier cosa menos normal», pensó Fredric con enojo.

Le ardía la boca, la garganta, la laringe y el estómago. Sin embargo era una sensación agradable; un contraste con el embotamiento de su cabeza. Se sirvió otro vaso, más largo que el anterior. Se quedó pensando que ese *whisky* era uno de los más caros que solía comprar. Malta ahumada. Fredric tenía una relación especial con ese *whisky*. Fue el motivo de que viviera en la casa en la que vivía.

«En la que vivimos. Nosotros, toda la familia», se corrigió.

Ese vaso también se lo bebió de un trago y le sentó mejor que el primero.

La destilería en Lagavulin estaba en la isla de Islay desde 1816, y Fredric había estado allí diez años antes. Según la leyenda, allí se producía *whisky* ilegal desde principios de 1700, así que la tradición venía de lejos. El edificio era grande, antiguo y de piedra caliza. Sin saber por qué, en cuanto lo vio sintió buenas vibraciones, y cuando descubrió una casa cuya fachada le recordaba al edificio principal de la destilería, lo tuvo claro.

Se bebió el tercer vaso y se sirvió rápidamente un cuarto.

Vio el álbum de fotos que estaba en un estante al otro extremo de la habitación. Fue a buscarlo con las piernas temblorosas y empezó a pasar frenéticamente las hojas. Lo había ordenado Martina, por supuesto. Mantenía una cronología impecable. A Fredric le parecía que era suficiente tener las fotos en el disco duro, pero ella precisaba tener un álbum para enseñárselo a amigos y conocidos.

JoJo de pequeña, en triciclo, en la bañera, delante de una tarta de cumpleaños.

Las lágrimas volvieron de repente, y Fredric apoyó la cara contra las fotos de su hija.

¿Qué podía hacer?

Bebió más *whisky*. Y no podía explicarse lo que estaba ocurriendo. Por un momento solo veía problemas y al segundo siguiente solo soluciones. Lo único que tenía que hacer era acudir a la policía. Podía seguir escribiendo después. Le ardía la cabeza. Solo un par de horas de descanso.

Dejó el álbum a un lado y se recostó en el sofá. Tal vez era el *whisky* ayudó, pero de repente todo le pareció increíblemente sencillo. Sin duda alguna tenía que ir a la policía a denunciar el secuestro. ¿A qué esperaba? Haría lo que habría hecho cualquier persona normal.

Cuando entró en la comisaría, su teléfono empezó a sonar, pero no respondió. El policía de guardia percibió su aliento, vio su mirada empapada de *whisky* y le pidió que se sentara. Enseguida lo atenderían.

El viaje a la ciudad había sido rápido. No estaba del todo borracho, pero tampoco sobrio. El coche estaba en la calle, mal aparcado, pero era de noche y no había nadie.

El teléfono otra vez. Cuando sacó el móvil del bolsillo se dio cuenta de la hora que era. Después de todo era lógico que volviera a sonar, al igual que después de la noche llega la mañana o después de la lluvia, el sol. ¿O era al revés?

—¿Eres el escritor?

Fredric asintió. En cuanto acabara esta conversación, presentaría la denuncia ante el policía de guardia.

—Aunque no lo creas, no has tenido una buena idea —dijo Bobby Zhigarra.

—¿Eres tú, mafioso de mierda?

—Por ese camino no irás a ninguna parte. No tengo ganas de discutir.

—Ya es tarde —dijo Fredric, y le gustó la tranquilidad que transmitía su voz.

—Tienes que levantarte, ir al coche y volver a tu casa. Y eso es justamente lo que vas a hacer.

—Voy a denunciar un secuestro.

La voz de Zhigarra bajó varias octavas, y de pronto Fredric vio con toda nitidez sus pequeños ojos negros llenos de maldad.

—Levántate y sal de la comisaría. Si no lo has hecho en diez segundos, algo terrible le sucederá a tu familia. No es una amenaza. Es lo que debes hacer. Levántate y sal por la puerta ahora mismo.

El policía de guardia señaló a Fredric desde la cabina de recepción.

—Tu turno.

—Ni se te ocurra —dijo Zhigarra.

Fredric miró a su alrededor. ¿Estaba Zhigarra allí? ¿Cómo demonios podía saber dónde se encontraba él? ¿Lo habrían seguido? ¿Por qué sabía todo lo que él hacía?

Le hubiera gustado echarle la culpa a Lagavulin de que su espíritu de lucha cediera tan pronto. Pero se puso en pie, se despidió del policía y salió por la puerta. Sacó la llave del coche con el móvil todavía pegado a la oreja.

—¡Oye! —gritó el guardia.

Fredric no le hizo caso y se sentó en el coche.

—¡No puedes conducir en ese estado!

Puso el coche en marcha y arrancó. A pesar de su estado nebuloso se dio cuenta de que podrían detenerlo en ese mismo momento. No obstante era el lugar con más concentración de policías del país, pero no sucedió nada.

—Buen chico —le dijo Zhigarra—. Ahora vete a casa a hacer tu trabajo.

El gánster cortó la llamada, pero Fredric siguió apretando el móvil contra la oreja izquierda hasta que llegó a Täby. Toda la lógica que tenía cuando salió de su casa se había esfumado. Ahora solo sentía angustia. ¿De verdad creyó que iban a permitirle que lo hiciera?

76

La cena se había terminado. Laura había quitado la mesa. Les había servido el café y se lo habían tomado. Los temas de conversación se habían agotado.

—Cariño —dijo Jonas Roos—, llevo toda la tarde esperando que me cuentes qué es lo que te inquieta, pero al parecer te cuesta un poco.

Mari cerró los ojos y cruzó las manos en la rodilla. Hubiera podido quedarse callada e intentar superarlo sola. Así hubiera evitado los minutos siguientes. Querría taparse con una manta y esconderse durante unas horas. ¿Horas? Semanas más bien.

«Pero para eso nos tenemos el uno al otro. Para apoyarnos entre nosotros. Si no hablo con mi marido, ¿con quién voy a hablar?», pensó.

Dobló la servilleta con cuidado y la dejó junto al plato.

«De todos modos no tengo hijos. No tenemos hijos».

—Jonas… —dijo levantando la vista hacia él.

Lo miró un momento y él interpretó algo que lo hizo palidecer.

—Si es algo que yo haya hecho… —empezó a decir.

Ella lo hizo callar con un gesto de la mano.

«Dios mío, ¿creerá que me quiero separar? Si fuera esa la solución, el asunto estaría resuelto».

—Hace unos días recibí una carta. No te lo que querido decir porque no sabía qué hacer.

Sacó la carta que llevaba en la cintura. El sobre estaba abombado y caliente. Vio la dirección. El nombre de ella, su calle.

Jonas tragó saliva, produciendo tal ruido que hasta ella lo oyó. Se quedó inmóvil en la silla, como si se hubiera convertido en una estatua.

A ella le vino a la mente una historia que había oído unos años antes, algún

tipo de ejemplo filosófico: Un hombre va en coche camino del trabajo. Una voz le empieza a hablar dentro de su cabeza y le comunica que le queda un año de vida. Fin del mensaje. Ahora la cuestión era qué hacer.

El hombre decidió que en primer lugar resolvería los asuntos de la empresa, dejaría todo en orden, nombraría un sucesor. Tardaría unos meses. Luego se iría de viaje por ahí con sus amigos para despedirse de todos ellos. Los últimos meses los pasaría con la familia y el último día se quedaría a solas consigo mismo meditando acerca de su vida.

Ella se preguntó qué habría hecho ella. Ni siquiera tenía un trabajo. Y tampoco disponía de doce meses. Tal vez uno. Uno y medio, si tenía suerte.

De camino al trabajo, el hombre volvió a oír la voz en su mente: «Hola, lo siento, pero la otra vez me equivoqué. Vas a morirte, pero solo te queda una semana».

Él dio la vuelta y volvió a casa con su mujer y sus hijos. Cuando no tienes elección, no resulta difícil saber lo que tienes que hacer.

Mari jadeó.

¿Cuánto tiempo llevaba divagando? ¿Un instante? ¿Un minuto?

Jonas la miraba fijamente. Seguía sin mover un músculo. Ni siquiera percibía su respiración. Ella dejó la carta sobre la mesa y le miró mientras él se inclinaba para alcanzarla.

—Es que…, Jonas…, el cáncer ha vuelto. Esta vez no pueden hacer nada.

77

En cuanto cruzó el umbral percibió que algo estaba a punto de suceder, algo que iba a tener que soportar el resto de su vida. Hubiera preferido que al menos no la pillara por sorpresa, o que se tratara de una terrible pesadilla o algo así. Todo ocurrió de golpe. Dejó caer el bolso en la entrada.

La madre estaba gritando, casi rugiendo.

Las palabras se ahogaban en la locura que salía de sus ojos. El padre procuraba tranquilizarla dándole palmaditas e intentaba abrazarla, pero parecía imposible; ella le daba golpes y patadas, incluso le escupía.

La hija observaba desde la puerta, sin ser capaz de asimilar lo que ocurría.

—¿Quién? —dijo la madre en voz baja, demasiado baja para que se pudiera oír.

El padre vio a la hija y le indicó con un movimiento de la mano que se marchara, pero ella no lo hizo.

—¿Quién? —volvió a repetir subiendo el tono de voz.

La madre se calló de repente y se volvió hacia ella. El padre aprovechó para pasar los brazos a su alrededor y abrazar a su mujer con fuerza, aunque más bien parecía que trataba de sujetarla. Sin duda era eso lo que hacía, porque se puso a gritar otra vez.

Ella seguía sin entender lo que decía su madre, tal vez ni siquiera eran palabras.

La madre logró liberar una mano y empezó a darse golpes en la cara; golpes y más golpes y, mientras el padre trataba de cogerle la mano, consiguió soltar la otra también. Se llevó ambas manos a la cara y se arañó las mejillas una y otra vez.

La sangre comenzó a correr por su rostro y cuando miró a su hija no dijo

nada. Sus miradas se encontraron y la hija percibió que el juicio de su madre iba desapareciendo y en su lugar se instalaba una locura total y absoluta.

El padre rugió, pero no sirvió de nada. Luego forcejeó con ella hasta lograr tumbarla en suelo. La madre respiró hondo, cerró los ojos un momento y luego gritó todo lo fuerte que pudo:

—¿QUIÉN?

Los padres dejaron de pelearse. Se volvieron hacia ella, el padre con la mirada llena de ira y los labios apretados con fuerza; la madre con las mejillas manchadas de sangre y los ojos llenos de lágrimas.

Y ella entendió a quién se refería.

78

Las lágrimas no dejaban de fluir. Mari no las evitó, la servilleta estaba ya empapada de lágrimas y mocos. Tenía las manos heladas y la garganta seca.

Jonas lo leyó una y otra vez, pero el informe del doctor Bergström no dejaba lugar a dudas.

El motivo de que ella se hubiera sentido más agotada de lo normal durante el último mes era que el cáncer había vuelto a reproducirse. Todo indicaba que tenía metástasis en la mitad del cuerpo.

Sabían que cuando una mujer sufría cáncer de mama por primera vez tenía muchas posibilidades de curarse. Actualmente ocho de diez casos de cáncer tenían curación. Pero si el cáncer volvía, solía hacerlo con una fuerza enorme. Era como si hubiera mutado en algo que el cuerpo simplemente no podía resistir. La segunda vez significaba a menudo el fin de la paciente.

—Envió una carta —dijo Jonas—. No se molestó en pedirte que fueras a la clínica. Ni siquiera pudo levantar su gordo culo y llamar por teléfono. Ni para marcar un…

—Jonas —interrumpió ella secándose el rostro—. Eso no me ayuda.

—Ese vago asqueroso —dijo él.

Parecía que de verdad iba a levantarse, meterse en el coche y dirigirse a la casa del doctor Bergström para hacerle una visita inesperada. Se contuvo y fue hacia su esposa. Se puso de rodillas y le abrazó el cuerpo tembloroso. Permaneció así un rato, abrazándola.

—Pueden operar —dijo él.

—No se puede. Ahí lo dice.

—Radiación. Pueden darte radioterapia. He leído que…

—Jonas, ¿no ves lo que pone?

Era tan injusto.

Tan condenadamente injusto.

—Quimioterapia —dijo él—. Fue lo que dio mejor resultado la otra vez. Si te la dan pronto, lo superarás. Mañana iremos, yo anularé todo lo que tenga en la agenda.

Mari ni siquiera se atrevió a discutir. Lo había guardado en su interior varios días y ahora se lo sacó de encima todo de golpe. Se abrazó a Jonas y gritó toda su angustia y desesperación, sollozando con furia mientras las lágrimas que la ahogaban le salían de la garganta sin poder contenerlas.

Jonas la abrazó, la contuvo. Lloraron juntos hasta que la rabia se aplacó y Laura se atrevió a entrar a quitar la mesa.

79

Grabación del encuentro de *coaching* entre Alex King y Lucas Swartling.

Transcripción de la conversación entre Alex King y Lucas Swartling/Lars Svensson. Wenner Gren Center, piso 14.

ALEX KING: Como ya he dicho, esto es un seguimiento del entrenamiento en liderazgo que llevé a cabo hace cuatro años. Mi objetivo es ver cómo ha ido y si hay algo que no ha funcionado.

LUCAS SWARTLING: Ha funcionado bien. Tus métodos se ajustan la realidad y yo diría que funcionan en el noventa por ciento.

AK: Da algunos ejemplos.

LS: Los niveles de desarrollo. Todos decían que estaban capacitados para el trabajo, pero se demostró que no sabían tanto como decían.

AK: ¿Qué ejemplos puedes aportar?

LS: Uno que iba a hacerse cargo de los negocios en el extranjero. Tenía buenas referencias y parecía prometedor. Resultó que los productos o los canales de distribución por los que apostó no fueron los correctos.

AK: ¿Y qué hiciste?

LS: Tuve que sentarme con él para diseñar un plan de lanzamiento. Acordamos que lo acompañara otro empleado durante unas semanas para que lo introdujera en el negocio.

AK: ¿Y qué tal resultó?

LS: Muy bien. Ese muchacho es ahora mi mejor colaborador.

AK: Veo que has utilizado tus planes de lanzamiento. Bien. ¿Reciben todos la instrucción adecuada actualmente?

LS: Por completo. Sin excepción. Y utilizo para ello a personas experimentadas. De ese modo pueden sentirse importantes y demostrarlo. Dos pájaros de un tiro, igual que haces tú en los cursos. El colaborador experto se enfrenta a otro reto y el nuevo recibe la instrucción adecuada.

AK: ¿Cómo has tratado a los que no hacen bien las cosas porque no saben o quizá porque no quieren aprender?

(Pausa larga. Control de equipo técnico. No se encuentran errores).

LS: Al principio fue peor.

AK: ¿En qué sentido?

LS: He dicho que no fue bien.

AK: He oído lo que has dicho, Lars. Lo que me pregunto es qué has querido decir.

LS: Tuve un reclutamiento erróneo. Hubo algo que no fue bien.

AK: ¿El qué?

LS: No importa. Un proyecto salió mal debido a la falta de aptitud de alguien. La competencia hizo el negocio y perdí dinero. Mucho dinero.

AK: Durante el entrenamiento hablamos de la realimentación. ¿Lo recuerdas?

LS: Por supuesto.

AK: Estuvimos trabajando con técnicas que producían resultados tanto positivos como negativos.

LS: Sí. Lo recuerdo.

AK: ¿Y qué comentarios le hiciste a ese colaborador?

LS: Los más duros que pude.

AK: ¿Qué significa eso?

LS: Créeme, consultor, no se puede ser más claro.

AK: Vaya. ¿Y cómo reaccionó él?

(Pausa).

LS: Se ha ido de la organización.

AK: ¿Por qué?

LS: ¿Por qué? ¡Hizo el ridículo! ¡Costó dinero!

AK: Pero si despides a todos los que cometen errores, ¿cómo vas a conseguir un colaborador con experiencia?

LS: Yo qué sé.

AK: No digas disparates. Claro que lo sabes.

LS: Está bien. No debería haberme deshecho de él. Tendría que haberlo realimentado y haber elogiado su esfuerzo. Tendría que haberle demostrado que es positivo trabajar en ello aunque no me hiciera ninguna gracia. De acuerdo. Pero las cosas ahora no funcionan así en mi sector.

AK: Entiendo. Es algo que pasa solo en tu sector. ¿Significa que las personas funcionan allí de modo distinto?

LS: Sí. No.

(Pausa).

LS: No lo sé.

AK: Lars, para que podamos llegar a alguna parte tienes que ser honesto.

LS: ¡Maldita sea! Tuve que deshacerme de él.

AK: Dime, ¿de cuántos te has deshecho el último año?

LS: De ninguno. Pero el año pasado de cuatro.

AK: ¿En qué trabajan actualmente?

(Pausa larga).

LS: Han abandonado el sector.

AK: ¿Y en qué sector están ahora?

LS: No puedo decirlo.

AK: Dejémoslo. Si vas a contratar a alguien que tiene baja cualificación y le falta motivación y confianza en sí mismo, ¿cómo lo vas a tratar?

LS: Dándole más formación y explicándole por qué su tarea es importante.

AK: Eso es. Una pregunta: ¿Por qué motivo no lo hiciste con los otros cuatro?

LS: Eran casos perdidos.

AK: ¿Te crees tú mismo lo que dices?

(Pausa).

LS: No.

AK: Entonces ¿por qué me cuentas estas cosas?

LS: ¿Esto es confidencial?

AK: ¿A qué te refieres?

LS: ¿Tienes secreto profesional?

AK: No según la ley. Sin embargo hay un código profesional que dice que si yo, como consultor, difundo lo que he oído en conversaciones personales, no tardaría en estar completamente acabado.

LS: ¿No como un abogado?

AK: No. Pero me preocupo por mi reputación. ¿Qué quieres contar?

LS: No tan deprisa.

AK: Nadie te obliga a contar nada. Pero si quieres solucionar el problema tienes que decir la verdad. Yo no te puedo ayudar con problemas que hayas oído o te hayas inventado.

LS: Entiendo.

AK: Y bien. ¿Cuál es el problema?

LS: Que algunos de tus métodos no siempre funcionan en mi sector. A veces hablar no sirve de nada. Y hay que dar ejemplo. Es el único modo de que escuchen.

AK: ¿Escuchen? ¿Quiénes?

LS: Mis compañeros de trabajo. Algunas veces hay que ser muy claro con ellos, ¿sabes?

AK: Me lo imagino. La mayoría de las personas quieren respuestas e instrucciones claras. También es importante que entiendan las consecuencias de descuidar sus obligaciones.

LS: Exacto. Las consecuencias.

(Pausa).

AK: ¿Sí?

LS: Tienen que entender las consecuencias. Por eso un par de ellos han tenido que…, ¿cómo decirlo?… Irse. ¿Por qué se te ha puesto de pronto esa cara tan rara?

AK: Hace calor aquí dentro, es solo eso. ¿Así que despediste a algunos colaboradores?

LS: Podría decirse que sí. Ahora mis empleados ya saben que cuando exijo algo, va en serio.

AK: ¿Has dado ejemplo?

LS: Eso es.

AK: ¿Funcionan las cosas ahora?

LS: Como un reloj. Incluso han mejorado, como mi jefe de seguridad.

(Pausa).

AK: ¿Qué le ocurre?

LS: Se ha convertido en un líder competente. Podría decirse que en un entrenador bueno de verdad. Le mostré todo el material que tenía del curso. Lo absorbió como una esponja. Yo le veo algunos defectos. A veces es algo gruñón. Pero parece que logra que la gente haga lo que tiene que hacer.

AK: ¿Has difundido tus conocimientos?

LS: Por supuesto. Así tengo más gente que pueda liderar a otros, lo que me alivia considerablemente. ¿No era eso lo que solías decir? Hazte prescindible.

AK: Sin duda alguna. Lo mejor es rodearse de colaboradores competentes, para que tú puedas dedicarte a lo que quieres realmente y desarrollar la actividad.

(Pausa).

LS: Estoy un poco cansado de la empresa.

AK: ¿Qué piensas hacer al respecto?

LS: No lo sé todavía. La verdad es que no lo sé.

80

Eran las siete y media de la mañana. Cuando Fredric cerró de golpe la tapa del ordenador lo hizo con gesto firme. Había sido una maratón sin igual. Más de cincuenta páginas en una noche. Sabía cómo se tenía que escribir la historia de Lucas Swartling y su organización de delincuentes. Solo necesitaba ese último empujón y se sintió mejor después de la vergüenza que aún sentía por el modo en que había acabado la noche anterior.

Le dolía un poco la cabeza por el *whisky*, pero sobre todo tenía remordimientos de conciencia. Cuando llegó a su casa después de estar en la comisaría, no pudo mirarse en el espejo. Qué fracaso. Había empezado a reconsiderar seriamente la imagen de sí mismo, y no le gustaba lo que veía.

Cuando fue a la habitación de Oskar para despertarle se dio cuenta de algo. La noche anterior no había pensado en Jojo durante varias horas. ¿Debería avergonzarse de haber estado trabajando en vez de pensar en ella?

No, ahora escribía por ella. Sin la amenaza que se cernía sobre Jojo y sobre la familia nunca hubiera llegado tan lejos como lo había hecho. Tres días más, tal vez cuatro con sus noches, y se pondría en contacto con Swartling.

Al sacudir a Oskar, este murmuró algo desde el interior del cobertor.

—¿Qué has dicho? —preguntó Fredric decidido a conseguir que Oskar se levantara, vestirlo, darle el desayuno y llevarlo a la escuela personalmente, todo en treinta y cinco minutos.

El niño se retorció. Asomó una cara somnolienta con marcas de las sábanas.

—Hoy es sábado.

Fredric salió de la habitación lo más quedamente que pudo.

Buscó su teléfono móvil y marcó el número. Dos tonos. Mientras esperaba intentó darse masajes en el hombro dolorido.

—¿Fredric? ¿Va todo bien? —dijo Sten-Ingen, sorprendido.

—Sí, desde luego. Todo estupendamente —dijo Fredric.

Cerró los ojos y se frotó la frente. «Oh, cielos», pensó aferrándose al teléfono.

—Mejor dicho, no. Martina está enferma. No sé lo que le pasa, pero está mareada y no puede levantarse. No tiene fiebre ni nada de eso, pero en cuanto se mueve lo más mínimo le dan náuseas.

—Creo que he leído sobre eso —dijo Sten-Inge—. Un virus en el sistema nervioso. Neuritis vestibular. En realidad no es nada grave pero sí incómodo. Un colega mío lo tuvo hace unos años. No pudo abrir los ojos durante varios días. Una semana después iba apoyándose en las paredes. Tardó un mes en volver al trabajo.

Fredric se secó la frente. No entendía el motivo, pero el solo hecho de tener a su suegro al otro lado del teléfono le producía sudores.

—¿Y qué se puede hacer?

—Nada —dijo Sten-Inge—. Los virus no se pueden curar, tienen que desaparecer por sí mismos. Solo hay que esperar a que mejore. —Guardó silencio. Al ver que Fredric no contestaba, añadió—: Es una suerte que trabajes en casa, ya que va a necesitar ayuda. Mantén a los niños alejados de ella por unos días.

Fredric tomó la palabra.

—Tengo otro problema, y no sé a quién recurrir.

Sten-Inge se rio entre dientes.

Fredric se lo contó. Le dijo que había aceptado una tarea que había resultado ser muy peligrosa; que le habían ocultado cosas hasta que ya era demasiado tarde para retroceder. Y que cuando intentó echarse atrás, primero le amenazaron a él, luego a Martina, y al final secuestraron a Jojo.

Sten-Inge permaneció unos segundos sin decir nada.

—Uno de los mafiosos vino a casa, estaba sentado en la cocina cuando llegué.

—¿Cómo se llaman esos tipos?

—El que vino se llama Zhigarra.

—¿Zhigarra? —repitió Sten-Inge en tono seco.

Fredric le dijo que su reacción no se había hecho esperar. Que los había denunciado por falsificar el contrato, pues no quería quedar como un completo imbécil admitiendo que no lo había leído hasta que ya era demasiado tarde. Le

habló de cuando se dio cuenta de que Jojo había desaparecido de la guardería.

—¿Puedes repetir textualmente lo que dijo ese Zhigarra?

Fredric lo pensó unos instantes.

—«Para que entiendas que vamos en serio, nos hemos hecho cargo de una cosa por ti. Te lo devolveremos cuando termines». Así fue.

—¿Nada más?

—No. Es decir sí. Creo que además dijo algo como: «Para que te des cuenta de que hablamos en serio».

Sten-Inge Johansson estaba completamente tranquilo, no hizo la más mínima crítica o comentario. Su tono era tan firme como siempre.

—¿«Te lo devolveremos cuando termines»? ¿Por qué dijo «lo»?

La verdad es que a Fredric no le parecía que la cuestión gramatical fuera tan importante. Lo o la, ¿qué más daba? No hacía falta ser ningún genio para entender a qué se refería.

—La respuesta se encuentra a menudo en los detalles.

Eso mismo decía Martina un par de veces a la semana.

—Jojo ha desaparecido. Ese es el único detalle que importa ahora. Y me amenazaron.

—Ven a mi casa. Tráete a Oskar.

Fredric tragó saliva.

«¿Atraer a los delincuentes a la casa del viejo?», pensó.

—Será más fácil hablar si nos vemos —dijo Sten-Inge—. ¿Por qué no hacerlo ahora? O en cuanto se despierte Oskar. Te invito a desayunar.

—De acuerdo. Gracias, Sten-Inge.

—Trae el material. Tal vez ahí haya alguna respuesta.

Fredric se dio la vuelta. Martina estaba en la puerta. Se sostenía con una mano en el quicio. Iba descalza y llevaba el pelo enredado. Tenía los ojos entreabiertos.

—¿Quién era? —dijo.

—Tu padre.

—¿Por qué hablas con él?

—Llamó preguntando por ti. Le he dicho que estás enferma.

Ella dio un par de pasos vacilantes y entró en la cocina. Con la mirada fija en él, se dirigió lentamente hacia una silla y se sentó.

—¿Crees que debes estar levantada? —dijo Fredric, que no esperaba verla allí.

Ella cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo. En un tono de voz sorprendentemente fuerte le dijo:

—¿Por qué le has dicho que estoy enferma?

—Estás enferma. Tú misma lo dijiste.

Ella abrió los ojos. Tenía las mandíbulas apretadas. Se quedó mirando a su marido. Fredric se preguntó si podía ser el virus ese. Neuritis vestibular. Lo miraría en Google.

—Enseguida volveré a estar bien —contestó ella.

Se puso en pie con cuidado y salió de la cocina. A él le pareció que tenía más estabilidad que cuando entró. Quizá le sentó bien levantarse. La siguió con la mirada sin decir una palabra mientras ella iba subiendo la escalera lentamente.

81

Alex cerró el ordenador y estiró la espalda en un intento de compensar las más de dos horas que había estado encorvado mientras trabajaba. Las conferencias y las charlas eran una cosa, pero prepararlas era otra totalmente distinta. La última media hora había dado rienda suelta a sus pensamientos, y cada vez pensaba más en Nina.

Tamborileó con los dedos en el tablero de la mesa y escuchó mentalmente una canción. La había oído por casualidad en una emisora de música ambiental.

Sabía que su aspecto no asustaba a los niños, y sabía que las mujeres de vez en cuando se sentían atraídas por él. Pero tenía claro que las relaciones interpersonales no eran lo suyo. Nunca supo si la gente se interesaba por la persona de Alex o por el Alex consultor. No era bueno en ese juego.

«Nina».

Hacía tanto tiempo que no tenía una relación estable que casi se le había olvidado lo que era hacer el amor con una mujer. Se había acostumbrado, tal vez esa era la mejor descripción. Sandra fue la última relación que tuvo, pero no llegó a cuajar. Antes de ella solo estuvo con un par de mujeres a las que acompañó a casa después del bar. Ambas sabían de qué iba la cosa y le mostraron abiertamente que necesitaban sexo, y fue cosa de una noche. Después se sintió un poco sucio. Sabía que se practicaba bastante, sin embargo a él el sexo anónimo con mujeres casi desconocidas le resultaba raro. No lo atraían especialmente las caras bonitas o los cuerpos perfectos; sentía más atracción por la inteligencia aguda y la rapidez mental.

Cuando Nina le dejó por la noche no le dieron demasiada importancia a la despedida. Un beso en la boca, un buenas noches, una sonrisa y luego ella se marchó. ¿Le hubiera gustado a él que se quedara? Por supuesto.

¿Se hubiera atrevido a pedírselo? En absoluto.

Era martes. Habían pasado cuatro días. Marcó su número e hizo girar la silla. Se levantó. Volvió a sentarse.

—¿Os ha dado tiempo de ver la transcripción de mi reunión? —dijo intentando sonar lo más profesional posible.

¿Por qué no dijo «gracias», o «fue muy agradable», o «¿volveremos a vernos?»? No tenía ni idea. Simplemente no le salieron las palabras.

—Sabemos que Swartling es un pez gordo —dijo Nina—. Pero no podemos demostrar nada. Es muy hábil consiguiendo que la gente haga el trabajo sucio. Ya no anda metido en nada concreto, así que es complicado llegar a él.

—Se le da bien delegar.

—Mmm.

—Hablábamos de ello a menudo. De que su gestión como líder resultaría mucho más efectiva si aprendiera a delegar en otros.

Nina guardó silencio unos segundos. Él no podía imaginarse en qué pensaba.

—Pues hiciste un buen trabajo —dijo ella al final—. Ven esta tarde.

—¿Es una orden?

—¿Necesitas una orden para dejarte ver? —preguntó ella, y él no pudo percibir su sonrisa a través del teléfono.

Alex trabajó un par de horas más. Almorzó tarde y luego se fue en taxi. En el camino pensó en lo que ella le había dicho.

«Hiciste un buen trabajo».

Lo había hecho realmente. Swartling estaba convencido de que él sabía más sobre un montón de cuestiones y había mantenido una actitud de sospecha respecto a sus empleados. No confiaba en sus habilidades, por lo que cuando delegaba algo enseguida corría hacia allí para ver si todo había ido bien. En el fondo no era tan distinto a otros jefes con los que Alex se había cruzado. Pero si todos los jefes que había conocido estuvieran tan interesados en desarrollarse de verdad en los roles de liderazgo habrían llegado lejos en sus respectivas organizaciones.

«Hiciste un buen trabajo».

Alex no sabía si tomárselo como un reproche o si debía sentirse orgulloso.

«¿Necesitas una orden para dejarte ver?».

Se rio para sus adentros.

Por supuesto que no la necesitaba.

Mari miró al techo. La casa estaba en silencio.

Después de enterarse de la noticia, Jonas se quedó todo el día en casa atendiendo la menor insinuación de ella. No porque fuera necesario, sino porque a ella le agradaba su compañía. A petición de Mari, le dio vacaciones a Laura antes de que terminara el curso, ya que, de todos modos, ella tenía previsto viajar a Finlandia dentro de poco.

Laura tenía lágrimas en los ojos cuando se despidió en la puerta del dormitorio.

—Todo irá bien —dijo ella con su alegre acento, mezcla de sueco y finlandés.

Luego se marchó. Mari oyó los pasos que alejarse poco a poco. Pero volvió. Un minuto después Laura estaba en la puerta otra vez. Traía el correo.

Sin decir una palabra, dejó el montón de cartas y folletos sobre la cómoda de la entrada.

Después, Mari se quedó en la cama sin ganas de moverse. Parecía que el simple hecho de habérselo contado a Jonas le hubiera dejado sin fuerza.

Si al menos supiera cómo utilizar el tiempo que le quedaba. No tardaría en sentir los dolores. Tendría que tomar las medicinas; cuanto más se acercara el final, más fuertes serían. Luego no podría comer, su cuerpo se consumiría en su furiosa batalla contra el cáncer, todas las células se volverían contra la enfermedad, que vencería de todos modos ya que estaba atrapada en su interior. Se había metido en su cuerpo como un caballo de Troya.

Pero antes de eso podía hacer algo útil. ¿Ser embajadora del Lazo Rosa? Resopló. Moriría demasiado pronto.

Se quedó un rato dormitando en la cama.

Normalmente se habría lanzado sobre el montón de cartas. Tenía muy poco que hacer durante el día, así que para ella revisar el correo era incluso emocionante. Ahora no tenía nada que hacer, menos que nada. Sin embargo no hizo caso al correo.

Nada le podía ser más indiferente.

82

Sten-Inge parecía estar realmente contento de ver a Fredric, y sobre todo a Oskar. Al muchacho de diez años siempre le había caído bien su abuelo y sonrió al ver el nuevo televisor de plasma de casi mil pulgadas. La Wii de Nintendo correspondiente hizo que su felicidad fuera completa. Cinco minutos después, Oskar estaba jugando al tenis entusiasmado. A Sten-Inge al parecer también le gustaba su compañía, y enseguida se pusieron a bromear y a reír juntos.

Fredric entró en uno de los salones y miró a su alrededor. La vista sobre el lago era magnífica. No había duda de que esa enorme casa era antigua y requería cierto tipo de decoración, pero a Fredric no le gustaba nada la de finales de siglo, con sofás Chesterfiel y paneles de roble. Se sentó en un sillón de cuero, que a pesar de todo era sumamente cómodo, se echó hacia atrás y respiró.

Liberado de todos los pensamientos, apoyó las manos en los reposabrazos, abrió la boca y la arrugó hasta formar una copia de *El grito* de Munch.

—¿Tan grave es?

Fredric se sobresaltó. Ese maldito viejo era más silencioso que un indio.

—Al principio creía que no —dijo Fredric.

—¿Realmente son capaces de hacer algo?

Fredric tragó saliva. Se llevó una mano a la cara recordando lo que había oído que hacía Zhigarra con los tatuajes. ¿Qué diría Sten-Inge si supiera lo que ese matón pretendía hacerle a Jojo?

—¿Ninguna amenaza? ¿Ninguna demanda explícita de dinero?

—Quieren tener la biografía acabada.

Sten-Inge tomó un poco de café y miró a su alrededor, como si la respuesta estuviera en los estantes, entre los libros encuadernados en piel.

—¿Sabes lo que significa?

Fredric asintió. Miró a su suegro y le llamó la atención que el viejo mantuviera la cabeza tan fría. Con una nieta secuestrada por mafiosos y una hija enferma, y él totalmente sereno.

—¿Qué necesitas para poder concentrarte en el trabajo?

—Normalmente le habría pedido a Martina que se encargara de los niños.

—No cuentes con ella.

—Se enfadó porque te dije que está enferma. No le gusta parecer débil.

—Martina siempre ha querido valerse por sí misma. Me temo que lo ha sacado de mí —dijo Sten-Inge—. Di en el colegio que Oskar está enfermo y que se venga aquí. Trae también a Martina.

Fredric lo meditó. Martina tendría a alguien que se encargara de ella hasta que se recuperara. Él no tendría que cuidar de Oskar ni preocuparse de que Bobby Zhigarra fuera a secuestrarlo también.

No había necesidad de recurrir a nada más para convencerlo. Ya estaba convencido. No descansaría hasta que terminase el maldito libro. Si era preciso trabajar veinte horas al día, lo haría. No se iba a rendir. Esta vez no.

—Vente tú también —dijo Sten-Inge en tono suave—. Si quieres, puedes disponer de un ala entera para ti.

Martina se negó en redondo. No quería irse con su padre. Fredric se lo explicó lo mejor que pudo. Por un momento llegó a plantearse si habría alguna desavenencia entre Martina y su padre, algún asunto antiguo que ella había logrado ocultar durante todos esos años. Pero recordó dónde estaba Jojo y eso le dio energía para presionar con tal fuerza que Martina se lo tomó en serio. Al darse cuenta de que él no hacía caso a sus protestas cesó la discusión y dejó que la llevara hasta el jardín.

—Iremos en mi coche —dijo él—. El tuyo está en el garaje.

En media hora llegaron a la casa de Sten-Inge, que les dio la bienvenida junto con Oskar. Fredric observó la rigidez de Martina al oír la voz de su padre. Solo abrió los ojos para saludar a Oskar.

Se instalaron enseguida. A Martina le dieron una habitación en el segundo piso en el ala derecha. Sten-Inge le asignó a Fredric la parte izquierda.

—Mi despacho —dijo abriendo la puerta de una habitación.

Era más bien un salón de cincuenta metros cuadrados. Sin embargo, solo ocupaba la mitad de la planta baja de una de las alas. El mismo estilo que el resto

de la casa. Pesados muebles de caoba compartían espacio con tomos de tapas de piel y lámparas de cristal. Sten-Inge señaló un escritorio enorme que había en medio de la habitación. Fredric colocó el ordenador en el centro con cuidado. Parecía un sello en medio de un campo de fútbol.

—No creo que pueda expresar lo mucho que agradezco tu apoyo —dijo mirando a su suegro.

Se dio cuenta, algo sorprendido, de que estaba siendo sincero. Estaba realmente contento de poder hablar con alguien del asunto, sentir que había alguien que estaba de su lado. Hablar con Gabriel no habría funcionado, sobre todo después de presentarse borracho en la comisaría a las tantas de la noche.

Sten-Inge se limitó a asentir. Señaló un armario que había entre dos ventanas.

—Si quieres un *whisky*, ahí tienes.

Fredric hizo una mueca de rechazo. Se quedó solo.

Ya entrada la noche, había escrito tanto que le dolían los dedos, y creía que podría afrontar la situación.

A las dos apagó el ordenador.

Algo más de treinta páginas.

No tantas como la noche anterior, pero tenía los ojos secos y le dolía la espalda y el cuello. Ya no podía más.

Dejó las anotaciones de todas las entrevistas en un montón bien ordenado. Sería un sacrilegio estropear ese escritorio monumental. Retiró incluso el plato del bocadillo de la cena. Luego llevó la jarra de cerveza a la cocina. Mientras lo dejaba en el fregadero se detuvo a pensar.

«¿Cambiarás alguna vez?».

Martina le formuló esa pregunta hace mucho tiempo, una eternidad. Recordaba que él entonces permaneció impasible, pero ahora sentía que iba cambiando poco a poco. Se había vuelto más serio, y también estaba más centrado en lo que tenía que hacer. Tal vez pudiera demostrar que no era un caso perdido.

Quedaba menos de una semana. Iba a salir bien.

Recuperaría a Jojo.

83

A las tres en punto Alex estaba en la puerta de la comisaría. Se sentía un poco tonto por haberse mirado el pelo en el ascensor. Confiaba en que el policía que lo escoltaba todo el tiempo no se hubiera dado cuenta. ¿Cómo iba a saludarla? ¿Cómo lo saludaría ella? ¿Apretón de manos o beso en la mejilla? Ninguna de las dos cosas estaba libre de riesgos.

Al parecer se había preocupado sin necesidad. Nina no estaba en su despacho. El que estaba allí era Hellmark y, como de costumbre, no perdió el tiempo.

—He leído la transcripción. Increíblemente rara.

—¿En serio? —dijo Alex sentándose.

—Swartling se las arregla para contar todo lo que ha hecho sin decir una palabra.

—Se queda en el lado seguro —dijo Alex.

El despacho era muy distinto cuando el que estaba sentado detrás del escritorio era el comisario en lugar de Nina.

—No sabe cuánta razón tiene. Descubrimos a tres guardaespaldas. Dos en la calle en una furgoneta. Llevaban armas automáticas. Otro estaba en la entrada.

«¿Qué habría sucedido si me hubiera empleado a fondo con Lucas Swartling y hubiera sido demasiado duro en su *coaching*?», pensó Alex.

—¿Cómo se pueden sacar conclusiones sobre este tipo? —preguntó Hellmark.

—Del mismo modo que intentamos averiguar qué ha pasado con su hermano.

Hellmark se movió ligeramente en la silla. Miró el reloj.

—Puede hacerse lo mismo con Swartling —dijo Alex.

—No creo que pueda ir a su casa y buscar en la cocina.

—Tampoco lo necesito. Ya tengo mi análisis de él. Durante el entrenamiento de liderazgo saqué los perfiles de todos los participantes. Es una herramienta que utilizo para incrementar el autoconocimiento de los participantes.

—¿De qué me está hablando? —dijo Hellmark inclinándose hacia delante.

—Habilidades sociales —dijo Alex acercándose al escritorio.

—Eso es algo muy manido.

Alex estaba de acuerdo, pero se cuidaba de decirlo abiertamente. A los del tipo rojo no les gustaban las personas a las que consideraban serviles.

—Las habilidades sociales son la capacidad que tiene el individuo de adaptarse a su entorno. Si quiere ganarse la confianza de otras personas, de gente distinta, tiene que ajustar su comportamiento en ciertas situaciones.

—Yo hago lo que me apetece.

—Por eso se mete en problemas continuamente.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Hellmark en tono combativo.

—Lo digo yo. Todos los días da algún pisotón a la gente sin darse cuenta. Por eso es importante entender cómo uno es percibido por los demás. Las habilidades sociales se basan de hecho en una cosa.

—¿Autoconocimiento? —preguntó Hellmark ladeando un poco la cabeza.

—Y para que los participantes de mis programas de liderazgo adquieran autoconocimiento les hago perfiles de personalidad. Les entrego un análisis que describe cómo los perciben los demás.

—Serán un montón de conjeturas.

—Lo hacen ellos mismos —dijo Alex sacudiendo la cabeza.

—Dese prisa —dijo Hellmark agitando la mano.

—Es un análisis de autoevaluación con veinticuatro afirmaciones que hay que considerar. Si el que responde solo tiene un concepto aproximado de sí mismo, el resultado que obtendrá será acertado en un noventa y nueve por ciento.

Hellmark escribía con tal fuerza que estaba a punto de romper el papel.

—¿Qué extensión tiene ese documento?

—Veinticuatro páginas.

El comisario lanzó un silbido.

—¿Y tiene uno de esos de Swartling? ¿Por qué demonios no lo ha dicho antes?

Hellmark llevaba razón en eso, pero Alex no pensaba reconocerlo.

—¿Por qué demonios no lo ha preguntado?

—Tengo que leerlo —dijo Hellmark esbozando una sonrisa.

—Puedo enviarle un PDF.

—¿Y es así con todos los colores?

Alex asintió.

—Un análisis puede ser malinterpretado. Describe el comportamiento de una persona, pero no lo dice todo acerca de su personalidad. Así que hay que hacer otros análisis para entenderlo completamente.

—Evite la retórica de consultor.

—No, un análisis de ese tipo se puede interpretar. Es una pieza clave en el puzle de una persona, pero dista mucho de ser todo el puzle.

Hellmark gruñó.

—Ya, ya. ¿Y qué colores tiene Swartling?

No tenía sentido que Alex contestara, ya que el comisario no conocía lo fundamental.

—Prescindiendo de los colores, hay algo del análisis que debe saber. Recuerdo con claridad que a Swartling le agradó lo que leyó. Se lo tragó todo.

—¿Quiere decir que confirmó que lo que había leído acerca de sí mismo era verdad?

Alex asintió.

—Se reconoció casi al cien por cien. Había algún detalle que no le pareció bien, pero ahora no recuerdo de qué se trataba.

Hellmark se quedó sumido en sus propios pensamientos durante un minuto largo. Luego volvió a gruñir.

—¿Cuándo podré tenerlo?

—En cuanto me conecte a internet.

En un segundo, Hellmark le acercó el teclado de Nina y giró la pantalla del ordenador.

—Vuelvo enseguida —dijo, y salió por la puerta.

84

Cuando Fredric bajó al despacho por la mañana y se sentó en la silla se dio cuenta de que estaba demasiado alta. El ajuste era distinto.

Se quedó quieto, escuchando.

En alguna parte de la casa, Oskar era un guerrero muy peligroso, y la risa ahogada de Sten-Inge resonaba en los pasillos. Tal vez Oskar había estado jugando por allí.

Fredric volvió a ajustar la silla a su altura. La noche había sido horrible. Se sentía como si no hubiera pegado ojo, pero debió hacerlo porque estuvo soñando. Durante toda la noche lo habían atormentado pesadillas en las que aparecía Jojo. Él iba corriendo por pasillos oscuros y, como es habitual en los sueños, apenas podía levantar los pies del suelo. Estaba acostado en una cama y volvió a ver el gato negro sobre su pecho. Tenía la voz de Jojo y el rostro de Bobby Zhigarra, e intentaba decir algo que él no pudo entender.

Fredric se fijó una meta. No se levantaría del escritorio hasta tener treinta páginas más. Podría llevarle dos, tres o nueve horas. Luego habría llegado el momento de acabar.

Cuando ya no pudo soportar el hambre hizo una pausa para almorzar. En la cocina estaba Sten-Inge colocando los platos en el lavavajillas. Fredric le hizo un breve resumen de lo que había hecho hasta ese momento y él lo felicitó por el avance.

—¿Vas a llamar a ese Swartling para decirle que quieres hablar con Jojo? ¿O a Zhigarra?

—Lo he intentado, pero no cogen el teléfono. Pasé por el apartamento donde lo entrevisté y no había nadie. No puedo localizarlo.

Fredric ni se enteró de lo que comió. Se alegró de que Sten-Inge no le

preguntara nada más. Al cuarto de hora ya estaba de nuevo en el escritorio. Trabajó hasta las seis de la tarde. Después de la cena, que Oskar devoró con muestras de alegría, Fredric entró en el despacho y se acostó en una cómoda *chaise longue* de piel. Puso la alarma del móvil a las nueve. Una siesta de noventa minutos sin duda haría maravillas.

Se durmió en dos minutos y no soñó nada.

Lo despertó el teléfono.

—Solo quiero saber que haces lo que tienes que hacer.

Fredric tragó saliva y se frotó la nariz. Apretó el teléfono al oído. ¿No se oía a alguien en el fondo? Un hilo de voz, estaba seguro. Una risa ahogada. Luego oyó un golpe, como cuando se da un azote contra la piel desnuda. Miró el escritorio y la espaciosa habitación. Por más impresionante que fuera la vista, en ese momento no le daba ninguna seguridad.

—Lo tendrás a tiempo —dijo—. Unas páginas más y luego llegará el momento de la edición.

Era verdad. No le quedaba mucho.

—¿La edición? ¿Cómo funciona eso? ¡Cuéntame!

—Antes quiero hablar con ella.

Zhigarra guardó silencio un par de segundos.

—¿En serio?

Plaf, el ruido otra vez. ¿Qué era lo que oía?

—¡Quiero hablar con ella!

Zhigarra bajó el tono de voz hasta que se convirtió en poco más que un susurro, aunque en el oído de Fredric seguía vibrando cada vez que hablaba.

—¿Quieres hablar con ella?

De repente, Fredric percibió el ruido de un gemido.

—Quiere hablar —oyó que Zhigarra le decía a alguien.

Un balbuceo. Un sonido que reconoció, pero que no pudo ubicar. Para no gritar, se mordió las mejillas con tal fuerza que notó el sabor de la sangre en la boca.

—Te queda menos de una semana —dijo Zhigarra—. Luego tendrás problemas. Y esta vez me refiero a problemas de verdad.

Fredric tiró el teléfono al otro lado de la habitación. Su hombro izquierdo protestó con un crujido y él gritó de dolor. En vez de hacerse pedazos contra la

pared, el móvil se deslizó suavemente por una pesada cortina diez metros más allá, sin hacer el menor ruido.

«¡Me cago en todos los demonios, joder!».

Apartó con violencia las imágenes de Jojo en manos de Zhigarra o de cualquier otro criminal. Era demasiado asqueroso imaginárselo. Si no había perdido el juicio antes, probablemente había llegado el momento de hacerlo.

¿Debería llamar a Gabriel? De ningún modo, no hasta que fuera grave.

«¿Y no es grave?», preguntó otra parte de él.

Bobby Zhigarra se rio. Presionó su teléfono contra la cabeza de ella. Siempre le llegaría algún sonido al imbécil que estaba al otro lado.

—¡Di algo! —balbuceó.

La chica volvió la cabeza. Estaba a cuatro patas delante de él, mirándolo con los ojos entrecerrados, pero no dijo nada.

Zhigarra se llevó el teléfono al oído.

—¿Sigues ahí, estúpido?

No oyó nada. El escritor había colgado.

85

Alex hizo tres copias del análisis personal de Swartling. Nina leía en silencio. Hellmark, que había vuelto al despacho de ella, murmuraba a veces y anotaba en todas las páginas.

Alex miraba a Nina de reojo más o menos cada treinta segundos y observó que mientras leía, hacía girar su pelo alrededor de un dedo. Ella levantó la vista de los papeles y, cuando se dio cuenta de que él la miraba, le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa y bajó la vista a los papeles.

El análisis se componía de varios módulos. Alex supuso que tendría que explicárselo a Nina y, sobre todo, a Hellmark. Empezó a leer en voz alta:

—«Lars se siente a menudo frustrado por trabajar con personas que no perciben como él lo que es urgente. Debido a ello se puede pensar que está obsesionado con el trabajo. Está siempre pendiente de los resultados y desea concluir rápidamente distintos proyectos y tareas».

Recordó la discusión que tuvo con Swartling. Por lo general solía enfadarse con todos los demás, sin excepción, por ser tan lentos a la hora de pensar. Iba siempre un paso por delante y tenía que esperar a los otros, lo que le producía mucha irritación. Alex se dio cuenta de lo que podía suponer para el entorno si además era un criminal que poseía un arma.

Nina carraspeó.

—No he podido evitar mirar el final, donde están los colores. ¿Es muy común esa combinación?

—El comportamiento básico de Swartling es rojo y azul. Es cualquier cosa menos sentimental. Se centra en las cosas. Su problema es que acelera y frena al mismo tiempo.

—Traduzca, por favor —dijo Hellmark levantando la vista de sus papeles.

—El rojo es el gas —dijo Alex—. El azul los frenos. Tiene casi lo mismo de los dos. Ambos son esenciales, sobre todo para conducir un coche. Pero si se accionan los dos pedales a la vez se produce un resultado extraño.

Hellmark miró sus papeles y enseguida volvió a levantar la vista.

—Bla, bla, bla. ¿Qué significa eso en la práctica?

—El resultado está en el análisis —dijo Alex, y leyó—: «El entorno puede percibirlo como un signo de indecisión, pero él nunca se involucra emocionalmente en la toma de decisiones, por lo que puede adoptar decisiones objetivas».

—Es frío, el muy cabrón —dijo Hellmark—. *Told you so*.

—Tampoco puede decirse que lo haga mal.

—¿Perdona? —dijo Nina—. Es un criminal sobre el que pesan graves delitos, por si se te había olvidado.

Alex se volvió hacia ella.

—El análisis no dice nada de las habilidades, destrezas o valores personales. Lo que quiero decir es que, sin tener en cuenta su profesión, actúa correctamente. Deja a un lado los sentimientos cuando ordena un asesinato. Es como los guardias de los campos de concentración. Si hubieran sido verdes o amarillos no hubieran sido capaces de acatar ciertas órdenes.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Hellmark—. ¿Qué los de color rojo y azul son asesinos?

—¡Dios mío, qué conclusiones! —Alex suspiró—. Tienen la capacidad de liberarse de las emociones cuando deben tomar decisiones difíciles. Solo hay que leérselo —dijo señalando el papel—. Swartling lo sabe. Sabe que tiene demasiada prisa y que controla en exceso. Sabe que debería delegar en otros, pero no le importa lo que piensen. Le da igual que a ellos no les guste él, mientras consiga lo que se haya propuesto conseguir.

Hellmark hizo un gesto que podía significar cualquier cosa. Alex supuso que el comisario se reconoció a sí mismo en la descripción.

Prosiguió:

—«No busca el conflicto, pero no evita pelear con quien se encuentra en su camino. Es experto en hacer preguntas bien formuladas y obtener información».

—En eso hay mucho de cierto —dijo Nina.

Alex la miró.

—¿A qué te refieres?

Nina intercambió miradas con Hellmark.

—Swartling se dio a conocer rápidamente como alguien que era bueno sacando información. Nos consta que ha torturado a gente solo para averiguar lo que quería saber.

—¿Torturado? —dijo Alex.

—Al principio, cuando levantó su organización, teníamos un par de infiltrados. Enseguida les perdimos la pista. No aparecieron hasta un año después.

—¿Y qué dijeron? —dijo Alex.

—No mucho. Estaban mutilados. Manos. Lengua. Ese tipo de cosas. No sobrevivió ninguno.

Alex se enderezó.

—¿Por qué nunca se oye hablar de eso?

—Intentamos que algunas cosas queden entre nosotros —dijo Nina sin levantar la vista del análisis.

—Esto es interesante —dijo él algo desconcertado. Señaló la última línea, bajo el título *El valor de la organización*—. Aquí dice que a Swartling le agrada representar a la empresa en distintas organizaciones y asociaciones. ¿Alguna sugerencia?

Hellmark gruñó un poco.

—Hay varios sindicatos y agrupaciones para esas bandas. No hay duda de que él está relacionado con ellas. ¿Qué piensas? —dijo volviéndose hacia Nina —. ¿Es Swartling la típica persona asociativa?

Nina se echó a reír. Se levantó y estiró la espalda. Empezó a deambular por el reducido espacio de la oficina. Después de un minuto dijo:

—Vaya psicópata.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex mientras juntaba los papeles.

—Totalmente indiferente. No tiene empatía. No le preocupa lo más mínimo lo que opinen los demás. Es un psicópata —añadió.

—Es mucho más complejo que eso —dijo Alex.

—Sí, pero… —dijo Nina mirando seguidamente a Hellmark, que parecía absorto en los papeles—. ¿Y una persona que te riñe por hacerlo mal y al minuto siguiente te pregunta si quieres acompañarlo a almorzar?

—Hay quienes creen que el amarillo es el comportamiento del psicópata —dijo Alex—. Alquien que siempre intenta aprender de los demás y luego los utiliza en su propio beneficio. A los del tipo amarillo se les suele percibir como muy manipuladores.

—A mí me parece que los verdes son unos malditos psicópatas —dijo Hellmark de repente.

—Tendrás que explicar eso —dijo Nina.

—Antes has dicho que las personas verdes nunca dicen lo que piensan. Que aunque sepan que lo que están oyendo es demencial son incapaces de decir basta. No sé si eso se considera psicopatía, pero desde luego no es normal.

Nina se cruzó de brazos y se apartó ligeramente del comisario. Alex vio que Hellmark se daba cuenta, aunque no dijo nada. Tal vez estaba acostumbrado.

—Vaya —dijo Hellmark, que al parecer había llegado al último título—. Aquí este hijo de puta recibe algunos consejos acerca de cómo mejorar su personalidad depravada. «Lars tiene dificultades para encontrar el equilibrio entre la vida personal y la laboral». Por eso tenemos la sospecha de que mató a su primera mujer en la cocina de su casa. Puede que ella interrumpiera una importante reunión de negocios. «Se exige tanto a sí mismo y a los demás que a veces le resulta imposible llevar a cabo lo que desea». Quizá sea una suerte que vaya armado cuando quiere motivar a sus secuaces para que sigan amenazando y chantajeando a la gente.

—Y escucha lo que pone aquí. —Nina leyó—: «En vez de motivar, empuja a la gente. Actúa como si todos tuvieran la misma fortaleza que él». Es un psicópata, lo que yo decía —dijo mirando a Alex.

Alex no dijo nada. ¿Dedicarse a actividades criminales era un rasgo de psicopatía?

Él no era experto en el perfil de un psicópata, pero sin duda estaba relacionado con ser manipulador, con obtener ventajas constantemente, con anteponerse siempre. Pero Swartling no era así. Los dos policías veían que las acciones de Swartling habían desembocado en delitos. Alex lo veía desde otro ángulo. Consideraba que los resultados extremos de Swartling eran la razón principal de que hubiera llegado a la cima de la pirámide en tan poco tiempo. Él admiraba ese tipo de cualidades de forma inconsciente. Y de forma más consciente sabía el motivo.

Además de haber conocido a montones de ejecutivos con perfiles similares, sabía cómo era el suyo propio.

Era más o menos idéntico al de Swartling.

86

—¿Es una broma? —preguntó Jonas Roos mirando a su esposa—. ¡Esto!

Levantó un sobre blanco, no muy diferente al del doctor Bergström de la semana anterior. Lo había abierto y sostenía un papel blanco en la otra mano.

—Déjame verlo —dijo ella con un hilo de voz. Parecía que cada día que pasaba se debilitara más pensando en la enfermedad. Como si la sola idea del cáncer hiciera que todos los músculos se ajustaran al estado de la enfermedad.

Le dio la carta. Ella leyó las pocas líneas cada vez más asombrada.

Hoy en día hay muchos suecos expuestos a graves peligros. El mundo es cada vez más peligroso. Por eso ofrecemos una protección del cien por cien frente a amenazas externas.

Te agradeceremos nos envíes cincuenta millones de dólares a la cuenta indicada en la parte inferior en un plazo de cuatro semanas. Entendemos que ello puede requerir ciertos preparativos, pero por esa suma te aseguramos una protección completa para toda la vida. Si no aceptas las condiciones, lamentamos no poder garantizar tu seguridad.

Mari estalló en una risa sin alegría que hizo que Jonas saltara del asiento.

—¡«Protección completa para toda la vida»! —exclamó tirando la carta al suelo y apretando los ojos—. ¡Si supiera que iba a funcionar pagaría con gusto quinientos millones!

Jonas miró consternado a su esposa. Ella se preguntó por qué tendría él ese aspecto de no sentirse bien. ¿Era por el repentino humor negro de ella o porque hablaba de dinero? En realidad nunca habían tocado el tema de su fortuna. Sabía,

por supuesto, que poseía grandes cantidades de dinero, pero nunca habían hablado de a cuánto ascendían sus activos. Era una de las obsesiones de Karl Roos. Le exigió a su hija que hicieran separación de bienes cuando supo que su enamorado no tenía dinero. Probablemente pensaba que Jonas desaparecería si no obtenía una parte de su fortuna.

Pero a él no le preocupó lo más mínimo. Firmó el papel sin leerlo siquiera.

Lo que Jonas tal vez no sabía era que el día en que Mari cumpliera dieciocho años, Karl Roos iba a regalarle acciones de la empresa matriz del consorcio por un valor de más de cien millones. Luego dicha empresa entró en bolsa y se realizaron varias emisiones privadas, las ventas se multiplicaron y las ganancias se dispararon. El valor bursátil de todo el consorcio en ese momento era de algo más de sesenta mil millones, de los cuales la familia todavía poseía un escaso cinco por ciento, y la mitad era de Mari. El resto sería de ella a la muerte de los padres. Todo excepto un cero con cinco por ciento que era propiedad de un primo lejano; restos de la compra realizada por la oveja negra de la familia dos generaciones atrás.

Aparte de innumerables edificios y otras inversiones, acciones, fondos, dinero en Mónaco. Solamente el chalé de Djursholm en el que vivían estaba valorado en cuarenta millones.

A Mari no le sorprendería que pudiera disponer de un par de miles de millones. Y aunque Jonas no recibiría ni un céntimo si se separaban, si ella muriera sería distinto. Entonces él obtendría una suma total de cincuenta millones y una manutención de un millón al año durante el resto de su vida. Además del salario que percibía como director general de una de las empresas, y solo eso ya eran un par de millones. Si ella muriera, económicamente él estaría cubierto. No debía preocuparse por Jonas en ese sentido.

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella tapándose la cara con una almohada.

—Tenemos que hacer algo —dijo Jonas.

—Pagar —dijo Mari a través de la almohada, sin importarle lo que fuera.

—Sé quiénes son.

—¿Qué dices? —preguntó ella retirándose la almohada.

—La misma banda que mató a Claes Ljunggren.

—¿Estás seguro? —dijo ella levantando las cejas.

—Lo vi en la televisión. Y probablemente sea la misma banda que mató a Roger Axberg.

Era el mismo que mencionó la señora de la peluquería. El que Laura le

mostró en el periódico cuando Mari vomitó el desayuno encima del sofá.

—Claro que sí —dijo Jonas—. Su viuda fue a un programa matutino de TV4, pero se echó atrás en el último momento. Estuvo en *Aftonbladet* hace unos días. Culpó a la policía de todo.

—No deberías leer *Lill-Pravda*.

Se volvió hacia ella.

—Tenemos que llevarle esto a la policía —dijo agitando la carta—. No pueden escaparse.

Mari se sentó. Le vino a la cabeza una idea nueva.

—No tengo nada que perder —dijo lentamente.

—No me refería a eso.

Ella le pasó una mano por el brazo.

—Lo sé. Pero tienes razón. Deberíamos ir a la policía.

—Cuando estaba en la habitación del hotel la otra tarde vi una conferencia de prensa sobre esto. La policía animaba a todos los que reciban amenazas a que lo denuncien.

—¿Como ese Axberg? —dijo Mari.

—Cometió una imprudencia. Fue él personalmente. Nosotros no vamos a hacer eso. Conozco a varios buenos abogados. Hablaré con ellos.

Ella terminó de sentarse y puso los pies en el suelo.

Sintió hambre por primera vez en tres días.

El día se estaba poniendo muy negro. Hellmark notó algo de preocupación en la mirada de Ulvgren cuando este salió de la comisaría y lo oyó decir que lo había llamado el ministro de Justicia para que lo informase de los avances en la investigación. Personalmente creía que esas cosas no ocurrían. ¿Era a eso a lo que llamaban poder ministerial?

—Tienes un día para conseguir algo —le comunicó Ulvgren cuando estuvo de vuelta—. Luego tengo que hacerme cargo yo de la investigación.

Hellmark no podía creerse lo que acababa de oír. Ulvgren no sabía nada del trabajo policial. Al mismo tiempo prefería que le reemplazara Ulvgren antes que cualquier otro. En cualquier caso no llegarían a ninguna parte, eso estaba claro.

—¿No hablarás en serio? —dijo—. ¿Todo un día?

Ulvgren le señaló con el dedo.

—Creo que no te das cuenta de la gravedad del asunto. Si ese Zhigarra es

realmente culpable, se ha metido con las personas equivocadas. Esta gente pertenece a un club al que ni tú ni yo tenemos acceso. Pero una cosa es jodidamente segura. Que tienen contactos. Tienen hilos de los que tirar, y si quieren baile tendremos que bailar al son que nos toquen. Es así de simple.

Hellmark creía que iba a reventar, pero logró mantener la calma.

—¿Quieres decir que hay más cartas circulando por ahí? ¿Que cada vez va a haber más ricos amenazados?

Ulvgren no dijo nada. Salió del despacho sin decir palabra.

87

—¿Qué haces?

Cuando Fredric entró en el despacho vio que Sten-Inge estaba sentado al escritorio frente a su ordenador.

—Solo vine a buscar unos papeles —dijo Sten-Inge abriendo el cajón del centro.

Estuvo un rato mirando las cosas que había en el interior. Unos sobres abiertos con sus contenido, bolígrafos, una alfombrilla que estaba totalmente negra, una caja de grapas para la grapadora. Una billetera vieja. Ese tipo de cosas pequeñas que probablemente se encuentran en todos los escritorios viejos.

—Los documentos para la declaración. ¿Qué habré hecho con ellos? —Sten-Inge se levantó y le dio unas palmaditas a Fredric en el brazo—. Ya puedes trabajar.

Salió de la habitación.

Fredric permaneció un rato de pie intentando recordar esa foto mental que se guarda en la memoria visual. Tenía la seguridad de que el viejo estaba escribiendo algo. Vio sus manos sobre el teclado. No estaba buscando en el cajón.

El escritorio del ordenador estaba igual que cuando lo dejó. El documento que había titulado *The Swartling Brief* —algo ridículo, desde luego, pero servía como título de trabajo—, estaba minimizado en la parte inferior de la pantalla. Lo abrió. El texto que apareció no era el final del documento. No era la página 230, sino la 112. La página que contenía las primeras sospechas de que había un hombre detrás de Swartling.

¿Había dejado el cursor en la página 112? No lo sabía. Podía haberlo hecho perfectamente. Solía saltar de un lado al otro del texto, desplazarse arriba y

abajo.

¿Qué importancia tenía que su suegro hubiera visto algo, si es que lo había hecho? Fredric le había explicado con detalle en qué consistía el trabajo, no era ningún secreto. Tal vez solo sentía curiosidad.

Fredric abrió el cajón del escritorio. Había también un montón de fotos antiguas suyas y de Martina. Fotos de vacaciones pasadas. Cerca del agua. Con un bebé. Por el peinado de Martina debía de tratarse de Oskar. Una foto de la estación de Borlänge, donde un día se conocieron. La foto la hizo un amigo de Fredric. Él se dirigía al norte, Martina al sur. Ella tenía un aspecto muy lozano, joven y fresco. Le dio la vuelta a la foto. Alguien había escrito «M F E B» a lápiz. Martina y Fredric en la estación de Borlänge. Probablemente Martina le enviaba fotos a su padre y él las guardaba en un cajón.

¿Qué año fue? Debió de ser el 91 o el 92.

Mientras que Fredric se veía a sí mismo de joven, se preguntó qué habría pensado entonces de haber sabido adónde le llevaría la vida. ¿Qué decisiones habría tomado? Se metió la foto en el bolsillo de atrás sin pensar más en el asunto. Era un bonito recuerdo. Cerró el cajón y volvió al ordenador.

Fredric sintió que las mandíbulas se le tensaban del todo. La imagen del rostro de Jojo no le dejaba ya ni un segundo. Y desde hacía unos días le perseguía la idea de que había llegado a olvidarse de lo más importante en la vida. ¿Cómo había podido ir por ahí sin prestar atención a su hija? A veces pasaban días sin que notara su presencia. Cuando todo esto acabase, las cosas iban a cambiar.

Fredric vio bailar las letras en la pantalla. Estaba absorto en sus pensamientos cuando el informante se registró. Se frotó los ojos con una mano rígida.

«Sé lo que te han quitado».

«Lo sé», escribió con dedos tensos.

«Me pregunto si realmente lo sabes. Empieza a resultar peligroso».

«Swartling no parece tener preparación suficiente para manejar algo tan complejo», escribió Fredric.

Transcurrieron tres segundos.

«Alguien por detrás dirige los hilos. Alguien que sabe construir la estructura».

Eso era exactamente lo que pensaba él. Alguien que no quería mostrar su nombre bajo ningún concepto. Tal vez esa figura del Padrino.

«¿Qué sabes?», escribió.

Se produjo una pausa. Supuso que el informante lo estaba pensando.

«Un nombre respetado en la sociedad».

«¿Es una persona conocida, uno de esos que salen en la prensa amarilla y que nunca podría pensarse que tiene conexiones con la mafia?».

«No se lo digas al jefe de la policía ni al ministro de Justicia. Este individuo es alguien que tiene éxito y dinero, aunque no le da mayor importancia. Está entre las capas más altas de la sociedad, pero no tiene necesidad de ser visto. La clave está en que nadie lo conozca».

«¿Lo has visto alguna vez?», escribió Fredric.

«Swartling lo ha visto, pero jamás lo admitiría. Oficialmente es el que aparece en primer plano y seguirá estando ahí. Hay muy pocos en la organización que sepan que existe alguien por encima de él. Se supone que es un secreto. Algunos trabajos solo se hacen para que se vea reforzado. Se supone que la existencia del Padrino podría haberse filtrado, y el propósito de escribir una biografía de Swartling es permitirle que ocupe más espacio. Toda la atención debe centrarse en él. Todos tienen que hablar de él. Ello mantendrá ocupada a la policía durante mucho tiempo».

«Pero…».

¿Pero qué? Algo no encajaba del todo, pero no podía precisar qué era.

«¿Por qué no quiere ser visto?».

«Es mi pequeño secreto».

Fredric reflexionó. Él no tenía los contactos ni el tiempo necesario para verificarlo. No sería capaz de encontrar la verdad sin la ayuda de alguien. Pero, por otro lado, ¿por qué iba a buscar la verdad? No estaba haciendo ningún reportaje de investigación, sino la biografía de un mafioso.

Fredric decidió jugársela.

«Lo único que quieres es llamar la atención. Parece que no tienes mucho que ofrecer, después de todo».

«Cuando hagas la entrega pide que te devuelvan lo que te han quitado. Entonces veremos quién engaña a quién». De repente todo se volvió más confuso aún.

«Haz lo que tienes que hacer».

Fredric se quedó mirando la pantalla un buen rato antes de darse cuenta de que la conexión se había interrumpido. El informante había cerrado la sesión.

«Haz lo que tienes que hacer». Dicho así, incluso parecía sencillo.

88

Hellmark volvió a colgar el teléfono.

Finalmente parecía que la maquinaria se ponía en marcha. Con un poco de suerte, el rescate llegaría justo cuando Ulvgren estuviera a punto de prescindir de él. Un tal Jonas Roos lo acababa de llamar para pedirle una reunión. El hombre hablaba como si las líneas estuvieran interceptadas, y por lo visto así era.

Se trataba de una carta. Se negaba a ir a la policía, y no quería que la policía fuera a su casa. Acordaron reunirse en un restaurante del centro de la ciudad. Esta vez iría todo bien.

Jonas Roos era de mediana estatura e incluso Hellmark consideró que tenía buen aspecto. Pero sus ojos estaban rojos y no dejaba las manos quietas. Unas veces se ajustaba la corbata, otras se abotonaba la chaqueta. Miraba a su alrededor constantemente, como si estuviera en un *thriller* de Robert Ludlum. Sin nerviosismo, consciente de algún modo. A Hellmark lo desconcertaba un poco. Y en cuanto se sentaron le resultó alguien vagamente conocido.

—Es mi esposa la que ha recibido la carta —dijo cuando les sirvieron la perca.

Hellmark asintió. Se preguntó quién iba a pagar ese maldito pescado.

—Piden cincuenta millones.

—Igual que a Roger Axberg.

Roos miró a Hellmark.

—A Axberg no le fue muy bien.

—Entonces no entendimos la gravedad de la amenaza. Ahora sí.

—Ahora la entienden.

Hellmark asintió y se metió una patata en la boca. No estaba mal. Tal vez volviera en otra ocasión. Si era otro quien pagaba.

—Así que…, ¿qué podemos hacer? —dijo Roos.

—No contesten. No pongan ningún anuncio todavía. Enviarán una carta recordatorio, con un mensaje tan agradable como el de la primera.

—¿Una carta recordatorio? No había oído nada de eso.

—La prensa no tiene toda la información. Hemos reservado esa parte para nosotros. Es el único modo de que podamos distinguir las amenazas verdaderas de las inventadas.

Roos miró a la mesa de al lado.

—¿Y su esposa? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Nada bien. ¿Qué ocurrirá después?

Hellmark tragó un bocado perfecto de perca y patata cocida y una salsa fantástica. Bebió un poco de Evian. Sabía a agua con gas, pero la botella era más bonita.

—Después instalaremos a su esposa en un lugar totalmente seguro. Vamos a esconderla donde nadie pueda encontrarla.

Roos lo miró.

—Ella no va a aceptarlo.

—No creo que haya que recordarle que su vida puede estar en peligro.

Roos resopló como si Hellmark hubiera dicho algo gracioso.

—De acuerdo. ¿Y luego?

—Estamos hablando de negociar con delincuentes, por lo que tendrán que tratar con alguno de ellos para asegurarnos de que no van a exigir más.

—¿Por qué iban a aceptarlo? ¿No se trata de seguir sus indicaciones? El dinero ha de enviarse concretamente a las Antillas Holandesas.

—En cuanto se haga el ingreso, ellos desaparecerán —dijo Hellmark—. Son profesionales. Luego enviarán el dinero a diez o quince puntos distintos hasta que perdamos la pista. No podemos seguir el rastro del dinero. Nos llevaría semanas y para entonces ellos se habrán ido. El único modo de echarles el guante es pidiéndoles una reunión.

Hellmark guardó silencio. El pescado estaba realmente rico.

—¿Funcionará? —preguntó Ross.

—No hay garantías. Así que voy a ser honesto. Siempre pueden enviar el dinero y confiar en que los delincuentes no vuelvan con nuevas exigencias. Pero lo habitual es que lo hagan. Por cierto, ¿tienen el dinero?

Roos asintió y bajó la cabeza.

Terminaron el almuerzo con la promesa de volver a reunirse.

Cuando Hellmark iba a levantarse, Roos lo miró con una rara expresión en el rostro.

—¿Cómo está su hermano? —preguntó.

Hellmark se detuvo.

—¿Fredric?

—Me lo imaginaba. Fui a clase con él en Bandhagen.

—¿Promoción del 71?

Roos asintió.

—Y a usted lo vi varias veces. Le saca algunos años, ¿no?

—Del 65. Fredric está bien —dijo sin tener idea de por qué lo había dicho—. Pero no recuerdo el apellido Roos.

Jonas se ruborizó.

—Entonces me llamaba Magnusson —dijo, y acto seguido se marchó.

«Mierda», se dijo Hellmark cuando vio que se había quedado allí con una cuenta de casi seiscientas coronas.

Mientras Jonas Roos caminaba rápidamente hacia su oficina, ubicada al final de Birger Jarlsgatan, no miró ni una sola vez hacia atrás. No soportaba ya más pantomimas. Tenía que decidir qué iba a hacer. Lo del cáncer de Mari lo había pillado por sorpresa.

La carta del doctor Bergström no dejaba lugar a dudas. Se estaba muriendo. Él no había contado con ese imprevisto. ¿Cuánto tardaría en morirse? Podía ir rápido, pero también podía prolongarse. ¿Cómo podía estar seguro? A veces el cáncer remitía. Desaparecía para asombro de todos.

Sus pasos eran largos y decididos y estuvo a punto de que lo atropellara un coche que salía de Brunnsgatan. Se cruzó con gente apresurada que iba y venía de almorzar. Hizo caso omiso. Si levantaba la vista seguro que se encontraba con alguien que conocía, encuentros que no deseaba en absoluto.

Lo de Mari era lamentable, sin duda. Aún mantenía fresco el recuerdo de cuando fue presa del cáncer la vez anterior. Ocurrió solo unos años antes, y probablemente él sufrió tanto como ella. La acompañaba a los tratamientos, la cogía de la mano, lloraba con ella.

Y había sucedido algo con sus sentimientos. Resultaba difícil poner el dedo

en la llaga. Cuando se casaron, la amaba, por supuesto. Debía hacerlo, pues de lo contrario no hubiera aceptado las capitulaciones prematrimoniales. Pero al mismo tiempo no podía recordar bien lo que sentía. No podía evocar esa sensación cálida y maravillosa que la gente decía que uno siente al enamorarse de alguien. Ella era una mujer extraordinaria en muchos aspectos. Era bonita, estaba bien para su edad, muy bien incluso. No era ninguna pija de la alta sociedad. A pesar de haber nacido en una cuna de oro, haber sido educada en un ambiente de lo más esnob, haber ido a escuelas privadas, haber tenido chófer privado, haber viajado por todo el mundo siendo una niña, haber estado en los Alpes, Niza, Kuala Lumpur y Dios sabe dónde más, no por ello se había vuelto una engreída. Era cálida, alegre y extremadamente humilde. Era buena persona por naturaleza.

A él le gustaba. La respetaba.

Pero no la amaba.

Trató de decidir lo que iba a hacer mientras tecleaba el código de acceso en la puerta de la calle. ¿Qué impresión le había causado el comisario? ¿Hasta qué punto era astuto? Jonas no creía que fuera a surgir ningún problema. Hellmark haría sin ninguna duda lo que se esperaba de él.

Que el hermano mayor de un antiguo compañero de clase de Jonas llevara la investigación no dejaba de ser un detalle curioso. Pocos meses atrás conoció a la mujer de Fredric, la cuñada de Hellmark. Hasta eso fue una rara coincidencia. Era como si alguien intentara decirle algo.

Colgó el abrigo y se sentó a la mesa de su despacho. La oficina bullía de vida, de gente que hablaba y reía. Jonas levantó la cabeza en dirección a las risas. ¿Cuándo fue la última vez que se rio? No lo hacía con Mari ni con nadie. Era como si estuviera atrapado en la parte seria de sí mismo. Era taciturno e introvertido.

¿Cómo se había vuelto así?

No lo sabía, pero suponía que había influido tener que hacer el papel de director general de su suegro. ¿Cómo diablos iba a ser feliz con ese viejo colgado todo el tiempo de su cuello? El hombre llamaba un par de veces a la semana con excusas. Tenía más de setenta, joder, ¿por qué no lo dejaba ya? ¿Por qué no podía relajarse y permitir que Jonas dirigiese la empresa? Él hacía bien su trabajo. Lo hacía condenadamente bien.

¿Por qué había asumido todos esos riesgos? Sabía que no debería haber pedido dinero prestado a la empresa, al menos no tanto. Pero ¿cómo iba saber

que el mercado de valores se iba a estrellar como lo hizo? La peor recesión del milenio lo sorprendió igual que a los demás.

¿Cuánto dinero había perdido especulando? ¿Diez millones? ¿Quince?

La verdad era que ya no lo sabía con seguridad. No podía saberlo. Si se hubiera limitado a operaciones normales, los valores se hubieran recuperado con el alza que hubo después. Pero no, había elegido distintos tipos de opciones y derivados que lo mismo podían ser un éxito que quedarse en papel mojado. Lo había perdido todo.

Le vino una idea a la mente. ¿Conservaría su cargo de director general si muriera Mari?

«Error. No *si* muriera. *Cuando* muriera», pensó.

Ya era un hecho indiscutible. Ella iba a morir. Fuera como fuese, no iba a resultar agradable. Consumirse lentamente por el cáncer, quedarse demacrada y perder el cabello; hundirse poco a poco en la niebla de la morfina y no poder soportar el dolor de las últimas semanas. O recibir un tiro en la cabeza.

El problema era que él no podía esperar. Era cuestión de semanas que alguien descubriera el agujero de sus finanzas. Y entonces todo se acabaría para Jonas Roos. Fin de la carrera. Si tenía suerte, se arreglaría con una despedida formal. Los planes de ser económicamente independiente y no tener que mantenerse con el dinero de su mujer se descubrirían en toda su miseria. Porque eso era lo único que quería. Ser libre sin tener que pasar el resto de su vida a base de fideos.

No sabía lo que prefería. Lo único que sabía era que tenía que decidirse.

¿La peste? ¿O el cólera?

Hellmark miraba la pared. El despacho estaba mal ventilado, no quedaba oxígeno. Había sido un día soleado y él no había sido capaz de abrir la ventana, ni siquiera de subir la persiana.

Una vez más repasó las listas de contactos de Claes Ljunggren, Roger Axberg y Mari Roos. No sabía cuántas veces lo había hecho ya, pero ¿qué se podía hacer cuando no había ni una brizna de paja a la que agarrarse? Sundström los había interconectado y había anotado posibles conexiones interesantes.

En la lista de Ljunggren había dieciséis nombres que también estaban en la de Axberg. Y tres de ellos en la de Mari Roos. Las listas era muy largas, sobre todo la de Ljunggren, que tenía más de doscientos nombres. Era imposible

determinar cuántos se podían considerar amigos íntimos. Hellmark pensó por un momento en visitar a la viuda de Ljunggren para repasar la lista, pero algo le decía que sería una pérdida de tiempo.

Ulvgren había estado voceando otra vez y Hellmark hizo lo que le había dicho Alex King: sonreír mucho, agradecer los ánimos que le daban y decir que ahora se sentía mucho más motivado para continuar. Ulvgren al principio se limitó a mirarlo, luego se relajó y se le vio un poco más satisfecho.

Ese consultor de las narices había acertado. Había que joderse.

Pero a Sundström se le había pasado por alto un nombre que aparecía tanto en la lista de Ljunggren como en la de Axberg y la de Mari Roos. Y Hellmark sabía por qué no lo había visto. Era por el apellido.

En la lista de Mari Roos figuraba con el nombre de Jonas.

En las listas de Lunggren y de Axberg figuraba como Jonas Roos.

Jonas Magnusson, el compañero de clase de Fredric de la escuela secundaria.

El comisario lo recordaba como un chico bastante tranquilo. No hacía mucho ruido. Había estado en su casa un par de veces. Pero como Hellmark era seis años mayor no reparó en él. De lo único que estaba seguro era de que le pareció que Jonas era un poco…, bueno, algo maricón.

De todos modos no podía imaginarse a Jonas como director general de ninguna empresa. No parecía que tuviera madera de líder. Era más bien del tipo de los auditores. Un insulso que se detenía en los detalles.

Y en ese momento su mujer estaba amenazada de muerte.

Su hermano Fredric podría haber completado el cuadro de Jonas Roos. Una idea repentina le hizo levantar el auricular del teléfono. Nina contestó a la primera señal.

—Averigua todo lo que tiene Mari Roos.

—Sin problema —dijo Nina preguntándose por qué estaría utilizando el teléfono, ya que había solo diez metros de distancia entre sus despachos.

—Mira también quién la hereda. Testamentos y esas cosas.

—¿Es urgente? Estaba a punto de bajar a entrenar.

—Está bien. En cuanto vuelvas.

Colgó el teléfono. Era solo una medida rutinaria y probablemente no sirviera de nada. Pero empezaba a tener una sospecha acerca de dónde se había metido su hermano.

No es que estuvieran muy unidos, pero eran hermanos. Sus padres llevaban muertos muchos años, así que en realidad solo se tenían el uno al otro. Hellmark

no se había casado, no tenía hijos. ¿Quién iba a preocuparse si él estiraba la pata?

89

Hora de la cena. A Sten-Inge le gustaba cocinar. Aunque bien podía permitirse un cocinero, prefería preparar él mismo la comida. Había hecho un pescado que parecía platija, pero sabía a papel. Y eso siendo benévolo, pensó Fredric, que se comió el soso plato en silencio.

—Es sano —dijo cuando Oskar dejó el tenedor—. Mamá siempre dice que comer pescado te hace más inteligente.

—Pues ella ha tenido que comer mucho porque es muy inteligente —dijo Oskar. Luego miró a su padre y añadió—: Creo que es más inteligente que tú.

Fredric tragó saliva y miró con rabia al plato.

—Quiero que mamá se ponga bien —dijo Oskar con los hombros caídos—. Y echo de menos a Jojo.

Los ojos de Fredric se llenaron de lágrimas. La noche anterior había intentado llamar a Zhigarra otra vez, pero no obtuvo respuesta.

—Jojo volverá pronto a casa —dijo Fredric.

—Mamá tiene razón —dijo Sten-Inge—. El pescado contiene ácidos grasos omega 3, unas grasas similares a las que hay en tu cerebro. Y de hecho funciona mejor si comes mucho pescado.

Oskar lo miró con ojos de asombro.

—¿En mi cerebro hay grasa?

Luego se cogió la cabeza con las manos y se puso a llorar.

Fredric le lanzó una mirada fulminante a su suegro. Se levantó y se puso de rodillas para abrazar a Oskar. Le acarició el pelo.

—El abuelo solo intenta explicar cómo funciona el cuerpo.

—Quiero ir con mamá —bramó Oskar.

Su estado de ánimo se vino abajo. Sin duda Oskar había resistido bastante

bien, pero ahora le salió todo de golpe.

Fredric le había dicho que su madre estaba enferma, pero no le había dicho hasta qué punto ni en qué consistía la enfermedad. Además, Martina había mentido a Oskar acerca de Jojo. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que unos hombres malvados se la habían llevado? En vez de eso le dijo que su hermana se había ido con un amigo a pasar las vacaciones de invierno. Fredric estaba dividido.

—Mamá pronto se pondrá bien —dijo Sten-Inge. Se sirvió más pescado asiático. Luego dejó los cubiertos y miró a su nieto.

Oskar se tranquilizó un poco y finalmente se atrevió a mirar a su abuelo.

—No debes estar triste. Tu padre hace todo lo posible para arreglar las cosas.

Sten-Inge miró a Fredric y este observó que en sus palabras había algo más que estímulo. ¿Un atisbo de acusación? Sin lugar a dudas.

—Mamá pronto se pondrá bien —repitió Fredric sin saber bien lo que decía —. Ahora tengo que trabajar —añadió, e hizo un amago de ponerse de pie.

Oskar no le quería soltar el brazo. Fredric tuvo que dar un suave tirón, añadiendo una considerable dosis de mala conciencia por dejar a su hijo a solas con su insensible abuelo.

90

Su hermano tenía veinticinco años.

El cuerpo había sido encontrado la noche anterior detrás de un restaurante del centro de la ciudad, completamente destrozado. Alguien —más bien algunos — lo había golpeado con un objeto contundente. Cayó sin poder defenderse. Lo hicieron pedazos. Según los informes eran por lo menos cinco, tal vez ocho. Lo mataron a patadas como a un perro. Según la policía tuvieron dificultad para identificarlo. Aconsejaron al padre que no fuera al hospital, pero fue de todos modos.

Ella no entendía por qué la policía había informado directamente al padre. Cuando por la mañana supieron de quién era el cuerpo que habían encontrado en el callejón, no fueron a la casa de la familia. Buscaron al padre en su oficina y le dijeron que su hijo había muerto. Ella lo supo todo a través del padre. Se lo dijo esa misma noche en el despacho.

Su padre estaba sentado con un whisky en la mano. Tenía sesenta años. Había planeado retirarse, dejarle la empresa a su hijo.

—Yo puedo tomar el relevo, papá.

Él tenía los hombros caídos, la cabeza le pesaba. Los surcos de su rostro nunca habían sido más profundos.

—Eres una chica —dijo él.

—¿Qué importa? —contestó ella.

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

Y él se lo explicó. Ella no dudó ni un segundo. Era como si todas las barreras hubieran desaparecido. Él le explicó en qué consistía el negocio, cómo ganaba dinero la empresa, cómo había mantenido él a la familia durante todos

esos años. Cómo era la competencia, qué posibilidades tenía en el futuro. Cuando terminó de hablar, ella se puso en pie y se acercó a él. Se arrodilló y lo rodeó con sus brazos. Él no lloró, pero estaba aún más taciturno que de costumbre.

—Eres una chica —repitió él.

Ella solo había entendido la mitad de lo que le había contado, y tenía muchas preguntas que hacerle. Reflexionó unos instantes.

—No voy a decepcionarte —susurró.

Y él aceptó. Ella tuvo que ocupar el sitio de su hermano.

Tenía el pecho lleno de emociones encontradas. El dolor de haber perdido a un hermano, pero también la felicidad de haber sido aceptada por fin. No iba a decepcionarlo.

91

El viento era cálido. El sol, radiante, le daba cierta esperanza. Las personas con las que Fredric se cruzaba parecían más felices. Los pasos sonaban más ligeros en Estocolmo, como si la ciudad reviviera un poco. Él mismo se atrevió a sentirse optimista por primera vez en meses, aunque no sin cautela. ¿Cuándo empezó a invadirlo realmente la angustia? Quizá cuando encontró al gato. Antes no se tomaba nada en serio. Pero ahora ya estaba saliendo de esa pesadilla. Había pasado el purgatorio. Había terminado el trabajo y sobreviviría.

Llevaba la biografía de Lucas Swartling en la cartera. La historia contada tal y como Swartling quería. Fredric estaba seguro de haber encontrado el equilibrio entre la verdad y la ficción. Lo había revisado todo y estaba satisfecho del resultado. Había cambiado bastantes nombres de personas y de sitios para que Swartling pudiera argumentar sin dificultad que todo era inventado.

Trescientas páginas, a un espacio, en fuente Times New Roman de 12 puntos.

Lo único que ocupaba ahora la mente de Fredric era que iban a devolverle a Jojo. Mientras escribía se había protegido a sí mismo de pensamientos oscuros acerca de lo que podrían estar haciendo con ella, pero ahora se las verían con él. Si le habían tocado un solo pelo, iba a…

¡Oh, Dios…!

Era un periodista del montón, mediocre, medio viejo y medio gordo que no le había levantado nunca la mano a nadie. Apenas era capaz de usar una escopeta de perdigones y se estaba imaginando que entraría por la fuerza en la guarida de los bandidos protegido por el estallido de una granada de mano para liberar a su hija. En la encrucijada se quedaría con la boca cerrada, como le habían ordenado. Si le pidieran que pusiera el culo para darle por detrás y que sintiera

más miserable aún, lo haría sin rechistar. Durante la terrible noche del *whisky* demostró que todo lo que se necesitaba para derrotarlo era una llamada de teléfono.

Estaba en una esquina del centro. Cambiaba de pie cada cinco segundos. Se pasaba la mano por el pelo, se secaba el sudor de las manos en los pantalones.

El Cadillac frenó de golpe frente a él. Los neumáticos se deslizaron unos centímetros en la grava que quedaba en la calzada después del invierno y Fredric dio un salto hacia atrás. No lo había visto venir. El cristal del conductor se deslizó.

—Sube —gruñó Zhigarra.

Fredric vio que echaba hacia atrás una mano para abrir la puerta trasera. Llevaba una chaqueta roja y tenía bolsas debajo de los ojos. Los ojos, negros como granos de pimienta, tenían la misma mirada viciosa de siempre. Detrás iba sentado Lucas Swartling. Parecía estar algo más despejado. Cuando Fredric subió, el coche le pareció muy pequeño.

—¿Has dormido mal? —dijo Fredric a Zhigarra.

Zhigarra lo miró con gesto impertérrito durante más de diez segundos. Cuando Fredric empezó a sudar, le dijo:

—Llevo una semana persiguiendo a un infiltrado, así que estoy de bastante mal humor.

—¿Lo has encontrado?

Zhigarra no contestó, se asomó por la ventanilla a la vez que se introducía lentamente en el denso tráfico.

—Lo encontraremos —dijo Swartling.

El tono de voz era tan leve, tan carente de dramatismo, que bien podría haber hecho un comentario sobre el tiempo. Después de un par de manzanas señaló la cartera que llevaba Fredric.

—¿Es eso?

Fredric abrió la cartera lentamente y sacó lo que había escrito. Swartling lo cogió y lo hojeó. Leyó unos párrafos al azar. Después de tres minutos gruñó y dejó el borrador en el asiento entre ellos dos.

Fredric le entregó el CD.

—¿En Word solamente? ¿No está en PDF?

—El documento no está bloqueado, podéis hacer con él lo que queráis. Llévame con mi hija.

Swartling elevó las cejas y su expresión era de auténtica sorpresa. Observó a

Fredric con interés. Puso el borrador a su lado en el asiento.

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

Fredric trató de respirar con calma.

—Ese fue el trato. Yo terminaría el trabajo y tú me darías lo que me quitaste —dijo mirando a Zhigarra. Después se giró hacia Swartling—. Devuélveme a mi hija. Ya tienes el borrador, la biografía está lista. ¡Llévame con Jojo, por favor! —pidió mirando sucesivamente a los dos.

La expresión de ambos no estaba en consonancia con la situación. Fredric lo sentía en todo el cuerpo. Algo no encajaba.

Zhigarra sacudió la cabeza.

—Tengo algo muy distinto para ti.

Swartling miraba por la ventanilla.

Un millón de pensamientos se alinearon en la mente de Fredric. Se quedó mirando a Zhigarra, como si solo con la fuerza de su mente pudiera obligar al gánster a obedecer.

—Habéis secuestrado a mi hija —dijo en un tono tan bajo que apenas sabía si el sonido había llegado a salir de sus labios.

Swartling volvió la cabeza hacia Zhigarra. Miró unos segundos a su hombre de confianza. Zhigarra no pareció reaccionar, así que volvió a mirar a Fredric.

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

Fredric se llevó las manos a la cabeza y apretó con fuerza las palmas contra sus sienes.

El coche se detuvo.

En la cabeza de Fredric se llevaba a cabo una especie de guerra civil entre la parte de él que se negaba a entender lo que acababa de decir Swartling y la que se daba cuenta de lo que pasaba en realidad.

Swartling no estaba mintiendo.

«Te lo devolveremos cuando termines el trabajo».

Zhigarra salió del coche. En cuestión de segundos estaba al lado de Fredric abriendo la puerta trasera. Fredric fue sacado en volandas del coche.

No entendía lo que veía. Era como una de esas interpretaciones de lectura erróneas. Cuando se lee un texto y se acentúa mal una palabra, de pronto el sentido del texto se vuelve erróneo. Cuando captas el significado no puedes comprender cómo has podido obviar lo evidente. Estaba haciendo exactamente eso: obviar lo evidente.

En la tercera planta del aparcamiento estaba el Audi SUV de Martina.

«Pero si estaba en el garaje, o al menos allí es donde tenía que estar. Ella no podía conducir aquel día. Volvió a casa en taxi. ¿Qué hace su coche aquí?», pensó Fredric.

«Nos hemos hecho cargo de una cosa por ti».

No era posible.

Zhigarra puso algo en la mano de Fredric. Él se miró la palma de la mano y vio un objeto que era sospechosamente parecido a la llave de un coche.

De repente, Fredric recordó que había dejado puestas las llaves del Audi la última vez que lo usó. Tenía prisa. Luego se le olvidó. El coche se quedó abierto en el jardín.

—Hay que ponerle gasolina —dijo Zhigarra señalando el Audi.

«Te lo devolveremos cuando termines el trabajo».

No.

No, no.

Fredric vio que el Cadillac se alejaba lentamente. En cuestión de segundos lo perdió de vista.

Se apoyó en el Audi en el que tanto insistió para que lo compraran. «Es demasiado grande», decía Martina, y a él le parecía que había algo vagamente erótico en todo ello. Apoyó la espalda en la puerta del conductor. Fue resbalando hasta quedarse sentado en el helado suelo de hormigón.

Fredric intentó levantarse, pero se sentía como Bambi caminando a través del hielo. Y esa imagen era todo lo que necesitaba para estallar.

Estalló en carcajadas. La fuerza de los resoplidos hacía que su cuerpo se doblara. Era una risa histérica, muy próxima al grito. Un poco más allá, una mujer se detuvo con la llave del coche en una mano y un niño de cinco años en la otra. Lo miró como si estuviera para que lo encerraran. Y tal vez llevase razón. Tendría que decidirse y buscar un buen psiquiatra.

Apretó las manos con fuerza contra los muslos, atrapados en su inevitable ataque de risa.

«Piensan que estoy loco. Me pregunto por qué», pensó.

Recordó por qué se había venido abajo al mismo tiempo que intentaba recomponerse. Una pierna por aquí, un brazo por allá. Impotente, vio la imagen ante sí; apenas le dio tiempo a recuperarse antes de tener otro ataque de risa.

La mujer sabía bien que no debía entrometerse. Metió al niño en el coche y se marchó. Finalmente las carcajadas de Fredric fueron cediendo hasta convertirse en simples risas furtivas. Le dolían los músculos abdominales, tenía

la visión borrosa y nublada y las mejillas mojadas por las lágrimas.

Sten-Inge llevaba razón.

Ellos no tenían a Jojo.

Entonces, ¿dónde estaba?

92

Ella se detuvo un momento en el pasillo del sótano. Si Korell volvía a aparecer se plantearía seriamente entrenar solo en el SATS. No valía la pena la irritación que le producía su sola presencia. Ya era suficiente con tenerlo en la misma unidad de investigación.

Pasó la tarjeta por el lector y entró en el gimnasio con paso ligero, expectante. Después de un breve calentamiento siguió con los músculos de la espalda y trabajó a fondo la zona sacra en el banco de extensión.

Fue a buscar una pesa de diez kilos y se la puso en el cuello. Un buen sitio para el máximo equilibrio, además ahí era difícil engañar. Había visto a muchos culturistas que hacían trampa meciendo el cuerpo. No se obtenía el mismo resultado que si aislabas el músculo en cuestión, y había menos riesgo de lesión.

Escuchó jaleo un poco más allá. Cuatro o cinco policías de aspecto atlético entraron en el gimnasio y, por supuesto, todos iban a hacer pesas. Nina continuó con los hombros sin prestarles atención. El tono de sus voces era demasiado alto para que sonara natural. Probablemente querían que ella mirara lo que hacían, para impresionarla.

No iba a entrar en el juego.

Dejó que su mente vagara mientras entrenaba y enseguida giró en torno a Alex y su oscuro secreto. Lo único que sabía era que tenía que ver con su hermana. Y que al parecer ya no tenía contacto con su familia. Así que sucedió algo varios años atrás. ¿Qué?

Después de cinco minutos apareció Korell. ¿Qué probabilidades había de que coincidieran a la misma hora tres veces seguidas? Una podía ser casualidad; dos, coincidencia interesante. Tres veces era definitivamente una muestra de algo. ¿Qué estaba buscando?

A ella le quedaban dos ejercicios y luego pensaba terminar con diez minutos en la cinta. Lo mejor era acabar de una vez y marcharse de allí.

Cuando se sentó en el banco de prensa de hombros, Korell se colocó cerca de ella y empezó a hacer el mismo ejercicio y al mismo ritmo. No le hizo caso. Cuando ella fue a la barra de estiramientos, él fue detrás.

¿Sería porque el otro día se negó a aceptar su ayuda? ¿Porque quería demostrar que él estaba por encima de ella físicamente?

Nina no dijo ni una palabra.

Korell la siguió hasta la cinta, ocupando la de al lado, por supuesto. Nina se puso las manos en las caderas, lo miró y levantó una ceja. Korell respondió con una amplia sonrisa, pero tampoco dijo nada.

Para no correr el riesgo de acabar en algún duelo absurdo acerca de quién podía correr más, ella programó la máquina para que se detuviera después de diez minutos.

En lo sucesivo iría al SATS.

Tecleó doce kilómetros por hora y empezó a correr. En muchos entrenamientos se descuidaba el cardio. Por el rabillo del ojo vio que Korell dudó un momento.

Cuando llevaban cinco minutos, Nina sentía que volaba en la cinta. Era agradable correr. Korell jadeaba ya, pero no pensaba rendirse. Nina aumentó la velocidad a catorce kilómetros por hora.

Después de echar un rápido vistazo a la pantalla de Nina, Korell también aumentó la velocidad. Jadeaba cada vez más y corría con la boca abierta. Sus movimientos eran espasmódicos y tensos. Sudaba a mares.

Nina subió a dieciséis kilómetros por hora. Korell seguía sin pronunciar palabra. En el mismo momento que él aumentaba la velocidad a dieciséis kilómetros, Nina atacó. Veinte kilómetros por hora.

Korell ya no pudo más. Se bajó de la cinta y se marchó de allí produciendo un gran estrépito.

Nina no estaba segura, pero le pareció oír que decía «maldita zorra» entre dientes. Ella terminó sin cambiar de velocidad y sintió la tensión en las piernas cuando bajó de la cinta. Se marchó del gimnasio en silencio. Se regañó a sí misma por su estupidez mientras se cambiaba de ropa. ¿Por qué había entrado en el juego infantil de Korell? ¿Por qué no había seguido ignorándolo?

Porque ella se tomaba su entrenamiento en serio, esa era la respuesta. Y porque era una persona competitiva.

Se bebió la bebida proteínica de un trago.

93

Fredric estaba echado encima del escritorio. No tenía fuerzas. No le respondía ni un solo músculo del cuerpo. Sabía que tenía que hablar con Martina. Pero ¿de dónde iba a sacar la energía?

—Tal vez debas ir a la policía de todos modos —dijo Sten-Inge.

—¿Y qué voy a decir? —murmuró Fredric.

—Dirás que Jojo se ha perdido.

—Me preguntarán por qué he esperado tanto tiempo para denunciarlo. Hacerlo ahora solo empeorará las cosas.

—¿Puede haber algo más grave que tu hija haya sido secuestrada por el mayor sindicato del crimen del país? ¿Cómo va a empeorar eso?

Sten-Inge lo miró con sus ojos brillantes y claros. Otra vez esa expresión impasible. Fredric se dio cuenta de que al anciano le temblaban las aletas de la nariz. Puso las manos sobre el escritorio y sus dedos empezaron a tamborilear sobre el tablero de caoba.

—Tal vez… haya sido el propio Padrino el que se ha llevado a mi hija —dijo Fredric, que todavía se sentía estúpido hablando de un Padrino.

Sten-Inge frunció los labios.

—Piénsalo —continuó Fredric—. Este capo ha descubierto que lo conozco. No quiere que el mundo sepa de su existencia. ¿Qué hace entonces? Intenta evitar que rebusque más. ¿Qué mejor manera que atacando a mi familia? Típico de la mafia.

Sten-Inge sacudió la cabeza lentamente.

—Si existiera un capo…, ¿por qué complicar las cosas? ¿Por qué no quitarte de en medio sin más?

—Porque entonces yo no hubiera podido terminar la abominable biografía de

Swartling —dijo levantando las manos—. El ego del Padrino no es tan grande como el de Swartling. Este quiere que lo vean; el Padrino no. Swartling necesita que lo respeten por ser el gánster más importante. El Padrino no; quiere trabajar en silencio.

—No es verdad —dijo Sten-Inge.

—¿Por qué?

—Según lo que has dicho de Swartling, él tampoco tiene necesidad de que lo vean —dijo Sten-Ingen poniéndose en pie—. A ese hombre que está entre bastidores no van a encontrarlo nunca, si es que existe, cosa que dudo. Si se ha mantenido tanto tiempo oculto, no creo que se le pueda seguir ahora el rastro.

Sten-Inge salió de la habitación. Fredric giró la silla y lo miró mientras salía.

Las conclusiones del viejo eran lógicas. Después de analizarlas un momento, Fredric coincidió con él.

Su mirada se fijó en algo que había en el sillón en el que StenInge había estado sentado. Fredric se acercó y cogió un teléfono móvil. Lo miró durante un rato mientras consideraba las opciones. Miró a su alrededor, escuchando. La casa estaba en silencio. Se metió el móvil por dentro del pantalón y se bajó la camiseta. Fue al cuarto de baño y cerró la puerta con llave. Mientras le brotaba el sudor de la frente, sacó el móvil y levantó la tapa.

Buscó los mensajes. Nada. Completamente vacío. O el hombre era demasiado mayor para utilizar SMS o tenía cuidado de borrarlo todo. Las carpetas de Recibidos y Enviados estaban vacías.

Se dejó caer en el inodoro e intentó pensar en algo constructivo.

«No hay ningún capo».

Fredric siguió buscando. La lista de llamadas estaba llena. Fue desplazándose hacia abajo. «Jonsson. Casa. Municipalidad. Alguien que se llamaba Helge. Taller. Banca telefónica. Servicio al cliente de la compañía del agua. Fredric. Guardería».

¿«Guardería»?

Tal vez el viejo tuvo que ir a buscar a Oskar alguna vez cuando era pequeño.

Luego vio algo que le hizo contener el aliento. Miró las cifras. No era un número sencillo, sino una larga fila de números en un orden totalmente ilógico. Fredric lo reconoció por una sencilla razón. Últimamente lo había marcado unas cuantas veces.

Sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón vaquero. Buscó el número. Efectivamente. Estaba en la S de sinvergüenza.

O en la S de Swartling.

Fredric estaba más que asustado. Se sentía totalmente noqueado. Una larga fila de piezas del rompecabezas había encajado y él tenía los nervios a flor de piel.

No había visto lo obvio.

¿Cómo le llegó realmente este encargo? Lo llamó Linderborg, de la agencia de periodistas, ofreciéndole un trabajo. Afirmó que acababa de recibir su currículum y en ese mismo instante se había puesto en contacto con él una persona que quería que le escribieran una biografía. Dos casualidades reunidas en la misma mesa.

Ello debió requerir una planificación por parte de alguien muy hábil. Un experimentado líder empresarial.

En realidad era sumamente sencillo.

Toda la luz centrada en Swartling, y cuando saliera el libro surgirían un montón de preguntas. Se podrían dedicar páginas y páginas a especular sobre lo que era o no cierto. Pero ¿por qué era tan importante ahora si nadie conocía al Padrino?

Sten-Inge tenía razón en un punto. El ego de Swartling no era tan grande como parecía.

Fredric se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer para encontrar una de las claves era mirarse en el espejo.

¿Por qué precisamente él? Porque conocía gente. Porque tenía un hermano que era comisario de la policía judicial. Porque podía tener pistas de lo que sabía la policía. Porque si ejercían en él más presión de la habitual —secuestrar a su hija, por ejemplo—, haría lo que le dijeran.

¿Tal vez el siguiente paso sería obligarlo a revelar información sobre las investigaciones judiciales? Pero ni Swartling ni Zhigarra parecían saber lo de Jojo.

Por lo tanto debía ser el propio Padrino quien estuviera detrás de ello. No había otra explicación.

¿Con qué estaba trabajando Gabriel en ese momento? Ni idea. Tal vez estaba rastreando al Padrino. Lo siguiente que hiciera bien podría ser husmear en torno al asunto para recuperar a Jojo. Había leído acerca de la mafia. Ellos nunca aflojaban. Pero ¿podría Sten-Inge secuestrar a Jojo? ¿Podría hacer algo así a su propia nieta?

Fredric fue a escondidas por la casa en busca de pruebas. Se detuvo en la escalera que llevaba al dormitorio de Martina y miró las fotos que estaban colocadas en la pared perfectamente alineadas. Fotos de los padres de Martina. Fotos de ella de pequeña; algunas tomadas por familiares, otras en algún estudio fotográfico.

En una de las fotos se veía a Sten-Inge con un pez enorme en una mano y una caña de pescar en la otra. Fredric ya había visto la foto antes, pero siempre se había fijado en el pez. Cuando volvió a mirarla se dio cuenta de que había tenido la respuesta delante de sus narices todo el tiempo. Sus ojos lo decían todo. Ese era el verdadero Sten-Inge Johansson. Cuando quería algo, lo tomaba.

¿Cuánto sabía Fredric de la infancia de Martina? Habían ido juntos a la misma clase durante varios años y él nunca se paró a pensar en su familia. Su madre murió bastante pronto, pero aparte de eso no sabía casi nada. Tan solo estaba Sten-Ingen, el padre.

Fredric dio unos pasos más y se detuvo en otra foto. Una fiesta en el jardín. Mucha gente. Muchos de ellos rodeando a Sten-Ingen, como si fueran sus guardaespaldas.

¿Sería…?

Fredric recordó una cena familiar a la que asistió al principio de su relación con Martina. Había muchas personas, todas reunidas alrededor de Sten-Inge. Parecía que todo se detenía cuando él hablaba. Fredric estaba seguro de que todos ellos eran del mundo de los negocios. De hecho estaban allí por distintas razones.

Miró la foto.

El perfil.

Se parecía tanto. El hombre era bastante más joven, no tenía barba; vestía traje y pesaba veinte kilos menos. Pero sin duda era él.

94

—¿Se ha venido a vivir aquí? —dijo Hellmark mirando a Alex.

Alex se encogió de hombros.

—Creía que podía ser útil —dijo mirando a Hellmark y a Nina sucesivamente.

Luego compartieron un almuerzo tardío en el comedor de la comisaría. Alex había dicho en la entrada que tenía algo que resolver en el despacho de Nina. Los vigilantes comprobaron que Alex no figuraba en la lista oficial de visitas y no cesaban de llamar para pedirle que abandonara el edificio.

Nina sabía perfectamente por qué se había presentado sin avisar y no tenía nada en contra. Se notaba que a ella gustaba estar con él tanto como a él con ella. Hellmark parecía no darse cuenta de que entre ellos había algo más que una relación profesional. Aunque el comisario no tenía nada que hacer en ese asunto, Alex sentía curiosidad por lo que tuviera que decir.

—Jonas Roos se cambió el apellido —dijo Alex.

Hellmark se limpió la boca y dijo:

—Le avergonzaría tener un apellido tan común como Svensson.

—En realidad era Magnusson —dijo Nina.

—No todos los que tienen apellidos que acaban en «son» se los cambian —dijo Alex dejando a un lado los cubiertos. No podía más con ese pescado insípido.

—¿De dónde procede el suyo? —dijo Hellmark—. King no es tan común en este país.

—Pero sí lo es en Francia —dijo Nina.

—¿En Francia? —preguntó Hellmark mirando a Nina pensativo—. ¿Entonces habla francés? —dijo dirigiéndose a Alex.

—Sí. Ni siquiera me llamo Alex King. Me llamo Alexandre King —dijo pronunciando el nombre con acento francés.

Nina se rio y le tendió la mano como si él fuera a besársela a modo de saludo.

—*Enchanté* —dijo ella aleteando las pestañas.

—*Ton sourire fait ma journée* —dijo Alex.

Hellmark miró a Nina como si se hubiera vuelto loca. Luego se volvió hacia Alex, que se había dado cuenta de que el comisario estaba intentando armar el rompecabezas. Alex sonrió para sus adentros. «Después de todo son policías», pensó.

—En Suecia hay varias personas que se apellidan King —dijo Alex para distraer a Hellmark—. No es tan raro. Pero me pregunto una cosa. No hemos encontrado a su hermano porque en todos los registros de hotel lo hemos buscado por Hellmark. ¿Y si no hubiera utilizado ese apellido?

Nina se dio cuenta de que Alex se escabullía con elegancia, como solía hacer cuando alguien le preguntaba por sus antecedentes.

Hellmark enderezó levemente la espalda.

—Enseguida iremos a eso. Antes quiero saber cómo están las finanzas de la familia Roos.

—De acuerdo —dijo Nina—. He encontrado algunos datos interesantes. Mari Roos posee una fortuna, cientos de millones.

Hellmark silbó en voz baja.

—¿Cientos de millones?

—Depende de cómo se calcule. Según algunas estimaciones podría tratarse de casi mil millones.

—¿Mil millones?

A Hellmark, que procedía de una familia humilde en la que se miraba con cierta sospecha a la gente de dinero, le resultaba difícil imaginarse la suma.

—He consultado sus declaraciones de la renta, pero no lo reflejan todo. Revisando los libros de acciones de las empresas familiares y mirando los valores actuales de las acciones, la cifra puede ser mucho mayor. Además tiene varias propiedades por todo Estocolmo. El valor catastral de las mismas es de cien millones, pero en el mercado puede ser cinco veces más, no tengo ni idea.

—Y si la asesinaran, ¿dónde iría el dinero? ¿A Jonas? Si eso no es un motivo, no se me ocurre qué podría serlo.

Nina sacudió la cabeza.

—Capitulaciones prematrimoniales. Si ella muriera, él heredaría cincuenta millones.

—¿Y si se separaran?

—Nada —dijo ella sonriendo.

Se quedaron unos minutos mirándose el uno al otro.

—La pregunta es si él es capaz de planear algo con tanta frialdad —dijo el comisario—. Recuerdo al joven Jonas como un cobarde, y ahora también me lo ha parecido. Pero podría contratar a un sicario, claro.

—¿Quiere decir que los dos asesinatos anteriores podrían haber sido cortinas de humo? —dijo Alex.

Hellmark se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Cuando comprobé la declaración de Jonas no vi nada de dinero. Percibe un buen sueldo, casi dos millones, pero no tiene patrimonio. No puede permitirse pagar tres asesinatos. Y no creo que alguien como Bobby Zhigarra acepte un pago a plazos —dijo Nina.

Hellmark asintió.

—Si va a cobrar cincuenta millones cuando ella muera sí que puede permitírselo. Pero ¿quién sabe cuánto tiempo tardará? En ese tipo de herencias hay riesgo de procesos judiciales dependiendo de la causa de la muerte —dijo pensando en Magnus Odebjer, y notó que estaba frunciendo el ceño.

—¿Quién gana viendo muerto a Ljunggren? Su esposa. Y tal vez la hija renuncie a la herencia. La mujer de Axberg lo heredará íntegramente, ya lo sabemos. Pero se trata de menos dinero —dijo Nina como si pensara en voz alta —. Menos de uno o dos millones. En el caso de la señora Ross, algunos estarían dispuestos a llegar lejos. Muy lejos.

Hellmark tamborileó en la mesa con sus enormes dedos.

—Pero ¿cómo coño se ha puesto Jonas Roos en contacto con Bobby Zhigarra?

—A través de amigos de amigos de amigos —dijo Alex—. No puede ser completamente imposible.

—En la vida real no es tan fácil como en la tele. Si Jonas Roos tiene tratos con los Ángeles del Infierno, puedes contar con que lo van a aprovechar. No es nada seguro que lo dejen salir.

—¿Y si alguien estuviera haciéndole chantaje? —preguntó Nina—. Tal vez haya hecho algo.

—Como recordarás, es a su esposa a la que están chantajeando. La que tiene dinero es ella. Tú misma lo has dicho.

—¿Y si hubiera pedido dinero prestado para poder pagar a Zhigarra?

—Pero ¿lo de Zhigarra es seguro? —preguntó Alex.

Hellmark y Nina sacudieron la cabeza.

—No estamos seguros de nada —dijo Nina—. Como policías, tenemos que estar abiertos a cualquier posibilidad. Pero todo apunta en su dirección.

—Deberíamos hacer un seguimiento de los contactos de Jonas Roos —dijo Hellmark mirando a su alrededor—. Pero no va a ser fácil. Convendría asustarlo un poco, supongo. ¿Qué ha comentado de Fredric? —preguntó dirigiéndose a Alex.

—Que podría haberse registrado en un hotel con otro nombre.

—¿Qué otro nombre iba a utilizar? Tiene que demostrar su identidad. Afortunadamente, en este país hay que hacerlo en todas partes.

—¿No hay moteles, hostales o sitios por el estilo donde no sean tan rigurosos? —dijo Alex.

—Seguro que sí —dijo Nina.

—Pues id a comprobarlo —dijo Hellmark—. A ser posible cuanto antes. Si el consultor tiene tiempo, claro —dijo dirigiéndose a Alex.

Alex asintió.

—Por supuesto —dijo dirigiéndole una amplia sonrisa a Nina, que también le sonrió.

—Fuera de aquí.

Los miró mientras se marchaban. Llevaba muchos años en la policía y reconocía una actitud sospechosa en cuanto la veía.

«¿Qué está pasando aquí?», pensó.

95

Fredric levantó la cabeza de la almohada, sobresaltado. Miró el móvil. Las dos y media.

Se levantó. La oscuridad de la habitación era compacta. Alumbró con el teléfono a su alrededor. La pantalla lanzó un resplandor azul por el mobiliario.

Fue hacia la puerta con pasos silenciosos y se asomó. Cuando salió de la habitación en la planta baja, percibió las dimensiones de un modo distinto y sintió sobre sí todo el peso de la enorme casa. Se llevó una mano al pecho y se percató de que su corazón latía con fuerza.

Sten-Inge había estado dando vueltas y haciendo un montón de ruido, arreglando la cocina, viendo la televisión en la sala de estar junto a la puerta de entrada, hablando por teléfono en varias ocasiones. Fredric llegó a pensar que el viejo estaba custodiando la puerta principal, que hacía ruido a propósito para indicar que estaba ahí, por si a alguien se le ocurría intentar algo.

Sin embargo Fredric tenía su propio plan. Por la tarde logró meterse en la cocina y trituró diez pastillas de antihistamínico en un mortero y luego las echó en el yogur que sabía que Sten-Inge iba a darle a Martina. Siempre se tomaba un yogur antes de acostarse, sin excepción. Y quien no tomaba antihistamínicos con regularidad reaccionaba con cansancio a sustancias como la loratadina.

Si todo había funcionado, Martina estaría profundamente dormida en ese momento.

Fredric se frotó la cara al pie la escalera. La barba le raspó las palmas de las manos. ¿Oskar o Martina primero? El efecto de las pastillas no era seguro al cien por cien. Ni siquiera sabía si lo era al cincuenta por ciento. Si iba primero a por Martina, ella podía negarse y montar una escena. En cambio, si iba a por Oskar corría un riesgo. El chico sin duda estaría dormido, pero compartía pared con su

abuelo.

Se decidió por Martina y subió la impresionante escalera. Al llegar arriba fue hacia la derecha todo lo deprisa que pudo. Su habitación estaba al fondo y cuando abrió la puerta oyó su pesada respiración. Se acercó a la cama y retiró la colcha con cuidado. Deslizó una mano debajo de la cabeza de ella y otra por debajo de las rodillas. La levantó en un momento.

—¿Eh? —dijo Martina en un débil gemido.

La sacó de la habitación. Tenía que llegar lo más lejos posible por si se despertaba. Estaba ya abajo al final de la escalera cuando ella masculló:

—¿Fredric?

Arrastraba las palabras, semiinconsciente.

Él no respondió. Acababa de darse cuenta de que había olvidado las llaves. Se dirigió al ala izquierda de la casa, donde estaba su habitacion. Empezó a notar el peso de Martina en sus brazos, pero la adrenalina le dio fuerzas insospechadas.

La dejó con cuidado en la cama y cogió rápidamente su chaqueta. Las llaves se le salieron del bolsillo y cayeron al suelo, produciendo un ruido ensordecedor. Apretó los dientes y cerró los ojos.

Tanteó en la oscuridad y en un par de segundos encontró las llaves. Se las metió en el bolsillo del pantalón vaquero y volvió a levantar a Martina. Ella no dijo nada.

Al minuto siguiente se encontraban frente a la puerta principal y notó que los brazos se le estaban poniendo rígidos. Empujó la puerta. Nada. Agarró el pomo y por un momento pensó que estaría cerrada. Pero se abrió y salió al frescor de la noche.

No habría más de un grado o dos de temperatura, y un ligero viento le dio en el rostro. Martina temblaba en sus brazos, y entonces se dio cuenta de que lo único que llevaba puesto era un fino camisón.

Bajó a Martina casi a la altura de sus caderas, abrió la puerta trasera del coche del lado del conductor y se las arregló para meterla sin mayores tropiezos.

—Fredric, deja de… —dijo Martina con voz temblorosa.

—Confía en mí —dijo—. Vuelvo enseguida.

Cerró la puerta con suavidad. Ahora no iba a permitir que nada se interpusiera en su camino. Volvió corriendo a la casa. La puerta estaba abierta de par en par debido al viento. Se armó de valor y entró con mucho cuidado. Escuchó con atención, pero no se oía ningún ruido.

¿Y la chaqueta? Se había olvidado de coger la chaqueta, donde llevaba la cartera y las llaves de su casa. Sin ella lo tendría difícil cuando saliera de allí. Fue a su dormitorio y la cogió. Tiró de ella y maldijo lo mucho que crujía el cuero.

Por segunda vez esa noche, Fredric subió de puntillas la escalera, aunque esta vez se iba secando el sudor de la frente. La camisa se le pegaba a la espalda. Volvió a doblar a la derecha y entró en el cuarto de Martina. Cogió deprisa algo de ropa, la amontonó y se la puso debajo del brazo.

Luego fue a la habitación de Oskar. La puerta chirrió un poco. Se coló dentro. Oskar tenía una lámpara de noche encendida. Un metro más allá de la puerta Fredric le dio una patada a algo y un dolor agudo le atravesó el dedo del pie y la pierna. Se mordió los labios para no gritar.

«¡Lo que me faltaba, joder!», pensó.

Un maldito juguete.

Arrastró las plantas de los pies en dirección a la cama. El suelo estaba lleno de cosas de Oskar, como era su costumbre.

Fredric palpó la colcha. Dejó la ropa que llevaba para Martina a los pies de la cama y chocó con algo. Un pie tal vez, pero muy pequeño y de una suavidad singular.

Metió la mano por debajo de la colcha y sacó un oso de peluche.

Fredric entreabrió la puerta de Sten-Inge. La habitación estaba a oscuras y en silencio. Contuvo la respiración unos segundos y escuchó sin éxito.

«Tengo que actuar deprisa», pensó.

El dormitorio era enorme, como todo lo demás en esa casa. Entre dos ventanales había una gran cama doble. Se arrastró hasta llegar a los pies de la cama. Solo tardó un par de segundos en ver a Oskar, que dormía en la cama de la izquierda. ¿Se habría metido allí furtivamente por la noche o lo habría llevado su abuelo? Si Oskar se sentía solo o no podía dormir, ¿por qué no fue a la habitación de su padre? El pensamiento le producía dolor.

Se inclinó hacia delante, atento a la mínima señal de que alguien aparte de él estuviera despierto en la habitación. Las pesadas respiraciones le aseguraron lo contrario. Apartó el cobertor de Oskar y levantó a su hijo.

A los pocos segundos estaban fuera de la habitación.

Oskar solía dormir como un lirón y esa noche no era una excepción; no se

movió mientras Fredric bajaba corriendo la escalera. Cuando se quiso dar cuenta, Oskar estaba a su lado en el asiento delantero del Mercedes y él, sentado al volante.

Fue a pulsar el botón de arranque y oyó que Martina decía:

—Tengo frío.

La ropa de ella. Se la había dejado en la cama de Oskar.

Volvió a entrar en la casa, miró a su alrededor, subió la escalera por tercera vez en un cuarto de hora, se abrió paso entre las piezas de Lego y los coches de juguete y cogió la ropa de Martina. En ese momento se encendió la lámpara del techo.

Se giró con sorpresa deslumbrado por la luz. En el umbral de la puerta vio al viejo.

Fredric entrecerró los ojos. Sten-Inge no hizo nada, solo se quedó ahí de pie mirándolo, con las manos en los bolsillos de la bata. Por un momento a Fredric se le pasó por la cabeza que en alguno de los bolsillos llevara un arma.

Fredric se enderezó.

—Esto es exactamente lo que parece —dijo.

Sten-Inge dio un paso. Su voz era suave pero muy clara.

—¿Has pensado en las consecuencias?

Fredric tragó saliva.

¿Pensado? ¿Lo había hecho? ¿Se había parado a reflexionar?

Por supuesto que no. No reflexionaba nunca, y ¿por qué iba a hacer ahora una excepción? Cogió con firmeza la ropa de Martina.

—No intentes detenerme.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Exactamente —dijo Fredric sin saber en realidad lo que significaba.

—Fredric, las cosas no son como piensas. No tienes clara la situación. Haz algo inteligente por una vez. Piensa en tu familia. Piensa en Martina.

—Eso es lo que hago. Los protejo de ti.

Sten-Inge levantó las cejas, y Fredric estaba tan excitado que le pareció ver cierta sorpresa en su mirada. Fue hacia la puerta, apartó a su suegro y bajó corriendo la escalera. Se detuvo en la puerta principal. Sten-Inge no lo siguió, se quedó en lo alto de la escalera, pero pudo oír claramente su voz como si estuviera a su lado.

—Siempre habrá consecuencias.

Fredric lo miró fijamente.

—¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias? —Luego dijo entre dientes—: Voy a revelarlo todo. Todo.

Luego salió de la casa.

Cuando se metió en el coche se dio cuenta de que estaba temblando. Sintió una extraña sensación de frío en el pecho. Puso en marcha el motor. En cinco minutos estaban de camino.

«Siempre habrá consecuencias».

96

Alex miró a su alrededor. El enorme despacho estaba dominado por un gigantesco escritorio. Los sillones eran imponentes. La alfombra seguramente medía cinco por cinco metros. Era fácil sentirse pequeño allí adentro.

Nina miró a Alex por el rabillo del ojo. ¿Qué relación había entre ellos? Ella en realidad ella no tenía planeado aparecer el viernes por su apartamento. Fue una especie de impulso, pero no se arrepentía. Sin embargo pensaba que después él iba a llamarla. Lo consideraba casi un *gentleman*, pero tal vez su miedo a la proximidad era más fuerte que su educación.

—¿Cómo es que no nos dijo la última vez que estuvimos aquí que Fredric se había marchado con su familia en mitad de la noche? —preguntó Alex.

Sten-Inge Johansson suspiró profundamente.

—Me negaba a admitir que nuestra relación se había cortado. Dije algunas cosas bastante desagradables cuando se marcharon. Estaba enfadado porque puso en peligro a la familia.

Nina y Alex intercambiaron una mirada rápida.

—¿Así que Fredic se negó a escuchar su consejo? —preguntó Nina.

Sten-Inge Johansson se puso a mirar por uno de los ventanales. En el jardín había un coche antiguo de tamaño mediano. Un elegante cupé. De la década de los sesenta.

—Creo que pensaba hacer algo realmente estúpido. Y estaba decidido.

—¿Sabe de qué se trataba? —dijo Nina.

En esa ocasión sus preguntas eran más directas que la vez anterior que estuvieron allí. Alex ya la había preparado. «Olvídate de los buenos modales. Ve al grano. Presiónalo».

—Ya le había entregado el borrador a Swartling, y este estaba satisfecho. Si

entendí bien a Fredric, escribió la biografía exactamente como él quería.

—¿Qué significa eso?

—Que describió a Swartling como un buen líder que había convertido su organización en una máquina eficaz.

—¿Y por qué Fredric iba a cometer una estupidez? —preguntó Nina—. Según lo cuenta, tendría que haber recuperado a su hija en ese momento, ¿no?

—Tenía otra teoría. No estoy seguro de que abandonara realmente la idea de lo del Padrino.

Alex arqueó una ceja y asintió.

—¿Qué dijo? —preguntó Nina.

Johansson se apartó del ventanal y fue hacia el escritorio. Se sentó en la silla y se recostó en una postura cómoda.

—Solo son tonterías.

Alex se dio cuenta de que Johansson estaba tranquilo, pero había algo en su lenguaje corporal que no encajaba. Estaba demasiado tranquilo. Debería estar inquieto, preocupado; tendría que mostrar sentimientos. Pero no lo hacía. ¿Por qué?

—Sí, desde luego. Pero ¿qué dijo? —repitió Nina.

—Que había alguien detrás de Swartling. Alguien que dirigía todo el submundo sueco, y que era quien se había llevado a Jojo.

—¿Y usted no lo cree?

—Usted es policía —dijo Johansson mirando a Nina—. ¿Lo es?

Nina se apoyó en la mesa con los nudillos.

—Sí, y por eso soy la que hace las preguntas.

«Bravo», pensó Alex.

—¿Dónde está el material del libro? —preguntó Nina.

—Cuando bajé por la mañana se había llevado el ordenador y todos sus papeles.

Alex se acercó a la mesa y se dirigió a Johansson:

—No están en su casa. No están aquí. Fredric no ha llamado a su hermano. Se supone que ha recurrido a algún conocido, pero ¿quién iba a alojarlos sin preguntar por la niña?

Johansson se encogió de hombros.

—Entonces están escondidos —dijo Nina.

—¿Cuánto tiempo pueden permanecer en su escondite? —preguntó Alex a Johansson sin dejar de observar su reacción.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió.

Y ahí estaba, la mirada furtiva hacia arriba y a la izquierda que revelaba que estaba ocultando algo. Un mentiroso habitual mentía lo menos posible, se ajustaba a la verdad todo lo que podía, pero mostraba detalles importantes. Entonces, ¿qué era lo que no encajaba?

—¿Pueden permitirse vivir en un hotel varias semanas? ¿Sabe si tienen dinero? —preguntó Nina.

Johansson la miró.

—Desconozco su situación económica.

—Vamos —dijo Alex.

—Creo que Martina gana bastante.

—¿Y Fredric? —preguntó Alex—. Es un profesional independiente y al parecer no siempre tiene trabajo. Además, los periodistas no ganan mucho que digamos.

—Revisamos su hipoteca —dijo Nina.

Johansson no dijo nada. Tenía la espalda tan recta como siempre.

—¿Sabe lo que encontramos?

—No.

—Créditos que no podemos verificar sin una orden judicial, pero ¿qué hipoteca no es un dato público? En el Registro de la Propiedad consta que hay una hipoteca sobre la vivienda de Täby que asciende a ochocientas mil coronas.

—¿Es mucho eso?

—Bastante poco para una casa que costó cinco millones. Hace ocho años.

Alex no sabía adónde quería llegar Nina, pero era interesante estudiar las reacciones de Johansson. Evidentemente, este sabía que había una pregunta a la que tendría que responder al final del razonamiento, pero no pensaba colaborar.

—Dos coches. Un Audi de seiscientas mil y un Mercedes más caro aún. Ambos comprados al contado el año pasado.

Johansson se encogió de hombros.

—Ella trabaja mucho.

«Ahora estoy seguro de que miente», pensó Alex.

Johansson levantó uno de los hombros unos centímetros. Alex esperaba que el discurso le saliera bordado. Típico de los mentirosos, al sentirse presionados se ponían a fabular para hacer más creíbles las mentiras. Pero cuanto más se apartaban de la verdad, más difícil se hacía.

—Martina hace muchas horas extras —dijo Johansson—. Trabaja duro, ha

generado mucha actividad. Es muy productiva, sin duda saca dividendos de la compañía.

—Las horas extraordinarias no explican todo esto —dijo Nina.

Johansson se quedó mirando a Nina a los ojos durante un rato largo. Tan largo que resultó incómodo para los tres.

—Tal vez yo les haya dado algo de dinero de vez en cuando.

—¿Algo de dinero? —dijo Nina retirándose un mechón de la frente.

—Los ayudé a empezar —dijo Johansson—. Ahora se las arreglan perfectamente por ellos mismos.

Se oyó que alguien golpeaba una puerta en alguna parte de la casa. Johansson se puso de pie.

—¿Hemos terminado?

—Tengo un par de preguntas más —dijo Nina.

—Entonces tendrá que disculparme un momento.

Johansson desapareció y le oyeron abrir la puerta de la calle. Luego oyeron que se cerraba. En alguna habitación de la casa se perdieron unas voces casi inaudibles y se cerró otra puerta.

97

Alex se acercó al ordenador que estaba en el otro extremo de la habitación. Tocó el ratón y la pantalla parpadeó.

—¿Notas que se comporta de un modo distinto a la vez anterior?

Nina asintió.

—Parece estresado. De repente no quiere colaborar —apuntó.

Alex abrió el navegador.

—Está mintiendo. Él aporta la mayor parte de los ingresos de la familia. Seguro que tiene un montón de dinero del que puede prescindir. ¿Millones tal vez? —continuó Nina.

Alex hizo clic en la pestaña del navegador donde se almacenan las páginas visitadas. Aparecieron las últimas veinte páginas.

Llevó el cursor a la línea donde estaba el nombre de la búsqueda. Hizo clic una vez.

—¿Qué significa esto? —dijo.

—Pero ¿qué estás haciendo? —dijo Nina mirando hacia la puerta—. Puede volver en cualquier momento.

Se acercó al ordenador y se puso tan cerca de él que le rozó la cadera. Llevaba un perfume distinto. Una vaga sonrisa en los labios.

—«Virus en el sistema nervioso». ¿Por qué habrá buscado eso?

En Google, hizo clic en «Buscar»: 1150 resultados.

El primer resultado se llamaba «netdoktor.passagen.se». Abrió la página.

«Neuritis vestibular».

—Alguno de ellos está enfermo —dijo Nina.

Alex leyó en voz alta:

—«El virus en el sistema nervioso o neuritis vestibular es un trastorno del

sistema vestibular, la parte del oído interno que ayuda a controlar el equilibrio de nuestro cuerpo. Está causado frecuentemente por un virus que daña el nervio vestibular, que manda mensajes de movimiento y equilibrio entre el oído interno y el cerebro».

—Fascinante —dijo Nina volviendo a mirar en dirección a la puerta.

Él cerró Google y se apartó de la mesa.

—¿Por qué querrá saber más sobre esta enfermedad?

Se oyeron pasos en el pasillo. Johansson se despedía de alguien. Alex y Nina fueron rápidamente hacia el ventanal y se pusieron a mirar el coche antiguo. Alex conocía el modelo, pero no se acordaba del nombre.

—Es un Facel Vega.

Alex se volvió.

—Francés, del 57. Totalmente equipado. Typhoon con motor Chrysler Hemi bajo el capó. En su tiempo era el cuatro plazas más rápido del mundo.

—Es muy bonito —dijo Nina.

—El único del país —dijo Johansson con gesto triste. Apartó la vista del coche con ojos brillantes—. ¿Qué era lo que quería saber?

Nina miró a Alex durante unos segundos.

—Nos preguntamos si deberíamos buscar en los hospitales. ¿Cómo estaban cuando se marcharon?

—Todos estaban bien. Me inclino más por que huyeran de algo. Tal vez toda la familia haya sido secuestrada.

Alex asintió mirando a Johansson.

—¿Se cambió Martina el apellido cuando se casó con Fredric? —continuó Nina.

Johansson pareció sorprendido por la pregunta. No dijo nada, pero se le escapó un suspiro de fastidio.

Alex se dirigió a él con una sonrisa:

—En realidad no están casados, ¿verdad? ¿Tiene usted algo que ver en todo eso?

Una vez en el coche, Nina lo puso en marcha en cuanto cerraron las puertas.

—¿Toda la familia secuestrada? Ni él mismo se lo cree.

—Como has dicho antes, no quiere colaborar. Pero no es solo eso. Parecía estar pensativo, casi triste.

—Hay otra cosa. ¿Recuerdas cuando estuvimos aquí la otra vez? Le pregunté si llevaba mucho tiempo viviendo aquí y me dijo que cuarenta años. Cuando le eché un vistazo a la casa de Fredric y Martina en el Registro de la Propiedad busqué también esta —dijo señalando la casa de Johansson a través de la ventanilla del coche.

—¿Y qué encontraste?

—Se equivocó en unos años. Compró la casa hace cuatro años, no cuarenta.

—¿Por qué mentir sobre algo así?

—¿Qué quieres decir?

—De pronto Johansson reconoce que Fredric y su familia han estado viviendo aquí. Admite que discutieron. Que él más o menos asustó a Fredric y se marchó. Pero dice que de eso ya hace tiempo.

—No es cierto —dijo Nina—. Si su nieta está secuestrada y el estúpido de su yerno se escapa por la noche con su hija, se hubiera preocupado y habría hecho algo.

Ella lo miró.

—Un mentiroso habitual miente lo menos posible. Se mantiene tanto como puede cerca de la verdad. Pero una cosa es segura: donde hay una mentira hay varias mentiras.

—¿Tu teoría? —preguntó Nina.

—La familia estaba aquí cuando vinimos la vez anterior.

—Y por eso nos llevó al jardín de invierno a pesar del frío que hacía. No quería que nos diéramos cuenta de que había gente en la casa. O tal vez hacía poco que Fredric se había marchado.

Nina iba conduciendo a toda velocidad en dirección a la ciudad. Alex se agarraba más de lo normal a la puerta. Apretaba los pies contra el suelo del coche, pero evitó decir nada.

—¿Con qué hotel empezamos? —preguntó él.

Sin apartar la mirada de la carretera, Nina dijo:

—No podemos hacerlo nosotros, tardaríamos una eternidad. Tengo que pedir ayuda.

—¿No están todos ocupados con esos asesinatos?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, claro. No sé qué vamos a hacer. Ni siquiera estoy segura de que en los

hoteles nos contesten si les preguntamos por teléfono. Cualquiera puede decir que llama de la policía.

Alex vio el mechón que volvía a caer sobre la frente de Nina. Se lo había retirado ya al menos veinticinco veces, pero en esa ocasión no se lo apartó. Estaba guapísima.

—Si analizamos lo que sabemos de Fredric y Martina, tal vez la búsqueda se vea reducida. Si se han ido a un hotel porque no quieren quedarse en casa por algún motivo…

—Fredric cree que va a ocurrir algo en su casa. Su hija está secuestrada y piensa que el resto de la familia está amenazada.

Alex asintió.

—Sí, estoy de acuerdo. De modo que si se esconde en un hotel por motivos de seguridad…

—Es posible que no haya hecho bien su trabajo. Es del tipo amarillo. No concluyen nada. ¿No era así? —lo interrumpió Nina.

—Los amarillos necesitan ayuda para llegar a la meta. Pero lo más probable es que no se esconda en un albergue ni en un hotel de tres estrellas…

Nina giró la cabeza hacia él.

—Es periodista. Ha descubierto algo de Swartling y ahora este intenta quitárselo de en medio.

Alex esperó. Si ella no escuchaba, él no pensaba hablar. Al ver que no contestaba, ella volvió a girar la cabeza.

—¿Y bien?

—Puede ser —dijo sonriendo—. ¿Dónde crees que se han escondido?

Ella frunció los labios.

—Humm, en un hotel de lujo, ya que a Fredric le gusta tener a su alrededor un ambiente agradable.

—Suena razonable. Pero ¿dónde?

—Sabe que tiene que esconderse. Habrá utilizado el documento de identidad de Martina para registrarse. Cree que los compinches de Swartling buscan a alguien de apellido Hellmark, no Johansson. Es amarillo. Tiene imaginación. Pero es práctico.

Se acercaban a Estocolmo. Ella giró el volante y tomó una curva a demasiada velocidad. Maldijo en voz baja y controló el coche. Alex pudo agarrarse al asiento y se quedó rígido hasta que el coche se estabilizó.

—¿Dónde resultaría más práctico esconderse? —preguntó Alex.

—En el extrarradio, ya que hay muchos sitios para elegir. Podrían buscarlo durante semanas antes de encontrarlo. Y no creo que lo busquen en los hoteles elegantes, ya que ellos nunca se esconderían ahí.

—¿Cuál es el último sitio donde debería esconderse si realmente no quisiera que lo encontraran?

Nina dudó un momento.

—Como policía, empezaría a buscar por el centro de la ciudad y luego iría abriendo el círculo. Así que debería descartar el centro.

—Pero lo perderías si buscaras el apellido que no es, y luego te alejarías cada vez más.

Nina miró a Alex.

—¿Estás diciendo lo que pienso?

—Haz todo de modo diferente. Haz lo que menos se espera. Y la fuerza de Fredric está en que es creativo.

—Piensa en diagonal. ¿El centro? —preguntó Nina.

—¿Cuál es el hotel más lujoso de Estocolmo?

—¿Hablas en serio? Es demasiado sencillo.

Nina aparcó en la zona de taxis del hotel Sheraton. Un taxista tocó el claxon y levantó un puño con el dedo corazón estirado. Nina se bajó y fue andando hasta el taxi negro. Se detuvo a la altura del conductor y le dijo:

—Baja el cristal.

El conductor pulsó un botón y Alex vio divertido el momento en que ella le enseñaba la placa antes de que al otro le diera tiempo a soltar más improperios.

—¿Hay algún problema? —dijo Nina frunciendo la frente.

El conductor miró el semblante sombrío de ella, sacudió la cabeza, se puso las manos en las rodillas y se hundió en el asiento.

Entraron en el hotel. El vestíbulo era grande y lujoso. Vidrio, alfombras gruesas, asiáticos por todos lados. Parecía que había una convención y los japoneses habían tomado posesión de la sala de espera.

Nina fue derecha al mostrador de recepción y le enseñó la placa a la mujer que estaba detrás.

—¿Qué habitación tiene Martina Johansson?

La mujer miró a Nina y luego a Alex, pero no dijo nada.

Alex se puso al lado de Nina. Sonrió.

—Tiene una pistola —dijo señalando a Nina.

La mujer resopló. Seguro que pensó que era el colmo de la impertinencia. Tecleó algo en su ordenador después de dirigir una sonrisa de disculpa al japonés de pelo gris que ahora miraba a Nina fascinado. Ella debía de medir veinte centímetros más que él.

—Habitación 812 —dijo la recepcionista.

Nina se volvió y fue hacia los ascensores. Alex la siguió.

En el ascensor la miró de reojo.

—¿Has pensado lo que vas a decir?

Ella sacudió la cabeza.

—Él no es sospechoso de nada, pero voy a intentar llevármelos de aquí.

—¿Y si no quiere?

Ella sacudió los hombros.

—En tal caso tendré que improvisar.

—¿Quién es? —se oyó decir a un hombre tras la puerta.

—Su almuerzo, señor Johansson —dijo Nina con un tono de voz tan dulce que Alex levantó ambas cejas. Era una mujer de mucho talento.

—No he pedido nada —dijo la voz al otro lado de la puerta.

—Invita el hotel. Esta semana celebramos el aniversario.

Alex sonrió más que satisfecho.

La puerta se abrió.

—Hola, Fredric —dijo Nina.

Fredric la miró con la boca abierta.

98

La mirada de Fredric pasó de Nina a Alex y viceversa. Se palpó el bolsillo superior de la camiseta y comprobó que la tarjeta que abría su habitación estaba allí. Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—No venís de parte de Swartling. Él enviaría al psicópata.

—¿Te refieres a Robert Zhigarra?

Fredric asintió, pero no dijo nada.

—Soy policía —dijo Nina—. Trabajo con tu hermano.

Fredric la miró con desconfianza.

—¿Cómo puedo saber que no es una trampa?

Nina sacó la placa y la sostuvo delante de Fredric, más o menos como lo había hecho con el taxista. Dejó que la mirara detenidamente. La mayoría de los suecos no han visto nunca una placa policial en la vida real, pero Fredric parecía satisfecho de todos modos.

—¿Quién eres tú? —preguntó a Alex.

Alex hizo un gesto con una mano.

—Yo ayudo.

—Es consultor —dijo Nina—. Fue él quien te encontró.

—¿Me encontró?

—Es una larga historia —dijo Nina, y le lanzó una mirada a Alex. Luego se dirigió a Fredric—: Tenemos que hablar.

Encontraron un rincón en el vestíbulo y se sentaron detrás de una columna. Cuatro amplios sillones. Alex se sentó enfrente de Fredric. Nina al lado de Alex, de cara a la entrada.

Alex miró detenidamente a Fredric Hellmark, sobre el que tanto había reflexionado los últimos días. No se parecía en nada a su hermano. Era más o menos de la estatura de Alex, delgado pero con unos incipientes michelines. Camisa arrugada. Barba de tres días por lo menos. Bolsas de cansancio bajo los ojos. Movía las manos sin cesar y miraba todo el tiempo a su alrededor.

—¿Con quién estás en la habitación? —preguntó Nina mirando hacia el techo.

Fredric jadeó.

—Con mi mujer y mi hijo —dijo volviendo a mirar a su alrededor.

—Pensamos que tu hija puede haber sido secuestrada, pero no estamos seguros.

Fredric la miró con ojos brillantes. Tragó saliva varias veces.

—¿Puedes confirmarlo? —dijo Nina.

Fredric desvió la mirada. Se limpió uno de los párpados.

—¿Quiénes la han secuestrado? —continuó Nina.

De pronto, las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Fredric. Alex pensó que estaba viviendo bajo un estrés más grande del que ellos habían imaginado.

—Fredric —dijo Nina—, sabemos que has estado en contacto con Lucas Swartling. El crimen organizado vive de amenazar y de asustar a las personas. Les ha sucedido a otros antes que a ti. Pero, si es así, necesitamos saberlo para poder ayudarte.

—No lo sé —dijo Fredric limpiándose el rostro con el dorso de la mano—. No lo sé —repitió mirando a Alex.

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó Alex—. ¿Quiénes la han secuestrado?

Fredric asintió y se secó los ojos. El sonido de un gemido entrecortado salió de él. Nina y Alex se miraron.

—¿Puedes acompañarnos a la comisaría? —dijo Nina—. No podemos iniciar una investigación en condiciones sin una denuncia formal.

Fredric asintió.

—Por supuesto —dijo, y se cruzó de brazos mirando a un lado.

Alex lo observó. Algo iba mal. No había duda de que Fredric estaba estresado y agotado; huía de un sindicato mafioso y no tenía ni idea de dónde ni con quién estaba su hija. Pero ocultaba algo.

—¿Hay algo más? —dijo Alex.

—No —respondió Fredric rascándose la nuca.

Mentía. Alex sabía que la gente que miente suele tocarse la nuca. Casi todos intentaban apartar la atención de la cara, pero lo de la nuca era un signo evidente. Y otro mentiroso en el mismo día era demasiado.

—Al principio tu suegro no nos dijo que estabais viviendo en su casa —dijo Nina—. No lo hemos sabido hasta hoy. ¿Por qué crees que nos lo ocultó?

Fredric tragó saliva y miró a su alrededor. Se tocó el cuello, cambió la mirada de Alex a Nina sucesivamente.

—Tengo que hablar con mi mujer. Ha estado enferma.

—¿Un virus en el sistema nervioso? —preguntó Alex.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Fredric levantando las cejas.

Alex se encogió de hombros.

—Solo es una suposición.

—Acompáñanos a la comisaría —insistió Nina—. Si la amenaza es real podemos protegerte.

—Antes quiero hablar con Martina. Luego lo contaré todo. Hay cosas de las que no tenéis ni idea.

—¿Acerca de qué? —preguntaron Nina y Alex a la vez.

—Tengo información que algunos no quieren que salga. Gente peligrosa. Hay ciertos datos que debo verificar, pero pronto lo revelaré todo.

—Supongo que te refieres a la biografía de Swartling. ¿Está terminada? —dijo Alex.

Fredric asintió despacio. Fue su reacción al comprender que Alex estaba al tanto.

—No del todo. ¿Soy sospechoso de algo?

—No —dijo Nina suspirando.

—Entonces voy a volver con mi esposa. Luego os llamaré y hablaré.

Se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza a Nina y luego a Alex. Lo vieron alejarse hasta que entró en el ascensor. Después se miraron el uno al otro, asombrados.

Fredric contempló su cara demacrada en el espejo del ascensor mientras subía a la octava planta. Intentó relajar los músculos, ponerla en reposo absoluto. Por más que lo intentaba, no conseguía ver paz en su rostro. Tenía la expresión de alguien que sufre un tormento profundo y secreto.

Creía que había sido muy hábil, pero esos dos lo habían localizado en menos de un día. ¿Cómo podían saber lo de la biografía?

No le quedaba más alternativa. A su casa no podían ir, y Martina se estaba despertando y exigiría volver allí.

Tenía que decirle la verdad. La verdad acerca de su padre, que estaba involucrado en negocios ilegales. La verdad de que bien podría haber tenido informado a Swartling sobre lo que él hacía y dejaba de hacer. La verdad respecto a que había escrito dos versiones de la biografía. Una inofensiva, totalmente acorde con los criterios que le habían exigido, en donde la información más sensible estaba oculta por cortinas de humo tan densas que sería imposible sacar conclusiones acerca de ellos en sentido estricto. Pero también tenía una versión llena de material candente y citas textuales de Swartling. Una versión que este nunca permitiría que llegara a la prensa. Una versión por la que era probable que matara para que no saliera a la luz.

El ascensor se detuvo produciendo un leve tintineo. Se dirigió a la habitación. Aún no tenía claro si ponerse en contacto con Gabriel, ahora que ya estaba al tanto de lo que sucedía. Si no había otra salida, haría lo que la mayoría hubiera hecho desde el principio.

Fredric se detuvo delante de la habitación 812 y sacó la tarjeta para abrir la puerta.

Primero hablaría con Martina. Dependiendo de cómo se lo tomara ella, decidiría. Tenían que recuperar a Jojo. Pero cuando lo lograran, sí, entonces la situación sería distinta.

Abrió la puerta y entró de nuevo en la oscuridad. La puerta se cerró tras él con un ruido sordo.

99

La sicario verificó la reserva de los billetes. Actualizó la página y confirmó el vuelo a Miami. Estupendo. Sabía que el trabajo acabaría pronto y ella ya tenía planificada su partida. El cliente le había dado un plazo de tres días y después podría marcharse.

Llevaba veinte años viajando y había visitado más de cincuenta países por cuestiones de trabajo. Había llegado la hora de tomarse unas vacaciones. Hasta el verano no aceptaría ningún encargo. Luego ya vería. Probablemente esa vieja inquietud se apoderara de ella y enviara pequeñas señales a sus contactos haciéndoles saber que estaba de nuevo en condiciones de actuar.

Cerró el ordenador.

Quedaban dos por matar.

—La carta llegó ayer —dijo Jonas Roos mirando a su esposa.

Estaban en su casa de campo en Roslagen, una propiedad que había pertenecido a la familia Roos durante generaciones. El jardín era enorme y estaba completamente oculto a la vista.

—Bien —dijo Hellmark volviéndose hacia Alex.

Hellmark había pedido a Alex que lo acompañara a casa de los Roos porque quería tener una segunda opinión, saber qué pensaba él de la pareja. Alex aceptó. En el viaje de camino a Roslagen, Alex le hizo un resumen de cómo habían encontrado a Fredric.

—Me alegro de que por fin haya aparecido.

La reacción de Hellmark fue sorprendente serena.

—Es genial. Así podré preguntarle algunas cosas.

Alex miró a Hellmark de reojo.

«¿Eso es todo? Aquí hay algo raro», pensó Alex.

—Por lo que vi, tiene un problema que aún no sabe cómo resolver. Pero dice que antes hablará con su esposa —dijo.

—¿No lo acompañaba ella?

—Al parecer estaba enferma. Se quedó en la habitación.

Hellmark suspiró.

—Primero veremos a Roos. Quiero averiguar quién sale beneficiado en este asunto. Cuando resuelva esto llamaré a Fredric e intentaré hablar con él. Debería contestar, ahora que sabe que lo hemos encontrado.

Guardó silencio.

«Algo muy raro».

Alex miró por la ventana. La vista era magnífica. El lugar estaba en alto y el sol iluminaba el paisaje de un modo único. Se volvió hacia Mari Roos.

—Es importante que hagamos esto con mucho cuidado. No creo que pueda hacer suficiente hincapié en la importancia de que hagan exactamente lo que les pedimos. La persona que buscamos sabe lo que hace. No dejará nada al azar.

Mari Roos se tocó un pendiente y apoyó una mano en la pierna de su marido. Estaban sentados en un salón con vigas de madera en el techo. Todos los muebles eran macizos y oscuros, estaban tallados y parecían de una sola pieza. Encima de la mesa había una bandeja. Sobre la misma se veían cuatro copas y una botella que contenía algo marrón.

—Suena como si supiera de quién se trata —dijo Mari mirando a Alex un instante.

Hellmark había presentado a Alex como consultor. Al parecer a nadie le resultó extraño. Nadie hizo preguntas.

Alex sacudió la cabeza.

—No sé quién es. Pero sé algo de cómo funciona esa persona. Cómo piensa.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Jonas irritado.

—Es mi trabajo —dijo Alex escuetamente, echándose hacia atrás en la silla.

No sonrió, sino que dirigió su mirada a Mari Roos.

Hellmark fue quien tuvo la idea de que se reunieran en Roslagen. La comisaría estaba descartada después de lo ocurrido con Axberg, al igual que el chalé de los Roos. Si alguien hubiera querido seguirlos hasta allí, ya se habrían

enterado. El comisario desplegó varias patrullas civiles a lo largo del camino. Cuando todos le informaron de que no los habían seguido, ordenó registrar la casa buscando dispositivos electrónicos de escucha. No quiso correr ningún riesgo.

—¿La carta? —dijo Hellmark con voz apagada.

Jonas Roos le tendió un sobre blanco. Hellmark lo abrió.

—«Si no confirma el acuerdo, será ejecutada», leyó.

Lanzó una mirada a Alex, que a su vez miró a Mari Roos.

—¿Señora Roos?

—Llámeme Mari —dijo ella sin mirar a Alex.

—¿Cómo se siente?

Ella se volvió hacia él.

—Supongo que como cualquiera en mi situación.

Él se inclinó hacia delante y apoyó una mano en su brazo.

—Vamos a solucionarlo. No va a morir. Al menos no por este motivo.

Ella sacó un pañuelo lentamente y se lo llevó a los ojos. Alex la miró con curiosidad, ya que no le veía lágrimas. Hellmark hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Alex lo siguió al pasillo.

—¿No era eso innecesario? —dijo Hellmark.

—Hay algo que no encaja —dijo Alex.

—¿Qué?

Alex sacudió la cabeza.

—No lo sé. Ella no está bajo los efectos de nada. No ha bebido ni ha ingerido drogas, de eso estoy seguro. Pero no se toma esto en serio. Su lenguaje corporal es… erróneo.

Hellmark frunció el ceño.

—¿Su lenguaje corporal es erróneo? ¿Es eso lo que no encaja? Tal vez no entiende la gravedad de la amenaza.

—Es consciente de que dos personas que recibieron la carta fueron asesinadas. Ejecutadas.

—¿Quién sabe cómo piensan estas señoras de clase alta? —dijo Hellmark—. ¿Nos va a causar problemas?

—Es algo distinto.

Hellmark regresó al salón, volvió a sentarse junto a la mesa y le indicó a Alex que hiciera lo mismo.

—Ahora estamos convencidos de que estamos tratando con los verdaderos

chantajistas. Vamos a poner un anuncio en el mismo periódico. Ustedes les dirán que están de acuerdo, pero que exigen una reunión en persona para discutir las condiciones.

Jonas asintió con la mirada puesta en Alex.

—Después ellos volverán a ponerse en contacto con ustedes —prosiguió Hellmark—. Tal vez por carta.

—¿Por qué iban a enviar una carta? Parece algo antiguo.

—A veces los métodos antiguos son los mejores. Podemos seguir el rastro de una carta, pero requiere tiempo. Sin embargo, el correo electrónico y los SMS dejan un montón de huellas electrónicas. Sin conocimientos avanzados de informática es mejor utilizar el correo ordinario.

Alex sintió que algo revivía en su interior. Llevaba tanto tiempo metido en la rutina que casi había olvidado lo que era hacer frente a un verdadero desafío.

—Todo es una negociación —dijo—. Y la negociación tiene que ver con el poder. El que tenga más poder ganará la partida. Porque esto es un juego. Ni siquiera estamos seguros de que la amenaza sea real.

—Han dicho que se trata de los autores de los otros dos asesinatos.

—Esos casos pueden haber sido cortinas de humo —dijo Hellmark con suavidad mirando a Mari.

—¡Maldita sea! —exclamó Jonas golpeando la mesa con la palma de la mano.

Alex y Hellmark se miraron.

—Hay que planteárselo como un juego —continuó Alex—. El asesino tiene el poder de castigar. Puede dispararnos a todos nosotros desde lejos. Ustedes tienen el poder de pagar. Disponen del dinero. ¿Tienen ambas cosas el mismo peso? Depende de quién se beneficie más con el acuerdo. Por lo general, gana el que está en una situación de poder más fuerte y pierde el que está más ansioso por llegar a la meta en ese momento. Es por lo que nos negamos a negociar con delincuentes, ya que queremos tener el factor tiempo de nuestro lado. Cuanto más cerca se está de la fecha límite, más concesiones se hacen.

Hellmark levantó las cejas. Eso parecía extraído casi literalmente de la normativa para negociaciones policiales.

—A alguien que no está interesado en llegar a un acuerdo eso no le afecta. Se mantiene tranquilo. Y es difícil ejercer cualquier poder real sobre esa persona —dijo Alex volviéndose hacia Mari—. Porque no le preocupa cómo acabe la negociación.

Ella bajó la mirada.

—Mari, queremos esconderla a usted y a su marido. No se preocupe, lo haremos de un modo que nadie podrá encontrarlos. Cuando ellos se den cuenta, querrán negociar —explicó Hellmark.

Jonas asintió con la cabeza.

—¿Dónde? —preguntó.

—Podemos facilitar la dirección, pero no deben decírsela a nadie —dijo Hellmark—. Es de suma importancia.

Jonas volvió a asentir.

—Por supuesto.

—¿Mari? —dijo Alex—. Para poder hacer nuestro trabajo tenemos que saberlo todo. ¿Hay algo que no nos haya dicho?

Lo que quería saber era si Jonas tenía o no motivos. Todos sabían que el marido era el principal sospechoso en este caso. Pero ella los sorprendió a todos.

Los Roos intercambiaron una rápida mirada.

—No tiene nada que ver con eso —dijo Jonas.

—Tengo cáncer de mama —dijo Mari—. Me quedan dos meses de vida.

Alex miró al suelo unos segundos antes de mirarla a ella.

—Lo siento mucho. Pero sin duda comprenderá que hay que hacer lo que dice el comisario. Es el único modo de atrapar al que está detrás de todo esto. Un asesino.

Ella asintió.

Cuando volvían en el coche, Hellmark dijo:

—¿Cómo diablos lo sabía?

—No lo sabía —dijo Alex—. Pero había algo en el lenguaje corporal de ella. Estaba demasiado tranquila, demasiado silenciosa. No nos miraba a los ojos.

—Espero que no haya ninguna bala perdida.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Alex—. ¿Podría ocurrírsele a ella alguna estupidez si sabe que no tiene nada que perder? Tal vez fuera conveniente quitarle el teléfono móvil para que no le diga a nadie adónde van. Nunca se sabe. Pero hay algo más. El marido. Su arrebato estaba preparado. Sabía que iba a perder los estribos desde que empezamos. Se limitó a esperar el momento adecuado.

Hellmark se volvió hacia Alex, a pesar de que ya iban a ochenta por hora.

—¿Qué significa eso?
—No lo sé —dijo Alex señalando la carretera—. La verdad es que no lo sé.

100

Fredric se apoyó en la encimera de la cocina y se quedó mirando una taza de café frío. En cierto modo se sentía decepcionado. Había pasado muchas semanas trabajando en la biografía, dedicándole su tiempo y energía. Y ahora que había terminado, se sentía vacío.

En la habitación del hotel, cuando Martina se despertó, empezó a vestirse con esa serenidad que solía tener cuando estaba muy enfadada.

En realidad solo había dicho una cosa: «Llévame a casa».

Fredric no se atrevió a discutir. Si un puto consultor lo había encontrado en un solo día, otros podían hacerlo, así que ¿por qué prolongar lo inevitable? Trataría de convencer a Martina de que hablara con su padre. Si Sten-Inge estaba envuelto en todo ese asunto, tal vez pudiera protegerlos de Swartling. Todo era un embrollo infernal del que no sabía cómo salir.

Pero aún no había logrado enfrentarse a ella. Una vez en casa, Martina se encerró en el dormitorio y se negó a hablar con él.

Fredric se quedó escuchando en la casa. Ni un ruido. Oskar se había quedado en casa de un amigo. Querría estar con alguien de su edad después de diez días en compañía del abuelo. Fredric se las arregló para mantener las apariencias y fingir que todo era como antes.

Se tomó lentamente el café frío. En realidad esperaba que StenInge apareciera con un montón de exigencias. Se dio cuenta de que su suegro había mantenido en secreto su existencia como líder del grupo durante treinta o cuarenta años. No iba a arriesgarse ahora a que lo descubrieran. A pesar de tener ochenta años, no contemplaba la posibilidad de pasar sus últimos años entre rejas.

Pero no ocurría nada. No llamaban a la puerta. El teléfono estaba en silencio.

Fredric puso la taza en el lavavajillas, fue a su despacho con las piernas entumecidas y encendió el ordenador. Inició sesión en el Messenger.

Hizo clic en la dirección de su informante anónimo.

Transcurrió un minuto. Fredric sintió que un sudor frío le corría por debajo de las axilas.

«Hola, escritor».

Ahí estaba.

«¿Sabes quién se ha llevado a mi hija?».

«¿No dijiste que había sido Swartling?».

¿Lo había dicho? No lo recordaba.

«Estaba equivocado».

«Entiendo. ¿Cómo ha ido con la biografía?».

«Está terminada. El problema es Jojo. No sé dónde está».

«¿Has entregado el borrador?».

«¡Sí, joder!».

«¿Qué versión?».

Fredric jadeó. De modo que sabía que había más de una.

Fredric nunca hubiera llegado a la verdad sin su informante, lo que significaba que él estaba cerca de Swartling. ¿Y si era Zhigarra? No podía evitar tener la sensación de que chateaba con alguien que conocía. O al menos con alguien que lo conocía a él, que no era lo mismo.

¿Qué ganaba el informante revelándole algo tan secreto a un periodista? Si habían logrado mantener a su maldito Padrino en el anonimato durante tanto tiempo, ¿por qué decidía ahora airear el asunto? ¿Qué motivos podía haber?

«La que quería Swartling», escribió.

«Pero tienes otra, ¿verdad?».

«Es posible».

«Una que contiene la verdad sobre Swartling».

«Puede que tenga información que no he utilizado».

«¿Por ejemplo? ¿Ha robado a la organización?».

«Alguien lo ha hecho», escribió él.

Fredric dudó si contar todo lo que sabía. Le pareció que Swartling había robado dinero cuando le habló de sus grandes planes secretos, por supuesto, pero se había comportado… más o menos honestamente con él. Duro pero honesto. La voz interior que le recordó que Zhigarra era la mano derecha de Swartling lo contuvo.

«Lamentable lo de tu hija. ¿Dónde has buscado?».

«No sé dónde buscar», respondió Fredric, y sus dedos tropezaron en el teclado. «No he llamado a la policía. Creía que erais vosotros», añadió después de dudar un instante.

«¿Qué dice tu mujer?».

Cielo santo, ¿cómo se tomaría la noticia? Le extrañaba que no hubiera preguntado por Jojo cuando le contó que el borrador estaba listo. Debía de estar más enferma de lo que él creía.

«Está desesperada, como podrás imaginar», escribió. «Absolutamente hundida».

«Entiendo».

«He hecho todo lo que tenía que hacer. Escribí la biografía, fui un buen periodista. Y si no me devuelven a mi hija… No, mi mujer tal vez nunca supere esto. Ella es una víctima de todo este embrollo».

«¿Qué decías de ese borrador?».

«Que está terminado. Entregado».

Transcurrió un minuto.

«¿Admitió él que había robado dinero a la organización?».

Fredric se enderezó. Se dio cuenta de algo. El que enviaba los correos no era ningún delator. Era alguien que seguía instrucciones de Sten-Inge. Ahora encajaba todo. Lo que su informante le había dicho, contaba con el beneplácito de Sten-Inge. Ahora lo entendía. Tal vez fuera el visitante nocturno que oyó aquella vez en la casa.

¿Por qué no darle lo que quería y comprobar si la teoría era correcta? En realidad él no tenía ningún motivo para defender a Swartling.

«Se quedaba con dinero. Lo hizo durante años. Millones».

«¿Dijo cómo lo hacía?».

Fredric miró la pantalla. Tenía que hablar con Martina.

«¿Qué coño importa eso? De todos modos vas a echarte atrás. ¿O ha sido todo mentira?».

La respuesta tardó diez segundos en llegar.

«¿Fredric?».

«¿Qué?».

«¿Puedes venir al dormitorio?».

Soltó el teclado como si quemara. Se puso de pie de un salto y se quedó mirando la pantalla azulada del ordenador.

Se llevó las manos a la cabeza e intentó no gritar.

Swartling no esperaba tener esa conversación.

Suspiró profundamente.

Había llegado el momento de dar el paso decisivo y tomar otro camino. No podía esperar más. No quería esperar más. Era mejor hacerlo ahora que despertar un día con un cuchillo clavado en la garganta.

Estaba sentado junto a su escritorio con las palmas de las manos apoyadas en el tablero. La superficie estaba limpia. Todos los papeles minuciosamente guardados en distintos archivos y carpetas.

Había dejado los vaqueros y la camisa negra en el armario. Vestía traje gris claro, camisa blanca y corbata negra. Se acariciaba la barbilla todo el tiempo, fascinado aún de sentir la piel desnuda tras afeitarse la barba. Se quitó los llamativos anillos que había usado tantos años. El único que llevaba ese día era la alianza que le puso Dolores cuando se casaron hacía diez años.

Por eso, cuando vio a Bobby Zhigarra entrar en el despacho de su casa sintió algo raro en el estómago. Swartling estaba descontento con su forma de comportarse. De hecho tenía una larga lista de observaciones sobre su conducta. Con cualquier otro empleado se habría limitado a aplicar ciertas medidas correctivas, pero, por alguna razón, estaba decepcionado y algo desilusionado con el modo en que había evolucionado Zhigarra.

Lo que confundía a Swartling era precisamente que estaba decepcionado. Debía de tener algún sentimiento por su colega, o amigo, o lo que fuese que hubiera entre ellos.

Cuando Swartling vio que Zhigarra cerraba la puerta y, con su habitual seguridad en sí mismo, avanzaba por la gruesa alfombra y se sentaba en el sillón de cuero que había delante del escritorio, se preguntó cómo reaccionaría ante lo que iba a decirle.

—¿Vas de boda? —preguntó Zhigarra sonriendo y señalando la ropa de Swartling.

Como de costumbre, Zhigarra llevaba pantalón negro, chaqueta negra y polo negro. Su pelo oscuro estaba perfectamente peinado hacia atrás, cubriéndole la cabeza. Con unas gafas de pasta se le podría tomar por un modelo publicitario. Si no fuera por la cara carnosa y la mirada algo demencial, por supuesto.

Swartling se preguntó por qué no lo había visto antes.

—No —dijo.

—¿No qué?

Swartling habló lentamente.

—No, no voy a ir a una boda.

Guardó silencio, miró a Zhigarra y dejó vagar sus pensamientos un instante. Zhigarra lo miró y pareció preguntarse qué pasaba.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Vamos a hacer un pequeño viaje tú y yo. Quiero que conozcas a alguien.

Zhigarra sonrió.

—Eso está bien. ¿De quién se trata?

Swartling bajó la vista al tablero de la mesa. Reflexionó. Luego levantó los ojos.

—Hace muchos años conocí a un hombre que me salvó de una situación difícil y desde entonces estoy en deuda con él. Nunca pude devolverle el favor. Él en cambio me ofreció trabajo, por lo que mi deuda con él es doble.

—¿Cuál era la situación difícil?

—No me interrumpas.

Zhigarra se encogió de hombros.

—Ese hombre se encargó de que tuviera trabajo durante muchos años y me dio la posibilidad de demostrar de lo que era capaz cuando nadie más creía en mí. Dejó que me encargara de parte de su actividad, mi responsabilidad fue en aumento y yo hice todo lo que pude para estar a la altura de sus expectativas y demostrar que era merecedor de la confianza que tenía en mí. Como comprenderás, mi lealtad hacia él era bastante grande. Y aún lo es.

—¿Es a quien vamos a ver?

Swartling se levantó y se abrochó la chaqueta hecha a medida.

—¿Está implicado Jonas o no? —dijo Hellmark cuando iban en coche hacia el centro de la ciudad.

Alex sacudió la cabeza.

—No lo sé. Lo único que sé es que este asunto no es tan simple como parece. Quien haya planeado todo esto, no ha dejado ningún cabo suelto. ¿De verdad no hay manera de encontrar a ese Zhigarra?

Entonces fue Hellmark el que sacudió la cabeza.

—Como si se lo hubiera tragado la tierra. Tengo a quince hombres en ello.

Pero no es nada raro, esos tipos saben cómo ocultarse. Y no se filtra por ninguna parte. Nuestros informantes no saben nada.

—Me sorprendería que el marido no estuviera metido en esto de algún modo —dijo Alex poco después—. Hay algo en él que no encaja.

—Sí, no es necesario que lo repita.

—Estoy seguro de que después de la muerte de su esposa, en sus cuentas se van a reflejar algunos pagos importantes.

—Lo anotaré en la lista de cosas pendientes.

—No olvide quién se lo dijo por primera vez.

Hellmark resopló y pisó a fondo el acelerador.

Fredric empujó la puerta del dormitorio con cierto temor. Martina estaba totalmente vestida y había hecho la cama. Estaba sentada en el borde con el ordenador encima de las rodillas. Lo miró con una expresión en el rostro que él fue incapaz de interpretar.

No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Sin apartar la mirada de él, ella cerró el portátil muy despacio. Se había peinado y maquillado. Él tardó unos segundos en darse cuenta de que no tenía aspecto de estar enferma. Entró en la habitación y se cruzó de brazos. Tenía las manos completamente heladas.

—Tú.

Ella no respondió. Se limitó a mirarlo con la misma expresión sombría en los ojos.

Fredric sacudió la cabeza lentamente. Lo impensable se había vuelto pensable de repente. Tragó saliva. Cayó en la cuenta de cuál era la pieza que faltaba en el rompecabezas. La buscó en su bolsillo trasero. Ahí seguía la foto que había cogido del escritorio de StenInge. La sacó, miró a la joven pareja que estaba de pie, uno al lado del otro, tratando de parecer normales, en la estación de Borlänge. La foto era de 1992, el año que se conocieron.

Dio la vuelta a la foto.

«M F E B».

¿Qué año fue? ¿Fue en 1992? Martina y Fredric en la estación de Borlänge en el 92. Ella había intentado decírselo todo el tiempo, pero él no lo entendió.

«mfeb92@hotmail.com».

Como de costumbre, no lo entendió.

—No estás enferma —dijo él con voz cansada.

Ella levantó una ceja, pero en Martina eso era un movimiento limitado. Como de costumbre, sus gestos y su lenguaje corporal eran casi minimalistas.

—Necesitaba una razón para quedarme en casa —dijo ella.

No se trataba de ningún virus en el sistema nervioso. Ella solo había fingido. Lo había estado controlando. Mientras él dormía la siesta y paseaba, ella revisaba su material.

—¿Qué le dijiste a Oskar? ¿Que era un juego? ¿Que ibais a gastarle una broma a papá?

—¿Qué pusiste en el yogur?

—Clarityn triturado.

Ella asintió, casi para sí misma.

—Muy creativo. No me lo hubiera esperado.

Él la señaló, acusador.

—No sé dónde está Jojo, pero sí sé que tu padre está detrás de todo. ¡Tengo su teléfono móvil! ¡Tengo su teléfono con el número de Swartling! —Se lo sacó del bolsillo y le hizo señas con el mismo.

A Martina no pareció impresionarla.

Fredric se dio cuenta de que ella sabía que Jojo estaba fuera de peligro. No estaba preocupada porque sabía quién la mantenía oculta. Lo había sabido todo el tiempo. Lo que solo podía significar que Martina sabía que su padre estaba involucrado.

—Es el mío —dijo ella señalando el teléfono—. Me lo dejé una noche que estuve leyendo tu borrador. Volviste al despacho y tuve que irme corriendo de allí.

Se quedó mirando el teléfono móvil. Le resultaba conocido.

—No es el de mi padre.

—¿Fuiste tú la que leyó mi borrador?

Respiró tan profundamente que creía que iban a estallarle los pulmones. Dejó escapar el aire poco a poco.

—No puedo vivir con esta mentira. Y tú tampoco deberías hacerlo —concluyó, y dejó caer el teléfono al suelo, que aterrizó sobre la alfombra produciendo un ruido sordo.

Martina lo miró con los ojos entornados unos segundos, tantos que le resultó incómodo. Había algo en su mirada que él no reconocía. Una determinación que no había visto antes, una expresión que le decía que no tenía intención de ceder

en esta ocasión. Que por una vez no iba a ser capaz de seducirla para que cambiara de opinión.

Ella se puso de pie.

—Tengo algo que hacer. Hablaremos más tarde.

—¿De qué se trata? —preguntó Fredric.

—Un proyecto que hay que terminar.

—Háblame claro.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos.

—Voy a zanjar un asunto con Jonas. ¿Satisfecho?

—Llévame con Jojo —dijo él con sequedad, sintiendo un oscuro vacío en su interior.

Martina sacudió la cabeza.

—Después.

Luego se marchó.

101

La empresa, según el padre, no era en realidad ninguna empresa, sino que formaba parte de la mafia. Se comerciaba con armas, con personas y con drogas. Él había trabajado para el crimen organizado toda su vida. El cártel creció bajo su liderazgo hasta convertirse en uno de los mayores y más eficientes del país. Pensaba que podría entregárselo al hermano de ella. La madre siempre supo a qué se dedicaba, por supuesto; ciertas cosas no se le pueden ocultar a una esposa. El hijo se imaginaba lo que hacía el padre. Unos años antes se había enfrentado a él y lo obligó a que le diera un puesto importante. Pero no pudo mantener un perfil bajo. Se arriesgó y murió de modo sucio y horrible.

«No se lo digas a Fredric. No va a poder guardar silencio. Tendrás que buscar la forma de ocultar tu actividad», dijo papá.

«Entiendo. Lo manejaré bien. Creo que sé cómo puedo hacerlo», respondió Martina.

Y con la ayuda del padre nombraron a Lucas Swartling jefe de la organización y dejaron claro que además había alguien que sería quien tuviera la última palabra en ciertos temas. Swartling le juró lealtad al padre. E incluso a ella.

Ni Martina ni su padre pensaron que iba a ser para siempre. Sten-Inge sabía que llegaría un día en que Martina sería cuestionada. Pero él la enseñó todo lo que sabía del negocio y ella se quedó al mando.

El padre se retiró oficialmente.

Martina se fue a vivir con Fredric. Tuvieron hijos. Ella compró la casa. Todo financiado con dinero del cártel.

Siempre se encargó de los negocios del padre, y en cuanto no podía resolver

un asunto concreto se lo consultaba a él. Después de unos años comenzó a desarrollar el negocio por sí misma. Su capacidad analítica y su costumbre de no tomar nunca decisiones precipitadas la ayudaron a mantener la cabeza fría y evitar riesgos.

Junto a su padre vio transformarse el mundo de la mafia. Desapareció el sentido del honor. Los líderes de los distintos grupos criminales luchaban entre sí; se cometían actos violentos contra cualquiera. Se empezó a vender drogas a chicos cada vez más jóvenes. Ciertas pandillas iniciaron una guerra abierta contra la policía y la sociedad en general. Parecía que nada podía parar el desastre.

Cada vez resultaba más difícil encontrar el modo de poner orden en la organización. Ella descubrió que Swartling intentaba engañarla con el dinero.

Había sido el mundo de su padre, pero nunca sería el suyo.

Y Martina se planteó si la elección de su carrera había sido acertada. A medida que los niños crecían y el padre se hacía mayor empezó a echar de menos a alguien con quien compartir sus problemas. El padre no podía ni imaginar que ella pensara dejar su puesto. Ella le había prometido gestionar su herencia y eso era lo que iba a hacer.

Se dio cuenta de que las cualidades de Fredric eran precisamente las que ella no tenía. Él poseía la habilidad de encontrar soluciones donde ella solo veía bloqueos.

Sentarse a explicárselo sin más no funcionaría. Tenía que demostrárselo. Se preguntó durante meses cómo hacerlo.

Fue el propio Fredric quien le dio la solución. «Juega con el ego», le dijo. Así que ella le dio la tarea de escribir la biografía. Él pensó que se trataba del ego de Swartling. Pero ella utilizó incluso el ego de Fredric. Y él cayó en la trampa.

Lo único que tuvo que hacer fue lograr que él se diera cuenta de que aún se necesitaban el uno al otro.

102

Mari Roos se miró en el espejo del baño. Si no inclinaba el espejo hacia abajo solo se veía el rostro. Esbozó una amplia sonrisa. Nadie podía saber lo que estaba pasando por su cabeza. Vio sus dientes perfectos y algo descoloridos, tan regulares y sanos como siempre.

El cabello estaba perfecto después de haberlo cepillado cien veces con un cepillo especial, lo que había hecho cada noche durante toda su vida. Era el mismo cepillo que su padre le compró en un viaje de negocios que hizo al extranjero cuando ella tenía cinco años. O tal vez cuatro. No importaba. Ya no importaba nada.

Enfocó el espejo hacia abajo y vio sus senos. La cicatriz de la primera operación estaba debajo del brazo. Un trozo de piel blanca sin sensibilidad. Tuvo suerte. Entonces los médicos solo le quitaron algunos ganglios linfáticos de la axila y una parte del pecho. Con un buen sujetador no se notaba nada.

Esta vez era peor. Casi podía sentir cómo corrían por su pecho. Era como imaginarse que unos gusanos con dientes se desplazaban por todo el tórax y esparcían su veneno dentro de ella. El seno derecho ahora le dolía sin cesar. Ella se negaba a tomar analgésicos. El dolor era leve y podía soportarlo.

Se puso las manos debajo de los senos. Frunció el ceño. ¿Sentía más pesado el derecho que el izquierdo? Sí, en efecto.

Ese era el primer signo externo inequívoco. Ella sabía lo que iba a ocurrir. Las células cancerosas se reproducían con más rapidez que las células normales. Eran muchas y eran fuertes, y también podían volverla loca. Cada día un poco más.

El pelo se le caería. No podría comer. Adelgazaría hasta parecer un espantapájaros viviente. Gritaría de dolor todos los días y al final nada la

ayudaría. Resultaría difícil incluso anestesiarla, ya que el cuerpo no respondería normalmente a los estímulos. No la iba a reconocer nadie. Al morir tendría el mismo aspecto que la prisionera de un campo de concentración. Sería un cadáver mucho antes de exhalar el último suspiro.

Mari soltó sus pechos suavemente. Se puso la bata, se ajustó el cinturón alrededor de la cintura y lo ató. Se dio la vuelta y se apartó del espejo sin hacer ni un solo gesto.

Se fueron en uno de los coches de Swartling. Después de conducir un rato en completo silencio, Swartling estacionó frente al hotel Royal Viking, en el centro de Estocolmo. Salieron del coche y se dirigieron al vestíbulo. Gruesas alfombras rojas, paredes de vidrio, lámparas de cristal. Pequeños apartados en los que se podían llevar a cabo reuniones de distinta índole. Hombres de negocios por todos lados con el portátil sobre las rodillas y el teléfono móvil en la mano. Negocios que se venían abajo o se ponían en marcha. Personas con el mundo como lugar de trabajo.

Swartling fue directamente al fondo, donde había un grupo de asientos vacíos. Se sentó con la espalda hacia la pared. Zhigarra se quedó de pie junto a la mesa y miró a su alrededor.

—¿Qué diablos hacemos aquí?

—Siéntate.

Zhigarra se sentó enfrente de Swartling.

—¿Estamos esperando al viejo ese? ¿Qué quiere?

—¿Nervioso? —dijo Swartling.

Zhigarra lo miró fijamente.

—¿De qué se trata?

Swartling se dio cuenta de que se reía. Zhigarra estaba nervioso. Bien. Excelente incluso.

—Ese hombre no era demasiado joven cuando lo conocí, y ahora es bastante viejo. Por lo tanto, ya no está muy activo. Pero delegó todo en alguien de su sangre, quien asumió la responsabilidad e incluso mis deudas con su padre.

Zhigarra se inclinó sobre la mesa y miró a su alrededor. Evidentemente estaba incómodo sentado ahí, expuesto a la vista de todos, a mediodía y en un local público de ese tipo. Estaba fuera de sus garitos habituales.

—Hablas como si fuera alguien de quien dependieras —dijo Zhigarra.

Swartling se acarició la barba que ya no tenía, se dio cuenta y bajó la mano.

—Hablemos de dependencia. Yo dependo de ti, por ejemplo. De cómo te cuidas, de cómo actúas, de los riesgos que asumes. Creo que no hay nadie que dependa más de ti que yo.

Zhigarra entornó los ojos y se echó hacia atrás en el sillón. El cuero gastado crujió al ceder bajo su peso. Sus mandíbulas trabajaban, pero él no dijo nada.

—Dependo de que funciones —dijo Swartling—. Como mi colaborador más cercano, tengo que saber que puedo confiar en ti. Que haces lo que te pido. Del modo que te lo pido. Cuando digo «nada de violencia», espero que se haga como he dicho.

—¿Se trata de ese maldito albanés?

El rostro de Zhigarra cambió de tono y se oscureció más de lo que ya estaba.

Swartling miró el reloj y lanzó una ojeada a la entrada.

Zhigarra se volvió y siguió su mirada. Nada.

—Se trata del albanés. Se trata del árabe. Se trata del yugoslavo, del armenio, del ruso. Se trata también de los chicos de Skärholmen. Se trata de las chicas jóvenes. Se trata de un montón de cosas —dijo mirando a Zhigarra a los ojos.

—¿A quién estamos esperando?

—Ya te he dicho que mi patrón delegó en alguien de su sangre.

Zhigarra se cruzó de brazos y volvió a recostarse, evidentemente inquieto.

Swartling no había visto nunca a Zhigarra tan inseguro. Estaba satisfecho porque por lo menos estaba reaccionando, y algo melancólico a la vez. Esperaba otra evolución.

—¡Pero si tú no tienes ningún jefe, joder! Quienquiera que sea ese tipo, más vale que se ande con cuidado. No pienso recibir un montón de mierda de ningún… heredero.

Swartling no dijo nada.

Después, Martina se sentó junto a él.

—¿Está todo listo? —preguntó Hellmark.

Nina asintió. Ella formaba parte de la escolta. No tenía por qué haber imprevistos, solo iban a encargarse de la mudanza llamando la atención lo menos posible.

Alex no había llamado después de su horario de trabajo. Tal vez esa era la

razón que viviera solo. Ella esperaba poder encontrarse con él de un modo más organizado cuando todo hubiera pasado.

—Vamos —dijo Hellmark en voz baja a la vez que palpaba su arma.

Zhigarra se quedó mirando a Martina y abrió la boca. No salió ni el más mínimo sonido de sus labios. La gran cabeza pareció temblar, quizá de ira, quizá de miedo.

«No, Bobby es demasiado retorcido para sentir miedo», pensó Swartling.

—Eres tú —dijo Zhigarra mirando boquiabierto a Martina.

Martina vestía ropa discreta, pantalón oscuro, chaqueta gris, blusa azul. Podría ir a un congreso o un viaje de negocios como representante de una gran empresa.

—¿Os conocéis? —dijo Swartling sinceramente sorprendido.

—¡Eres la mujer del escritor! —exclamó Zhigarra escupiendo las palabras mientras su rostro se oscurecía aún más. Sus manos gruesas se tornaron puños duros. Miró a su alrededor. El vestíbulo estaba lleno de gente.

Swartling se miró las manos. «La esposa de Fredric Hellmark». Por un instante pareció confundido, luego se dio cuenta de que tenía su lógica. Se sentía impresionado en contra de su voluntad.

Swartling sonrió. Zhigarra había intentado asustar a la esposa de Hellmark sin saber que era un zorro que intentaba asustar a una cobra.

Martina bajó levemente la barbilla y miró a Zhigarra.

—He oído que eres hombre impaciente —dijo ella en voz baja—. Lo que estés pensando en este momento es una mala idea. Nada de lo que se te pueda ocurrir aquí saldría bien. Si miras a tu derecha, verás que hay una mujer con un maletín sentada a ocho metros de ti. Es una de las mejores tiradoras del mundo y te matará antes de que te dé tiempo a incorporarte del asiento.

Zhigarra giró la cabeza lentamente hacia la derecha. Vio a una mujer con el cabello cortado a lo paje que vestía traje y una blusa anudada al cuello. Al lado había un maletín oscuro. Tenía un periódico sobre las rodillas, debajo del cual bien podría haber un arma.

—El arma tiene silenciador —dijo Martina con mirada gélida.

La mujer que estaba en la mesa de al lado levantó la mirada del periódico, se encontró con la mirada de Zhigarra y le sonrió.

Él abrió la boca unos centímetros. Ella tenía el pelo gris. Apenas un palmo

de alta. No era posible.

—Si no me crees, prueba —dijo Martina con la misma tranquilidad de antes —. Cuanto antes, mejor. Tiene instrucciones de dispararte a la cabeza si te levantas antes de que alguno de nosotros salga del hotel —añadió sosteniendo con firmeza la mirada de Zhigarra—. Decídete.

Swartling vio el movimiento de cabeza de Zhigarra.

Martina lo había impresionado. Con unas pocas frases había logrado que Zhigarra permaneciera sentado, a pesar de que sabía que podría explotar en cualquier momento. Su cuerpo era como un resorte de acero; tenía los brazos tensos y las mandíbulas fuertemente apretadas. Es posible que su instinto de supervivencia lo frenara. El instinto de conservación, o como quiera llamarse, funcionó.

Zhigarra fue relajándose poco a poco.

—Buena decisión —dijo Martina después de un minuto.

Luego levantó una mano e hizo una señal al camarero para pedirle tres cafés como si fuera la cosa más natural del mundo.

Llegó el café con leche y azúcar. Ella se acercó una de las tazas y tomó un sorbo. Swartling siguió su ejemplo. Zhigarra se quedó inmóvil. Tal vez tenía miedo a perder el control. Su mirada iba de su jefe a Martina y parecía que estaba tratando de averiguar de qué iba todo aquello.

—Esta conversación determinará tu futuro —dijo Martina, y a continuación se presionó los labios con una servilleta—. No sigues las reglas del juego, y a Lucas le preocupa si vas a encajar o no en nuestra futura organización. Comparto su preocupación.

—Tú eres mujer —dijo Zhigarra.

—¿Así que puedes distinguir un hombre de una mujer? Te felicito. Pero según Lucas el problema es más grave. No obedeces las órdenes.

La miró a los ojos unos segundos. En esa ocasión no bajó la mirada al resto del cuerpo. Pero no podía soportarlo. Ella ni siquiera parpadeaba, lo que hacía que se sintiera inseguro.

—¿Quién demonios eres?

—Soy la que recibió tu visita y con la que te tomaste ciertas libertades en la cocina de mi propia casa. Ahora soy la que tiene tu futuro en sus manos. Controlo todos los recursos dentro de la organización, tú incluido. Esta conversación puede acabar más rápido de lo que te imaginas.

Swartling se sentía como un espectador. Él también obedecía órdenes. Le

habían pedido que se implicara en la conversación.

—Todas las organizaciones prósperas se basan en unos valores fundamentales claros, como sabes. Tú y Lucas habéis hablado de ello muchas veces. Pero una de las cosas más importantes para lograr que algo funcione es la disciplina. Si nuestros colaboradores no hacen lo que deben, sino lo que no deben, perderemos el control del negocio. Y yo no puedo aceptar eso.

Zhigarra miró a la señora del periódico en las rodillas. Aparentaba estar leyendo, pero él en ningún momento le vio pasar una página. Tal vez no estuviera leyendo y al levantar el periódico se vería el arma. ¿Sería la anciana realmente una asesina profesional?

—¿Qué quieres? —dijo él.

—Solo una pregunta —dijo Martina—. ¿Puedes mantener la calma?

La cabeza de Zhigarra se tambaleó ligeramente. Los músculos de las mandíbulas se contrajeron. Las manos, que descansaban sobre las rodillas, se volvieron puños cerrados.

—Ninguna iniciativa privada más. Ninguna otra ocurrencia al margen de la actividad principal. Ningún maltrato sin un objetivo. Nada de violaciones a chicas jóvenes en lo sucesivo. Nada de comentarios racistas. Necesito a alguien que actúe de modo profesional. ¿Puedes mantener la calma?

—Sí, puedo hacerlo —dijo Zhigarra entre dientes. Sonó como si se estuviera asfixiando.

—A partir de ahora las palabras de Lucas serán tu ley. Si te dice rana, te pondrás a saltar. Como tendría que haber sido desde un principio. —Martina bebió otro sorbo de café. Se volvió hacia Swartling—: ¿Lucas?

—Suena bien —dijo.

No había mucho más que añadir. Se preguntaba si la señora que estaba a unos metros de ellos sería realmente una amenaza o si solo se trataba de un engaño. Nunca había oído hablar de algo así. Pero él tampoco había oído hablar de un Padrino que fuera mujer.

Martina se dirigió de nuevo a Zhigarra.

—En este momento estarás pensando que me has dicho que sí porque no sabes lo que ocurre, pero que en cuanto salgas del hotel vas a empezar a forjar tus propios planes para salir del apuro, lo que sería muy desafortunado. Te estamos vigilando, y lo seguiremos haciendo hasta que Lucas diga que no es necesario.

Martina miró a la mujer que estaba en la otra mesa. Esta asintió inclinando

levemente la cabeza y retiró un poco el periódico.

—Para que veas que hablo en serio, ahora quiero que mires hacia el mostrador de recepción.

Zhigarra y Swartling giraron sus cabezas. Vieron a algunos huéspedes del hotel que esperaban en fila para registrarse o para pedir la factura. Dos mujeres y un hombre.

Martina miró a Zhigarra y dijo:

—Fíjate bien. Enseguida llegará un hombre vestido con ropa oscura y se pondrá en la cola.

Transcurrió un minuto. La gente iba y venía. Un grupo de japoneses vestidos con el uniforme de una compañía aérea pululaban por el vestíbulo.

De pronto vieron que un hombre de abrigo negro bajaba las escaleras del comedor que estaba situado un piso más arriba, se dirigía a la recepción con pasos rápidos y ponía su equipaje de mano en el suelo y una mano en el mostrador.

—Ahora —dijo Martina en voz baja.

Hizo una señal con la cabeza a la mujer que estaba en la mesa de al lado. Swartling se volvió lo suficiente como para ver que la mujer levantaba un poco el periódico que tenía en las rodillas, como si soplara una ráfaga de viento desde abajo.

Zhigarra vio caer de repente al hombre que estaba en el mostrador y quedarse tumbado en el suelo. Era como si le hubieran cortado el hilo a una marioneta. Una chica joven que estaba de pie entregando las llaves se inclinó levemente por encima del mostrador y movió los labios. Otro huésped se volvió hacia el hombre y dio un paso hacia delante. Todo carecía de dramatismo.

Swartling comprendió por qué esperaban a alguien de ropa oscura. No se veía sangre. Tendría que transcurrir algún segundo más hasta que alguien se diera cuenta de que el hombre había recibido un disparo.

—¿Quién era? —dijo Zhigarra.

—Podrías haber sido tú —dijo Martina poniéndose en pie.

Swartling también lo hizo.

Zhigarra permaneció sentado, como congelado en el sillón. En cuestión de segundos se quedó solo.

Swartling se detuvo delante del Royal Viking. Sintió el aire frío en la cara y se

dio cuenta de que estaba sudando.

—¿Cuándo estuvo en tu casa… contigo? —dijo Swartling.

—Olvídalo —dijo ella moviendo la mano.

—¿Se avendrá a razones? —preguntó Swartling.

—No lo creo —dijo Martina—. Yo me encargaré de eso.

Swartling se marchó.

Martina recogería a Jojo y luego hablaría en serio con su marido.

Sacó su teléfono móvil y leyó el mensaje que había recibido mientras estaba en el vestíbulo del Royal Viking.

«Norrtälje».

Una dirección.

«Una zona de casas de vacaciones».

Reenvió el mensaje con rapidez y cerró el móvil. Ya solo quedaba el asunto de Roos.

«Bien».

La sicario se levantó del sillón de cuero y cruzó tranquilamente el amplio vestíbulo mientras la gente iba descubriendo poco a poco que alguien había recibido un disparo allí mismo. Ella no temía que la atraparan, pero tenía poco tiempo. Al día siguiente debía estar en un lugar totalmente distinto.

Cuando salió a la calle por la otra puerta vio al corpulento Zhigarra. Permanecía allí sentado mirando fijamente al frente sin mover ni un músculo.

Se dirigió a su hotel y al detenerse en el primer paso de peatones oyó el sonido del teléfono en el bolso. Metió la mano y sacó el móvil de debajo de su Glock 17.

«Norrtälje».

De acuerdo. Tendría que darse prisa, pero le daría tiempo.

Se quitó la peluca en el ascensor y sacudió la cabeza.

103

La cabaña era pequeña pero estaba bien conservada. En el patio había un Chrysler Voyager, un antepasado de los monovolúmenes. Fredric detuvo el coche y miró la entrada a la cabaña.

Abrió la puerta y salió despacio. Martina salió por el otro lado. Se dirigieron a la parte delantera del coche. Aunque ya no esperaba más maniobras engañosas por parte de su mujer, Fredric se sentía muy distanciado de ella. Estando a su lado era como si su cuerpo perteneciera a otra persona, a alguien que solo tenía el aspecto físico de Fredric Hellmark.

Como en un trance, Fredric vio abrirse la puerta de la cabaña. De ella salió un hombre bastante corpulento con la cabeza rapada y los brazos tatuados. Llevaba barba de esas de candado. Fredric de repente reconoció al hombre.

Vio a Fredric, levantó un brazo, esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—¡Ahí está!

La sonrisa, ese coche. Todo le resultaba familiar.

Una vocecita gritó desde el interior de la cabaña.

—¡Jojo! —exclamó Fredric logrando mover las piernas con rapidez.

Jojo bajó de un salto el escalón de la puerta. Llevaba de la mano a Amanda, una compañera de la guardería.

Fredric se arrodilló delante de Jojo, que se lanzó hacia él y lo abrazó. Miró fijamente a Peter, el padre de Amanda. Empezó a asimilarlo poco a poco. Parecía que las conexiones del disco duro de su mente resbalaran. La cabeza rapada, los gruesos brazos tatuados.

«¿Qué clase de moda repugnante era esa de parecer un maldito criminal? ¿Cómo se podían distinguir los malos de los buenos si todos parecían presidiarios? ¿Qué demonios les pasaba a algunas personas?», pensó.

—¡Lo hemos pasado genial, papá!

Fredric abrazó a Jojo.

—Oye, ha estado unos días con dolor de cabeza, pero le hemos dado paracetamol. Espero que esté bien.

Él asintió de forma mecánica. ¿Cómo se le pudo olvidar que Jojo iba a pasar una semana con Amanda en la casa de campo de su familia? ¿Estaba tan centrado en sí mismo que ni siquiera podía acordarse de dónde estaba su hija? Estaba planeado desde meses atrás, y en medio de tanto estrés por la biografía, Swartling y el psicópata de Zhigarra lo había olvidarlo por completo.

Martina se mantuvo tranquila porque desde el principio sabía que no habían secuestrado a Jojo. Seguro que se había mantenido en contacto todo el tiempo. Y habría llamado para preguntar si Jojo podía quedarse un poco más. Ella estaba enferma y él, muy ocupado.

Podía imaginarse cómo había ocurrido todo.

Era evidente que ella no lo había olvidado. No, Martina no lo había olvidado, porque Martina no olvidaba nunca las cosas. Ella estaba mirándolo a él en ese momento y, aunque pasaran mil años, jamás sería capaz de averiguar el significado de esa mirada.

—¿Dónde está mamá? —gritó Jojo.

Sin fuerza, Fredric señaló el coche.

«La familia está antes que todo», pensó.

El padre de Amanda se puso a hablar de lo que había pasado a lo largo de esa semana. Fredric salió del paso de un modo aceptable a lo largo de la conversación que mantuvieron acerca de niños, cabañas de vacaciones y las preocupaciones para conciliar ambos fenómenos. Respondió con monosílabos sin saber apenas lo que decía. Mientras escuchaba la entusiasta voz de Peter como en una neblina, sintió un repentino dolor de cabeza; era tan fuerte que por un instante creyó que le iba a estallar en mil pedazos.

Peter puso una mano en el hombro de Fredric, que se sobresaltó por el contacto inesperado.

—¡Tómatelo con calma! —dijo mientras retrocedía un paso y señalaba la cabaña—. Entremos a tomar un café.

—¡He estado fuera mucho tiempo, mamá! —gritó Jojo—. Y me he portado bien.

—Lo sé —dijo Martina acariciándole el pelo—. Eres una niña muy buena.

A Jojo se le iluminó la cara.

Por detrás de la casa apareció un gatito negro. Se acercó a Fredric con paso orgulloso y la cola hacia arriba. Se frotó contra sus piernas y se desperezó.

Él lo miró y se acordó de otro gato. Uno al que solo podía acercarse Martina. Era también negro. Con una mancha blanca en el pecho.

Tragó saliva.

Fue como descubrir que tenía un gran agujero negro en la conciencia donde podía tirar cualquier cosa. Era tan profundo que no importaba el tamaño de las cosas que arrojara ahí o cuánto tiempo tardaran en caer, ya que no se oía el ruido. En realidad no tenía fondo.

Mari oyó los pasos de Jonas, que hablaba por teléfono en la planta baja. Estaba nervioso, más nervioso de lo que ella lo había visto en toda su vida. Sin duda había estado expuesto a situaciones estresantes con anterioridad. Tanto su padre como su madre lo habían presionado y le habían exigido que se corrigiera. El trabajo de director general no era nada fácil. Tenía muchos frentes abiertos a la vez y normalmente mantenía la calma.

Pero ahora estaba bajo presión. Solo esa tarde lo oyó gritar por teléfono varias veces, y en un par de ocasiones se metió en su despacho y cerró la puerta. A Mari ni se le ocurriría intentar saber de lo que hablaba o con quién. Respetaba su privacidad. Pero nunca lo había visto así y se preguntó qué estaría sucediendo. Ella no creía que estuviera relacionado con el trabajo, ya que entonces no habría ninguna razón para ocultarse. Además le había dicho que tenía apagado el móvil de la empresa y ella lo creyó.

Era posible que Jonas hablara con la policía. Con Hellmark, ese hombre tan enorme. A Mari le inspiraba confianza. Lo veía comprometido. Un poco gruñón tal vez, pero muy auténtico. Sabía lo que hacía. El otro, Alex King, no era policía de verdad. La miró directamente y notó que algo no encajaba. Se esforzó por controlarse, pero él leyó en su interior como si fuera un libro abierto. Quizá se había esforzado demasiado.

Pero también le había inspirado confianza. Él no se atrevió a decir que sospechaba algo. Habló de lo mal que estaban las cosas sin que ella se sintiera amenazada por eso. Era guapo y le agradó su natural modo de ser. Le recordaba vagamente a Jonas. No en el aspecto físico; Jonas era de piel clara, King la tenía más oscura. Era también algo más corpulento que su marido y tenía la sombra de la barba oscura y la cara más cuadrada. Pero tenían algo en común, algo en el

modo de moverse. Ciertos gestos. Ese aplomo que en determinadas personas surge de un modo natural.

Oyó que Jonas, que estaba al pie de la escalera, soltaba un improperio.

Ella fue al dormitorio, entró en el vestidor, esperó a que las luces del techo se encendieran por medio del sensor automático. Un detalle que le gustaba mucho. La envolvió un resplandor agradable, vagamente rojizo. Delante de ella había filas de blusas, vestidos y faldas colgadas en secciones ordenadas. Los estantes de calzado contenían cientos de pares de zapatos. Pasó la mirada por los trajes de noche. Un par de ellos los había comprado en Roma, pero no los había usado. Ahora ya no podría ponérselos.

Mari oyó un ruido a sus espaldas.

Jonas.

—¿Todavía estás así? —preguntó.

Ella no se volvió. No dijo nada.

—Tenemos que irnos ya.

Ella se desató el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo. Cerró los ojos. Se quedó esperando de espaldas a él. Lo oyó respirar, pero no se movió. Transcurrió un minuto.

—Te espero abajo —dijo en tono apagado, y se fue.

Mari levantó el rostro y miró al techo, abrió los ojos y parpadeó para contener las lágrimas.

Hellmark salió del coche de policía camuflado y cerró la puerta. Nina lo hizo con la misma rapidez. Se quedaron junto al coche. La agente miró la casa. Era una cabaña de madera. Ventanas pequeñas y sucias. Había que arreglar el techo, había buenas razones para pensar que llovía dentro de la casa. La terraza estaba medio derrumbada. El césped cubierto de maleza, solo había un estrecho sendero que conducía a la entrada.

La cabaña de verano estaba en Norrtälje, en medio del bosque. El vecino más cercano vivía a varios cientos de metros de distancia. El camino que llevaba a la casa era estrecho y serpenteante, y los últimos cien metros consistían en un par de surcos.

A Nina le pareció que el sitio era perfecto. Nadie lo encontraría.

La casa estaba en una depresión y al otro lado del camino empezaba ya el bosque de abetos y pinos altos, que finalizaba un poco más allá formando una

pequeña elevación, como un montículo. Por detrás de la casa había un río, pero el camino que llevaba hasta él estaba lleno de broza y de cañas, así que sería difícil que alguien accediera por allí.

Hellmark levantó la vista hacia el bosque. Se oyó el ruido de un coche.

—Es él —dijo Hellmark.

—¿Quién va a cuidarlos?

—Korell.

Nina se apartó de Hellmark y soltó un exabrupto. Era el último con quien quería trabajar en una situación tan delicada como esa. Estaba segura de que no iba a ocurrir nada, pero le desagradaba poner la seguridad de los Ross en manos de un idiota lleno de testosterona como Korell.

El coche llegó a la pradera que había delante de la cabaña.

—Acompáñalos —dijo Hellmark.

Nina abrió la puerta del asiento trasero.

Mari salió primero. Llevaba pantalón vaquero y zapatos resistentes. Chaqueta deportiva. Luego salió Jonas.

Se quedaron de pie fuera del coche. Los Roos miraron a Nina con gesto de duda. Jonas se dio la vuelta, miró a Hellmark, miró hacia el bosque del mismo modo que había hecho Nina hacía un momento. Tal vez estaba calculando la distancia que había hasta el montículo. Tal vez se preguntaba si aquel era un lugar seguro.

Korell entró por el pequeño camino de acceso. Llegó en un V70 gris, el más discreto que se podía imaginar. El coche más común con el color más común. Korell estaba más fornido que nunca. Su rostro no expresaba nada. Llevaba chaqueta de plumas y pantalón grueso, y una bolsa de deporte que Nina sabía que contenía varias armas.

Nina saludó a Korell con una inclinación de cabeza y abrió el maletero. Pensaba mantener una actitud profesional. No había otra alternativa. Sacó las maletas de los Ross y cerró la puerta empujando con el codo.

Jonas volvió a echar un vistazo a su alrededor, pero no dijo nada. Su mirada iba de un lado a otro; miraba a su esposa, a Nina, a Korell y a Hellmark, que iba hacia la casa. Nina se acercó a él y le dijo observando a Mari Roos:

—Aquí nadie les encontrará. Nadie sabe que están aquí. En unas semanas habremos resuelto esto. Luego todo volverá a la normalidad.

Mari miró a Nina e inclinó levemente la cabeza como dándole las gracias.

Jonas también lo hizo. Nina se preguntó cómo se las arreglarían para pasar

juntos una semana en esa cabaña. Tal vez dos, o más, no se sabía.

Le tendió una maleta a Jonas. Él miró otra vez el bosque.

«¿Qué estará buscando?», pensó Nina un instante antes de ver cómo explotaba su cabeza.

La sangre le salpicó en la cara y notó algo parecido a clavos pequeños golpeándole la frente. Después supo que eran trozos de hueso de la cabeza de Jonas. Se quedó sin aliento, notó una ráfaga de viento en la cara, salpicaduras de sangre y de algo más en la boca, y una cosa pegajosa se escurrió por su ojo izquierdo. En el mismo instante en que se disponía a soltar la maleta, el pecho de Jonas reventó y oyó golpear la bala en el suelo entre sus pies. El cuerpo de Jonas seguía en pie. ¿Cómo podía mantenerse de pie? ¿Por qué no se caía? Entonces llegó el ruido del disparo, varios segundos después de que desapareciera la cabeza; un eco siniestro retumbó en el bosque. Soltó la maleta de cuero fino, más bien se le escurrió de la mano. Se llevó lentamente la otra al rostro, notando la sustancia pegajosa que tenía en una mejilla, en un ojo, en el pelo; cielo santo, tenía el pelo lleno de algo. Vio que Hellmark se volvía con los ojos muy abiertos y entonces llegó el segundo disparo, o más bien el ruido del mismo. Korell fue hacia Mari Roos, que estaba allí como congelada sin mover un músculo, solo permanecía de pie mientras el cuerpo de su marido comenzaba a tambalearse, luego bajó los hombros y se le doblaron las rodillas. Nina vio que el cuerpo destrozado de Jonas no terminaba de caer al suelo. Se secó la frente con una mano que no sintió como suya.

Korell llegó hasta donde estaba Mari y la empujó al suelo; era rápido como un rayo en sus reacciones y fuerte como un buey. Mari cayó produciendo un ruido seco.

—¡Por todos los demonios! —gritó Hellmark, que en un par de zancadas llegó hasta donde estaba Nina.

La llevó al coche casi en volandas, abrió la puerta del conductor y, poniéndose de rodillas en el barro, la metió dentro. Ella se golpeó la cabeza con el marco de la puerta y una rodilla con el volante. Luego él cerró de golpe, con tal fuerza que todo el coche se zarandeó.

A continuación, corrió medio agachado hasta donde estaba Korell.

—¡Llévatela de aquí! —rugió.

Korell asintió, cogió a Mari Roos por debajo de los brazos y la arrastró por el suelo hasta meterla en el Volvo. En cinco segundos él estaba al volante girando la llave. Dio marcha atrás, levantando la grava, y aceleró para alejarse de allí.

Hellmark se agachó detrás del coche de policía. Llevaba una pistola que sostenía con ambas manos por encima del capó mientras miraba a su alrededor.

Nina creía que el corazón iba a salírsele del pecho. Se puso una mano en el cuello y tocó más sustancia perteneciente al cuerpo de Jonas Roos. Tragó saliva varias veces para evitar las náuseas.

El cuerpo aún estaba de rodillas en el barro, lo que quedaba de su cabeza caía hacia delante sobre la barbilla. Los brazos colgaban inmóviles y de algún modo se sostenía así. Se había producido una especie de equilibrio perfecto que hacía que no cayera.

El silencio se adueñó del lugar. No se oía nada, solo llegaba a los oídos de Nina el leve susurro de los árboles.

Después de un buen rato, Hellmark se puso totalmente de pie. Por lo visto consideraba que había pasado el peligro. Dio unos pasos en dirección al cuerpo.

Nina volvió a abrir la puerta del coche, pero no salió. La conmoción le había absorbido toda la energía y las piernas no la obedecían. Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—¿Quién coño se ha chivado? —dijo Hellmark al cadáver—. ¿Cómo demonios sabían dónde íbamos?

104

Fredric llevaba un buen rato conduciendo cuando detuvo el coche en un aparcamiento. Miró a Jojo por el espejo retrovisor. Se había quedado dormida con la cabeza inclinada sobre un hombro y sintió un cariño tan grande por su hija que hubiera querido llevársela lejos de allí. Se frotó la cara y sintió todo el cansancio, como si su piel estuviera muy gastada.

—La familia lo es todo. Deberías saberlo —dijo volviendo la cabeza y mirando a Martina.

La idea de que Martina perteneciera a la mafia era tan absurda que no podía asumirla, no le cabía en la cabeza.

—¿Cómo se le ocurrió a Linderborg proponer mi nombre? ¡Me cuesta creer que eso fuese una casualidad!

—Yo tenía que leer todo lo que se escribiera —dijo ella—. ¿Qué mejor manera que tener al escritor bajo el mismo techo? Ahora sé que Swartling hacía cosas a mis espaldas.

Fredric la miró fijamente. Él la había ayudado a desenmascarar a Swartling respecto al dinero que faltaba. Había sido manipulado descaradamente. Creía que iba a volverse loco.

—¡Linderborg tenía mi currículum! —gritó—. ¿Lo has oído? ¡Fue él quien me llamó!

Ella miró por la ventanilla, luego volvió a mirar a su marido.

—Yo no creo en la casualidad —dijo.

—No, ¿quién diablos lo hace?

—¿Quién crees que le envió tu currículum para que estuviera encima de su mesa el mismo día que llamó Swartling?

Recordó algo. Martina le pidió durante el otoño que pusiera su currículum en

orden. Ahora sabía para qué.

—Fuiste tú quien me dio la idea —dijo Martina.

Fredric no levantó la cabeza. Era como vivir en un sueño. No sabía lo que era peor, que ella se hubiera aprovechado de él o estar casado con la cabeza invisible de la mafia.

—Te pregunté cómo podía resolver un problema con un compañero de trabajo y tú dijiste que utilizara su ego, que consiguiera que se abriera a alguien.

De pronto recordó todas las conversaciones que mantuvo con quien creía que era un informante secreto.

—¿Cómo pudiste hacerlo? ¿De dónde sacaste esa idea demencial?

—De ti.

«¿De mí?», pensó él.

—Me dijiste que fuera espontánea, que me atreviera a ser creativa.

Él la miró. Estaba sentada a su lado totalmente quieta.

«¿Cómo puede hacer todo lo que hace y seguir tan tranquila? ¿Cómo he podido pasar por alto durante tantos años lo que ella hacía? Y yo creyendo que estaba en el trabajo como cualquier otra persona», pensó.

—Me di cuenta de lo bien que nos complementamos —dijo ella observándolo con calma.

Él fue comprendiendo poco a poco.

—¡No, no, no! —gritó levantando las manos—. Olvídalo.

Martina esbozó una sonrisa.

—Tú eres creativo y rápido, yo reflexiva y analítica. Juntos podríamos hacer maravillas.

—¡A mí jamás se me ha ocurrido matar a nadie!

—Claro. Los detalles los pensé yo cuando me encontré con Jonas en aquella convención. Se quería separar, pero si lo hacía no recibiría ningún dinero. En cambio, si su esposa moría…

Fredric no podía dejar de tragar saliva. Era como un reflejo compulsivo.

Martina continuó:

—Con mi ayuda habría recibido cincuenta millones. La mitad para mí.

—¿Y por qué lo has matado?

—Era uno de mis enlaces. Fui demasiado lejos cuando le dije lo que podía hacer, así que simplemente barrí las pistas. Además se me ocurrió algo mucho mejor. Y voy a conseguir mi capital inicial de otro modo.

—¿Para qué? Por el amor de Dios, ¿para qué? —preguntó Fredric cerrando

los ojos.

—Piensa. ¿De qué tamaño es el mercado de los asesinatos por encargo? —dijo, y esperó solo un segundo antes de dar ella misma la respuesta—: Muy pequeño. En realidad, no son muchos los que quieren pagar un montón de dinero para que maten a alguien. Además, la competencia es feroz. Los precios han sido constantemente objeto de *dumping*. Después de analizar las condiciones encontré la solución.

Fredric se dio cuenta de repente de lo que ella quería decir. Hubiera sido genial si no fuera tan despreciable.

—Son muchos más los que pagarían para evitar ser asesinados. —Martina asintió—. Un mercado mucho más amplio. Y sin apenas competencia.

Él miró por la ventana.

—El gato —dijo con voz ronca.

Ella agitó las manos.

—Has hecho un trabajo excelente. Ha llegado el momento de cosechar.

Él se quedó mirándola.

—¿Cosechar?

Parecía que le hubieran cortado algunas conexiones cerebrales.

—Le he entregado la biografía a Swartling. Le va a gustar. Pero no es auténtica.

—¿Es importante para ti que se descubra la verdad? —preguntó Martina.

—Soy periodista.

Ella lo miró en silencio durante unos segundos.

—¿De qué te serviría que Swartling leyera la verdadera biografía, la que guardas en alguna parte, la que desvela la verdad sobre el sindicato del crimen?

Él volvió a tragar saliva.

—Esa tampoco es auténtica. No habla de…, hay un… —Miró a su esposa tratando de verla bajo una nueva luz. Levantó un dedo y la señaló—: Tú no estás en ella. —Luego se dio cuenta de lo evidente—. Pero estarás.

Martina le sonrió y por un instante volvió a ser la mujer que él amaba.

—Confía en mí —dijo—. Tengo una idea.

Y Fredric la escuchó con creciente fascinación.

La sicario estaba furiosa. Había tenido que disparar dos veces, ya que no sabía si con el primer disparo había dado en el blanco. Un tiro en la espalda era de

aficionados. Nadie podía fallar un objetivo a esa distancia, pero los malditos árboles le quitaban más visibilidad de la que ella se imaginó. La policía había encontrado un buen escondrijo.

Dio la vuelta y fue hacia el bosque. Estaba a más de un kilómetro en línea recta y al menos a dos por carretera. Los policías no llevaban fuerzas de apoyo. Obviamente pensaron que no las necesitarían. Estaban en la cabaña de incógnito, no podían llamar la atención.

Llegó hasta el coche y abrió la puerta del conductor. La llave estaba puesta por si hubiera tenido que salir corriendo. Puso el rifle encima del techo y se sacó dos sobres pequeños del bolsillo de la chaqueta; el cliente se los había dejado en la recepción del hotel.

Con los guantes puestos aún, extrajo la pequeña cinta adhesiva que contenía las huellas dactilares que el cliente quería que se encontraran en el arma. Aplicó con cuidado una huella tras otra, asegurándose de ponerlas correctamente. El dedo índice en el gatillo.

Cogió el segundo sobre y sacó dos cabellos negros de su interior. Puso uno en el asiento y el otro lo dejó caer al suelo.

Quedaba una cosa antes de llevarse el coche de allí y dejarlo después en el aparcamiento de Arlanda, donde podría quedarse meses antes de que alguien reaccionara.

Con una mano en la culata y la otra en el cañón volvió a introducirse en la maleza. Cuando se estaba aproximando con sigilo un poco después de la pendiente, oyó un ruido. Un coche iba en dirección a ella a gran velocidad. Cualquier vecino hubiera ido más despacio, sabiendo que el camino era intrincado y estaba lleno de grava suelta. Pero la persona que conducía ese coche tenía prisa.

Solo podía tratarse del V70 gris. El policía que empujó al suelo a Mari Roos fue rápido, eso había que reconocerlo.

La sicario se alejó unos metros entre los árboles y vio uno que tenía el tronco dividido. Cogió el arma por el cañón y lo puso entre los troncos, como si alguien hubiera intentado esconderlo. Después volvió a subir corriendo por el camino hasta donde estaba el coche. Si lo ponía en marcha corría el riesgo de que el policía la viera. Se daría cuenta de que lo conducía una mujer y, después de preguntar por la zona, los policías no tardarían en llegar a la conclusión de que la mujer que iba en ese viejo coche no era ninguna residente. No podía correr ese riesgo.

El V70 gris se acercaba. Estaba a solo una curva de distancia.

La sicario tomó una decisión rápida. Fue corriendo hacia el bosque al otro lado de la carretera. Se metió entre los árboles. Se adentró unos diez metros y luego se dejó caer detrás de un tronco y miró hacia el camino.

Vio que había dejado abierta la puerta del conductor.

El V70 gris dobló la curva y vio que el policía giraba la cabeza en dirección a su coche.

Tenía que dejar el coche donde estaba. El policía sin duda informaría del vehículo. El cliente había sido extremadamente claro. No corras ningún riesgo. Planea siempre todas las eventualidades. Ten al menos dos planes alternativos.

No había dejado en el coche nada suyo. Si había algún resto de ADN, no podrían identificarla. El coche era viejo. Podía ser de cualquiera. Además ella no estaba en ningún registro. Lo importante era que se encontraran esos dos cabellos.

Ella sabía qué dirección tomar. Si tenía que ir andando hasta Estocolmo, lo haría. No iba a hacer autostop. No iba a robar otro coche. Tal vez cogiera un autobús, pero no estaba segura. Podía llamar la atención del conductor, ya que probablemente no subiera mucha gente por allí. La temporada de vacaciones aún no había empezado.

Empezó a caminar a través del bosque. Entonces se le ocurrió.

Volvió corriendo hasta el coche y se arañó la cara con una rama. Mientras todavía se oía el ruido del V70, ella se puso de nuevo los guantes, se sentó y se agachó en el asiento de conductor. Empujó la palanca hacia abajo y echó el asiento hacia atrás.

Luego dejó el coche por segunda vez y se alejó.

El coche era un Ford Focus de diez años de antigüedad que parecía que no se hubiera lavado en tres. Tenía la puerta abierta y las llaves puestas. Hellmark miró en su interior. Tuvo cuidado de no tocar nada. El asiento delantero estaba echado hacia atrás, como si lo hubiera ajustado una persona alta. El asiento trasero estaba lleno de basura: cajas de hamburguesas, calcetines, recibos de aparcamiento.

Hellmark sacó la cabeza del coche y se volvió hacia Nilsson.

—¿Por qué no se llevó el coche?

—Probablemente porque Korell utilizó el cerebro. En vez de volver por el

mismo camino con Mari Roos en el coche, se fue por otro lado. Pasó precisamente por aquí antes de que él se escondiera en una parcela unos cientos de metros más adelante.

Hellmark asintió. Astuto. El tirador se vio obligado a abandonar su vehículo. Hellmark estaba seguro de que el asesino pensaba huir en el Focus.

Echó un vistazo. Cinco policías rodeaban el coche mirando a su alrededor.

—Revisa la zona. Puede haber perdido algo por el camino.

Tan solo pasaron tres minutos.

—¡Comisario!

Él siguió el sonido de la voz mientras atravesaba el bosque.

El arma estaba metida entre dos troncos de árbol, y esta vez Hellmark estaba convencido de que la intención no era que la localizaran.

Esta vez encontrarían huellas del asesino.

Lo había sabido desde el principio. Al final todos cometían algún error.

105

Por fin buenas noticias. Muy buenas incluso.

—Tenemos dos huellas claras —dijo el técnico forense—. Probablemente un dedo índice en el mecanismo de disparo y una buena huella de pulgar en la parte principal… ¿Cómo se llama?

—Olvídate de cómo se llama —dijo Hellmark—. ¿Podemos utilizarlas?

—Por supuesto. Enviaré una solicitud directamente.

—¿Algo más?

—Un montón de pelos en el coche. Según las pruebas preliminares hay ADN de al menos seis personas.

—¿Qué más? —preguntó agitando la mano para que se diera prisa.

—La posición del asiento indica que el conductor medía alrededor de un metro noventa.

—De acuerdo. Cuando sepas algo más me lo dices.

Esta vez iba a salir bien. Hellmark sabía que al final habían dado con la dirección correcta. Después de preguntar a todos los informantes durante la noche, el asunto estaba claro. Sabían dónde vivía Zhigarra. En Bredäng, no en Telefonplan.

Hellmark hizo una señal al primer policía. Este tomó aire un par de veces y después introdujo la palanca entre la puerta y el marco. El policía se colgó del hierro, que cedió y se partió. La cerradura saltó por los aires. Agarró la manija y abrió la puerta, dio un paso atrás y sacó su arma.

Los policías entraron en medio de un gran estruendo y se dispersaron por el apartamento. Por el croquis, Hellmark sabía que el salón estaba a la derecha.

Tuvieron suerte. Allí estaba Zhigarra. Llevaba un bóxer negro. Era grueso de cintura para arriba, tenía una gran barriga y pelos por todo el cuerpo, como un chimpancé. Miró a Hellmark y a los cuatro policías de uniforme. Estaba sentado en el sofá con dos rubias desnudas, una a cada lado. Eran jóvenes, muy jóvenes. Una de ellas estaba desnutrida, las costillas se le marcaban claramente por debajo de la piel blanca. Hellmark calculó que podía tener trece, tal vez catorce años. La otra podía tener quince, era difícil de determinar. Ella sacudía la cabeza, tenía un cigarrillo en la boca y una lata de cerveza en la mano. Estaba borracha. La otra niña parecía estar casi inconsciente. Zhigarra la sostenía con un brazo alrededor del cuello. Ella tenía una mano en los calzoncillos de él.

La mesa estaba llena de botellas y paquetes de cigarrillos. Platos con restos de comida reseca. Montones de vasos con marcas grasientas de dedos. Un blíster de Viagra. Había ropa tirada por el suelo.

El policía que iba delante puso una rodilla en tierra y apuntó con su arma a la cabeza de Zhigarra. Los otros se posicionaron en forma de abanico alrededor de Zhigarra. Todo fue muy rápido.

—Robert Zhigarra —dijo Hellmark—. Quedas detenido por el asesinato de Jonas Roos.

Zhigarra le devolvió la mirada. Sus ojos eran negros y tenía las mandíbulas apretadas.

—No he matado a nadie —dijo después de unos segundos.

—Tenemos tus huellas dactilares y también restos de ADN. Irás a la cárcel.

Hellmark hizo un gesto a uno de los policías, que apuntó con su arma al techo, le puso el seguro y se la guardó. Los demás siguieron apuntando a Zhigarra. El policía sacó las esposas, fue hacia el detenido y tiró de él con cierta dificultad para ponerlo de pie. Le dio la vuelta y le esposó las manos detrás de la espalda. Como Zhigarra ya no las sostenía, las dos chicas cayeron en el sofá la una contra la otra.

Hellmark hizo un gesto hacia las chicas y uno de los policías se puso a buscar la ropa de ellas.

—Me alegro de que haya pasado todo —dijo Ulvgren detrás de su escritorio.

Sonreía y parecía satisfecho. La sonrisa era deslumbrante de tan blanca, casi tanto como su camisa, y le quedaba muy bien con el bronceado de su piel. La corbata estaba perfectamente anudada y las uñas parecía que acabaran de salir de

la manicura.

—Hay una cosa que no logro entender —dijo Hellmark—. ¿Por qué disparó a la persona equivocada?

—Falló. Disparó dos veces.

—¿Falló? Pudo ser así, desde luego.

—¿No había más de un kilómetro de distancia? —dijo Ulvgren.

—Mil cien metros. Tal vez simplemente resultó demasiado difícil. Fue más allá de sus posibilidades.

—Ya lo ves. Aunque seas un tirador experto puede irte mal.

—Pero ¿por qué no disparó a Mari Roos? Podría haberlo hecho en vez de dispararle una vez más al marido.

—¿No dijiste que Korell la lanzó al suelo en cuestión de segundos?

—Fue increíblemente rápido.

—No tuvo tiempo de apuntar de nuevo. Tal vez ahora Mari Roos pague lo que piden. Es ella la que tiene el dinero. Si ella hubiera muerto, Jonas Roos nunca hubiera podido pagar.

—¿Por qué iba a pagar? En tal caso ya estaría muerta.

Ulvgren se encogió de hombros.

—¿Has pensado que es posible que ella haya pagado ya? ¿Y que por eso está viva?

Se levantó y extendió la mano.

—Bien hecho. Ahora probablemente nos libremos de Tuvesson y Fisker.

Hellmark también se puso de pie y estrechó la mano del jefe.

«¿Que haya pagado ya? No, no se me había ocurrido. Porque entonces no habrían asesinado a Jonas», pensó.

Se quedó mirando la puerta que se cerró tras Ulvgren.

«¿Hay algo que se me escapa?», se preguntó Hellmark.

Todo apuntaba a Zhigarra. Las pruebas eran irrefutables. Las huellas encontradas en el arma eran las de él. Había dos cabellos en el coche que eran suyos. No tenía coartada. Era un experto francotirador. Podía conseguir el arma que quisiera. Era conocido por su absoluta crueldad. Era sumamente arrogante, igual que el que escribía las cartas, algo en lo que Hellmark no dejaba de pensar. Tenía un ego enorme.

Todo encajaba.

Hellmark sabía que no era de esos policías a los que su instinto nunca les fallaba. Él no tenía demasiada intuición. Se basaba sobre todo en los hechos.

Zhigarra estaba muy cabreado en el primer interrogatorio. No hizo lo que estos tipos solían hacer. Lo normal era que guardaran silencio durante el interrogatorio y los juicios para no ser pillados en alguna mentira. Algunos afirmaban categóricamente que no recordaban nada. Estaban dispuestos a asumir el castigo, pero no pensaban colaborar.

Pero Zhigarra se había puesto furioso. Gritó y maldijo y afirmó que era totalmente inocente, que alguien quería cargarle el muerto, que estuvo en casa todo el día, follando. Que había al menos cinco chicas que podían testificar que él no estaba en el lugar del crimen.

Hellmark lo miró y le preguntó el nombre de las chicas. Zhigarra pudo facilitar tres nombres. Marja y Jaana dijeron que habían estado en el apartamento. También estuvo una llamada Silja. Las otras eran chicas jóvenes, casi niñas, procedentes de los países bálticos a las que habían engañado para que fueran a Estocolmo, y el trabajo de Zhigarra era prepararlas para su nueva carrera como prostitutas, quebrar su voluntad de resistir; un trabajo que él se tomaba muy en serio. Dio un par de direcciones y, por supuesto, el asunto se investigaría.

Hellmark no se molestó en interrogar a las otras dos. Sin duda habrían reforzado la coartada de Zhigarra, aunque cualquier fiscal haría polvo sus testimonios. Nadie creía a esas pobres crías, ni siquiera cuando decían la verdad.

Cuando volvió a su despacho después de reunirse con Ulvgren, se sentó un momento y se quedó mirando la pared. Probablemente había atrapado al hombre que estaba detrás de los tres asesinatos. Claes Ljunggren, Roger Axberg y Jonas Roos. Todos ricos. Todos chantajeados. Pero había una especie de anticlímax. En su fuero interno esperaba encontrarse con alguien más importante detrás, no con un gánster de tres al cuarto.

Hellmark puso los pies encima de la mesa y miró un momento por la ventana. No la habían limpiado aún, a pesar de que el verano no tardaría en llegar.

Alex dijo una vez que quienquiera que fuera el que estaba detrás de los asesinatos era extremadamente inteligente y lo planeaba todo al detalle. Y las pruebas apuntaban a un delincuente común, conocido además desde hacía tiempo por la policía. Se podía decir cualquier cosa de Robert Zhigarra, pero por muy peligroso que fuera no poseía una inteligencia superior. Posiblemente era inteligente, pero no más.

«Malditos consultores», pensó.

En realidad sería divertido llamar a Alex King para que conociera a Zhigarra. Dejarlo que hiciera su análisis. Incluso que elaborara un perfil personal de ese hijo de puta. Y que luego intentara explicarlo.

Mientras el sol bajaba al otro lado de la ventana, Hellmark reflexionó sobre otro detalle que no conseguía entender. Cuando registraron los teléfonos móviles de los Roos, no vieron nada extraño en el de Mari. Sin embargo, Jonas había enviado un mensaje con la dirección de la cabaña solo unas horas antes de salir. Como era de suponer, el receptor tenía una tarjeta de prepago. El propio Hellmark le preguntó a Mari Roos si sabía por qué su marido había enviado ese mensaje, pero ella tampoco podía entenderlo. Él la creyó.

En efecto. Había algo que se le estaba escapando.

Y Zhigarra dijo algo que sonaba muy raro.

106

Nina estaba temblando bajo una manta en el sofá de su casa. Desde lo ocurrido en Norrtälje, tenía un frío terrible. Unos días después seguía pasándose la mano por la mejilla, como si aún la tuviera cubierta de sangre y sesos. No sabía cuántas veces se había lavado el pelo ni cuántas se había frotado las uñas debajo del agua, tan caliente que ahora tenía las manos enrojecidas.

No podía relajarse y sentía que necesitaba hablar con alguien. Hellmark le sugirió que acudiera al especialista en traumas de la policía, pero no se había decidido todavía.

Sabía con quién quería hablar. Con Alex. Pero en su relación no habían hablado de futuro en ningún momento. Ella no había podido interpretar sus sentimientos. Él no decía nada, no mostraba nada.

Alex podría tranquilizarla, pero estaba ocupado con su trabajo. Había sacrificado muchas horas para ayudarla con la investigación y no quería molestarlo más.

Ahora no. Más tarde tal vez, cuando él saliera del trabajo. Tal vez lo llamara. Ya vería.

107

«Búscate buenos aliados. Si no construyes tu propia red, antes o después tendrás problemas con la lealtad», le dijo el padre.

Ella asintió con la cabeza y dijo que estaba de acuerdo, pero en realidad no se lo tomó en serio. Creía que podía controlar a los jefes de la organización mientras les pagara bien.

Pero el padre tenía razón. Swartling demostró ser desleal. Se guardó unos cuantos millones en el bolsillo. A pesar de que ella repartía los beneficios con generosidad, él robó a la organización. Dinero que podría haber sido utilizado para otras inversiones.

Ya estaba cansada de tanta agresividad. La testosterona fluía y eso no era bueno para el negocio. Veía más posibilidades en la planificación, y eso sí se le daba bien. Además, había mucho dinero para invertir.

Había que planear el paso siguiente. Y a la vez hacer limpieza general.

A Zhigarra ya se lo había quitado de en medio. No saldría en muchos años. Iba a encargarse de que así fuera. Ese hombre era peligroso pero previsible.

Cuando se encontró con Jonas Magnusson en la convención, no podía creerse lo que estaba oyendo. Él detestaba ser pobre mientras que su esposa era millonaria. No podía acceder al dinero y no sabía qué hacer. Después de unas cuantas copas, se dejó engañar por Martina. Ella se ofreció a solucionarle el problema, y cuando se vieron tres días después él estaba decidido, y totalmente sobrio.

Lo había dicho en serio. Quería deshacerse de su esposa.

Y Martina quería deshacerse de Zhigarra.

Dos necesidades que se encuentran. Podrían ayudarse mutuamente. El resto solo era una cuestión de planificación.

Lo único que tenía que hacer ahora era terminar de limpiar. No quería cabos sueltos.

Uno era Swartling. Eso podía resolverlo. El otro era Fredric. Pero eso no iba a ser fácil. Entonces se le ocurrió la idea. Podía juntarlos. Ella podía atarlos.

Como de costumbre, solo era una cuestión de planificación.

108

—¡Sois unos idiotas! ¡No entendéis nada! ¡Alguien me ha tendido una trampa!

Zhigarra estaba furioso; tenía la cara roja y salpicaba saliva. Reforzaba las palabras con la ayuda de todo el cuerpo. Llevaba el mono gris de la prisión y tenía puestas las esposas.

—Hay pruebas que te incriminan —dijo Hellmark.

—¿No lo entiendes? ¡Yo no he sido! ¡No he disparado a ese hombre!

—Estás preparado para ello.

—Hace veinte años que terminé la mili. Apenas he cogido un arma desde entonces. Soy un honrado instalador de suelos.

Hellmark se inclinó delante de Zhigarra. El ángulo de la cámara que grababa los interrogatorios no permitía que se le viera la cara.

—Danos una coartada. Luego podremos hablar.

Zhigarra lo miró fijamente. La lucha silenciosa que estaban manteniendo los dos corpulentos hombres se metió incluso por la lente de la cámara y se reflejó en la pantalla.

De repente, Zhigarra se levantó bruscamente y golpeó la mesa con los puños.

—¡Yo no le disparé!

Dos policías de uniforme aparecieron en la imagen y lo empujaron para sentarlo en la silla. Hellmark siguió sentado con los brazos cruzados.

Alex miró a Nina mientras ella apagaba el interruptor después de ver la grabación. Llevaba pantalón vaquero y una camisa arrugada.

—Es posible que pase el resto de su vida en la cárcel —dijo ella.

Alex asintió lentamente.

—Sin embargo, debo decir que estoy sorprendido. Ese tipo se comporta como un loco. No parece que sea capaz de idear una trama para asesinar a alguien. La planificación, la calma que se requiere para que todo salga bien.

Nina se encogió de hombros.

—Las pruebas son irrefutables.

—Sí, las pruebas. Pero él no parece tener el… vigor intelectual necesario para elaborar un plan. No sin la ayuda de un cómplice.

—¿Quieres decir que es un estúpido?

Alex hizo un gesto hacia la pantalla apagada.

—Tiene carácter, escupe y blasfema. Si Hellmark lo hubiera presionado más, se habría puesto a pelear. No es el tipo de persona que buscáis.

—Sin embargo tenemos sus huellas dactilares. Encontramos cabellos suyos en el coche del tirador. Tiene la formación necesaria, aunque haya hecho el servicio militar hace veinte años. Todo está ahí.

Alex suspiró. No podía entender que se hubiera equivocado tanto.

—¿Qué tal fue con Roos?

—Resultó que había robado dinero de la empresa. Mucho dinero. Probablemente por eso encargó que mataran a su esposa. No podía esperar a que el cáncer lo hiciera. Estaba a punto de que lo detuviesen.

Sonaba lógico. Él cruzó los brazos sobre el pecho. Había algo que no encajaba, como de costumbre. Se sacó el sobre del bolsillo y lo miró.

—¿Qué tienes ahí? —dijo Nina.

—El resultado de una resonancia magnética que me hicieron hace medio año, después de un accidente de coche que tuve.

Ella se incorporó un poco. Frunció el ceño.

—¿No lo has leído?

Él sacudió la cabeza lentamente. No, no lo había leído.

Dejó el sobre encima de la mesa.

—El autor del delito debería ser del tipo azul.

—Tal vez es hora de dejarlo. No has trabajado nunca con criminales. Ellos no funcionan como los demás. Eso es lo que les hace ser criminales.

—Lo entendería si hubierais detenido a alguien que fuera azul y tuviera un comportamiento totalmente opuesto al de Zhigarra. Tendría que parecerse más a… Martina en su modo de ser. Ese tipo de persona.

Nina se inclinó sobre la mesa y cogió el sobre. Alex no le había hablado de sus problemas de cuello y espalda. Le pareció leer en su rostro lo preocupado

que estaba por el contenido de la carta. Tal vez vio que él esperaba un diagnóstico incurable y temiera vivir como un inválido.

—¿Lo leo?

Él asintió.

Fredric miró por la ventana. Pensar era lo mismo que orinar. Podías ignorarlo, apartarte un momento de la necesidad, pero siempre acababas cediendo. Y él tenía que tomar una decisión, por mucho que quisiera esconderse.

Si él, a base de fuerza de voluntad, pudiera invocar al gato para que viniera como de costumbre a ver si había algo de comer; si pudiera hacer que apareciera esa visión al otro lado de las puertas de cristal, tal vez nada de eso estaría pasando. Todo habría sido una larga y extraña alucinación.

Pero sabía que el gato no iba a volver. No había otra opción. Tenía que tomar una decisión.

La biografía de Lucas Swartling estaba terminada. La versión buena, la que revelaba los detalles más comprometidos de la vida del gánster. El borrador que le entregó a Swartling era interesante, pero nada más. Estaba seguro de que tendría su público, pero el que él tenía ahora en la mano era pura dinamita. Removería cielo y tierra si saliera. Y Fredric lo único que quería era que se publicara.

Si no hacía nada con el material, no podría mirarse en el espejo nunca. Al menos como periodista.

El único problema era que si se ponía en contacto con una editorial y salía todo a la luz, Swartling iría tras él. Tal vez no en persona, pero enviaría a otro. A otros.

Ello implicaría que se pasaría la vida huyendo.

Después de que Martina le hablara de una posible solución, se pasó toda la noche sin dormir. Las ideas daban vueltas en su cabeza mientras él intentaba asimilar lo que le había dicho. Ella le aseguró que Swartling sería puesto en libertad. Que ella tenía suficiente poder para que él viese cumplido su viejo sueño de ver su nombre en la cubierta de un libro. Llevaba muchos años deseándolo, pero nunca había tenido entre sus manos un guion terminado. Después de innumerables intentos, el que al final logró que lo consiguiera fue Fredric.

Era una paradoja demencial.

Tenía el éxito al alcance de su mano. Martina tenía la solución. No era como él se lo había imaginado, pero funcionaría.

Y ahora él se lo estaba planteando. ¿A quién intentaba engañar? Sabía lo que iba a elegir al final, así que ¿por qué no hacerlo de una vez?

109

—Si alguien se lo cree, es completamente imbécil.

Swartling estaba furioso, pero no tenía intención de que se le notara. El que perdía la paciencia delante de un policía enseguida se encontraba con problemas que no podía manejar. Y ahora ese tipo estaba sentado frente a él, en su propia casa, en el mismo sillón de cuero en el que se había sentado Bobby solo una semana antes, arrojándole la verdad a la cara.

—¿Por qué dijo Zhigarra eso, si no era verdad? —preguntó el comisario Hellmark.

Swartling respiró profundamente.

—Tendrá que preguntárselo a él. Yo no tengo nada que ver con sus asuntos.

Se fijó en que el policía tenía las piernas cruzadas, como si se tratara de una aburrida reunión de negocios. Estaba totalmente tranquilo, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Era atrevido, muy atrevido. Quería demostrarle que, si quería, podía provocarlo.

Por desgracia funcionó. Notó que empezaba a perder algo de su autocontrol habitual.

—Al principio pensaba que eras tú quien estaba detrás —dijo Hellmark—. Pero cuando encontramos los correos en el ordenador de Jonas Roos, nos percatamos de que fue él quien ordenó el asesinato de su esposa. Los asesinatos de Ljunggren y Axberg fueron solo cortinas de humo.

Swartling tenía ganas de gritar. En vez de hacerlo se pasó la mano por la barbilla, donde ya no tenía barba. Era tan condenadamente difícil romper viejos hábitos. Se mantuvo en silencio, ya que no podía comentar nada en absoluto. Si Bobby tenía asuntos por su cuenta, él no sabía nada de eso.

—Si se hubiera tratado de una verdadera extorsión habría ido a por ti —dijo

Hellmark—. Tienes lo que se necesita para planear algo así.

—Solo soy un empresario —dijo Swartling entre dientes. Luego se encogió de hombros con desgana.

No pensaba caer en la trampa del ego. No se lo iba a poner tan fácil.

—Te pregunto por última vez —dijo Hellmark—, ¿por qué dice Bobby Zhigarra que hay una especie de Padrino en la organización? ¿Y por qué se empeña en que es una mujer?

—Contestaré por última vez: no tengo ni idea, y no sé de qué organización habla ni a qué mujer se refiere. No conozco a Zhigarra lo suficiente, pero ¿cómo iba a ser posible lo que dice?

Hellmark sacudió la cabeza.

—Eso me pregunto yo también.

—Es de locos —dijo Swartling.

En realidad Hellmark estaba de acuerdo. Era de locos.

Hellmark señaló a Fredric.

—¿Por qué no contestabas al teléfono? Nos habríamos evitado todo este circo solo con que hubieras levantado el maldito auricular. ¿Tan difícil es?

Fredric bajó la vista hacia la mesa.

—Cambié el número hace algún tiempo. No recuerdo cuándo.

Hellmark sacudió la cabeza.

—No tienes remedio. Y yo como un imbécil pensando que te habían secuestrado. Que habían secuestrado a toda tu familia.

—Fue un malentendido —dijo Fredric removiendo el café.

Hellmark miró a Fredric y por una vez no supo qué decir.

—¿Un malentendido?

—En realidad Jojo no había desaparecido. Se me olvidó que iba a pasar unos días con una amiga en la casa de campo de sus padres.

Hellmark sacudió la cabeza lentamente.

—Eres increíble.

Fredric asintió, y Hellmark se percató de que veía a su hermano menor más serio que nunca. No podía recordar ni una ocasión en la que Fredric hubiera prescindido de su sonrisa tanto tiempo. Según él, todo se había solucionado. Entonces, ¿por qué no sonreía?

Hablaron de visitar la tumba familiar. Con todo el jaleo se habían perdido esa

fecha importante.

—¿Qué harás con la biografía?

—Voy a hablar con algunas editoriales a ver lo que dicen. Con un poco de suerte, a lo mejor alguien quiere publicarla.

Hellmark bebió un sorbo de café.

—Asegúrate de que tienes algo interesante que ofrecer. Algo que despierte su interés.

Y entonces ocurrió. Fredric sonrió ligeramente.

Al fin.

Era el primer día que Alex salía sin abrigo y esperaba que la primavera hubiera llegado para quedarse. Cuando entró en el ascensor, comprobó que no se había despeinado. Se quitó algunos motas de la chaqueta. Esbozó una sonrisa. Se retocó el cuello de la camisa. Se echó el aliento en la mano.

Respiró profundamente varias veces y cerró los ojos frente a la puerta de ella. Abrió un poco el envoltorio del ramo de flores y llamó al timbre.

Nina abrió con una amplia sonrisa.

110

Había engañado, estafado y traicionado durante toda su vida. Todo el mundo tenía habilidades especiales, y las suyas eran esas. Era bueno para embaucar, confundir y humillar a los demás. No es que se sintiera orgulloso de ello, simplemente era así. No sabía a cuántas personas había empujado al suicidio ni a cuántas familias había arruinado. Tal vez decenas, tal vez cientos de ellas, pero ni le alteraba el sueño ni le producía mala conciencia.

Lo había hecho por dinero.

Le gustaba el dinero. Le daba sensación de libertad. «Espera, en realidad eso es erróneo. El dinero no da la felicidad, pero puede producir una *sensación* de felicidad. Es una diferencia abismal». Ahora tenía algo más de mil millones y el siguiente nivel, ser multimillonario en dólares, quedaba muy lejos. Era demasiado tarde para conseguirlo.

Eso se había terminado.

¿No era curioso que hubiera tenido que llegar a esa edad para darse cuenta de que había llegado el momento de romper sus viejos esquemas? ¿Que no entrara en razón hasta que tuvo el cuchillo en la garganta?

Al otro lado de la calle vio a una mujer dentro de un coche. Pasaría por su lado, le sonreiría y vería si le devolvía la sonrisa.

Se pasó la mano por el pelo y se cercioró de que llevaba el nudo de la corbata en su sitio.

Ella lo vio a dos manzanas de distancia. Estaba cruzando la calle y se acercaba dando firmes zancadas. Faltaba un poco hasta que llegara al coche en el que ella lo estaba esperando. Tal vez doscientos metros. El hombre corpulento irradiaba

confianza en sí mismo; la espalda recta y mirando al frente. Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata ancha de color rojo. Llevaba los zapatos muy brillantes y ella supuso que debía de tener dinero. Había algo en los hombres de dinero. Se les notaba. En el lenguaje corporal, en el modo de conducirse.

La sicario quitó el seguro del arma. Era una Glock 17 que había comprado en Estados Unidos. Diecinueve centímetros desde el martillo hasta la boca. Era una pieza bastante impresionante. No era una Magnum 45, pero podía servir. Una Magnum 45 tenía un retroceso terrible y, de todos modos, no iba a disparar a un elefante.

La Glock 17 disparaba balas de siete gramos a casi mil trescientos kilómetros por hora. El cargador tenía capacidad para diecisiete, de ahí el nombre, y ella, obviamente, lo había cargado por completo. No iba a necesitar tantas, le sorprendería que gastara más de una. Pero era una profesional, no dejaba nada al azar.

Se trataba de un cañón lo suficientemente largo como para garantizar un buen disparo. Con una pistola así, ella no tendría ninguna dificultad en alcanzar la cabeza de un alfiler a veintitrés metros de distancia, por supuesto en condiciones favorables. Pero su objetivo poseía un tamaño considerablemente mayor, por lo que a cincuenta o sesenta metros de distancia no habría ningún problema.

El hombre estaba a cien metros. La sicario bajó el cristal y apoyó el cañón en el marco de la ventanilla. Esperaría hasta que él estuviera a unos treinta metros. Entonces no podría fallar.

Se preguntó por qué le habrían encargado que eliminara a ese hombre. ¿Qué habría hecho para que se enfadara su cliente? Pero sabía que no era asunto suyo. Ella simplemente hacía su trabajo.

El hombre miró por encima del hombro y empezó a cruzar la calle. Vio que la estaba mirando, pero no se preocupó lo más mínimo.

Cuando terminara iría al aeropuerto directamente. El avión despegaba en solo un par de horas. Viajaría a Miami con su pasaporte falso, donde podría descansar, tomar el sol y saborear un buen vino tinto.

El hombre dio unos pasos rápidos para evitar un coche que se precipitaba contra él. Ya estaba en la misma acera que ella.

Sesenta metros.

Ella tomó aire con calma.

Cincuenta.

Había llegado el momento. El hombre se acarició la barbilla. Si hubiera llevado barba habría parecido algo natural, pero le pareció un gesto raro.

La sicario respiró. Se preguntó si a él le daría tiempo a percibir el tiro.

Disparó entre latido y latido, y vio cómo una mancha roja aparecía en la camisa blanca a la altura del pecho.

Hizo lo que todos los demás.

Se murió.

Notas

[1] Juego de palabras del autor. *Ljuga* = mentir. <<

[2] *Doma* = juzgar; *Dan* = nombre del personaje. <<